

Contemporánea

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**SAUL
BELLOW**

**El planeta de
Mr. Sammler**



Lectulandia

Ganadora del National Book Award, *El planeta de Mr. Sammler* (1970) es una meditación, tan audaz como serena, sobre el futuro de la civilización occidental. Siguiendo a Artur Sammler, un intelectual educado en la filosofía y la literatura occidentales y superviviente del Holocausto, Bellow pasea por las peligrosas calles del West Side neoyorquino, prestando la misma atención a los carteristas de autobús que a las teorías sobre la consecución de la utopía —o la inminente llegada del Apocalipsis— recién generadas por la llegada del hombre a la Luna. Y en sus interminables paseos por la ciudad, caótica y siempre cambiante, Mr. Sammler recuerda los horrores de un pasado no tan lejano, reflexiona sobre la locura del presente y se pregunta sobre un futuro incierto.

«La obra de Bellow es a la vez eterna y despiadadamente contemporánea».

Sunday Times

Lectulandia

Saul Bellow

El planeta de Mr. Sammler

ePub r1.0

Titivillus 19.03.16

Título original: *Mr. Sammler's Planet*
Saul Bellow, 1970
Traducción: Rafael Vázquez Zamora

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

Poco después del amanecer, o de lo que en un cielo normal habría sido el alba, Mr. Artur Sammler recorrió con su único ojo, al que dominaba una ceja espesa, los libros y papeles que tenía en su dormitorio en el West Side y sintió la vehemente sospecha de que no eran los libros ni los papeles que buscaba. En cierto modo eso carecía de importancia para un hombre desocupado de más de setenta años. Había que ser un maniático para empeñarse en tener razón. Tenerla era en gran medida cuestión de explicaciones. El intelectual se había convertido en una criatura explicativa. Todo el mundo explicaba: los padres a sus hijos, las esposas a sus maridos, los conferenciantes a su auditorio, los especialistas a los legos, unos colegas a otros, los médicos a sus pacientes, y el hombre a su propia alma. Las raíces de esto, las causas de aquello otro, la fuente de los acontecimientos, la historia, la estructura y los porqués. La mayor parte de todo ello entraba por un oído y salía por el otro. El alma quería lo que buenamente quería. Tenía su propio y natural conocimiento. Pobre pájaro, estaba incómodamente posado en superestructuras de explicación, sin saber hacia dónde emprender el vuelo.

Cerró el ojo unos momentos. A Sammler se le ocurrió que aquello era una bomba holandesa sacando agua para mantener secas unas cuantas hectáreas de tierra. Lo del mar invasor constituía una metáfora para la multiplicación de hechos y sensaciones. Porque la tierra era una tierra de ideas.

Ya que no tenía una tarea a la que atender al despertar, pensó que bien podía darle al sueño otra oportunidad de resolver imaginativamente ciertas dificultades y se cubrió con la manta eléctrica desconectada, llena de bultos y durezas. La cubierta de raso era agradable al tacto. Estaba adormilado, pero en realidad no quería dormirse. Tenía que estar consciente.

Se sentó y enchufó la manta. La noche anterior, antes de acostarse, había preparado el agua. Le gustaba ver los cambios de los hilos cenicientos. Volvieron furiosamente a la vida, lanzando chispitas, y quedaron rígidos y rojos bajo el frasco de laboratorio Pyrex. Algo más profundo fallaba. Solo tenía un ojo en buenas condiciones. El izquierdo no distinguía más que la luz y la sombra. Pero el ojo bueno, oscuro y brillante, permanecía atento por entre los pelillos de la ceja, como suele ocurrirles a algunas razas de perros. Tenía la cara pequeña para su estatura, y la combinación le confería un aspecto llamativo.

Sin embargo, lo verdaderamente llamativo de él estaba en su mente, y le preocupaba. Durante varios días, en el autobús de costumbre que tomaba a última hora de la tarde para volver de la biblioteca de la calle Cuarenta y dos, Mr. Sammler había estado observando cómo operaba un ratero. El hombre subió en Columbus Circle. El delito lo cometió cuando pasaban por la calle Setenta y dos. Si Mr. Sammler no hubiese ido de pie en el autobús y no hubiera sido alto, no habría podido ver con su único ojo bueno lo que ocurría. Ahora se preguntaba si no se habría

acercado demasiado, si no lo habría descubierto mirando. Como siempre, llevaba gafas oscuras, pero era imposible que lo hubiesen tomado por ciego. No llevaba bastón blanco, sino un paraguas muy arrollado, al estilo inglés. Además, no tenía el aspecto de un ciego. El ladrón llevaba gafas negras. Era un negro corpulento con un abrigo de pelo de camello extraordinariamente elegante, como si su sastre fuera Mr. Fish, del West End, o Thurnbull & Asser de Jermyn Street (Mr. Sammler conocía bien Londres). Los perfectos círculos color violeta del negro, encajados en una estupenda montura dorada, se volvieron hacia Sammler: aquella cara mostraba el descaro de un gran animal. Sammler no era tímido, pero había pasado por muchos trastornos en la vida. Nunca se habituaría a la mayor parte de esa clase de incidentes. Sospechaba que el delincuente se daba cuenta de que un blanco alto y anciano (¿quizá lo creyera ciego?) había estado observándolo y había visto hasta los menores detalles de su actuación delictiva. Mirándolo todo el tiempo. Como si hubiera estado contemplando una operación a corazón abierto. Y aunque estaba decidido a no volverse cuando el ladrón lo mirase, no pudo evitar que su vieja, compacta y civilizada cara se pusiese muy colorada, se le erizó el corto cabello y sintió un picor en los labios y las encías. También experimentó molestias en la base del cráneo, donde los nervios, músculos y vasos sanguíneos se entrelazaban estrechamente. El aliento de la Polonia de la guerra pasaba por los dañados tejidos... aquellos nervios semejantes a fideos, que era como él los consideraba.

Los autobuses resultaban soportables; el metro, matador. ¿Debería renunciar al autobús? No se había cuidado de sus propios asuntos como debía hacer en Nueva York un hombre de setenta años. El problema de Mr. Sammler era que nunca tenía en cuenta su edad, no se percataba de su situación, lo que significaba hallarse protegido, así como los privilegios de aislamiento que hacía posibles una renta de cincuenta mil dólares en Nueva York, y que incluían ser socio de un club, disponer de taxis, porteros, protección. Para él, los autobuses, o el chirriante metro, el almuerzo en el restaurante automático. No tenía graves motivos de quejas, pero sus años de «inglés», las dos décadas como corresponsal de diarios y revistas de Varsovia, le habían dejado hábitos no precisamente adecuados para un refugiado en Manhattan. Sus expresiones eran más propias de un club de Oxford; tenía la cara de un conferenciante del British Museum. Sammler se había enamorado de Inglaterra antes de la Primera Guerra Mundial, cuando era un escolar en Cracovia. La mayor parte de aquellas tonterías, sin embargo, ya las había apartado de sí. Volvió a considerar el tema de la anglofilia, pensando con escepticismo en Salvador de Madariaga, Mario Praz, André Maurois y el coronel Bramble. Conocía el fenómeno. Sin embargo, ante aquel elegante bruto del autobús al que había visto robar el contenido de un bolso —que seguía abierto y colgando del hombro de su dueña— adoptó una actitud inglesa. Un rostro seco, pulcro y estirado declaró que nadie había transgredido los límites del prójimo, y que le bastaba con ocuparse de sus propios asuntos. Pero Mr. Sammler sintió un intenso calor en las axilas, y que estas estaban húmedas. Cogido a la correa, apretado por

otros cuerpos, soportando sus pesos y apoyando el suyo sobre estos cuando los gruesos neumáticos tomaban con un gruñido la gigantesca curva de la calle Setenta y dos.

En verdad, no parecía conocer su edad ni en qué etapa de la vida se hallaba. Eso se reflejaba en su manera de andar. Por la calle se mostraba tenso, rápido, ágil e inquieto; su cabello de anciano parecía flotar detrás de su cabeza. Al cruzar, sostenía en alto el paraguas y hacía señas con él a los coches, autobuses, camiones y taxis que se acercaban para indicarles hacia dónde se dirigía. Aunque corriera el riesgo de que lo atropellasen, no podía evitar su estilo de caminar como un ciego.

Con el episodio del ratero había demostrado una temeridad similar. Sammler sabía que aquel hombre trabajaba en el autobús de Riverside. Lo había visto robar y lo había denunciado a la policía. Esta no se mostró muy interesada. Sammler se sintió como un tonto por haber ido de inmediato a una cabina telefónica de Riverside Drive. Por supuesto, el teléfono estaba destrozado. La mayoría de los teléfonos públicos no funcionaba. Las cabinas servían de urinarios. Nueva York se estaba poniendo peor que Nápoles o Salónica. Desde ese punto de vista, era como una ciudad asiática o africana. Y los barrios opulentos tampoco se libraban de ello. Se abría una puerta enjoyada para entrar en la degradación, y de un lujo bizantino hipercivilizado se pasaba al estado salvaje, el bárbaro mundo de color que brotaba de abajo. De hecho, podía haber barbarie a un lado y a otro de la enjoyada puerta. Por ejemplo, en lo sexual. Evidentemente, el asunto consistía, como Mr. Sammler empezaba a comprender, en obtener los privilegios y los modos libres de la barbarie bajo la protección del orden civilizado, los derechos de propiedad, la refinada organización tecnológica, y demás. Sí, eso debía de ser.

Mr. Sammler molió el café en un molinillo cuadrado; lo sostenía entre las rodillas mientras hacía girar la manivela en sentido contrario al de las agujas del reloj. Realizaba las acciones más corrientes con una especial y pedante torpeza. En Polonia, Francia e Inglaterra, los estudiantes, jóvenes caballeros de su tiempo, no tenían experiencia en la cocina. Ahora realizaba él las cosas de las que antes se encargaban para él las cocineras y doncellas. Y las hacía con una cierta rigidez sacerdotal. Reconocimiento de su ascendencia social. Una ruina histórica. Transformación de la sociedad. Aquello iba más allá de la autohumillación. Había superado esas ideas durante la guerra, en Polonia, en especial el estúpido dolor de perder los privilegios de clase. Lo mejor que podía, disponiendo de un solo ojo, se remendaba los calcetines, se cosía los botones, limpiaba el fregadero y al comenzar la primavera preparaba su ropa de lana para guardarla. Por supuesto, contaba con mujeres: su hija Shula y su sobrina política, Margotte Arkin, en cuyo piso vivían. Cuando se les ocurría realizaban esas cosas para él. A veces era mucho lo que hacían, pero no de modo fijo y rutinario. De la rutina se encargaba él. Eso seguramente formaba parte de sus impulsos «juveniles» (una «juventud» mantenida no sin ciertos estremecimientos). Sammler los conocía de sobra. Era divertido: en las viejas que

llevaban pantalones ceñidos y en los viejos hombres sexuales, notaba esos temblores de vivacidad con que obedecían el estilo juvenil soberano. Las potencias son las potencias: señores, reyes, dioses. Y, desde luego, nadie sabía cuándo debía renunciar. Nadie llegaba a un acuerdo decente con la muerte.

Sostuvo sobre el cazo el café molido que tenía en el cajoncito del molinillo. La resistencia al rojo del hornillo se fue poniendo blanca. Los bucles de alambre fluctuaban. Saltaron unas burbujas de agua. Individualmente, las pioneras llegaban a la superficie con cierta gracia. Luego todas ellas se pusieron a hervir a la vez. Echó el café molido. En su taza, un terrón de azúcar y una polvorienta cucharada de Pream. En la mesilla de noche guardaba una bolsita de cebollas de Zabar. Eran de plástico, como una transparente bolsa uterina atada con un clip de plástico blanco. La mesilla de noche, guarnecida de cobre y que había servido antes de recipiente para que no se le secaran los cigarros puros, valía para tener frescas las cosas. Había pertenecido al esposo de Margotte, Ussher Arkin, una persona excelente que había muerto tres años antes en un accidente de aviación, y a quien Sammler, que había lamentado mucho su muerte, echaba de menos. Cuando la viuda le invitó a ocupar un dormitorio en el amplio piso de la calle Diecinueve Oeste, Sammler pidió que le pusieran aquel humidificador de Arkin en su habitación. Margotte, que era sentimental, dijo: «Desde luego, tío. Una ocurrencia muy bonita. Le tenías cariño a Ussher». Margotte era alemana, romántica. Sammler era algo más. Ni siquiera podía decirse que fuera tío de ella. Esta era sobrina de la esposa de él, que había muerto en Polonia en 1940. Su difunta esposa. La difunta tía de la viuda. Adondequiera que se mirase, o se intentara mirar, estaban los difuntos. No resultaba fácil acostumbrarse a ello.

Bebió zumo de pomelo de una lata con dos aberturas triangulares que tenía sobre el alféizar de la ventana. Apartó la cortina, se asomó y miró. Arenisca oscura, balaustradas, balcones, hierro dulce. Como estampas de un álbum, el rosa pardo de los edificios contrastaba con el negro intenso de las verjas y los canalones. ¡Qué pesada parecía allí la vida humana, esas formas de solidez burguesa! Ese intento de permanencia provocaba tristeza. Ya estábamos volando a la luna. ¿Acaso tenía uno derecho a esperanzas privadas, si eran como las burbujas en el cazo? Sin embargo, la gente exageraba los trágicos acentos de su condición. Insistía demasiado en las seguridades desintegradas; aquello en lo que antes se creía y confiaba, quedaba amargamente rodeado de negra ironía. Se trataba de un modo de traducir la rechazada negrura burguesa de la estabilidad. También eso resultaba inadecuado, incorrecto. La gente justificaba la ociosidad, la tontería, la superficialidad, la destemplanza, la sensualidad, dándole la vuelta a la respetabilidad de antes.

La vista que Sammler tenía hacia el este era un suave vientre de asfalto que se elevaba y bajo el cual hervían las alcantarillas. Aceras rotas y cubiertas de cubos de basura. Piedras oscuras. Los ladrillos amarillos de casas como la suya. Pequeños racimos de antenas de televisión semejantes a látigos, gráciles y temblequeantes dendritas de metal que recogían imágenes del aire y llevaban hermandad y comunión

a la gente encerrada en los pisos. Hacia el oeste, el Hudson fluía entre Sammler y las grandes industrias Spry de Nueva Jersey, que lanzaban su mensaje eléctrico a través de la noche: SPRY. Pero él estaba medio ciego.

En el autobús, no obstante, había visto bastante bien. Había visto que se cometía un delito. Informó a los guardias, que no se mostraron muy impresionados. Podría haberse olvidado de aquel autobús, pero en cambio se obstinó en repetir la experiencia. Fue a Columbus Circle y permaneció allí hasta que vio de nuevo a su hombre. En cuatro fascinantes ocasiones fue testigo de los robos que cometía, y la primera tarde lo vio sacar la cartera de un bolsillo trasero del pantalón con levedad hasta hacerla caer abierta. Luego Sammler vio al elegante negro mover tranquilamente los dedos sin temor a estar delinquiendo, pasar las hojas de plástico de un portadocumentos con tarjetas de la Seguridad Social o de crédito, un lápiz de labios, unos pañuelos de papel, y abriendo el cierre de un monedero. Con el mismo ritmo despreocupado, los dedos sacaron dos dólares. Luego, con el toque de un médico sobre el vientre de un paciente, el negro cerró el monedero. Sammler, que se sentía como encogido por el esfuerzo y a quien le rechinaban los dientes, seguía mirando el bolso abierto de cuero, que ya había sido objeto del robo, colgando junto a la cadera de la mujer, y se sintió irritado con esta. De que no hubiera advertido nada. ¡Qué idiota! Iba por ahí con una especie de molde estúpido en el cráneo. Nada de instinto y como si no viviera en Nueva York. Mientras, el hombre se apartaba de ella, con los anchos hombros metidos en el abrigo de pelo de camello. Las gafas oscuras, diseño original de Christian Dior, el poderoso cuello envuelto en un pañuelo de seda color cereza. Bajo la nariz africana, un bigote perfectamente recortado. Se inclinó un poco hacia él y a Sammler le pareció que el abrigo olía a perfume francés. ¿Y si el hombre se hubiera fijado entonces en él? ¿Lo habría seguido hasta su casa? De eso Sammler no estaba seguro.

Maldito lo que le importaban el *glamour*, el estilo ni el arte de los criminales. Para él no eran héroes sociales. A veces había hablado acerca de eso con una de sus parientes más jóvenes, Angela Gruner, la hija del doctor Arnold Gruner, de New Rochelle, quien lo había traído a Estados Unidos en 1947 sacándolo de un campo de deportados en Salzburgo. Porque Arnold (Elya) Gruner tenía sentimientos familiares hacia el Viejo Mundo, y al leer las listas de refugiados en los periódicos *yiddish* había encontrado los nombres de Artur y Shula Sammler. Angela, que iba varias veces por semana a su psiquiatra a la vuelta de la esquina de donde Sammler vivía, visitaba a este con frecuencia. Era una de esas jóvenes hermosas, apasionadas y ricas que siempre pertenecían a una importante categoría social y humana. Mala educación. En literatura, casi todo francés. En el Sarah Lawrence College. Y Mr. Sammler tenía que esforzarse por recordar el Balzac que había leído en Cracovia en 1913. Vautrin, el criminal fugitivo. *Trompe-la-mort*. No, las historias de delincuentes no iban con él. Angela enviaba dinero a fundaciones para la defensa de asesinos y violadores negros. Allá ella.

Sin embargo, Mr. Sammler tenía que admitir que en cuanto vio actuar al carterista experimentó el enorme deseo de verlo robar de nuevo. No sabía por qué. Era algo extraordinario e, ilícitamente —es decir, en contra de sus sólidos principios—, anhelaba que se repitiera. Recordaba sin esfuerzo un detalle de sus viejas lecturas: el momento de *Crimen y castigo* en que Raskolnikov descargaba el hacha sobre la cabeza de la vieja, el escaso y grasiento cabello de esta, con mechones grises, la trenza de cola de rata sujeta a su cuello por un peinecillo roto de asta. O sea que el horror, el crimen, el asesinato, vivificaban todos los fenómenos, los detalles más corrientes de la experiencia. Tanto en el mal como en el arte había iluminación. Desde luego, recordaba el cuento de Charles Lamb: quemar una casa para asar un cerdo. ¿Era necesaria una conflagración general? Todo lo que se necesitaba era un fuego controlado en el sitio adecuado. Sin embargo, para pedirles a todos que no encendieran fuego hasta que no pudiera hacerse en el sitio indicado y de acuerdo con un estilo oportuno, quizá fuese pedir demasiado. Y mientras Sammler, apeándose del autobús, se proponía telefonar a la policía, el delito le daba el beneficio de una visión aumentada. El aire era más resplandeciente a última hora de la tarde, cuando aún quedaba luz del día. El mundo, Riverside Drive, se iluminaba de manera perversa porque la luz brillante hacía muy explícitos todos los objetos, y esa luminosidad tentaba al señor Minuciosamente Observador que era Artur Sammler. Por favor, presten atención todos los metafísicos. Así es esto. Nunca verán ustedes con mayor claridad. ¿Y qué conclusión sacan de ello? Esta cabina telefónica tiene el suelo de metal; las puertas verdes son suavemente plegables, pero el suelo está cubierto de orina seca, el teléfono de plástico está aplastado y al final del cable cuelga un muñón.

En tres manzanas no encontró un teléfono en el que pudiera introducir como es debido una moneda, y tuvo que regresar a su casa. En el vestíbulo de esta, la administración del edificio había instalado una pantalla de televisión para que el portero pudiese vigilar a los criminales. Pero el portero siempre estaba fuera. El zumbante rectángulo de radiación electrónica se encontraba vacío. Debajo se hallaba la respetable alfombra, oscura, de color terroso. El interior de la puerta del ascensor —unos flexibles rombos de metal que se doblaban— estaba mugriento y reluciente.

Sammler fue a su piso y se sentó en el sofá que Margotte había forrado con grandes cuadros de *bandanas* de Woolworth atados en las esquinas y clavados con alfileres a los viejos cojines. Marcó el número de la policía y dijo:

—Quiero denunciar un delito.

—¿Qué clase de delito?

—Un carterista.

—Un momento; ahora le pongo.

Se oyó un largo zumbido. Una voz a la que la indiferencia o el cansancio hacía atonal dijo:

—Sí.

Mr. Sammler, con su inglés de Oxford con acento polaco, procuró hablar del

modo más sintético, directo y objetivo posible. Para ahorrar tiempo y evitar interrogatorios complicados y detalles innecesarios.

—Quiero denunciar a un carterista que opera en el autobús de Riverside.

—Vale.

—¿Perdón?

—Que muy bien, que de acuerdo. Informe.

—Un negro, de metro ochenta de estatura y alrededor de noventa kilos, de unos treinta y cinco años, muy bien parecido y que viste muy bien.

—Vale.

—Pensé que debía llamar.

—Vale.

—¿Van ustedes a hacer algo?

—Se supone que debemos hacerlo, ¿no cree? ¿Cómo se llama usted?

—Artur Sammler.

—Bien, Art. ¿Dónde vive?

—Querido señor, eso ya se lo diré, pero le he preguntado qué piensan hacer ustedes con ese hombre.

—¿Qué le parece que debemos hacer?

—Arrestarlo.

—Primero tenemos que cogerlo.

—Deberían ustedes poner a uno de sus hombres en el autobús.

—No disponemos de nadie para destinarlo al autobús. Hay muchos autobuses, Art, y faltan hombres. Abundan las convenciones, los banquetes y cosas así que debemos vigilar, Art. Peces gordos y jefazos. Hay muchos clientes de Lord and Taylor, Bonwit's y Saks que se dejan el bolso en la silla mientras van a estudiar el género.

—Ya comprendo. Les falta a ustedes personal y hay prioridades, presiones políticas. Pero yo podría indicar quién es ese hombre.

—Otra vez será.

—¿No quieren ustedes que les diga quién es?

—Claro que sí, pero hay una lista de los que esperan.

—¿Y tengo yo que esperar en esa lista?

—Eso es, Abe.

—Artur.

—Arthur.

Sentado muy tenso, echado hacia delante bajo la brillante luz de la lámpara, Artur Sammler, que de pronto se sintió como un motociclista al que un guijarro de la carretera ha dado levemente en la frente, sonrió. ¡Estados Unidos! (se lo decía a sí mismo). Anunciado en todo el universo como la más deseable, la más ejemplar de todas las naciones.

—Vamos a ver si le entiendo, oficial, señor detective. Ese hombre va a robar a

más gente pero ustedes no van a hacer nada por impedirlo. ¿Es eso?

Eso era. El silencio se lo confirmó, aunque no se trataba de un silencio corriente.

—Adiós, señor —dijo Mr. Sammler.

Después de eso, en vez de evitar aquel autobús, Sammler lo tomó con mayor frecuencia que nunca. El ladrón tenía una ruta fija, se vestía para el trayecto, para su trabajo. Siempre con elegancia. A Mr. Sammler le llamó la atención, aunque no le asombró, comprobar que aquel hombre llevaba un pendiente de oro. Eso era demasiado para no contarlo y por primera vez habló a Margotte, su sobrina y patrona, y a Shula, la hija de esta, de aquel guapo, impresionante y arrogante carterista, aquel príncipe africano o gran bestia negra que iba en busca de alguien a quien devorar entre Columbus Circle y Verdi Square.

A Margotte le fascinó el asunto. Y estaba dispuesta a discutir durante todo el día, desde todos los puntos de vista, con pedantería alemana, cualquier cosa que fuera fascinante. ¿Quién era aquel negro? ¿Cuáles eran sus orígenes, su clase, sus actitudes raciales, sus puntos de vista psicológicos, sus verdaderas emociones, sus ideas estéticas y políticas? ¿Sería un revolucionario? ¿Lucharía en las guerrillas negras? A menos que tuviese algo en que pensar, Sammler era incapaz de estarse allí oyendo a Margotte. Esta no dejaba de ser agradable, pero en el aspecto teórico resultaba muy aburrida, y cuando le daba por un tema serio, uno estaba perdido. Por eso Sammler se dedicó a moler su café, hervir agua, meter cebollas en la fresquera e incluso orinar (mientras meditaba sobre la melancolía inherente a la naturaleza humana, que se afanaba continuamente, según Aristóteles). Porque las mañanas podían transcurrir mientras Margotte, con su natural bondad, especulaba. Sammler había aprendido la lección una semana en que ella quiso analizar la frase de Hannah Arendt «La banalidad del mal» y lo retuvo en el cuarto de estar, sentado en un sofá (hecho de caucho, con armazón de madera contrachapada y tubos metálicos de cinco centímetros, y que en el respaldo tenía unos cojines trapezoidales cubiertos con tela de algodón gris oscuro). Él no podía decidirse a decir qué pensaba, en primer lugar porque muy pocas veces la escuchaba. Por otra parte, dudaba mucho de poder expresarse con claridad. Además, casi toda la familia de ella, como la suya propia, había muerto a manos de los nazis, aunque Margotte hubiera logrado escapar en 1937. Él, en cambio, no. La guerra lo había sorprendido, con Shula y su ahora difunta esposa, en Polonia. Habían ido allí para liquidar las propiedades de su suegro. Los abogados deberían haberse ocupado de ello, pero Antonina quería supervisarlo personalmente. La mataron en 1940 y la fábrica que tenía el padre de ella, de instrumentos de óptica (pequeña), fue desmantelada y enviada a Austria. No le pagaron ningún tipo de indemnización después de la guerra. Margotte, en cambio, recibió dinero del gobierno alemán por la propiedad que su familia tenía en Frankfurt. Arkin no le había dejado mucho y ella necesitaba ese dinero alemán. En tales circunstancias no se puede discutir con la gente. Sin duda, también él había sufrido sus penalidades, y ella lo reconocía. Había perdido a su mujer, había perdido un ojo.

Sin embargo, desde un punto de vista teórico, ahora era posible discutir la cuestión. Solo como cuestión. El tío Artur, sentado, las rodillas altas en la silla giratoria, los ojos bajo unas cejas claras y abundantes, cubiertos por cristales oscuros, la frente surcada de venas y la boca apretada, decidido a mantenerse callado.

—La cosa es —dijo Margotte— que no nos hallamos ante un gran espíritu maligno. Esa gente era demasiado insignificante, tío. No eran más que personas corrientes, de clase baja, empleados de poca importancia, pequeños burócratas, o *lumpenproletariat*. Una sociedad de masas no produce grandes criminales. Es a causa de la división del trabajo en la sociedad por lo que se hace pedazos la idea de la responsabilidad general. Se desmigaja. Es como si, en vez de en una selva con enormes árboles, hubiera que pensar en pequeñas plantas con raíces podridas. La civilización moderna ya no crea grandes fenómenos individuales.

El difunto Arkin, que solía mostrarse afectuoso e indulgente, sabía cómo hacer callar a Margotte. Era alto, espléndido, bigotudo y tenía un cerebro sutil y excelente. Su fuerte había sido la teoría política. Enseñaba en el Hunter College, a mujeres. Muchachas encantadoras, idiotas, tontas, según decía. De vez en cuando topaba con alguna inteligencia femenina poderosa, pero muy irritable, quejosa, con demasiada ideología sexual, pobrecilla. Fue al ir a Cincinnati para dar una conferencia en algún colegio hebreo, cuando el avión en que Arkin viajaba se estrelló. Sammler reparaba en el modo en que la viuda de Arkin intentaba imitarlo. Se había convertido en una teórica política. Hablaba en nombre de él y como se suponía que lo hubiera hecho, pero no quedaba nadie para proteger esas ideas. Lo mismo les ocurrió a Sócrates y a Jesús. Había que admitir que, hasta cierto punto, Arkin disfrutaba con la atormentadora conversación de Margotte. Sus tonterías le agradaban, y bajo sus bigotes hacía una mueca dirigida a sí mismo, extendía los brazos hacia los extremos de los cojines trapezoidales y tras quitarse los zapatos (como hacía siempre que se sentaba) ponía un pie encima del otro. Pero cuando ella llevaba ya un rato hablando, Sammler decía: «¡Basta, ya está bien de ese *schmaltz* de Weimar! ¡Basta, Margotte!». Esa viril interrupción no volvería a oírse en aquel disparatado cuarto de estar.

Margotte era baja, llenita. Sus piernas, cubiertas con medias negras de malla, eran atractivamente redondas, sobre todo en la parte inferior de los muslos. Cuando estaba sentada, adelantaba un pie igual que una bailarina, con el empeine curvado hacia fuera. Apoyaba el fuerte puño en la cadera. Arkin le dijo una vez al tío Sammler que Margotte era un mecanismo de primera clase a la espera de que alguien lo impulsara en la dirección adecuada. Añadió que se trataba de una buena chica pero que en su enérgica bondad podía ser utilizada de modo tremendamente equivocado. Sammler se daba perfecta cuenta de ello. Margotte era incapaz de lavar un tomate sin mojarse las mangas. Robaron en el piso porque ella, para admirar una puesta de sol, había abierto la ventana y había olvidado cerrarla. Los ladrones entraron en el comedor desde el tejadillo que había justo debajo. La compañía de seguros no reconoció el valor sentimental de sus medallones, cadenas, anillos y reliquias familiares. Las ventanas

estaban ahora clavadas y tapadas con cortinas. Se comía a la luz de las velas. Solo la luz necesaria para ver las reproducciones enmarcadas del Museo de Arte Moderno y, al otro lado de la mesa, a Margotte sirviendo, salpicando el mantel; su adorable sonrisa, oscura y tierna, con sus limpios e imperfectos dienteillos, y los ojos de un azul oscuro, carentes de maldad. Una criatura molesta, terca, animada, voluntariosa, inhábil. Las copas y la vajilla estaban grasientas. Se le olvidaba tirar de la cadena del váter. Pero todo eso podía soportarse fácilmente. Lo malo era su seriedad y la tozudez germánica con que consideraba todo lo referente a este mundo. Como si no supusiese bastante trastorno ser judía, la pobre mujer era, además, alemana.

—Así pues, ¿qué opinas de eso, querido tío Sammler? —preguntó por fin—. Sé que has pensado mucho en ello. Tienes tanta experiencia... y tú y Ussher conversabais tanto sobre aquel loco, Rumkowski, el de Lodz... ¿Qué crees?

El tío Sammler tenía unas mejillas compactas y de buen color para un hombre de más de setenta años, y no estaba muy arrugado. Sin embargo, en el lado izquierdo, el lado ciego, presentaba unas largas resquebrajaduras, semejantes a las de un cristal roto o un pedazo de hielo.

Contestar resultaba de poca utilidad. De hecho, produciría más discusión, más explicaciones. Sin embargo, se estaba dirigiendo a él otro ser humano. Y Sammler era anticuado: se hacía necesaria la cortesía de alguna respuesta.

—La idea de hacer que el gran crimen del siglo parezca algo sin importancia no es banal. Política y psicológicamente, los alemanes tuvieron una ocurrencia genial. La banalidad no era más que camuflaje. ¿Qué mejor medio para librar de la maldición al asesinato que hacerlo pasar por corriente, aburrido, trivial? Con horrible penetración psicológica hallaron la manera de disfrazar aquello. Los intelectuales no comprenden. Sus ideas sobre esta clase de cosas las sacan de la literatura. Esperan hallar un héroe malvado como Ricardo III. Pero ¿crees que los nazis sabían lo que era el asesinato? Todos (excepto ciertas presumidas refinadas) saben en qué consiste el asesinato. Es un conocimiento humano muy antiguo. Desde el comienzo de los tiempos, los mejores y más puros seres humanos han comprendido que la vida es sagrada. Desafiar esa antigua convicción no representa una banalidad. Hubo una conspiración contra el carácter sagrado de la vida. La banalidad es el disfraz adoptado por una voluntad poderosa para abolir la conciencia. ¿Puede tacharse de banal un proyecto como ese? Para ello tendría que serlo la vida humana. El enemigo de esa profesora es la propia civilización moderna. Utiliza a los alemanes para atacar al siglo veinte, para denunciarlo en términos inventados por los alemanes. Se vale de una historia trágica para fomentar las disparatadas ideas de los intelectuales de Weimar.

¡Argumentos! ¡Explicaciones!, pensó Sammler. Todos les explicarán todo a todos hasta que la próxima y nueva versión común esté lista. Esta versión, residuo de lo que durante un siglo o así las personas vienen diciéndose unas a otras, será, como la antigua, una ficción. Quizá se incorporen más elementos de la realidad a la nueva versión. Pero lo importante era que la vida debía recobrar su plenitud, su turgencia

normal y satisfecha. Por supuesto, todas las opiniones rancias, antiguas debían desaparecer para que estuviésemos más cerca de la naturaleza, y esto último era necesario para equilibrar los logros del Método moderno. Los alemanes habían sido los gigantes de este tanto en la industria como en la guerra. Para descansar del racionalismo y el cálculo, de la maquinaria, la planificación, la técnica, contaban con el romanticismo, la mitomanía y un peculiar fanatismo estético. También estos eran como máquinas (la máquina estética, la máquina filosófica, la máquina mitomaniaca, la máquina de la cultura). Máquinas en el sentido de ser sistemáticos. El sistema exige mediocridad, no grandeza. El sistema se basa en el trabajo. El trabajo en relación con el arte es banalidad. De ahí la sensibilidad del alemán culto para todo lo banal. Esto pone en evidencia la norma, el poder del Método y la sumisión de ellos al mismo. Sammler tenía todo eso resuelto. Alerta al peligro y la desgracia de las explicaciones, no era lo que se dice un explicador. E incluso en el pasado, en los encantadores años veinte y treinta, cuando un «inglés» que vivía en Great Russell Street conocía personalmente a Maynard Keynes, Lytton Strachey y H. G. Wells y le encantaban los puntos de vista británicos, todo ello antes del gran achuchón, la física humana de la guerra con sus volúmenes y sus vacíos (aquel período de dinámica y acción directa sobre el individuo, comparable biológicamente al nacimiento) nunca se había fiado mucho de su juicio en lo referente a los alemanes. La República de Weimar no le atraía para nada. No, hubo una excepción: había admirado a los Plank y Einstein, y a muy pocos más.

De todos modos, no iba a ser uno de esos amables tíos europeos con los que las Margottes de este mundo podían pasarse todo el día discutiendo al más alto nivel. A ella le habría gustado que la siguiese por todo el piso mientras se pasaba dos horas vaciando las bolsas de la compra o buscando una salchicha para el almuerzo que tenía en la despensa; o mientras batía y alisaba la cama con sus fuertes y cortos brazos (desde la muerte de Ussher había conservado piadosamente sin cambios el dormitorio: su silla giratoria, su taburete, sus Hobbes, Vico, Hume y Marx subrayados), que conversase con ella. Sammler sabía que, incluso si podía meter alguna palabra, estaba irremediabilmente cercado de antemano. A Margotte la impulsaban unos enormes deseos de hacer el bien. Y verdaderamente era buena (eso no podía negarse), siempre se hallaba ilimitada, dolorosa e inevitablemente del lado bueno, del mejor lado, en cada gran cuestión humana: la creatividad, los jóvenes, los negros, los pobres, los oprimidos, las víctimas, los pecadores, los hambrientos.

Una significativa observación acerca de Ussher Arkin, y que dio mucho que pensar después de su muerte, era que había aprendido a practicar el bien como si de un vicio se tratara. Debía de haber estado pensando en su esposa como compañera sexual. Probablemente ella lo hubiese inducido a inventos eróticos y hubiera hecho de la monogamia un desafío fascinante. Margotte, que siempre estaba hablando de Ussher, lo llamaba, germánicamente, «mi Hombre». «Cuando mi Hombre vivía...». «Mi Hombre solía decir...». A Sammler le daba pena su enviudada sobrina. Uno

podía criticarla indefinidamente. Con su elevación mental resultaba aburrida, le robaba a uno despiadadamente el tiempo y acababa haciéndole perder la paciencia. Hablaba, por ejemplo, de trastos, pues en la casa acumulaba muchos, por ejemplo las plantas que pretendía cultivar. Plantaba aguacates, semillas de limón, guisantes, patatas. ¿Podía haber algo más sucio e inútil que aquellas macetas? Las matas se arrastraban por el suelo y trataban de elevarse por una cuerda esperanzadoramente sujeta del techo con grapas. Las ramas de los aguacates parecían bengalas que hubieran caído tras estallar en el aire y daban unas hojas color óxido, puntiagudas, de muy mal aspecto. Esa botánica fealdad, que era el resultado de tanto remover la tierra, de tanto regar, de afanarse con los brazos y el pecho, de tanta constancia y esperanza, le decía a uno algo, ¿no? Ante todo, decía que los hechos individuales se encontraban llenos de mensajes y significados, pero no se podía estar seguro de lo que esos mensajes querían decir. Margotte deseaba tener un emparrado en su cuarto de estar, una pantalla de hojas relucientes, un jardín, bendiciones de frescor y belleza, algo que le permitiese ser, como mujer, la germinadora, la matriarca de aljibes y jardines. La humanidad, a la que chiflan los símbolos, tratando de pronunciar lo que ni siquiera entiende. Entretanto, solo había aquellas pobres ramitas sin plumas extendidas en forma de abanico; nada de morado de pavo real, ni azul suave, ni auténtico verde, sino nuevas manchas ante los ojos. ¿Acaso la redimía un sentimiento de pronto y disponible calor humano? No, no existía modo de estar seguro de ello. El cansancio del incesante esfuerzo analítico le produjo a Mr. Sammler dolor de cabeza. Lo peor era que aquellas plantas mortecinas no podían responderle. No había suficiente luz. Demasiado desorden.

Pero si se hablaba de desorden, mucho peor era su hija, Shula. Él había vivido con Shula durante años, al este de Broadway. También ella tenía muchas rarezas, a juicio de su viejo padre. Coleccionaba cosas con auténtica pasión. Para decirlo claramente, era una basurera. Más de una vez la había visto por Broadway buscando en cubos de la basura (o, como los llamaba él, cubos de desechos). No era vieja, ni tenía mal aspecto, ni siquiera iba demasiado mal vestida si se miraba prenda por prenda. La impresión que producía en conjunto no habría sido peor que vulgar de no haber estado evidentemente chalada. Vestía una minifalda de un verde tapete de mesa de billar, que revelaba unas piernas de apariencia sensual pero sin sensualidad interna; un ancho cinturón de cuero; una tosca blusa guatemalteca que le cubría los hombros y el busto, y en la cabeza una peluca como la que se pondría un hombre que quisiera imitar a una mujer en una convención de vendedores. Su propio cabello era muy rizado, lo cual representaba una pequeña distorsión que la enfurecía. Exclamaba que su pelo era demasiado fino, masculino. Esto último era verdad, pero no lo otro. Lo había heredado de la madre de Sammler, una mujer histérica, sin duda, y que no tenía nada de masculina. Pero ¿cómo saber cuántas dificultades y complicaciones iban asociadas con el cabello de Shula? Y más arriba, siguiendo una línea imaginaria de iluminación sobre la nariz, que era fina pero distorsionada por inquietantes

movimientos, sobre la ridícula protuberancia de los labios (como hinchados, pintados de rojo oscuro), y hacia abajo por entre los pechos hasta la mitad del cuerpo, ¡qué problemas debía de haber! Sammler le había oído contar que había llevado su peluca a un buen peluquero para que la arreglase y este había rechazado el trabajo porque no le reportaba suficiente dinero. Sammler no sabía si aquel era un incidente aislado que implicaba a un estilista homosexual o si había ocurrido en varias ocasiones aisladas. Veía muchos elementos insólitos en su hija. Cosas que no podían relacionarse efectivamente unas con otras. Por ejemplo, las pelucas hacían pensar en que mantenía con el judaísmo una relación de ortodoxia. Al parecer conocía a muchos rabinos de famosas sinagogas de Central Park West y en el East Side. Asistía a sermones y conferencias gratuitas. Sammler no sabía de dónde sacaba Shula paciencia para eso. En cuanto a él, era incapaz de soportar durante más de diez minutos una conferencia. Pero ella, con sus grandes y listos ojos de chiflada, la cara cubierta de maquillaje blanco y el ceño fruncido en una expresión de concentración, permanecía sentada sobre su arrugada falda, sujetando entre las rodillas la bolsa de la compra con las cosas que había ido recogiendo, cupones y literatura barata. Después era la primera en preguntar. Llegó a conocer muy bien al rabino, a la esposa de este y al resto de su familia metiéndose en discusiones dadaístas en torno a la fe y el ritual. El sionismo, Masada, los árabes. Pero también pasaba por períodos cristianos. Había pasado cuatro años oculta en un convento polaco, la llamaban Slawa, y ahora había veces en que solo respondía por ese nombre. Para Pascua de Resurrección era casi siempre católica. Cumplía con el Miércoles de Ceniza y a veces el viejo caballero la veía con una mancha de ceniza entre los ojos. Con los ricitos judíos de pelo ensortijado descendiendo de la peluca junto a las orejas y los floridos labios muy rojos, escéptica, acusadora, afirmando algo serio sobre su aspiración vital, su derecho a ser... lo que fuese. Siempre iba muy maquillada: la boca completaba las premisas establecidas desde un punto de vista insensato por los oscuros ojos. Quizá no estuviera chiflada del todo. Pero llegaba, por ejemplo, diciendo que unos policías montados la habían atropellado en Central Park. Intentaban capturar un ciervo que se había escapado del zoo y ella estaba absorta leyendo un artículo de *Look*, de modo que la habían arrollado. Sin embargo, estaba muy contenta. Para Sammler, ella era demasiado alegre. Por la noche escribía a máquina, y mientras lo hacía cantaba. La tenía empleada el primo Gruner, el médico, que había inventado ese trabajo para ella. Gruner la había salvado (a eso había llegado) de su igualmente chiflado esposo, Eisen, allá en Israel, adonde diez años atrás había enviado a Sammler para que se llevase a Shula-Slawa a Nueva York.

Aquel era el primer viaje que Sammler hacía a Israel.

Muy breve. Por asuntos de familia.

Eisen era un hombre insólitamente guapo, muy atractivo, al que habían herido en Stalingrado. Más adelante, con otros veteranos mutilados en Rumanía, fue arrojado de un tren en marcha, al parecer por su condición de judío. A Eisen se le helaron los

pies, y tuvieron que amputarle los dedos. «Bah, estaban borrachos —dijo en Haifa—. Buena gente... *tovarischni*. Pero ya sabes cómo son los rusos cuando han bebido unos vasos de vodka». Hizo una mueca a Sammler. Tenía el cabello negro y rizado, una bella nariz romana y unos dientes afilados y brillantes mojados de saliva. Lo malo era que pateaba y pegaba a Shula-Slawa con mucha frecuencia, incluso de recién casados. En el piso de Haifa, que era pequeño y olía a piedra y cal, el viejo Sammler contemplaba las ramas de las palmeras en la atmósfera cálida y clara. Shula cocinaba para ellos según las recetas de un libro mexicano de cocina, preparaba una salsa de chocolate amarga, rallaba cocos sobre pechugas de pollo y se quejaba de que en Haifa no se conseguía chutney.

—Cuando me tiraron —dijo Eisen alegremente—, pensé ir a ver al Papa. Cogí un bastón y fui a Italia andando. El bastón era mi muleta, ¿comprendes?

—Comprendo.

—Fui a Castelgandolfo. El Papa se mostró muy amable con nosotros.

A los tres días Mr. Sammler comprendió que debía llevarse a su hija.

No podía permanecer mucho tiempo en Israel. No quería gastarse el dinero de Elya Gruner. Pero visitó Nazaret y fue en taxi a Galilea impulsado por el interés histórico de aquello, y porque estaba cerca. En una carretera arenosa encontró a un gaucho. Con un sombrero plano atado bajo la ancha barbilla, con pantalones bombachos argentinos metidos en las botas y unos bigotes a lo Douglas Fairbanks, preparaba comida para las pequeñas criaturas que corrían en torno a él en un recinto alambrado semejante a un gallinero. El agua de una manguera brotaba clara y agradable al sol sobre un puré amarillo manchándolo de naranja. Los animales, pequeños pero gordos, eran blandos, pesados, y les brillaba la piel, opulenta y densa. Eran nutrias. Con sus pieles se hacían sombreros de los que se llevan en climas fríos. Abrigos para señoras. Mr. Sammler, que se sentía colorado a causa del sol galileo, interrogó al hombre. Con su voz de bajo de viajero distinguido —un cigarrillo entre los velludos nudillos—, hizo varias preguntas al gaucho. Ninguno de los dos hablaba hebreo. Ni la lengua de Jesús. Sammler recurrió al italiano, que el argentino criador de nutrias comprendía. La cara hermosa y pesada seguía con atención los movimientos de las voraces bestias alrededor de sus botas. Era besárabe-sirio-sudamericano, un vaquero israelí de habla hispana y que procedía de las pampas.

¿Mataba él mismo a los pequeños animales? Sammler quería saberlo. Su italiano nunca había llegado a ser correcto.

—*Uccidere? Ammazzare?*

El gaucho comprendió. Cuando llegaba el tiempo, él mismo mataba a las nutrias. Les pegaba con un palo en la cabeza.

¿Y no le importaba hacerle eso a su pequeño rebaño? ¿No los conocía desde la infancia, no sentía ternura por algunos, acaso no tenía favoritos? El gaucho respondió a todo que no, sacudiendo su bella cabeza. Dijo que las nutrias eran muy estúpidas.

—Son muy tontas —dijo en español.

—*Arrivederci* —se despidió Sammler.

—Adiós. *Shalom*.

Mr. Sammler alquiló un coche que lo llevó a Cafarnaum, en cuya sinagoga había predicado Jesús. Desde lejos, vio el monte de las Beatitudes. No habrían bastado dos ojos para la densidad y uniformidad del color, en el que se alejaban con dificultad barcas de pesca. El agua azul, insólitamente densa y pesada, parecía hundida bajo las desnudas alturas sirias. Mientras estaba bajo los pequeños y frondosos bananos, Mr. Sammler sentía que los sentimientos desgarraban su corazón.

*¿Y anduvieron esos pies,
en la antigüedad...?*

Pero aquel era el verde de las montañas inglesas. Las montañas de enfrente, en serpentina desnudez, no eran en absoluto verdes, sino rojizas, con cavidades ahumadas y misterios de poder inhumano flameando por encima de ellas.

Las muchas impresiones y experiencias de la vida ya no parecían ocurrir en el lugar adecuado, en secuencia, cada una con su reconocible importancia religiosa o estética, pero los seres humanos sufrían las humillaciones de la inconsecuencia, de los confusos estilos, de una larga vida que contenía diversas vidas separadas. En realidad, toda la experiencia de la humanidad cubría cada vida separada, inundándola. Haciendo simultáneos todos los períodos de la historia. Obligando a la frágil persona a recibir, a registrar, privándola con el volumen, con la masa, del poder de comunicar un designio.

Bien, aquella fue la primera visita de Sammler a Tierra Santa. Una década después, con otro objetivo, volvió allí.

Shula había regresado con Sammler a América. Rescatada de Eisen, que la zurraba, dijo, porque ella acudía a sacerdotes católicos, porque era una mentirosa (las mentiras lo ponían furioso; los paranoicos, fue la conclusión a la que llegó Sammler, se apasionan más por la pura verdad que los demás locos), Shula-Slawa se instaló en Nueva York. Es decir, creó un gran centro de confusión en el Nuevo Mundo. Mr. Sammler, un cortés Slim-Jim (el apodo que el doctor Gunter le había puesto), un padre considerado que murmuraba elogios ante todos los trastos que le presentaban, era en ciertas ocasiones explosivo, y si lo provocaban podía ser más violento que otras personas. En realidad, su reclamación de una indemnización al gobierno de Bonn se basaba en el daño sufrido tanto por su sistema nervioso como por su ojo. Los ataques de furia, muy raros pero intensos, le producían agudos dolores de cabeza y lo dejaban en un estado postepiléptico. Luego se pasaba casi una semana en una habitación a oscuras, rígido, con las manos crispadas sobre el pecho, lastimado, dolorido, incapaz de responder cuando le hablaban. Con Shula-Slawa tuvo una serie de esos ataques. En primer lugar, no soportaba el edificio donde Gruner los había

alojado, con el escalón de piedra ladeado al comienzo de la escalera que conducía al sótano donde estaba la lavandería china de al lado. El vestíbulo de la casa le ponía malo, con aquellas baldosas semejantes a dientes amarillos cubiertas de una desesperante suciedad, por no hablar del hediondo ascensor. El cuarto de baño donde Shula tenía un pollito de Pascua, de Kresge, hasta que se convirtió en una gallina que cacareaba subida al borde de la bañera. La decoración navideña duraba hasta entrada la primavera. En cuanto a las habitaciones, eran como aquellas polvorientas campanillas de Navidad hechas de papel rojo, con unos dobleces dentro de otros. Un buen día encontró la gallina en su habitación, encima de sus documentos y libros, y se hartó. Se daba cuenta de que el sol brillaba, de que el cielo estaba azul, pero el combado edificio, un peso pesado barroco en forma de jarrón, le hizo sentir que su habitación del duodécimo piso era como una trampa en la que estaba encerrado y las satánicas patas de la gallina, de un amarillo arrugado, con las garras clavadas en sus papeles, lo hicieron chillar.

Shula-Slawa se mostró de acuerdo en que su padre debía mudarse. Le decía a todo el mundo que la vida de trabajo que él había llevado, su recuerdo a H. G. Wells, lo hacían demasiado tenso para que alguien pudiera vivir con él. Shula tenía a H. G. Wells metido en el cerebro de tanto haber oído hablar de él. H. G. Wells era el ser humano más augusto de que tenía noticia. Era ella una niña pequeña cuando los Sammler vivían en Woburn Square, Bloomsbury, y con su genio infantil se daba perfecta cuenta de las pasiones de sus padres: lo orgullosos que estaban de sus importantes relaciones, su esnobismo, lo satisfechos que se mostraban de la selecta minoría cultural en Inglaterra. Cuando en aquellos días de Bloomsbury anteriores a la guerra el viejo Sammler pensaba en su mujer, interpretaba una cierta manera tranquila que tenía ella de expresarse con un movimiento descendente de la mano, tan delicado que era preciso conocerla muy bien para comprender que se trataba de un ademán de jactancia: tenemos la familiaridad más distinguida con la mejor gente de Inglaterra. Un pequeño vicio —casi nutritivo, digestivo— que le ponía a Antonia más suaves las mejillas, más fino el cabello, que daba mejor color a su cara. Si ascender un poco en la escala social la embellecía (engrosándole las piernas; Sammler, que ya no trataba de evitar esas salidas mentales, no había podido eludir este pensamiento), estaba femeninamente justificada. El amor es el cosmético más poderoso, pero hay otros. Y la chiquilla pudo haber observado cómo bastaba que su madre oyera hablar de Wells para que esto ejerciera sobre ella una influencia combinada erótico-social. Sin juzgar, y recordando a Wells siempre con respeto, Sammler sabía que este había sido un hombre de una sensualidad extraordinaria y laberíntica. Como biólogo, como pensador social preocupado por el poder y por proyectos mundiales, el moldeamiento de un orden universal, como proveedor de interpretación y opinión para las clases educadas... por todo ello parecía necesitar copular mucho. Sammler lo recordaba como un pequeño Limey de clase baja y como un hombre envejecido de habilidad y atractivo declinantes. Y ante el dolor que le producía tener que prescindir de los

pechos, las bocas y los preciadísimos fluidos sexuales de las mujeres, el pobre Wells, maestro por naturaleza, emancipador del sexo, el explicador, el que bendecía a la humanidad, solo podía, finalmente, maldecir a todos. Desde luego, esas cosas las escribió en el transcurso de su última enfermedad, horriblemente deprimido por la Segunda Guerra Mundial.

Lo que Shula-Slawa dijo volvía a Sammler de modo divertido a través de Angela Gruner. Shula visitaba a Angela en los East Sixties, donde su prima tenía el bello, libre y rico ideal de piso de una mujer joven en Nueva York. Shula lo admiraba. Aparentemente sin envidia, sin pensar en sí misma, Shula, con su peluca y su bolsa de la compra, con la blanqueada cara fruncida por una continua inspiración (recibiendo y transmitiendo alocados mensajes), se sentaba de la forma más rara posible en la superconfortable tapicería de Angela, porcelana y tenedores con manchas de carmín. Según la versión de Shula, su padre había sostenido conversaciones con H. G. Wells durante varios años. En 1939 se llevó con él a Polonia las notas que había tomado, con la esperanza de disponer de tiempo libre para escribir unas memorias. Entonces el país hizo explosión. En el géiser que se elevó unos cuatro kilómetros iban las notas de papá. Pero (¡con la memoria que él tenía!) se las sabía, y solo había que preguntarle lo que Wells le había dicho sobre Lenin, Stalin, Mussolini, Hitler, la paz mundial, la energía atómica, la Conspiración Abierta, la colonización de los planetas. Papá recordaba pasajes enteros. Por supuesto, tenía que concentrarse. Y entonces Shula volvió a mencionar el hecho de que él se hubiese mudado a la casa de Margotte, que a esas alturas parecía ser idea de ella. Él se había trasladado allí para concentrarse mejor. Pero, evidentemente, exageraba. Tenía tan buen aspecto. Era una persona tan distinguida. Las viudas de cierta edad siempre estaban preguntando por él. La madre del rabino Ipsheimer, e incluso la abuela de este. Sin embargo (seguía informando Angela), Wells le había comunicado a Sammler cosas que la gente ignoraba. Cuando llegaran a publicarse asombrarían a todo el mundo. El libro tendría forma de diálogos, como los que había recogido A. N. Whitehead y que Sammler admiraba tanto.

En voz baja y ronca, y en tono de broma, Angela (que no llegaba por muy poco a ser basta, aunque se trataba de una mujer maravillosa) dijo:

—Ella siempre está hablando de Wells. ¿Erais tan amigos?

—¡Oh, querida! A pesar de mis años, soy un hombre de mi tiempo. En la actualidad ya no se encuentran personas como David y Jonathan, Roland y Olivier, amigos así de íntimos. Su compañía era muy agradable. También parecía gustarle charlar conmigo. En cuanto a sus opiniones, solo eran un montón de puntos de vista inteligentes. Los expresaba siempre que podía, lo que ocurría muy a menudo. Y cuanto decía yo lo encontraba por escrito. Era un grafómano, como Voltaire. Su actividad mental resultaba insólita, creía poder explicarlo todo, y algunas ideas las formulaba muy bien. Por ejemplo: «La ciencia es la mente de la raza». Y es verdad, ¿sabes? Es preferible poner eso de relieve que otros hechos colectivos como la

enfermedad o el pecado. Cuando veo el ala de un reactor no solo veo metal, sino metal templado por el acuerdo de muchas mentalidades que saben cuáles son la presión, la velocidad y el peso necesarios, y puedes averiguar por sus reglas de cálculo si son hindúes o chinos o del Congo o de Brasil. Sí, en conjunto era una persona sensata e inteligente que en muchos asuntos llevaba razón.

—¿Y a ti solía interesarte lo que decía?

—Desde luego, me interesaba.

—Pero ella dice que estás escribiendo esa gran obra a un kilómetro por minuto. —Y se reía. No solo se reía, sino que lo hacía brillantemente. En Angela se encontraba uno sin remisión con la feminidad sensual. Además, se olía. Llevaba las raras y estilizadas prendas que Sammler observaba como si procediese de una parte diferente del universo. ¿Qué eran aquellos borceguíes de cabritilla blanca? ¿Qué podían ser las opacas mallas? ¿Adónde conducían? Aquel efecto del cabello, llamado escarchado, aquel color en el hocico de leona, el bamboleo para realzar el natural poder del busto. Su chaqueta de plástico, inspirada en los cubistas y Mondrian, de formas geométricas blancas y negras; sus pantalones de Courrèges y Pucci. Sammler seguía esos fenómenos de la moda en el *Times* y en revistas femeninas enviadas por la propia Angela. No con demasiada atención. No leía mucho acerca de eso. Procurando no gastarse la vista, pasaba rápidamente las páginas ante su único ojo, y la amplia frente registraba mentalmente el estímulo. El ojo izquierdo dañado parecía volverse en otra dirección, preocuparse por separado de diferentes materias. Así, a través de muy rápidos cambios, Sammler conoció a Warhol, a Baby Jane Holzer mientras duró, el *living theater*, los estallidos del despliegue desnudista cada vez más revolucionario, Dionisio 69, las cópulas en el escenario, la filosofía de los Beatles y, en el mundo del arte, las exhibiciones eléctricas y la pintura minimalista. Angela andaba ya por la treintena, era independiente y rica, tenía la piel rubicunda, el cabello de un dorado blanquecino, los labios gruesos. Temía la obesidad. Ayunaba o bien comía como un estibador. Se entrenaba en un gimnasio de moda. Sammler conocía sus problemas; no tenía más remedio que enterarse, pues ella se los explicaba con lujo de detalle. En cambio, Angela nunca se interesaba por los problemas de él. Sammler hablaba raras veces y ella apenas le preguntaba. Además, él y Shula eran huéspedes de su padre, dependían de este o como quieran ustedes llamarlo. De modo que, después de las sesiones con el psiquiatra, Angela acudía al tío Sammler como a un seminario para analizar la hora precedente. Así el anciano sabía lo que ella hacía y sentía. Tenía que escuchar cuanto ella quería contarle. No podía elegir.

En sus días del *Gymnasium*, Sammler tradujo en una ocasión esta frase de san Agustín: «El diablo ha establecido sus ciudades en el Norte». Reflexionó muchas veces sobre ello. En Cracovia, antes de la Primera Guerra Mundial, había tenido otra versión de eso: una oscuridad desesperante, el horrible fango amarillento, de cinco centímetros de espesor, sobre los guijarros de las calles judías. La gente necesitaba sus velas, sus lámparas y sus cacharros de cobre, sus rajadas de limón a imagen del sol.

Esa era la conquista del espanto, siempre con la ayuda de símbolos mediterráneos. Ambientes lóbregos superados mediante religiones importadas y amenidades locales domésticas. Sin el poder del Norte, sin sus minas y sus industrias, el mundo nunca habría alcanzado su asombrosa forma moderna. Y a pesar de Agustín, Sammler siempre había amado las ciudades del Norte, sobre todo Londres. La bendición de su penumbra, sus lluvias grises y las oportunidades de un ambiente sombrío y calmo. Allí se avenía uno con la oscuridad, con los tonos apagados, y no se pedía plena claridad mental ni de motivos. Pero ahora la extraña afirmación de Agustín requería una nueva interpretación. Escuchando a Angela atentamente, Sammler percibía diferentes desarrollos. La influencia del puritanismo estaba acabando. Los tenebrosos molinos satánicos se convertían en claros molinos satánicos. Los réprobos se volvían hijos de la alegría, los estilos sexuales del serrallo y de la selva del Congo eran adoptados por las masas emancipadas de Nueva York, Amsterdam, Londres. ¡El viejo Sammler con sus retorcidas visiones! Veía el creciente triunfo de la Ilustración: ¡Libertad, Fraternidad, Igualdad, Adulterio! Ilustración, educación universal, sufragio universal, el reconocimiento de los derechos de la mayoría por todos los gobiernos, los derechos de la mujer, los derechos de los niños, los derechos de los criminales, la afirmación de la unidad de las diferentes razas, la Seguridad Social, la salud pública, la dignidad de la persona, el derecho a la justicia... y se ganaban las luchas de tres siglos revolucionarios mientras los vínculos feudales de la Iglesia y la Familia se debilitaban y los privilegios de la aristocracia (sin deberes) se esparcían, democratizados, sobre todo los privilegios libidinosos, el derecho a no tener inhibiciones, a ser espontáneo, orinador, defecador, eructador, a acoplarse en todas las posturas, triplicarse, cuadruplicarse, por polimorfo, noble por ser natura, primitivo, combinando el ocio y la lujosa inventiva de Versalles con la facilidad erótica de Samoa. Ahora imperaba un oscuro romanticismo, tan antiguo por lo menos como el extraño orientalismo de los caballeros templarios, y desde entonces colmado por gente como lady Stanhope, Baudelaire, Nerval, Stevenson y Gauguin, esos bárbaros que amaban el Sur. Oh sí, los templarios. Habían adorado a los musulmanes. Un pelo de la cabeza de un sarraceno valía más que todo el cuerpo de un cristiano. ¡Qué disparatado fervor! Y ahora todo el racismo, todas las eróticas y extrañas persuasiones, el turismo y el color local, el exotismo que contenían, se extendían excepto a las masas mentales, heredándolo todo en un estado degradado, formando la idea de que había una enfermedad corruptora en ser blanco, y los negros poseían un poder saludable. Los sueños de los poetas del siglo XIX contaminaban la atmósfera psíquica de los grandes suburbios de Nueva York. Añádase a esto la desatinada y vertiginosa violencia de los fanáticos, y se verá que los trastornos eran profundos. Como mucha gente que ya ha visto hundirse el mundo una vez, Mr. Sammler pensaba en la posibilidad de que se hundiese de nuevo. Aunque no estaba de acuerdo con sus amigos refugiados en que ese destino fuera inevitable, las creencias liberales no parecían capaces de defenderse a sí mismas, y se olía su descomposición. Saltaba a la

vista la fuerza con que presionaban los impulsos suicidas de la civilización. Uno se preguntaba si la cultura occidental conseguiría sobrevivir a la diseminación universal y si solo su ciencia, su tecnología o sus prácticas administrativas saldrían adelante adoptadas por otras sociedades. O si los peores enemigos de la civilización resultarían ser sus intelectuales favoritos, que la atacaban en sus peores momentos, que la atacaban en nombre de la revolución proletaria, en nombre de la razón y la irracionalidad, en nombre de la profundidad visceral, en nombre del sexo, de la libertad perfecta e instantánea. Pues ello venía a suponer una demanda ilimitada; insaciabilidad, rechazo por parte de la criatura condenada (ya que la muerte era segura y definitiva) de marcharse insatisfecha de este mundo. Por eso cada individuo presentaba una lista de peticiones y quejas. No negociable. Nadie estaba dispuesto a admitir que en ningún departamento humano hubiera escasez de aprovisionamiento. ¿Ilustración? ¡Maravilloso! Pero incontrolable, ¿verdad?

Sammler advertía todo esto en Shula-Slawa. Venía a preparar la habitación de él, que entretanto debía quedarse allí sentado con la chaqueta y la boina puestas, pues ella necesitaba aire fresco. Llegaba con la bolsa de la compra llena de materiales de limpieza: amoníaco, papel para los estantes, Windex, cera para el suelo, bayetas. Se sentaba en el alféizar, bajaba las ventanas hasta sus muslos y se ponía a limpiar los cristales. Las suelas de sus zapatos quedaban dentro de la habitación. En sus labios —estallido de asimétrica sensualidad entre el atareamiento y el ensueño, entre el escepticismo y la carnalidad—, el cigarrillo quemándose por un extremo. También llevaba puesta la peluca. Shula, quizá como todas las damas, estaba necesitada; en efecto, necesitaba la satisfacción de numerosos instintos, necesitaba el calor y la presión de los hombres, necesitaba un niño al que amamantar, necesitaba emancipación femenina, necesitaba ejercitar su mente, necesitaba continuidad, necesitaba interés —¡interés!—, necesitaba halagos, necesitaba triunfo, poder, necesitaba rabinos, necesitaba sacerdotes, necesitaba combustible para cuanto era perverso y loco, necesitaba la noble acción del intelecto, necesitaba cultura, pedía lo sublime. No admitía escasez alguna. Si un hombre intentaba regatearle esas necesidades inmediatas, estaba perdido. Ni siquiera considerarlo todo igual que ella mientras quitaba la fría espuma de los cristales con un paño moviendo hacia la izquierda el busto (*ohne Büstenhalter*), constituía una muestra de cariño ni favorecía a su padre. Cuando Shula llegaba y abría las ventanas y puertas, la atmósfera personal que Mr. Sammler había acumulado y almacenado parecía evaporarse. Su puerta trasera daba a la escalera de servicio, de donde subía un caliente olor a incineración por el conducto del vertedero: papeles carbonizados, entrañas de pollos y plumas quemadas. Los barrenderos puertorriqueños llevaban transistores que emitían música latina, la cual parecía suministrada por una inagotable fuente universal, al igual que los rayos cósmicos.

—Bueno, papá, ¿cómo va eso?

—¿Cómo va el qué?

—Tu obra. H. G. Wells.

—Como de costumbre.

—La gente te quita mucho tiempo. No lees lo suficiente. Ya sé que has de cuidarte la vista, pero ¿va bien tu libro?

—Estupendamente.

—Quisiera que no lo tomaras a broma.

—¿Acaso es demasiado importante para que uno pueda bromear al respecto?

—Bueno, es importante.

Sí. De acuerdo. Sammler estaba tomando su café mañanero. Esa misma tarde tenía que hablar en la Universidad de Columbia. Uno de los jóvenes amigos que tenía allí lo había convencido. Además, debía visitar a su sobrino, el doctor Gruner, que al parecer estaba hospitalizado. Según le dijeron a Sammler, lo habían sometido a una operación de poca importancia. Un corte en el cuello. Prescindiría de aquel seminario. Era un error. Pero ¿podía dejar de ir, pedir que lo disculpasen? No, probablemente no.

Shula había arreglado que unos estudiantes universitarios fueran a leerle para que él no tuviese que forzar la vista. Ella misma lo había intentado, pero su voz lo adormilaba. A la media hora de estar leyendo, era como si a su padre se le retirara la sangre de la cabeza. Shula le dijo a Angela que él intentaba apartarla de sus actividades más elevadas. ¡Como si tuviese que proteger a estas de la persona que más creía en ellas! Constituía una triste paradoja. Durante cuatro o cinco años había conseguido estudiantes dispuestos a hacer de lectores, pero ya habían terminado la carrera y se dedicaban a sus profesiones o negocios. No obstante, aún visitaban a Sammler. «Mi padre es una especie de gurú para ellos», decía Shula-Slawa. Los lectores más recientes eran estudiantes activistas. Mr. Sammler se mostraba muy interesado en el movimiento radical. A juzgar por el modo en que leían, la educación de esos jóvenes había sido deficiente. A veces, su presencia le producía (o le ampliaba) una ancha y fija sonrisa, la cual, más que ninguna otra cosa, daba la impresión de ceguera. Peludos, sucios, sin estilo, vulgares, ignorantes. Al cabo de unas horas de que estuvieran leyendo le parecía que tenía la obligación de enseñarles, de explicarles los términos, de aclararles las etimologías como si tuvieran doce años. «Porta», puerta. «Portero», el que guarda la puerta. «Lapis», piedra. «Lápida», piedra llana en que se pone una inscripción. Sí, en ocasiones esos jóvenes parecían piedras. Algunas de las pobres chicas olían mal. La protesta bohemia las perjudicaba. Mr. Sammler pensó que, entre las tareas y los problemas de la civilización, era elemental que unas partes de la naturaleza exigieran más control que otras. Las hembras eran naturalmente más propensas a engordar, despedían más olores, necesitaban lavarse más, acicalarse, fajarse, recortarse, pintarse, perfumarse y entrenarse. Quizá aquellas pobres chicas hubieran resuelto oler mal para desafiar una tradición corrompida por la neurosis y la falsedad, pero Mr. Sammler creía que un resultado imprevisto de su modo de vida era la pérdida de la feminidad, de la autoestima. En su rebeldía contra

la autoridad no respetaban a nadie. Ni siquiera a sí mismas.

De todos modos, ya no quería tener aquellos lectores, con sus botas sucias, el desvalido *pathos* vital de perros jóvenes que experimentaban sus primeras, rojas erecciones, y sus granos en las mejillas por entre espumeantes barbas, esforzándose en su habitación con palabras y pensamientos difíciles que era preciso explicarles, dando tumbos entre Toynbee, Freud, Burckhardt, Spengler. Él ya había leído a los historiadores de la civilización, a Karl Marx, Max Weber, Max Scheler, Franz Oppenheimer. Además, había incursionado en Adorno, Marcuse, Norman O. Brown, a los que encontró carentes de mérito. Junto a estos emprendió la lectura del *Doctor Fausto*, *Los Nogales de Altenburg*, Ortega, los ensayos de Valéry sobre historia y política. Pero al cabo de cuatro o cinco años de este régimen de lecturas, solo deseaba leer a ciertos escritores religiosos del siglo XIII: Suso, Tauler y Meister Eckhardt. A sus setenta años apenas le interesaba más que Meister Eckhardt y la Biblia. Para esto no necesitaba lectores. Leía el latín de Eckhardt microfilmado en la biblioteca pública. Los *Sermones* y las *Pláticas de instrucción* —unas cuantas frases a la vez—, un párrafo en alemán antiguo, se los podía acercar al ojo bueno. Mientras, Margotte pasaba el aspirador por las habitaciones. Evidentemente, se echaba la mayor parte de las pelusas sobre la falda. Y cantaba. Le gustaban mucho los *lieder* de Schubert. La razón por la que Margotte tenía que mezclarlos con el zumbido del aspirador superaba la capacidad de comprensión de Sammler. Pero este tampoco lograba explicarse por qué le gustaban ciertas combinaciones: por ejemplo, los bocadillos de esturión, el queso suizo, la lengua o el *steak tartare*, cosas propias de *delicatessen*. Sin embargo, a la gente parecía gustarles. Por donde se la cogiese, la humanidad, enredada y atada, presentaba más rarezas de lo que podía soportarse.

Por ejemplo, una peculiaridad combinada que ahora lo situaba en medio de las cosas: uno de sus exlectores, el joven Lionel Feffer, le había pedido que hablase en un seminario de la Universidad de Columbia acerca de «la escena británica en los años treinta». Por algún motivo, esto interesaba a Sammler. Le tenía simpatía a Feffer. Era ingenioso y menos estudiante que promotor. Con su piel rojiza, su barba castaña de castor, sus grandes ojos negros, su amplia barriga, su cabello liso, sus enormes y rosadas manos, su vozarrón y su energía, le resultaba encantador. Sin embargo, no era de fiar. Solo encantador. Es decir, a veces a Sammler le agradaba mucho ver actuar a Lionel Feffer de su modo peculiar, escuchar la efervescencia de su gas vital, su combustible.

Sammler no sabía de qué seminario se trataba. No siempre prestaba atención; quizá no hubiese nada que comprender, pero parecía que había prometido asistir, aunque no lograba recordarlo. Feffer lo confundía. Eran tantos los proyectos, tantas las referencias mezcladas, tantas las confidencias que debía mantener en secreto, tantos los escándalos, fraudes, comunicaciones espirituales... un continuo fluir hacia atrás, adelante, a un lado, al otro, arriba, abajo... como en una página del *Ulises* de Joyce, siempre a medias. De todos modos, parecía que Sammler había accedido a

pronunciar una conferencia en el marco de un proyecto estudiantil para ayudar en sus problemas de lectura a alumnos negros retrasados.

—Debe usted venir y hablarles a esos chicos. Es de la mayor importancia. Nunca han oído un punto de vista como el de usted —había dicho Feffer.

La camisa roja daba más color a su cara. La barba y la nariz, recta, grande y sensual, le daban cierto parecido a François Premier. Su temperamento era activo, afectuoso, urgente, eruptivo, emprendedor. Tenía dinero en la Bolsa. Era vicepresidente de una compañía de seguros guatemalteca para ferroviarios. En la universidad se ocupaba de historia de la diplomacia. Pertenecía a una sociedad correspondiente llamada el Club de Ministros de Asuntos Exteriores. Sus miembros tomaban una cuestión como la guerra de Crimea o la Rebelión de los Bóxers y la hacían revivir escribiéndose cartas como ministros de Asuntos Exteriores de Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, etc. Obtenían resultados muy diferentes. Además de todo eso, Feffer era un atareado seductor especializado, al parecer, en casadas jóvenes. Pero sacaba tiempo para ocuparse de los niños minusválidos. Les conseguía juguetes gratis y fotos firmadas de estrellas de hockey; encontraba tiempo para visitarlos en el hospital. «Encontraba tiempo». Para Sammler, este era un hecho norteamericano muy significativo. Feffer llevaba una vida de alta energía, muy propia de Estados Unidos, que rozaba la anarquía y la crisis nerviosa. Y sin embargo lo hacía devotamente. Desde luego, estaba en tratamiento psiquiátrico. Al igual que todos. Siempre podían decir que se encontraban enfermos. No se omitía nada.

—La escena británica en los años treinta... tiene usted que hablar de eso en mi seminario.

—¿Ese tema tan pasado de moda?

—Exactamente. Es lo que necesitamos.

—¿Bloomsbury y todo eso? Pero ¿por qué? Y ¿para quiénes?

Feffer recogió a Sammler en un taxi. Fueron a la parte alta de la ciudad de manera «elegante». Feffer insistió en que las apariencias eran importantes. Dijo que el chófer debía esperar mientras Sammler daba su charla. El chófer, un negro, se negó. Feffer elevó la voz. Dijo que estaba obligado a ello. Cuando se disponía a llamar a la policía, Sammler lo convenció de que no lo hiciera.

—No es preciso que me espere un taxi —dijo.

—Pues váyase —le gritó Feffer al taxista—. Y nada de propina.

—No lo trates mal —pidió Sammler.

—No hago ninguna distinción porque sea negro —argumentó Lionel—. A propósito, me ha dicho Margotte que sorprendió usted a un carterista negro en plena acción.

—¿Adónde vamos, Lionel? Acerca de esa charla... estoy dudando. No lo tengo claro. En realidad, ¿qué se supone que debo decir? Es un tema tan amplio...

—Usted lo conoce mejor que nadie.

—Sí, lo conozco, pero estoy intranquilo...

—Lo hará usted muy bien.

Feffer lo condujo a una amplia sala. Sammler había esperado que fuese pequeña, propia de un seminario. Había ido allí a evocar, para unos cuantos estudiantes interesados, a R. H. Tawney, Harold Laski, John Strachey, George Orwell, H. G. Wells, pero se encontró ante un público numeroso y de cierta clase. Con su mermada visión distinguió la heterogeneidad de su auditorio. Allí olía mal, un olor peculiarmente rancio, sulfuroso. El anfiteatro estaba lleno. Solo quedaba sitio para estar de pie. ¿Acaso había organizado Feffer una de sus bataholas? ¿Se quedaría con lo que pagasen por la entrada? Sammler se dominó y desechó la sospecha atribuyéndola a su sorpresa y nerviosismo. Porque estaba sorprendido, y asustado. Pero se rehizo. Procuró empezar de un modo humorístico recordando al conferenciante que se había dirigido a unos alcohólicos incurables convencido de que eran la Asociación Browning. Pero nadie se rio, y recordó que las Asociaciones Browning se habían disuelto hacía ya mucho tiempo. Le habían colgado un micrófono del pecho. Empezó a hablar del ambiente que había en Inglaterra antes de la Segunda Guerra Mundial. La aventura de Mussolini en África oriental. España en 1936. Las grandes purgas en Rusia. El estalinismo en Francia y en Inglaterra. Blum, Daladier, el Frente Popular, Oswald Mosley. El estado de ánimo de los intelectuales franceses. Para eso no necesitaba notas, podía rememorar fácilmente lo que la gente había dicho o escrito.

—Doy por sentado —declaró— que conocen ustedes a fondo los acontecimientos de mil novecientos diecisiete. Que están al corriente de los ejércitos amotinados, la Revolución de febrero en Rusia, los desastres que cayeron sobre la autoridad. En todos los países europeos, los viejos dirigentes quedaron desacreditados por Verdún, las llanuras de Flandes y Tannenberg. Quizá podría comenzar con la caída de Kerensky. Quizá con Brest-Litovsk.

Doblemente extranjero, polaco-oxoniense, con su cabellera canosa, sus arrugas y sus gafas oscuras, sacó el pañuelo que sobresalía del bolsillo de la pechera, lo desdobló y volvió a doblarlo, se tocó la cara, se enjugó las palmas de las manos con fina delicadeza de anciano. Sin complacerse en la exhibición, sin estimular la atención de sus oyentes (había mucho ruido), la leve satisfacción que sintió fue apenas el fantasma del orgullo que su esposa había experimentado en tiempos por los éxitos de ambos en Gran Bretaña. Por los éxitos de él, especialmente, un judío polaco tan enterado, de méritos tan reconocidos por las personas importantes, como H. G. Wells. Con Gerald Heard y Olaf Stapledon había sido incluido en el proyecto Cosmopolis de un Estado Mundial. Había escrito artículos para *Noticias del Progreso* y para la otra publicación, *El ciudadano del Mundo*. Como explicó con su acento polaco, el proyecto se basaba en la propagación de las ciencias de la biología, la historia y la sociología, y la efectiva aplicación de los principios científicos a la extensión de la vida humana; el edificio de una planificada, ordenada y bella sociedad mundial: abolición de la soberanía nacional, ilegalidad de la guerra; control

monetario y del crédito, la producción, la distribución, el transporte, la población, la fabricación de armas, etc., educación universal gratuita, libertad individual (compatible con el bienestar de la comunidad) hasta el máximo grado; una sociedad de servicio basada en una actitud racional y científica ante la vida. Sammler, con creciente interés y confianza al evocar todo eso, habló de Cosmopolis durante media hora, al tiempo que sentía que había sido un proyecto tan benévolo y sencillo como estúpido. Al decir esto, en el iluminado e inquieto hueco del anfiteatro, bajo la manchada cúpula y los dispositivos eléctricos enjaulados, una voz clara lo interrumpió, gritando:

—¡Eh!

Trató de continuar.

—Esos intentos de apartar del marxismo a los intelectuales tuvieron muy poco éxito...

Un hombre con una barba poblada pero quizá joven, una figura distorsionada, se había puesto en pie y gritaba:

—¡Eh, tú, viejo!

En el silencio que siguió, Mr. Sammler se quitó las gafas oscuras y miró a aquella persona con su ojo bueno.

—¡Viejo! Antes citó usted a Orwell.

—¿Sí?

—Dijo usted que según él los radicales británicos fueron protegidos por la Armada Real, ¿verdad?

—Sí, creo que eso dije.

—Eso es pura mierda.

Sammler no podía hablar.

—Orwell era un soplón —continuó el otro—. Un contrarrevolucionario enfermo. Más valió que se muriera cuando murió. Y lo que está usted diciendo es una mierda. —Volviéndose hacia el público, extendiendo violentamente los brazos y elevando las palmas de las manos como un bailarín griego, añadió—: ¿Por qué están ustedes escuchando a este viejo? ¿Qué puede decirles? Tiene las pelotas secas. Está muerto.

Sammler recordó más tarde que se habían elevado voces a su favor. Alguien había dicho: «Qué vergüenza. Exhibicionista».

Pero nadie intentó realmente defenderlo. La mayoría de los jóvenes parecían estar contra él. Los gritos sonaban hostiles. Feffer se había ido; lo habían llamado por teléfono. Sammler, apartándose del atril, encontró su paraguas, su guerrera y su sombrero detrás de él. Bajó de la plataforma guiado por una joven que había acudido presurosa para expresar indignación y simpatía, diciendo que era un escándalo interrumpir una conferencia tan interesante. Le hizo franquear una puerta, descender por varios escalones, y se encontró en Broadway con la calle Ciento dieciséis.

Abruptamente fuera de la universidad. De nuevo en la ciudad.

Y no le afectó tanto lo que había ocurrido como le impresionó la voluntad de

ofenderlo. Qué pasión por ser real. Pero lo real también es brutal. ¿Y la aceptación del excremento como una norma? ¡Qué extraordinario! ¿La juventud? ¿Asociada a la idea de la potencia sexual? Toda esa mezcla confusa de militancia, sexo y excrementos, explosividad, abuso, rechinar de dientes, chillidos de mono de Berbería. O como los monos araña (acerca de los cuales había leído), que defecaban en sus manos y, chillando, arrojaban los excrementos a los exploradores desde las ramas de los árboles.

Por tristes y lamentables que fueran los hechos, no le dolía haberse enfrentado a ellos. Pero el efecto fue que se sintió algo apartado del resto de su especie —si no había roto con ella en cierto modo—, no tanto por su edad como por preocupaciones demasiado diferentes y remotas, desproporcionadas en lo espiritual, platónicas, augustinianas, del siglo XIII. Mientras el tráfico fluía profusamente, y también el viento fluía, y el sol —relativamente brillante para Manhattan— resplandecía y se expandía por las aberturas de su sustancia, por sus huecos. Como si lo hubiera esculpido Henry Moore. Con agujeros y lagunas. De nuevo, como después de haber visto al carterista, agradecía a los acontecimientos una diferencia, una visión intensificada. Un recadero que llevaba una cruz floral con ambos brazos, una cabeza calva dentada, parecía ir borracho, luchaba contra el viento, viraba. Llevaba unas botas pequeñas y sin brillo, y sus anchos y cortos pantalones flameaban como la falda de una mujer. Gardenias, camelias, calas, navegaban por encima de él bajo un plástico leve y transparente. Y en la parada del autobús, en Riverside, Mr. Sammler advirtió la proximidad de un estudiante que esperaba, y empleando todo el poder de observación de su ojo vio que llevaba unos pantalones holgados de pana de un verde mohoso, una chaqueta de tweed de color zanahoria con motas de lana azul; que sus espesas patillas parecían poderosas columnas que flanquearan la cabeza; que unas civilizadas patillas de carey se cruzaban con aquellas; que le clareaba el pelo en la frente; que tenía una nariz judía y unos labios para saborearlo todo y rechazarlo todo. ¡Oh, esa era una diversión artística para Mr. Sammler cuando por las calles algo lo impresionaba! Era estudioso, era libresco, y los mejores escritores lo habían entrenado para distraerse con percepciones. Cuando salió, la vida no estaba vacía. Entretanto, la gente decidida, agresiva, ocupada en sus cosas, impulsiva, hacía lo que suele hacer la humanidad. Si la mayoría andaba como en trance, como sonámbulos, llevados por menudos objetivos neuróticos, los individuos como Sammler solo se hallaban un paso más adelante, despiertos no para una finalidad concreta sino para el consumo estético del medio ambiente. Aunque lo insultaran, le causaran dolor, e incluso a veces sangrase, no expresaba claramente irritación alguna, ni lloraba de pena, sino que traducía el dolor de su corazón en observaciones delicadas e incluso penetrantes. Partículas del brillante viento que azotaba la ciudad actuaban como esmeril en la cara. El sol lucía como si la muerte no existiese. Durante todo un minuto, mientras el autobús se acercaba arrojando aire a chorros, así fue. Luego Mr. Sammler se desplazó como un buen ciudadano hacia la parte posterior con la

esperanza de que no lo empujasen más allá de la puerta de atrás, pues solo tenía que recorrer quince manzanas y había mucha gente en el autobús. El olor habitual a traseros que llevaban mucho tiempo sentados, a zapatos rancios, suciedad de tabaco, colonia, polvos faciales. Y sin embargo, a lo largo del río, en la primavera temprana, el primer caqui; a las pocas semanas de sol, de calor, Manhattan se uniría (brevemente) al continente norteamericano en un día de verde antiguo, lujo afelpado, el brillo de la estación, reluciente, nítido, de la blanca y roja manzana silvestre. Entonces los pies de la gente se hincharían con el calor, y en Rockefeller Center los paseantes se sentarían en pulidas losas de piedra junto a los tulipanes, los tritones y el agua, todos con un espíritu de preñez. Bajo las cálidas sombras de los rascacielos las criaturas humanas sentirían el denso placer de su naturaleza y cederían a él. Sammler también disfrutaría de la primavera... una de aquellas penúltimas primaveras. Desde luego, se sentía trastornado. Mucho. Por supuesto, todo aquello sobre Brest-Litovsk, todas aquellas viejas noticias acerca de los intelectuales revolucionarios contra los jefes alemanes eran, en su contexto, muy divertidas. Inconsecuentes. Por supuesto, esos estudiantes también eran cómicos. ¿Y qué era lo peor de ello (aparte de la grosería)? Había modos adecuados de terminar con un viejo fastidioso, que podía él encontrarse, especialmente en un acto público, hablando sobre Cosmopolis, vaya lata. Lo peor de eso, desde el punto de vista de los propios jóvenes, era que se habían conducido sin dignidad. No tenían idea de la nobleza de ser intelectuales y jueces del orden social. ¡Qué lástima!, pensaba el viejo Sammler. Un ser humano que se valore a sí mismo por los motivos adecuados tiene y restaura el orden, la autoridad. Cuando las partes internas están en orden. Tienen que estarlo. Pero ¡qué cosa ser interrumpido en el lavabo, en la etapa de entrenamiento! ¡Qué cosa quedar atrapado por una norma psiquiátrica (Sammler culpaba de ello a los alemanes y a su psicoanálisis)! ¿Quién había levantado la bandera del pañal? ¿Qué movimiento literario y psicológico era ese? Mr. Sammler, amargado e irritado, se sujetó a la barra del techo del atiborrado autobús, que iba por el centro de la ciudad en un corto trayecto.

Desde luego, no pensó en su carterista negro, al que relacionaba con Columbus Circle. Siempre iba hacia la parte alta de la ciudad, no hacia abajo. Pero en la trasera del autobús, con su abrigo de pelo de camello, llenando un rincón con su enorme cuerpo, se hallaba de pie. A pesar de una fuerte resistencia interior, Sammler lo vio. Se resistía a ello porque en aquel vacilante y difícil momento no tenía ganas de verlo. ¡Señor, ahora no! Sintió que se le hundía el corazón. Tan seguro como el destino, como una ley de la naturaleza, una piedra que cae, el gas que se eleva. Sabía que el ladrón no cogía el autobús como un simple medio de transporte. Para reunirse con una mujer, para regresar a casa —comoquiera que se divirtiese— tomaba taxis. Podía permitírselos. Pero ahora Mr. Sammler miraba el hombro de él, ya que era, con la excepción del ladrón, el hombre más alto del autobús. Observó que en el largo asiento trasero había arrinconado a alguien. Muy inclinado, con su ancha espalda ocultaba a su víctima de los otros pasajeros. Solo Sammler, a causa de su estatura,

podía verlo. Y no había que estar agradecido a la estatura ni a la visión. El hombre arrinconado era viejo: ojos pobres, acuosos de terror, pestañas blancas, párpados enrojecidos, y una mucosa azulada, sus ojos, la boca abierta con la dentadura falsa desprendiéndose de la encía superior. Tenía abiertos el abrigo y la chaqueta, la camisa casi fuera de los pantalones y el forro de su chaqueta descosido. El ladrón tiró de su ropa como un médico a un paciente en una clínica. Hizo a un lado la corbata y la bufanda, y sacó la cartera. Volvió a echarse el sombrero sobre la frente (en un movimiento animal, sencillamente), que estaba un poco arrugada, pero no de inquietud. La cartera era larga, de plástico imitación cuero. La abrió y salieron de ella unos cuantos billetes de un dólar. Había tarjetas. El ladrón se las puso en la palma de una mano. Las leyó con la cabeza ladeada. Las dejó caer. Examinó un cheque verde que parecía federal, probablemente de la Seguridad Social. Mr. Sammler entornaba los ojos pero no llegaba a enfocar bien. Por su corazón pasaba demasiada adrenalina con suave y aterradora rapidez. No estaba asustado, pero su corazón pareció registrar el miedo. Tuvo un ataque. Se dio cuenta; sabía cómo llamarlo: taquicardia. Respiraba con dificultad. No podía aspirar suficiente aire. Se preguntó si se iría a desmayar. Si no le ocurriría algo peor. El negro se guardó el cheque en el bolsillo. Unas instantáneas cayeron de entre sus dedos. Cuando terminó su repaso, arrojó la cartera al gris y muy estropeado tapizado del asiento y también la bufanda del viejo. Irónicamente tranquilo, se sujetó con el pulgar y el índice el nudo de la corbata y se lo puso aproximadamente en su sitio, pero solo de un modo aproximado. Fue en ese momento cuando, con un rápido movimiento de la cabeza, vio a Mr. Sammler, que, mientras el negro lo miraba, seguía sintiendo rápidas corrientes en su corazón. Le dolía la garganta hasta la raíz de la lengua. Notó una punzada en su ojo malo. Pero tuvo cierta presencia de ánimo. Sujetándose de la barra cromada que había encima de su cabeza, se inclinó hacia delante como para ver qué calle era la que tomaba el autobús. Noventa y seis. En otras palabras, se libró de sostener aquella mirada que podría haber sostenido. Se hizo el desentendido y empezó a abrirse paso hacia la puerta trasera, con una leve urgencia. Una vez hubo llegado, encontró la cuerda, tiró de ella, avanzó hacia el escalón, pasó con dificultad por la puerta entreabierta y se encontró en la acera sujetando el paraguas por la tela.

Notó que la taquicardia remitía y que podía caminar, aunque no al ritmo habitual. Su estratagema consistía en cruzar Riverside Drive y entrar en el primer edificio como si viviese allí. Había vencido al carterista hasta la salida. Quizá el negro, en su descaro, lo considerase demasiado despreciable para perseguirlo. Aquel hombre no parecía sentirse amenazado por nadie. Daba por descontadas la negligencia y la cobardía del mundo. Sammler, con esfuerzo, abrió una puerta grande, acristalada y de marco negro, y se encontró en un vestíbulo vacío. Evitando el ascensor, localizó la escalera, subió el primer tramo de escalones y se sentó en el descansillo. Tras unos cuantos minutos de reposo recobró su nivel de oxígeno, aunque sentía que dentro de él algo había mermado, sencillamente. Antes de volver a la calle (no había salida

trasera) se metió el paraguas debajo del abrigo y lo sujetó con la axila más o menos firmemente. También trató de cambiar la forma de su sombrero metiéndole el puño para dejar la copa hacia fuera. Fue más allá de West End hasta Broadway, entró en la primera hamburguesería que encontró, se sentó en la parte de atrás y pidió un té. Bebió hasta el fondo la pesada taza, hasta el sabor ácido, apretó la bolsita y le pidió más agua al camarero que atendía la barra, pues se sentía abrasado. Por la ventana no vio aparecer a su ladrón. Sammler necesitaba con urgencia irse a la cama. Pero tenía cierta experiencia en eso de sentirse en baja forma. Lo había aprendido en Polonia, durante la guerra, en bosques, sótanos, pasadizos, cementerios. Ya había pasado por experiencias que abolieron en él cierto margen o tiempo que suele darse por seguro. Eso siempre que no le disparen a uno al cruzar la calle, ni lo maten de un garrotazo cuando se agacha para aliviarse, ni lo cacen en un callejón como a una rata. Prescindiendo de estas consideraciones, Mr. Sammler ya no se fiaría por completo del restablecimiento. Había tenido pocas ocasiones de practicar las artes del escondite y la fuga en Nueva York. Pero ahora, aunque sus huesos anhelaban la cama y su cráneo ansiaba la almohada, se sentó a la barra con su taza. En adelante no podría tomar más autobuses. Iría en metro. Y el metro era abominable.

Sin embargo, Mr. Sammler no había burlado al ladrón. Evidentemente, aquel hombre era rápido. Muy bien podría haber bajado del autobús a mitad de una manzana y retrocedido a la carrera, pesado pero veloz, con su sombrero flexible y su abrigo de pelo de camello. Mucho más probable era que el ladrón ya lo hubiese observado anteriormente, que incluso lo hubiese seguido hasta su casa. Sí, eso debía de ser. Pues cuando Mr. Sammler entró en el edificio donde vivía, el hombre apareció detrás de él, y no solo eso, sino que lo presionó audazmente con su barriga. No levantó las manos para agredir a Sammler, pero empujaba. No había a la vista ningún empleado del edificio. Los porteros, que también se encargaban del ascensor, pasaban mucho tiempo en los sótanos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó Mr. Sammler.

Nunca oiría la voz del negro. No habló más de lo que podría hablar un puma. Lo que hizo fue arrinconar a Sammler junto a la amplia mesa negruzca y tallada, una especie de mueble renacentista que confería melancolía al vestíbulo, junto al tapiz sujeto a la vieja pared y las luces rojizas del doble candelabro de bronce. Allí sujetó aquel hombre a Sammler con el brazo. El paraguas cayó al suelo; al golpear contra la baldosa la contera produjo un sonido sordo. No le hicieron caso. El carterista se desabotonó el abrigo y Sammler oyó que se abría una cremallera. Luego le quitó las gafas oscuras y las dejó sobre la mesa. A continuación le indicó en silencio que mirase hacia abajo. El negro se había abierto los pantalones, y para su asombro Sammler fue expuesto al insospechado espectáculo de un exhibicionismo que le resultaba incomprensible. Tenía ante sí una cosa grande y oscura, incircuncisa, un tubo, una serpiente, unos pelos metálicos. Todo aquello era de una violencia extraña y le producía una repugnancia que iba en aumento mientras los minutos se sucedían

interminables. Sammler tuvo que mirar ese órgano por encima del antebrazo y puño que lo inmovilizaban. No era preciso obligarlo a que lo hiciera. Habría mirado de todos modos.

El intervalo fue largo. La expresión del hombre no era directamente amenazadora sino extrañamente, serenamente dominadora. Enseñaba aquello con desconcertante certidumbre. Con arrogancia. Por fin, volvió a guardárselo en los pantalones. *Quod erat demonstrandum*. Sammler quedó libre. La bragueta fue cerrada, el gabán abotonado, la maravillosa corbata de seda color salmón alisada con mano firme sobre el fuerte pecho. Los negros ojos, que poseían un brillo de extraordinario candor, se movieron suavemente dando por terminada la sesión, la lección, la advertencia, el encuentro, la transmisión. El negro cogió de nuevo las gafas de Sammler y se las puso a este. Luego hizo lo propio con las suyas, con cristales color violeta y una encantadora montura de oro de Dior.

Acto seguido se marchó. El ascensor, que regresaba del sótano, se abrió al mismo tiempo que la puerta de la calle. Sammler recuperó el paraguas caído, agachándose con gran dificultad, y se incorporó vacilante. El portero no tenía ganas de charlar, y había que agradecerle esa falta de sociabilidad. Por fortuna, Margotte no estaba en el piso, y, lo que era todavía mejor, Sammler se tumbó en la cama sin quitarse la ropa. Le costaba respirar, le dolían los pies y el corazón, se sentía aturdido y —¡oh!— notaba un vacío pasajero en el espíritu. Como la pantalla de un televisor que zumbaba sin imagen. Entre la cabeza y la almohada se interponía un rectángulo vacío, el marmóreo cartón de una libreta de color verde mar. Un pedazo de papel estaba pegado en él con cinta adhesiva. Sammler lo puso a la luz, lo acercó al ojo bueno y, moviendo los labios, amargamente, se obligó a leer las letras separadas. La nota era de S (por Shula o por Slawa).

«Papaíto: Estas clases sobre la Luna del doctor V. Govinda Lal hay que devolverlas pronto. Se relacionan con tus memorias». Claro, se referirían a Wells, que hacia 1900 escribía acerca de la Luna. «Esta es la última. Fascinante, papaíto, tienes que leerla. ¡Es imprescindible! A pesar de tu vista. Y pronto, ¡por favor!, ya que el doctor Lal solo está en Columbia como invitado. Hay que devolvérselas. Las necesita». Frunció el ceño y sintió que estaba perdiendo la paciencia, pues la machacona, persistente, persecutoria obsesión de su hija, entre terrible y cómica, le resultaba insoportable. Respiró hondo y enderezó el cuerpo.

A continuación se inclinó sobre la libreta, leyó, escrito en tinta color sepia: *El futuro de la Luna*. «¿Cuánto tiempo —decía la primera frase— seguirá siendo esta tierra el único hogar del hombre?».

¿Cuánto tiempo? ¡Oh, Dios mío, figúrate! ¿No había llegado ya la mismísima hora de marcharse? A todos los efectos imaginables. Tiempo de reunir las piedras, tiempo de arrojar las piedras. Considerando a la propia Tierra no como una piedra lanzada sino como algo de donde uno tenía que salir disparado, de la que uno debía ser desposeído. Hacer estallar este gran planeta azul, blanco y verde, o ser arrojado de

él.

II

El radio medio de la Luna, 1737 kilómetros; el de la Tierra, 6371 kilómetros. La gravedad de la Luna, 161 cm/s^2 ; la de la Tierra, 981 cm/s^2 . Fallas y grietas en los lechos de rocas lunares y montañas causadas por temperaturas extremas. Desde luego, no hay viento. Cinco mil millones de años sin viento. Excepto el viento solar. Desmenuzamiento de piedras pero sin la erosión habitual. La roca hendida tarda en caer, la fuerza de gravedad es más baja y el ángulo de caída más agudo, como corresponde. Además, en el vacío de la Luna las piedras, la arena, el polvo o los cuerpos de los exploradores tendrían, todos ellos, el mismo ritmo de caída, así que antes de intentar escalar es esencial estudiar los riesgos de desprendimientos. Los órganos de información están desarrollándose rápidamente. Espectrómetros de masa. Baterías solares. La electricidad producida por isótopos radiactivos, estroncio 90, polonio 210, por conversión de energía hidroeléctrica. El doctor Lal había tenido en cuenta plenamente la telemetría, la transmisión de datos. ¿Había descuidado algo? Podrían situarse en órbita suministros y hacer que descendieran. Los computadores tendrían que ser extremadamente exactos. Si se necesitaba una tonelada de dinamita en el punto X, no era cosa de que fuese a parar ochocientos kilómetros más allá. Imaginaos que se tratara del esencial oxígeno. A causa de la gran curvatura de la superficie de la Luna los horizontes son más cortos y los actuales aparatos no pueden enviar señales de órdenes más allá del horizonte. Será necesaria una coordinación aún más precisa. Por el bien del personal destinado en la Luna, para aumentar su inventiva y, sencillamente, como un deseable estímulo para la mente, el doctor Lal recomendaba hacer cerveza en las colonias de pioneros. Para la cerveza se necesitaba oxígeno, para el oxígeno jardines, para los jardines invernaderos. Se dedicaba un breve capítulo a la selección de la flora lunar. Pues bien, fuertes miembros del reino vegetal vivían en la sala de Margotte. Se abrían dos puertas y allí estaban: patatas, aguacates, ficus. El doctor Lal había pensado en lúpulo y azúcar de remolacha.

Sammler decidió que esa no es la manera de escapar de la prisión témporo-espacial. Lo distante aún es finito. Lo finito es seguir sintiendo a través del velo, examinando la desnuda realidad interior con una mano enguantada. Sin embargo, se podía ver la ventaja de irse de aquí, de construir iglús de plástico en el vacío, de habitar tranquilas colonias necesariamente austeras en las que solo se consideraran cuestiones básicas. Ni hablar de eso. Shula. Shula-Slawa le había llevado esta vez un documento digno de que le prestase atención. Siempre estaba cogiendo títulos idiotas en los cubos de basura de la Cuarta Avenida, libros con manchas de lluvia y lomos blanqueados... Inglaterra en los años veinte y treinta, Bloomsbury, Downing Street, Clare Sheridan. Sus estanterías estaban repletas de gangas, ocho por un dólar, que transportaba en bolsas de la compra medio rotas. E incluso los libros que él mismo compraba eran en gran medida superfluos. Después de haber dedicado un

considerable esfuerzo a escritores serios, a uno le quedaba poco por conocer. Tantas salidas falsas, callejones sin salida, postulados que se derrumbaban antes de que se terminase el argumento. Hasta los pensadores más hábiles vacilaban cuando se acercaban a sus límites, se quedaban sin evidencias, sin certidumbres. Pero, ya fueran optimistas o pesimistas, fuese oscura o luminosa su visión final, todo eso ya era *terra cognita* para el viejo Sammler. De modo que el doctor Lal era de cierto valor. Aportaba noticias. Por supuesto, aún sería posible seguirle la pista a la verdad en lo interior sin preparativos complicados, computadores, telemetría ni toda la experiencia tecnológica, las inversiones y la compleja organización necesarias para visitar Marte, Venus, la Luna. Sin embargo, era quizá por las mismas actividades humanas que nos habían encerrado así solo para soltarnos de nuevo. Las fuerzas que habían hecho demasiado pequeña la Tierra podían librarnos del encierro. Por el principio homeopático. Siguiendo hasta el final el curso de la revolución puritana que se había abierto camino a la fuerza en el mundo material, dándoles toda la energía a los procesos materiales, al hacerlo traducía y agotaba el sentimiento religioso. O, según el aplastante resumen de Max Weber, que Sammler se sabía de memoria, «especialistas sin espíritu, sensualistas sin corazón, esta nulidad se imagina que ha conseguido un nivel de civilización nunca antes alcanzado». Así, según podía concebirse, no había más remedio que empujar en la misma dirección, esperar una fuerza descuidada, a la izquierda en la retaguardia, volar otra vez hacia adelante y recobrar el ascendiente. Quizá mediante un creciente acuerdo de las mejores mentes, no como en la Conspiración Abierta de H. G. Wells. Quizá el «viejo muchacho» (Sammler, que también lo era, pensaba en ello) tuviera razón después de todo.

Pero dejó a un lado la libreta de tapas color verde mar, las frases en tono sepia de V. Govinda Lal, escritas en un inglés pedante y eduardiano, para volver —obligado por una compulsión mental, en verdad— al carterista y a la cosa que le había enseñado. ¿Qué había sido aquello? Lo había conmocionado. Y las conmociones estimulan la conciencia. Hasta cierto punto, era bastante cierto. Pero ¿qué objeto tenía exhibir los genitales? *Qu'est-ce que cela prouve?* ¿Fue un matemático francés el que preguntó esto después de haber visto una tragedia de Racine? Mr. Sammler creía que sí. Y no es que le gustase el viejo juego de la cultura europea. Ya había pasado por eso. No obstante, sin proponérselo, a su mente acudieron frases por el estilo. De todos modos, era el órgano de un hombre, una enorme pieza de carne sexual, semitúmida en su orgullo y exhibida por derecho propio, un objeto prominente que infundía autoridad. Y muy bien podía constituir un reflejo de la ideología sexual de nuestro tiempo. Era un símbolo de superlegitimidad o de soberanía. Era un misterio. Era incontrovertible. La explicación completa. Esto es la causa, el porqué. ¿Lo ve usted? Oh, la prueba trascendente, última y silenciadora. Consideramos estas cosas, hombre, como evidentes. Y, sin embargo, esas sensibles prolongaciones que tenía el comedor de hormigas, que no se veían complicadas por afirmaciones de poder, aun cuando estuviesen relacionadas con las hormigas. Pero haga usted de la Naturaleza su Dios,

eleve la «criaturidad», y podrá contar con bastos resultados. Quizá logre contar con resultados bastos en cualquier circunstancia.

Sammler sabía mucho de esas criaturas supertensas, y ello a pesar de que no quería enterarse. Por razones singulares se deseaba contar mucho con él en esos días, se lo visitaba con frecuencia, mucho, de hecho, y se confesaban con él. Quizá fuese por algo barométrico o incluso astrológico. Pero siempre había alguien que llamaba a su puerta. Y justamente cuando estaba pensando en los devoradores de hormigas, en el hecho de que lo había localizado hacía ya mucho tiempo y que hacía mucho que el negro lo perseguía, llamaron a la puerta trasera.

¿Quién era? Quizá Sammler pareciese más quisquilloso de lo que se sentía. Lo que en verdad sentía era que otros tenían más fuerza que él para la vida, lo cual le causaba un secreto desaliento. Y eso implicaba una ilusión, pues, dada la potencia de su antagonista, nadie poseía la fuerza suficiente.

Era Walter Bruch, un miembro de la familia. Walter, primo de Margotte, también estaba emparentado con los Gruner.

Un día, la prima Angela había llevado a Sammler a una exposición de Rouault. Bellamente vestida, fragante y sutilmente maquillada, condujo a Sammler de una habitación a otra hasta que a él le pareció que ella era un rollo de maravillosos colores de oro y piedras preciosas y que él, siguiéndola, venía a ser un viejo bastón que Angela solo necesitaba tocar de vez en cuando. Pero entonces se detuvieron ante un retrato de Rouault y ambos tuvieron la misma asociación de ideas: Walter Bruch. Este era bajo, grueso, colorado, de facciones toscas, cabello lanudo, ojos saltones y expresión de audacia en el rostro, aunque sin duda incapaz de soportar sus propios sentimientos. Era el hombre que hacía falta. Debería haber miles como él. Pero ese era nuestro Walter. Con un impermeable negro, gorra, el cabello gris asomándole por delante de las orejas; las mejillas rojizas en forma de tetera, los labios gruesos como teñidos con jugo de moras... En fin, imagínense ustedes el otro mundo, imagínense las almas que tanto abundan allí; figúrense las que envían a reencarnarse y renacer con cualidades dominantes ab initio. En el caso de Bruch la voz tendría que haber sido significativa desde el principio. Se trataba de un hombre-voz, desde los tubos del alma. Cantaba en los coros, en los templos. Profesionalmente era barítono y musicólogo. Descubrió antiguas partituras y las adaptó o arregló para grupos que ejecutaban música barroca. Era su pequeña manía, decía él. Cantaba bien. Su voz valía para el canto, pero para hablar resultaba brusca, rápida, gutural. Glugluteaba, gruñía, se tragaba sílabas. Al presentarse cuando Sammler se hallaba tan preocupado, Bruch, con su idiosincrasia, fue recibido de un modo muy especial. En líneas generales, como sigue: las cosas que encontramos en este mundo están ligadas a las formas de nuestra percepción en el espacio y en el tiempo así como a las formas de nuestro pensamiento. Vemos lo que está ante nuestros ojos, el presente, lo objetivo. El ser eterno hace su aparición terrenal de esa manera. El único modo de salir del cautiverio de las formas, del confinamiento en la prisión de las proyecciones, el único

contacto con lo eterno, es por medio de la libertad. Sammler creía ser lo bastante kantiano para continuar con esto. Y un hombre como Walter Bruch le producía la sensación de que se le cansaba el corazón dentro de las formas. Shula-Slawa diría cómo había sido atropellada mientras leía absorta un artículo de *Look*, por un miembro de la Policía Montada que perseguía un venado. Bruch podría empezar de repente a cantar como un ciego en la calle Setenta y dos tirando del perro lazarillo mientras hacía sonar las monedas del platillo. «Qué buen amigo tenemos en Jesús... Que Dios lo bendiga, señor». También le gustaban los funerales fingidos con latín y música, Monteverdi, Pergolesi, la *Misa* de Mozart; cantaba «*Et incarnatus est*» en falsete. En sus primeros años de refugiado, él y otro judío alemán, empleado en los grandes almacenes Macy's, solían celebrar misas el uno para el otro. Uno de ellos se tendía sobre un cajón de embalaje, con un collar de cuentas de baratillo entre las manos, y el otro celebraba el servicio. Bruch todavía disfrutaba haciéndose el muerto. Sammler lo había visto en acción muchas veces. Y hacer también otras payasadas. Concentraciones nazis en el Sportpalast. Bruch se ponía un tarro vacío contra la boca para obtener eco y se ponía a vociferar como Hitler, interrumpiéndose de vez en cuando para gritar «*Sieg Heil*». A Sammler nunca le divertía aquello. En Bruch despertaba enseguida recuerdos de Buchenwald. Todo aquello tan horrible, cómico e inconsecuente. El modo en que de pronto, en 1937, ofrecieron a los presos sartenes para que las comprasen. Centenares de miles de ellas, nuevas, procedentes directamente de las fábricas. ¿Por qué? Bruch compró todas las que pudo. ¿Para qué? Los presos trataban de venderse sartenes unos a otros. Y también un hombre que había caído en la zanja de la letrina. Nadie acudió en su ayuda y se ahogó allí mientras los otros prisioneros permanecían sentados en las tablas sin poder hacer nada. ¡Sí, aquel hombre se asfixió en las heces!

—¡Muy bien, Walter, muy bien! —exclamaba Sammler muy serio.

—Sí, ya lo sé, ni siquiera estuve allí durante el peor período, tío Sammler. Y tú tuviste que sufrir toda la guerra. Pero yo estaba sentado allí con diarrea, y me dolían las tripas. Solo *arschloch*.

—Ya está bien, Walter, no te repitas tanto.

Desgraciadamente, Bruch tenía que repetirse, y Sammler lo lamentaba. Le fastidiaba y lo sentía. Y con Walter, como con tantos otros, siempre surgía, machacona e interminablemente, el tema sexual. Bruch se enamoraba de los brazos de las mujeres. Debían ser mujeres de aspecto juvenil, y gorditas. Por lo general, morenas. Con frecuencia eran puertorriqueñas. Y en el verano, sobre todo en el verano, cuando las mujeres llevaban los brazos al descubierto. Las veía en el metro. Iba al Harlem hispano. Se apretaba contra una barra de metal. Ya en pleno Harlem, era el único viajero blanco. ¡Y todo aquello, la adoración, la desgracia, el peligro de desmayarse cuando le llegaba! Ahora, mientras hablaba de ello, empezó a tocarse la peluda base de la gruesa garganta. ¡Era un caso clínico! Al mismo tiempo, por regla general, mantenía relaciones elevadamente idealistas con alguna dama. ¡Era un caso

típico! Capaz de mostrarse simpático, de sacrificarse, de amar. Incluso de ser fiel, a su propia manera Cynara-Dowson.

Por el momento, según contó, estaba «colgado» de los brazos de la cajera de una farmacia.

—Voy cuantas veces puedo.

—Ah, sí —dijo Sammler.

—Es una locura. Llevo mi maletín bajo el brazo. Es de un material muy resistente. Cuero de primera clase. Me costó treinta y ocho cincuenta en Wilt, de la Quinta Avenida. ¿Comprendes?

—Ya me lo figuro.

—Compro algo que me cueste unos centavos. Chicles. Un paquete de Sight-Savers. Pago con un billete grande, de diez, incluso de veinte. Antes voy al banco y saco dinero en billetes.

—Comprendo.

—Tío Sammler, no tienes idea de lo que significan para mí esos brazos tan redonditos. ¡Tan oscuros! ¡Tan plenos!

—No, probablemente no la tengo.

—Pongo el maletín sobre el mostrador y me aprieto contra él. Mientras ella me prepara el cambio, yo le rozo el brazo.

—Muy bien, Walter, ahórrame el resto.

—Tío Sammler, perdóname. ¿Qué puedo hacer? Para mí es la única manera.

—En fin, eso es asunto tuyo. ¿Por qué me lo cuentas?

—Hay una razón. ¿Por qué no iba a contártelo? Debe de haber un motivo. Por favor, no me interrumpas. Sé amable.

—Deberías contenerte.

—No puedo.

—¿Estás seguro?

—Sigo apretando. Llego al clímax. Me mojo.

—¿No puedes dejarte algo en el tintero? —dijo Sammler, elevando el tono de voz.

—Tío Sammler, ¿qué puedo hacer? Tengo más de sesenta años.

Entonces Bruch levantó hasta sus ojos los dorsos de sus manos pequeñas y carnosas. Con los orificios de la ancha nariz dilatados y la boca abierta, comenzó a verter lágrimas y a sacudir los hombros y el tronco igual que un mono. Aquellos conmovedores huecos entre sus dientes. Y al llorar no estaba malhumorado. Entonces se oía al músico.

—Toda mi vida ha sido así.

—Lo siento, Walter.

—Estoy atrapado.

—Bien, no le has hecho daño a nadie. Y la verdad es que la gente se toma estas cosas mucho menos en serio que antes. ¿No podrías concentrarte más en otros

intereses, Walter? Además, tu problema es tan parecido al de otra gente, eres tan de nuestro tiempo, Walter, que eso debería servirte de algo. ¿Acaso no supone un consuelo el que ya no haya sufrimientos sexuales victorianos aislados? Todos parecen tener esos vicios, y hablan de ellos con todo el mundo. Ahora incluso resultas algo anticuado. Sí, padeces de un trastorno decimonónico a lo Kraft-Ebing.

En este punto Sammler guardó silencio, pues le desagradaba el tono ligero que iba introduciéndose en sus palabras de consuelo. Pero, en cuanto al pasado, quería decir lo que decía. Las perplejidades sexuales de alguien como Bruch procedían de las represiones del pasado, de imágenes de la mujer y la madre que iban desapareciendo. Él mismo, nacido en el siglo anterior y en el Imperio austrohúngaro, se daba cuenta de esos cambios. Sin embargo, también le parecía injusto permanecer en la cama mientras se hacían tales observaciones. Aun así, el viejo Sammler originario de Cracovia nunca se mostraba muy amable. Solo era un hijo mimado al que una madre que, por su parte, había sido una hija mimada, había echado a perder. Un recuerdo divertido: cuando Sammler era niño se tapaba la boca al toser con la mano de una criada para no coger los gérmenes en la suya propia. Se trataba de una broma familiar. La sirvienta, que se llamaba Wajda y tenía el cabello pajizo, se ponía muy colorada y hacía muecas (sus encías presentaban unos bultos extraños), pero, amable, dejaba que el pequeño le tomase una mano. Más adelante, cuando Sammler era un joven flaco y nervioso, su madre —y no Wadja— solía llevarle el chocolate con los cruasanes a su habitación, donde él leía a Trollope y a Bagehot tratando de convertirse en un «inglés». Tanto su madre como él tenían fama de excéntricos e irritables por entonces. No eran compasivos. Ni resultaba fácil agradarles. Eran altaneros. Desde luego, en los últimos treinta años todo eso había cambiado mucho en lo que a Sammler respectaba. Pero entonces el que estaba allí sentado, en la habitación de él, llevándose a los ojos sus nudillos de viejo granuja, era Walter Bruch, que sollozaba después de haberse confesado. ¿Y cuando no había nada que contar? Siempre había algo. Bruch confesó que compraba juguetes para sí mismo. En FAO Schwarz o en tiendas de antigüedades compraba monos de cuerda que se peinaban ante un espejo, que tocaban el tambor o bailaban, y que lucían chaquetitas verdes o gorros rojos. Los cantores negros habían bajado de precio. Bruch jugaba en su habitación con aquellos juguetes. También enviaba cartas de denuncia e insultantes a los músicos. Luego venía a confesarlo y lloraba. No lo hacía para lucirse sino porque tenía la impresión de haber desperdiciado su vida. ¿Habría sido posible decirle que no?

Con un hombre como Bruch era más fácil pasar a las amplias reflexiones, hacer comparaciones, pensar en temas de interés general. Por ejemplo, en el mismo campo de la neurosis sexual Bruch era superado por el freudiano hombre de las ratas, con su delirio de que estas le roían el ano, de que también los genitales eran como ratas o que él mismo era una especie de rata. Comparativamente, un individuo como Bruch representaba un caso leve de fetichismo. Si desde una perspectiva histórica cotejaba

uno casos semejantes, era lógico que se buscasen los más sobresalientes y raros. Cuando se conocían estos, se podía olvidar a los demás, renunciar a ellos como a una carga. Si se tenía en cuenta lo que era capaz de retener la memoria histórica de la humanidad, no había que molestarse en recordar a los Bruch; ni tampoco, puestos a ello, a los Sammler. A este no le importaba mucho que lo olvidasen; de todos modos, si se consideraba quiénes lo recordarían... Creía haber descubierto la misantropía inherente a eso de «los más memorables». Quizá la visión histórica hiciera posible prescindir de la mayor parte de los ejemplos. En otras palabras, tirar por la borda a la mayoría de nosotros. Pero allí estaba Walter Bruch, que había ido a aquella habitación porque tenía la impresión de poder hablar con él. Y probablemente, cuando dejase de llorar, le dolería la referencia a Kraft-Ebing por implicar que su desviación no era demasiado insólita. Nada parecía herir tanto como tener un vicio que no era de primera categoría. Y esto hacía recordar la cómica relación que hacía Kierkegaard de la gente que viaja por el mundo para ver ríos y montañas, nuevas estrellas, aves de raros plumajes, peces extrañamente deformes, hombres ridículos... turistas que se dejaban llevar por el bestial estupor que contempla con la boca abierta la existencia y cree haber visto algo. Esto tal vez no hubiese interesado a Kierkegaard. Buscaba al Caballero de la Fe, el auténtico prodigio. Este prodigio verdadero, relacionado con el infinito, se hallaba muy a gusto en lo infinito. Capaz de llevar la joya de la fe, moviéndose por el infinito y, como resultado de ello, necesitado tan solo de lo finito y lo corriente. En cambio, otros buscaban en el mundo lo extraordinario. O deseaban ser lo que los otros miraban boquiabiertos. Querían ser los pájaros de raro plumaje, los peces ridículamente deformes, las ridículas especies de hombre. Solo Mr. Sammler —extendido, un cuerpo largo con pómulos marcados y la cabellera con frecuencia electrificada echada hacia atrás— estaba preocupado. Le inquietaba la prueba del crimen con que el Caballero de la Fe debía enfrentarse. ¿Tendría este la fuerza suficiente para quebrar humanamente las leyes establecidas en obediencia a Dios? ¡Sí, desde luego! Pero Sammler quizá supiera sobre el asesinato cosas que pudieran hacer un poco más difícil la elección. A menudo pensaban en el tremendo atractivo que tenía el crimen para los hijos de la civilización burguesa. Ya como revolucionarios, superhombres, Caballeros de la Fe, o incluso los más atormentados y acostumbrados a pensar en el cuchillo o en la pistola. Gente sin ley. Raskolnikovs. Ah, sí...

—Walter, lo lamento mucho... Me duele muchísimo verte sufrir.

Las cosas extrañas que ocurrían en la habitación de Sammler, con sus papeles, libros, humidificador, resistencia eléctrica, tarro de Pyrex, documentos.

—Rezaré por ti, Walter.

Bruch dejó de llorar, claramente asombrado.

—¿Qué quieres decir, tío Sammler? ¿Tú rezas? —Su voz de barítono de nuevo se hizo bronca—. Tío Sammler, yo tengo mis brazos. ¿Tú te refugias en tus plegarias? —Se echó a reír y resopló moviendo el tronco hacia atrás y hacia delante mientras se

cogía el vientre y, cerrando los ojos, mostraba los orificios de la nariz.

Sin embargo, no estaba burlándose de Sammler. De verdad que no. Había que aprender a distinguir. Distinguir, distinguir y distinguir. Lo que importaba era esa distinción, no la explicación. La explicación era para las masas mentales. Educación adulta. La elevación de la conciencia general. Un nivel mental comparable, digamos, con el nivel económico del proletariado en 1848. Pero ¿distinguir? Eso era una actividad superior.

—Rezaré por ti —repitió Sammler.

Después de eso la conversación cayó un rato en mera sociabilidad. Sammler tuvo que mirar las cartas que Bruch había enviado al *Post*, al *Newsday*, al *Times*, metiéndose con los críticos musicales. Aquello volvía a tener el aspecto contencioso y ridículo de las cosas, el Bruch inseguro y grosero. Precisamente cuando Sammler quería descansar. Recuperarse un poco. Poner sus ideas en orden. Pero la rutina dadaísta turbulenta y gutural de Bruch resultaba contagiosa. «Vete ya, Walter, vete para que pueda rezar por ti» estuvo a punto de decir Sammler cayendo en el estilo de Bruch, que justo en ese momento preguntó:

—¿Y para cuándo esperas a tu yerno?

—¿A quién? ¿A Eisen?

—Sí, debe de faltar poco para que llegue. Quizá ya esté aquí.

—No lo sabía. Ha amenazado muchas veces con venir a Nueva York para instalarse como artista. A Shula no la quiere en absoluto.

—Ya lo sé —dijo Bruch—. Ella le teme tanto...

—No resultaría bien, desde luego. Es demasiado violento. Sí, ella se asustará mucho. Aunque también se sentirá halagada, pues se figurará que ha venido para conquistarla de nuevo. Pero Eisen no piensa en su mujer ni en el matrimonio. Lo que quiere es exhibir sus cuadros en Madison Avenue.

—¿Se considera tan bueno como para eso?

—Aprendió tipografía y grabado en Haifa y en su tienda me dijeron que trabajaba bien. Pero luego descubrió el Arte y en su tiempo libre empezó a pintar y a hacer esbozos. Envié a cada miembro de la familia un retrato suyo sacado de fotografías. ¿Has visto alguno? Sorprendentes, Walter. Había que tener una mente trastornada y un alma espantosa para pintar aquello. No sé cómo se las arreglaba, pero al utilizar el color privaba de color a cada tema. Todos parecían cadáveres con labios negros y ojos rojos, con caras de un color verde oscuro de hígado quemado. Al mismo tiempo era como una niña de la escuela aprendiendo a dibujar gente guapa con bocas de Cupido y largas cejas. Francamente, quedé aturdido cuando me vi como una muñeca de las catacumbas. Con aquel brillante barniz que usa me había dado un aspecto lamentable. Era como si no me bastase una muerte y tuviera que morir dos veces. En fin, que venga. Quizá no le falte razón en la loca intuición que tiene de Nueva York. Es un maniático alegre. No muchos intelectuales se han dado cuenta de que la locura es una forma superior del conocimiento. Si pintase a Lyndon Johnson,

el general Westmoreland, a Rusk, Nixon o Mr. Laird en ese estilo quizá se convirtiera en una celebridad del mundo del arte. Desde luego, el poder y el dinero vuelven loca a la gente. Así pues, ¿por qué no ha de lograr la gente poder y riqueza por ser loca? Lo uno y lo otro deberían ir juntos.

Sammler, que se había quitado los zapatos, sintió frío en los largos y frágiles pies con calcetines oscuros y se los cubrió con la manta de desgastado forro de seda. Bruch creyó que se iba a dormir. ¿O era que la conversación había tomado un cariz que a Sammler no le interesaba? El cantante se despidió.

Cuando Bruch salió con gran despliegue de movimientos —chaqueta negra, perneras cortas, fondillos en forma de saco, la gorra bien encajada, pinzas de ciclista en los extremos de los pantalones (el suicida reto de montar en bicicleta en Manhattan)—, Sammler volvió a pensar en el carterista, la presión de su cuerpo, el vestíbulo y las paredes de lona herniada, los dos pares de gafas oscuras, en su mano el tubo curvo semejante a un lagarto, de color de chocolate rosado polvoriento y rancio sugiriendo intensamente al crío que podía engendrar. Feo, odioso, risible pero sin embargo importante. Y el propio Mr. Sammler (una de esas invasiones mentales que ya no tenía objeto intentar resistir) estaba acostumbrado a dar a las cosas un énfasis muy diferente. Sin duda, él y el carterista eran muy distintos. Todo lo era. Sus perfiles mentales, caracterológicos y espirituales se hallaban a muchos kilómetros de distancia. En el pasado, Mr. Sammler había pensado que en ese mismo sentido biológico estaba bastante bien dotado, a su modo judío. Eso nunca había importado mucho y aún menos importaba ahora, en los años setenta. Pero una locura sexual abrumaba al mundo occidental. Sammler recordaba vagamente haber oído que un presidente de Estados Unidos, según se decía, se había exhibido de esa manera ante los representantes de la prensa (no sin antes pedir a las damas que se marcharan) y les preguntó si no había que confiar en un hombre tan bien dotado para que dirigiese su país. Naturalmente, la historia era apócrifa, pero no totalmente imposible, dado el presidente de que se trataba, y lo más significativo era que hubiese surgido y circulado tan ampliamente para llegar incluso a los Sammler en sus dormitorios del West Side. Tómese asimismo como ejemplo la última exposición de Picasso. Angela le había llevado a la inauguración de la misma en el Museo de Arte Moderno. En un estricto sentido sexual también se trataba de una exposición. El viejo Picasso estaba locamente obsesionado por las hendiduras sexuales, por los falos. En el frenético y divertido dolor de su despedida creaba órganos a miles, quizá a decenas de millares. Lingman y Yoni. Sammler pensó que podría ser aleccionador recordar las palabras en sánscrito. Proporcionaría una pequeña perspectiva. Pero realmente no serviría de mucho en un tema tan confuso y problemático. A su mente acudió, por ejemplo, una afirmación de Angela Gruner expresada tras beber varias copas, mientras reía, alegre, y se sentía evidentemente libre (hasta la brutalidad) con el viejo tío Sammler: «Lo que una mujer necesita —había dicho— es un cerebro judío, una polla negra y una belleza nórdica». Así juntaba las piezas del hombre ideal. Bien, después de todo,

tenía cuenta abierta en las más refinadas tiendas de Nueva York y acceso a lo mejor del mundo. Si en Pucci no encontraba lo que deseaba, se lo pedía a Hermès. Todo lo que se podía adquirir con dinero, todo cuanto el lujo podía ofrecer, lo que la belleza personal podía darle a una persona, o aquello que el refinamiento sexual fuese capaz de permutar. Si Angela lograba encontrar al macho ideal, su síntesis divina, pues bien, estaba segura de que obtendría lo mejor de él. Claro que para ella lo mejor no era suficiente. De eso no cabía duda, al parecer. En momentos así Mr. Sammler se obsesionaba agradablemente, más que nunca, con visiones de la Luna. Artemisa, castidad lunar. En la Luna la gente tendría que trabajar mucho solo para seguir con vida, para respirar. Tendría que mantener una estricta vigilancia sobre los indicadores de cada mecanismo. Condiciones completamente distintas. Técnicos austeros... casi un sacerdocio.

Si no era Bruch abriéndose paso a la fuerza con sus confesiones, sería Margotte (pues después de tres años de decente viudedad empezaba a pensar en asuntos del corazón; más discusiones que perspectivas, desde luego: discusión, serio examen ad infinitum); si no era Feffer con sus indistintas aventuras de alcoba, era Angela la que se presentaba con sus confidencias. Si «confidencia» era la palabra adecuada. Comunicando el caos. Volviéndose opresiva. En especial últimamente, que su padre no se encontraba bien. Ahora estaba en el hospital. Sammler tenía sus propias ideas acerca de ese caos. De hecho tenía opiniones acerca de todo, intensas y peculiares, pero ¿a qué más podía atenerse? Sin duda, hacía concesiones por error. Era europeo, y esos eran fenómenos norteamericanos. Los europeos solían interpretar cómicamente mal a Estados Unidos. Recordaba que muchos refugiados habían hecho las maletas para marcharse a México o Japón después de la primera derrota de Stevenson, convencidos de que Ike implantaría una dictadura militar. Ciertas importaciones europeas lograban un éxito notable en Estados Unidos: el psicoanálisis, el existencialismo. Ambos relacionados con la revolución.

En todo caso, una masa de tristeza había estado esperando a la libre, adorable, rica, un poquito tosca Angela Gruner, y ahora volaba por debajo de unas nubes densas. Por lo tanto, tenía dificultades con Wharton Horricker. Simpatizaba con él, le gustaba y probablemente lo amara. En los últimos dos años Sammler la había oído hablar de pocos hombres que no fuesen Wharton Horricker. La fidelidad, en sentido estricto y literal, no era la especialidad de Angela, pero sentía una anticuada necesidad de Horricker, una especie de experto en la investigación de mercados y un brujo de las estadísticas que vivía en Madison Avenue. Era más joven que ella. Adorador del físico (tenis, levantamiento de pesos), alto, de California, con una dentadura maravillosa. En su casa tenía aparatos de gimnasia. Angela había descrito la tabla inclinada con sujeción para meter los pies y sentarse. La barra de acero en la entrada para apoyar el mentón. Y metal cromado, los muebles de frío mármol, las correas de cuero y las sillas plegables de oficiales británicos, los *object d'art* op y pop, la iluminación indirecta y el predominio de espejos. Horricker era guapo.

Sammler estaba de acuerdo en ello. Alegre y no por completo formado, la Naturaleza tal vez lo hubiese destinado a ser un poco bribón (¿para qué toda esa musculatura? ¿Salud? ¿No sería bandidaje?). «¡Y qué bien viste!», exclamaba Angela con voz profunda y tono jocoso. Unas piernas largas típicas de California, caderas estrechas, cabello largo y rizado con una adorable onda por detrás, todo un dandi *mod*. Tenía mucho sentido crítico para la ropa de los demás. Incluso Angela debía someterse a su inspección a lo West Point. En una ocasión que juzgó que iba mal vestida, la abandonó en la calle. Cruzó a la otra acera. De Londres y Milán llegaban continuamente camisas, zapatos, jerséis hechos a medida. Podía interpretarse música sagrada mientras se cortaba el pelo (¿no; se lo «estilizaba»!, decía Angela). Iba a un griego de la calle Cincuenta y seis. Sí, Sammler sabía muchas cosas de Wharton Horricker. Sus alimentos saludables. Incluso le había llevado frascos de levadura. A Sammler la levadura le parecía beneficiosa. Tampoco había que olvidar el tema de las corbatas. ¡La colección de estupendas corbatas de Horricker! Y en esos momentos fue inevitable la comparación con su propio carterista negro. Había que pensar en ese culto a la elegancia masculina. Algo muy importante, sin embargo, sobre Salomón en toda su gloria contra los lirios del campo. Ya veríamos. Sin embargo, a pesar de su engreimiento, meticulosidad e intolerancia para con la gente mal vestida, y pese a su nombre judío de tercera generación, Sammler prestaba seria atención a Wharton. Simpatizaba con este y comprendía la equivocada y corruptora influencia de Angela, involuntariamente insidiosa. Lo que ella quería era ser alegre, portadora de placer, exuberante, libre, hermosa, saludable. Como los jóvenes norteamericanos (la generación de Pepsi, ¿no era eso?) veían el asunto. Y todo se lo contó al viejo tío Sammler, a quien correspondía el honor de sus confidencias. ¿Por qué? Oh, ella creía que su tío era el más europeo-mundano-prudente —no provinciano—, mentalmente diversificado —inteligente—, joven de corazón, de todos los viejos refugiados y que se interesaba realmente en los nuevos fenómenos. ¿Existía la posibilidad de que él se hubiese esforzado para merecer ese juicio? ¿No se habría prestado a ello representando ese papel, actuando como el refugiado maduro en su vejez? Si así era, le ofendía. Y sí, era así. Si oía cosas que no deseaba oír, había un paralelo para esto: en el autobús había visto cosas que no quería ver. Pero ¿acaso no había ido una docena de veces a Columbus Circle para mirar al ladrón negro?

Sin reserva, de manera directa, Angela le contaba lo ocurrido. Iba a su habitación, se quitaba el abrigo y el pañuelo de la cabeza, sacudía la cabellera para soltar sus mechones teñidos como piel de mapache, y su olor a almizcle árabe se adhería a los pobres tejidos, cojines, a la colcha, incluso a las cortinas, tan tenaz como una mancha de nuez en los dedos, y luego se sentaba con sus medias blancas, *bas de poule* como las llamaban los franceses. Las mejillas restallantes de buen color, los ojos de un sexual azul oscuro, un vital calor blanco en la carne del cuello comunicaba un gran mensaje a los hombres, el poderoso mensaje del sexo. La gente se sentía obligada a disimular haciendo comedia todos esos mensajes enérgicos, y ella les facilitaba la

tarea. En Norteamérica ciertas formas de éxito requerían un elemento de parodia, de burla de sí mismo, de sátira. Mae West tenía todo eso. Y también el senador Dirksen. Se sorprendían en Angela ramalazos de una extraña venganza mental contra ello. Cruzaba las piernas sentada en una silla demasiado frágil para acomodar semejantes muslos, demasiado recta para sus caderas. Abría el bolso para sacar un cigarrillo y Sammler le ofrecía fuego. A Angela le encantaban los modales de él. Cuando estaba animada soltaba el humo por la nariz y miraba a Sammler contenta y con cierta malicia. Era la doncella hermosa. Y él, el viejo ermitaño. Cuando se ponía cordial reía, resultaba que tenía la boca grande, la lengua ancha. Él veía a la mujer vulgar que había detrás de la elegante. A menudo los labios eran rojos y la lengua pálida. Aquella lengua, una lengua de mujer, desempeñaba, evidentemente, un asombroso papel en su vida libre y lujosa.

En su primera cita seria con Wharton Horricker, Angela había ido a toda prisa a la parte alta de la ciudad desde East Village. No podía evitarlo. Aquella noche no había fumado marihuana, solo había bebido whisky, según dijo. La marihuana no la ponía del modo que a ella le gustaba. Hizo cuatro llamadas telefónicas a Wharton desde un local lleno de gente.

Él insistió en que tenía que dormir; era más de la una de la noche; Wharton era un maniático del sueño, de la salud. Por último Angela entró entusiasmada y le dio un gran beso: «¡Vamos a follar toda la noche!», exclamó. Pero primero tenía que darse un baño. Se había pasado toda la tarde deseando estar con él. «Oh, una mujer puede llegar a oler como una mofeta, tío», dijo. Se quitó todo menos los pantis y se metió en la bañera. Wharton estaba asombrado y, en bata, esperó sentado mientras ella, muy colorada por el whisky, se enjabonaba los pechos. Sammler sabía muy bien cómo debían de ser los pechos de Angela. Después de todo, poco de ella quedaba oculto bajo su escote. Así que se enjabonó y frotó, y se quitó con alegre dificultad los pantis empapados y él la llevó de la mano hasta la cama. O más bien, la condujo. Pues Horricker iba detrás de ella besándole el cuello y los hombros. Angela gritó «¡Oh!» y él la montó.

Se suponía que Mr. Sammler tenía que escuchar con benevolencia todos aquellos informes íntimos. Era curioso que H. G. Wells, aunque con consideración y decencia mayores, también le hubiese hablado de la pasión sexual. De un individuo tan superior como aquel podían haberse esperado opiniones más por el estilo de las de Sófocles en su vejez. «Me complace mucho haberme librado de eso de lo que usted me habla; tengo la impresión de haber escapado de un amo furioso y demencial». Nada de eso. Según recordaba Sammler, Wells, a sus setenta y tantos años, estaba obsesionado por las muchachas. En nuestro tiempo la esperanza de vida era mayor, de modo que existían poderosos argumentos para una revisión total de las actitudes sexuales. Cuando el individuo corriente moría a los treinta años, destrozado por el trabajo y una alimentación deficiente, su vida sexual se agotaba antes de que alcanzase la tercera década. Romeo y Julieta eran unos adolescentes. Pero ahora que

la esperanza de vida en la sociedad civilizada se acercaba a los setenta, los viejos niveles de brutal brevedad, agotamiento precoz y hundimiento debían ser revisados. Wells sentía rencor, y con el tiempo rabia, cuando hablaba del poder del cerebro, de sus límites, del modo en que la capacidad para interesarse por los acontecimientos disminuía en la vejez. Utópico, ni siquiera imaginaba que el esperado futuro traería consigo excesos, pornografía, anormalidad sexual. Más bien le parecía que una vez eliminadas la vieja suciedad y la tétrica náusea, surgiría un tipo humano más vital, fuerte y oxigenado, mejor alimentado, poseedor de un cerebro superior, capaz de comer y beber de modo sano, perfectamente autónomo y con deseos bien regulados, que iría desnudo mientras atendía serenamente a sus obligaciones llevando a cabo su fascinante y útil labor. Sí, poco a poco el largo estremecimiento de la humanidad ante la rápida transitoriedad de la belleza mortal, del placer, cesaría para ser reemplazado por la sabiduría que nacería del desarrollo.

Oh, rostros arrugados, barbas grises, ojos que parecían soltar un ámbar denso o goma, total falta de ingenio con débiles falsedades, en el aire, hacia atrás como el cangrejo, hasta la tumba: Hamlet tuvo su visión de todo ello. Y muy a menudo Sammler, mientras escuchaba desde la cama a Angela, consideraba dos series de problemas (por lo menos), con un ojo distinto para cada una de ellas, mientras una tensa punzada entre las costillas y la cadera le hacía sacar una pierna en busca de un reposo que no encontraba. Su aspecto de repulsa iba unido a una mirada de receptividad. Su cucharada diaria de nutritiva levadura, un producto natural de azúcares naturales, disuelta y agitada hasta formar una espuma roja en un vaso de zumo de frutas, hacía que tuviese buen color. Probablemente, un resultado de la longevidad fuese el entretenimiento divino. Uno se daba cuenta de cómo se entretenía Dios con la formación de pautas que requerían tiempo para desarrollarse de la manera adecuada. Sammler había conocido a los abuelos de Angela. Eran ortodoxos, lo que confería un raro matiz a su conocimiento del paganismo de ella. En cierto modo, él desconfiaba de la capacidad de estos judíos para el erótico primitivismo vuduista romano de ella. Ponía en duda que la liberación de una larga disciplina mental judía, ese entrenamiento hereditario en el control legal, pudiera obtenerse por voluntad propia. Aunque modernos doctores judíos del espíritu y la mente habían reclamado la supremacía erótica, Sammler tenía sus dudas.

Aceptar y conceder esa felicidad es hacer lo que la mayoría de la gente. Hay que encarnar lo que otros encarnan. Si prejuicios, prejuicio. Si rabia, rabia. Si sexo, pues sexo. Pero no debemos llevarle la contraria a nuestro tiempo. No se lo contradice, así de simple. A menos que sea usted un Sammler y crea que el sitio de honor estaba fuera. Sin embargo, lo que se lograba con la lejanía, con ser tan solo un vestigio, una conciencia de visita que residía en un dormitorio de West Side, no lo hacía a uno merecedor de los honores externos. Además, dentro había tanto sitio y cabía tanta gente que si estaba usted en los Noventa Oeste, si se hallaba usted realmente allí, era un norteamericano. Y el encanto, la bulliciosa brillantez, la agitación casi

insoponible que producía al ser capaz de describirse a uno mismo como un americano del siglo xx estaba al alcance de todos. Para cuantos tuviesen ojos para leer los periódicos o contemplar la televisión, para todo aquel que compartiese el éxtasis colectivo de las noticias, las crisis, el poder. Cada uno según su excitabilidad. Pero quizá se tratase de algo más profundo. La humanidad lo contemplaba y describía en los mismos giros de su propio destino. Eso mismo era el tema, viviendo o ahogándose en la noche, eso el objeto, sobreviviendo o sucumbiendo, y sintiendo en ello mismo los arranques de fuerza y los períodos de parálisis: la propia pasión de la humanidad siendo al mismo tiempo el gran espectáculo de la humanidad, algo de la honda y extraña participación en todos los niveles, desde el melodrama y mero ruido hasta las capas más profundas del alma y los silencios más sutiles, donde se halla el conocimiento no descubierto. A juicio de Mr. Sammler, esa especie de experiencia podía proporcionar a algunas personas fascinantes oportunidades para la mente y el alma, pero por lo pronto un hombre tenía que ser insólitamente inteligente para eso, y además excepcionalmente hábil y sagaz. Ni siquiera creí que él mismo quedase incluido en esa categoría que había concebido. A causa de la gran velocidad, décadas, siglos, épocas que se condensaban en meses, semanas, días, incluso en frases. Así que para mantenerse a ese ritmo uno tenía que correr, saltar, flotar, volar sobre aguas rielantes, ver lo que se desprendía de la vida humana y lo que seguía en ella. Uno no podía ser un sabio anticuado incapaz de levantarse de su asiento. Había que entrenarse. Había que ser lo bastante fuerte para no dejarse atemorizar por los efectos locales de las metamorfosis, para vivir con la desintegración, con secretos demenciales, pesadillas sucias, monstruosidades resucitadas, drogadictos, borrachos y pervertidos que celebrasen públicamente su desesperación en plena ciudad. Había que ser capaz de resistir las marañas del alma, el espectáculo de la cruel disolución. Era preciso ser paciente con las estupideces del poder, con la fraudulencia de los negocios. Todos los días a las cinco o a las seis de la mañana Mr. Sammler despertaba en Manhattan y trataba de manejar algo la situación. No creía que pudiese conseguirlo. Y si podía, no sabría cómo convencer ni convertir a nadie. En su testamento, podría dejarle a Shula esa manija del ataúd. Ella le contaría al rabino Ipsheimer que la tenía. Y le diría en voz baja al padre Robles en el confesionario que la tenía. ¿Qué sería lo principal? ¿La conciencia y sus dolores? ¿Huir de la conciencia y refugiarse en lo primitivo? ¿La libertad? ¿Los privilegios? ¿Los demonios? ¿La expulsión de esos demonios y espíritus del aire, donde siempre habían estado, por medio de la ilustración y el racionalismo? ¿La humanidad nunca había vivido sin poseer sus demonios, y los tendría de nuevo! ¡Oh, con qué miserable, picajosa, sangrante, necesitada, idiota, genial criatura teníamos que habérmolas aquí! Y de qué modo tan raro jugaba (él, ella) con las extrañas propiedades de la existencia, con todas las variedades de posibilidad, con travesuras de toda clase, con el alma del mundo, con la muerte. ¿Podría condensarse todo ello en una o dos afirmaciones? La humanidad no soportaría que la privasen de futuro. Por ahora, la muerte era el único

futuro visible.

Una familia, un círculo de amigos, un equipo de vivientes, hacían que las cosas siguieran moviéndose, y luego aparecía la muerte y nadie estaba preparado para reconocerla. Al doctor Gruner lo habían sometido a una intervención quirúrgica menor, una pequeña operación. ¿Fue de ese modo? Una arteria del cerebro, la carótida, había empezado a rezumar por sus delgadas paredes. Sammler había tardado mucho en comprender el significado de esto. Quizá tuviese un motivo práctico para resistirse a entenderlo. Desde 1947 Shula y él habían dependido del doctor Gruner. Era él quien pagaba los alquileres, inventaba trabajos para Shula, los proveía de la Seguridad Social y de cheques de indemnización alemanes. Era generoso. Desde luego, también era rico, pero los ricos solían ser mezquinos. No podía separarlos de las prácticas que habían producido el dinero: lucha cuerpo a cuerpo, fraude habitual, insensata agilidad para el engaño, las extrañas convenciones de la estafa legítima. Cuando se ponía a meditar, con su cara pequeña y colorada, la burbuja de su ojo y sus leves patillas de gato —una isla meditabunda en la isla de Manhattan—, al viejo Sammler le resultaba claro que los ricos que él conocía eran los que ganaban en las luchas de la criminalidad, de la criminalidad permisible, naturalmente.

En otras palabras, triunfaban en formas de engaño y dureza de corazón consideradas, en general, productivas por el orden político; clases de trampa, de robo o (en los mejores casos) de despilfarro que, en conjunto, hacían aumentar la renta nacional. Pero aguarden un momento: Sammler se negaba a sí mismo el privilegio del intelectual de elevados principios que siempre debe aplicar las normas de mayor pureza y hundir en su cabeza al resto de su especie. Cuando trataba de imaginarse un orden social justo, no lo conseguía. ¿Una sociedad no corrompida? Tampoco podía llegar a eso. Ninguna de las revoluciones que recordaba había sido hecha para la justicia, la libertad, la pura bondad. La última etapa de cualquiera de aquellas siempre resultaba más nihilista que la primera. De modo que si el doctor Gruner había sido corrompido, también debía tenerse en cuenta a los otros ricos y ver qué corazones tenían. No había problema. El doctor Gruner, que había hecho una fortuna como ginecólogo, más tarde incrementada con el negocio inmobiliario, solía ser amable y tenía un profundo sentimiento de familia, mucho más que Sammler, que en su juventud había tomado el camino opuesto, el moderno de Max-Engels-propiedad-privada-origen-del-Estado-y-de-la-familia.

Sammler tenía seis o siete años más que Gruner, que era su sobrino por un divertido tecnicismo. Sammler era hijo de un segundo matrimonio y había nacido cuando su padre tenía sesenta años (evidentemente, el padre de Sammler era muy emprendedor), y al doctor Gruner le ilusionaba tener un tío europeo. Era muy deferente, absolutamente chino en su apego a las tradiciones. Había salido de su antiguo país a la edad de diez años. Cracovia lo ponía sentimental, y le complacía recordar a sus abuelos, tías, primos con los que Sammler nunca había tenido mucha relación. No habría podido explicar fácilmente que era gente de la que deseaba

librarse y por la que se había hecho tan absurdamente inglés. Pero en cuanto al doctor Gruner, después de cincuenta años seguía siendo un inmigrante. A pesar de la gran casa estilo Westchester y del Rolls Royce que brillaba como una sopera de plata cubriendo su cortés calvicie judía. Las arrugas del doctor Gruner eran suaves. Expresaban paciencia y a veces incluso deleite. Tenía unos labios grandes y nobles, en los que había ironía y patetismo. Era una cara agradable, amablemente iluminada.

Y Sammler, tío gracias a su medio hermana —en realidad, tío por cortesía, por el piadoso deseo de anticuario de Gruner—, era considerado (alto, anciano, extranjero) como el último de una maravillosa y vieja generación. El hermano de mamá, tío Artur, con sus pálidas matas de pelo sobre los ojos y sus finas arrugas que fluían augustamente bajo las anchas alas de su quizá romántico sombrero inglés. Sammler comprendía, por la cara de su «sobrino», que tenía una sonrisa amplia y orejas de soplillo, que para este poseía un considerable significado histórico. También se respetaban sus «experiencias». La guerra. El holocausto. El sufrimiento.

A causa del vivo color de su rostro, Sammler encontraba a Gruner muy saludable. Pero el médico dijo un día: «Hipertensión. Quizá no debiera usted jugar a las cartas». Dos veces a la semana, en su club, en sesiones muy prolongadas, Gruner jugaba al gin rummy o a la canasta apostando mucho. Eso decía Angela, a la que le encantaba el vicio de su padre. Por su parte, ella tenía vicios hereditarios; y también su hermano menor, Wallace, que era un jugador desenfrenado. Ya había pasado de sus primeros cincuenta mil invirtiéndolos con un grupo de la Mafia, en Las Vegas. O quizá solo eran unos que decían ser de la Mafia, pues no habían empleado el dinero como Wallace se figuraba. El propio doctor Gruner había crecido en un vecindario de matones y a veces hablaba al estilo de ellos, torciendo la boca. Era viudo. Su esposa había sido una judía alemana de mejor posición social que él, o eso se figuraba ella. Los de su familia habían sido pioneros de 1848. Gruner era un inmigrante *Ostjude*. La tarea de su mujer consistía en refinarlo, ayudarlo a poner en marcha su carrera. La difunta Mrs. Gruner había sido amable, limpia, de piernas muy delgadas, peinado crepado muy tieso, y ropa de Peck & Peck geométricamente correcta al milímetro. Gruner había creído en la superioridad social de su mujer.

—No es el juego lo que agrava mi presión arterial. Si no hubiera cartas, sería la Bolsa y, de no haber Bolsa, la urbanización de Florida o el pleito con la compañía de seguros, o si no, Wallace. También está Angela.

Procurando contener su enorme y resplandeciente cariño, Gruner murmuraba «puta» cuando su hija se acercaba meneando toda su carne (muslos, caderas, pechos, exhibidos con cierta fingida inocencia). Había que figurarse que con ello enloquecía a los hombres y enfurecía a las mujeres. Casi inaudiblemente, Gruner decía «zorra» o algo así. Sin embargo, había puesto dinero a su nombre para que pudiera vivir muy desahogadamente de rentas. Sammler creía que millones de damas corrompidas disponían de fortunas. Criaturas alocadas o, peor aun, disipadoras de la riqueza de la nación. Gruner nunca habría sido capaz de aguantar los detalles que Angela le

contaba a Sammler, a quien ella siempre le advertía: «Papá se habría muerto si le hubiese contado esto». Sammler no estaba de acuerdo; probablemente Elya supiera muchas cosas de ella. Naturalmente, todos los interesados conocían la verdad. Se hallaba en los muslos de Angela, en el corte de sus blusas, en los movimientos de sus dedos, en el tono bajo y musical de sus murmullos.

—Sí, sí, ya lo sé —solía decir el doctor Gruner—. Conozco a mi Angela. ¡Y a Wallace!

Al principio Sammler no entendía qué era un aneurisma; Angela le contó que Gruner estaba en el hospital para que lo operasen de la garganta. Al día siguiente a aquel en que el carterista lo había inmovilizado contra la pared, fue al East Side para visitar a Gruner. Lo encontró con el cuello vendado.

—¿Bien, tío Sammler?

—Elya, ¿cómo estás? Tienes buen aspecto.

Y el viejo, metiendo por debajo de él un largo brazo, alisándose la guerrera, doblando las delgadas piernas, se sentó. Ubicó la contera del paraguas entre las puntas de sus resquebrajados zapatos negros, apoyó las manos en el mango curvo y se inclinó hacia la cama con cortesía polaco-oxoniense. Meticulosamente, como hace quien visita a un enfermo. Fina e intrincadamente arrugado, el lado izquierdo de su cara era como el mapa en relieve de un terreno difícil.

El doctor Gruner estaba sentado muy derecho, sin sonreír. Su aspecto, después de toda una vida de mostrarse jovial, seguía siendo bastante agradable. No por ponerse a tono con la ocasión sino porque le era habitual.

—Estoy en medio de algo.

—¿Salió bien la operación?

—Me han puesto un chisme en la garganta.

—¿Para qué?

—Para regular el flujo de sangre en la arteria... la carótida.

—¿Sí? ¿Es una válvula o algo así?

—Más o menos.

—¿Se supone que reducirá la presión?

—Sí, es para eso.

—Ya. Bueno, parece que da buen resultado. Tienes el aspecto de siempre, Elya.

Evidentemente, había algo que el doctor Gruner no estaba dispuesto a soltar. Su expresión no era horrible ni sombría. En vez de dureza, lo que a Sammler le pareció observar fue una especie de tensa ligereza. Allí en el hospital, en pijama, el doctor era un buen paciente.

—Este es mi tío —dijo a las enfermeras—. Explíquenle qué clase de paciente soy.

—Oh, el doctor es un paciente maravilloso.

Gruner siempre había insistido en contar con el apoyo afectuoso, la aprobación y la buena voluntad de cuantos tenía cerca.

—Me encuentro por completo en manos del cirujano. Hago exactamente lo que él

me indica.

—¿Es un buen médico?

—Sí, sí. Es un montañés del sur. Un paleta de Georgia. Fue una estrella del fútbol en la universidad. Recuerdo haber leído acerca de él en los periódicos. Jugaba en el Georgia Tech. Pero vale mucho profesionalmente; le obedezco, nunca discuto sus órdenes.

—Así que estás muy satisfecho con él.

—Ayer apretó demasiado la válvula.

—¿Y qué pasó?

—Pues que me puse ronco. Perdí algo la coordinación. Ya sabes que el cerebro necesita su provisión de sangre. De modo que hoy han tenido que volver a aflojarla.

—Pero ¿estás mejor?

—Sí, sí.

Trajeron la correspondencia y el doctor Gruner le pidió a tío Sammler que leyera unos cuantos datos del boletín bursátil. Sammler acercó el periódico a su ojo derecho y lo hizo girar hacia la luz que entraba por la ventana.

«El Departamento de Justicia de Estados Unidos acudirá a los tribunales para obligar a Ling-Temco-Vought a ceder los valores que retiene de Jones y Laughlin Steel. Actuando contra el enorme conglomerado...».

—Esos conglomerados están absorbiendo todos los negocios del país. Creo que uno de ellos ha adquirido todas las funerarias de Nueva York. Me llegan informes de que Campbell, en Riverside, ha sido comprada por la misma compañía que publica la revista *Mad*.

—Qué curioso.

—La juventud es un gran negocio. Los estudiantes gastan cantidades fantásticas de dinero. Si un número suficiente de chicos se hacen radicales, habrá en ellos un nuevo mercado y entonces será una gran operación.

—Me hago una idea.

—No puedes estarte quieto. Primero, debes hacer dinero; luego, conseguir que no se encoja a causa de la inflación. Cómo lo inviertes, has de ir con cuidado de quién te fías (no te fíes de nadie), de qué puedes comprar con él, de cómo salvarlo de esos ladrones de Hacienda. Y, por fin, de cómo lo dejas... ¡El testamento! Esos son los peores problemas de la vida. Penosísimos.

Sammler comprendía perfectamente de qué se trataba. Su sobrino Gruner tenía en la cabeza un gran vaso sanguíneo defectuoso desde su nacimiento, y después de toda una vida de latidos se le había gastado y deshilachado. Debido a esos derrames se le había formado un coágulo. Toda aquella mermelada temblaba. Un simple latido del corazón podía abrir la arteria y anegar el cerebro. Estos hechos se abrían paso de forma trémula en la mente de Sammler. ¿Había llegado el momento? ¿*El momento*? ¡Qué terrible! ¡Pero sí! Elya moriría debido a una hemorragia. ¿Lo sabría él? Claro que sí. Era médico, de modo que debía de saberlo. Pero, por ser humano, podía

arreglar muchas cosas. Una de las combinaciones humanas más frecuentes es la de saber y no saber. Entonces Sammler llegó a la conclusión, tras diez o doce minutos de observar atentamente, de que sin duda Gruner estaba enterado. Creía que había llegado el momento del honor para Gruner, ese momento en que el individuo puede echar mano de sus mejores cualidades. Mr. Sammler había vivido mucho y sabía algo de las muestras de galantería postrera. Si había tiempo, y si se contaba con algo de suerte, a veces se hacían buenas cosas.

—Tío, prueba estas mermeladas. La de lima y la de naranja son las mejores. Son de Beersheba.

—¿No cuidas tu peso, Elya?

—No. En Israel están haciendo unas cosas extraordinarias últimamente.

El doctor Gruner había estado comprando acciones y propiedades en Israel. En Westchester, servía vino y brandy israelíes. Regalaba bolígrafos muy plateados, hechos en Israel. Se podían firmar cheques con ellos. Para los fines corrientes no resultaban útiles. Y en dos ocasiones, mientras recogía el sombrero, había dicho:

—Creo que me iré por un tiempo a Jerusalén.

—¿Cuándo te marchas?

—Ahora.

—¿Enseguida?

—Desde luego.

—¿Así como estás?

—Así como estoy. Puedo comprar mi cepillo de dientes y la maquinilla de afeitar cuando aterrice. Me gusta mucho aquello.

Hizo que su chófer lo condujese al aeropuerto.

—Cuando decida regresar te enviaré un cablegrama, Emil.

En Jerusalén vivían más viejos parientes como Sammler, y Gruner habló de genealogía con ellos, uno de sus pasatiempos favoritos. Le apasionaban los parentescos, algo que Sammler encontraba extraño, sobre todo en un médico. Dado que su prosperidad procedía de la rama femenina, debería haber mostrado menos apego a su tribu concreta. Pero ahora, al ver la fatal sequedad de sus ojeras, Sammler comprendió mejor la razón de ello. A cada uno según sus indicios. Gruner no ejercía desde hacía diez años. Se había retirado luego de sufrir un ataque al corazón. Estaba asegurado. Después de pagarle durante uno o dos años, la compañía de seguros decidió que estaba lo bastante bien para volver a ejercer, y hubo un pleito. Entonces el doctor Gruner supo que las compañías de seguros disponían de los mejores abogados de la ciudad. Pero por muy buenos que fuesen estos, a los tribunales les molestaban los pleitos triviales de las compañías, de modo que pasaron varios años hasta que concluyó aquella causa. Gruner ganó. O estaba a punto de ganar. Le molestaba su trabajo: el cuchillo, la sangre. Había sido una persona concienzuda. Había cumplido con su deber. Pero no le gustaba su profesión. Sin embargo, aún iba con las manos cuidadosamente arregladas como un cirujano en activo. En el hospital,

Gruner llamó a una manicura y durante la visita de Sammler remojó los dedos en una palanganita de acero. Aquellos dedos masculinos presentaban un extraño matiz entre la espuma. La mujer, que llevaba blusa blanca y tenía el cabello teñido de negro, era hosca y calzaba unos zapatos blancos ortopédicos, a pesar de sus descuidados pies. Cargada de espaldas, se inclinaba con sus instrumentos sobre las uñas de Gruner concentrándose en su tarea. Su nariz era ancha y húmeda. El doctor Gruner intentó ganarse su simpatía. Hasta de una criatura tan lúgubre.

Como si no fuese a haber muchas otras ocasiones (para Elya) la habitación se llenó de luz, revelando las actitudes humanas habituales. De ella no se habían obtenido grandes resultados en el pasado, y poco se podía esperar a una hora tan tardía. ¿Qué ocurriría si la manicura se encaprichaba con el doctor Gruner y correspondía a su anhelo? Mr. Sammler percibía esos infructíferos instantes de claridad, en los que veía que la singular criatura humana exigía más cuando la suma de hechos humanos no daba más de sí. A Sammler no le gustaban esos instantes, pero sin embargo llegaban.

La mujer echó la cutícula hacia atrás. No se sentía tentada. Se negaba a cualquier manifestación de confianza.

—Tío Artur, ¿puedes decirme algo del hermano de mi abuela, allá en la madre patria?

—¿A quién te refieres?

—A ese hombre que se llamaba Hessid.

—¿Hessid? ¿Hessid? Sí, había una familia Hessid.

—Tenía un molino donde hacía harina de maíz y una tienda cerca del castillo. Un sitio pequeño con unos pocos barriles.

—Debes de estar equivocado. No recuerdo a nadie de la familia que moliera nada. Sin embargo, tienes una memoria excelente. Mejor que la mía.

—Hessid. Un viejo bien parecido con una ancha barba blanca. Llevaba un sombrero hongo y un chaleco de fantasía con reloj y cadena. Con frecuencia lo llamaban a leer la Torá, aunque no pudo haber asistido mucho a la sinagoga.

—Ah, la sinagoga. ¿Sabes, Elya?, no tuve mucho que ver con la sinagoga. Éramos casi librepensadores. Sobre todo mi madre. Recibió una educación polaca. Me puso un nombre gentil: Artur.

Sammler lamentaba recordar tan poco de la familia. Sus contactos contemporáneos con ella habían sido insatisfactorios; le habría gustado ayudar a Gruner a reconstruir el pasado.

—Yo quería al viejo Hessid. Fui un niño muy cariñoso.

—Estoy seguro de que lo eras —reconoció Sammler, que apenas si recordaba a Gruner de chico. Se puso de pie y añadió—: No te cansaré con una visita larga.

—Oh, no me estás cansando. Pero probablemente tendrás cosas que hacer. Ah, la biblioteca pública. Una cosa antes de que te vayas, tío: aún tienes buen aspecto. Te sentó bien aquel último viaje a Israel, y fue muy duro. ¿Aún sales a correr por el

Riverside Park como solías?

—Últimamente no. Ya estoy muy viejo para eso.

—Iba a decirte que no es conveniente correr por allí. No quiero que te estrangulen. ¡Cuando estás cansado de correr, algún loco salta sobre ti y te corta el cuello! De todos modos, tienes muy buen aspecto. Aparte de tu trastorno nervioso, no pareces achacoso. ¿Conseguirás que los alemanes occidentales te hagan ese pequeño pago? ¿Y la Seguridad Social? Sí, me alegro de que contásemos con un abogado capaz de arreglar lo de los alemanes. Y no quiero que te preocupes, tío Artur.

—¿De qué?

—Absolutamente de nada. Uno debe tener una vejez segura, con un lugar donde vivir. Te quedarás con Margotte. Es una buena mujer. Te cuidará. Comprendo que Shula es un poquito demasiado chiflada para ti. Sabe distraer a la gente, pero no a su padre. Ya sé cómo son esas cosas.

—Sí, Margotte es simpática. No se puede pedir más.

—De modo, tío, que no te preocupes.

—Gracias, Elya.

Siguió un momento de confusión durante el cual algo que apretaba y dolía se metió en el pecho, en la cabeza, incluso allá abajo, en las tripas, y en torno al corazón. La mujer pulimentaba las uñas de Gruner, que permanecía sentado muy derecho con la chaqueta del pijama abotonada; por encima, la venda que ocultaba la garganta. La cara de Gruner, grande y colorada, no tenía casi nada de atractiva, con su calva, sus orejas enormes y vulgares, su nariz ancha. Gruner pertenecía a la rama de la familia que tenía un aspecto tosco. Sin embargo, el suyo era un rostro viril y, si se prescindía de algunos reparos superficiales, amable. Sammler conocía los defectos de aquel hombre. Los veía como polvo y guijarros, como cascajo sobre un mosaico que podía barrerse revelando una expresión refinada y noble. Un hombre en quien se podía confiar, un hombre que pensaba en los demás.

—Te has portado bien con Shula y conmigo, Elya.

Gruner ni lo admitió ni lo negó. Quizá debido a la rigidez de su postura rechazara esa muestra de gratitud, que no se merecía del todo.

«En resumen, si la Tierra merece ser abandonada, si hemos de salir en dirección a otros mundos, empezando por la Luna, no es a causa de la gente como tú», habría dicho Sammler. Lo expresó de modo más breve:

—Te estoy agradecido.

—Eres un caballero, tío Artur.

—Vendré a verte.

—Sí, vuelve. Me hará muy bien.

Una vez fuera de la habitación, Sammler se puso su sombrero estilo Augustus John. Un sombrero del Soho de los de antes. Recorrió el pasillo con su habitual paso rápido favoreciendo algo su lado más vistoso, para lo cual avanzaba primero su pierna y hombro derechos. Cuando llegó a la antesala, una soleada bahía con muebles

de plástico naranja claro, se encontró a Wallace Gruner en compañía de un médico de bata blanca que resultó ser el cirujano de Elya.

—El tío de mi padre... El doctor Cosbie.

—¿Cómo está usted, doctor Cosbie?

Los modales de Mr. Sammler resultaban algo anticuados. ¿Quién iba a fijarse allí en aquellas finuras del Viejo Mundo? Quizá de vez en cuando alguna mujer fuese capaz de apreciar su manera de saludar. Pero no el doctor Cosbie. Aquel antiguo astro del fútbol, famoso en Georgia, impresionó a Sammler como una especie de muro humano. Alto y plano. Su cara era misteriosamente silenciosa y muy blanca. Aunque su boca era fina y recta, tenía el labio superior prominente. Había algo distanciador en aquel hombre, que mantenía las manos a la espalda. Parecía un general con la mente ocupada en batallones enzarzados en una sangrienta lucha, invisibles en lo alto de un monte. No tenía nada que decir a un molesto civil.

—¿Cómo está el doctor Gruner?

—Progresando bastante, señor. Es un paciente muy obediente.

Estaban viendo al doctor Gruner como él quería que lo viesen. Cada ocasión tenía su propaganda. La democracia era propaganda. Desde el Gobierno, la propaganda penetraba en todos los aspectos de la vida. Tenía usted un deseo, un punto de vista, una manera de pensar, y la difundía. Todo el mundo hablaba del acontecimiento como era debido, y usted seguía ejerciendo su influencia. En este caso, Elya —médico y paciente— hacía saber que él era el paciente de los pacientes. Se trataba de una debilidad admisible, infantil, pero ¿y qué? Tenía cierto interés.

Frente a un médico, Sammler se sentía a menudo tentado de preguntar sobre sus propios síntomas. Por supuesto, reprimía ese deseo. Pero el impulso seguía allí. Quería mencionar que despertaba con un ruido en la cabeza, que en su ojo bueno aparecía una mancha que no conseguía eliminar, pues se quedaba en el pliegue, que por las noches los pies le quemaban, que padecía de *pruritis ani*. A los doctores les fastidiaba que los legos empleasen términos médicos. Todo, naturalmente, pasaba por la censura. Lo último, la taquicardia. Cosbie solo presentaba cierta rubicundez fresca de anciano. Una manzana de invierno. Un viejo con la cabeza muy ocupada. Manchas coloradas. Un sombrero de ala ancha arrugada. Un paraguas en un día de sol: inconsecuente. Zapatos largos y estrechos, agrietados pero brillantes.

¿Acaso el estado de Elya le era indiferente? No, se sentía apenado, pero ¿qué podía hacer? Siguió pensando, y viendo.

Como de costumbre, incluso en plena conversación, Wallace parecía estar soñando, con los negros ojos muy abiertos se quedaba como soñando. Soñando profundamente. También tenía una piel muy blanca. Aunque en pocos años cumpliría treinta, aún era el hermano pequeño con rizos y labios de niño. Un poco descuidado en su aseo, quizá, también como un niño, cuando hacía calor Sammler percibía en él cierto olor (quizá Sammler tuviera un olfato hipersensible) a trasero sucio. Un leve asomo de descuido fecal. Eso no ofendía a su tío abuelo. Sencillamente, lo notaba por

poseer un sistema de registro especialmente delicado. En verdad, a Sammler el muchacho le caía simpático. Entraba en la categoría de Shula. Incluso había entre ellos un aire de familia, sobre todo en los ojos, redondos, oscuros, tan grandes que parecían llenar las órbitas, capaces de verlo todo, pero soñolientos, como drogados. Era un perverso, según Angela. Estaba discutiendo con el doctor Cosbie sobre deportes. A Wallace ningún tema le interesaba de manera corriente, sino que todo le interesaba de un modo especial. Se apasionaba. Caballos, fútbol, hockey, béisbol. Se sabía los resultados de los partidos, los récords, las estadísticas. Se le podía examinar sobre lo que fuera. El doctor Gruner decía que Wallace era capaz de levantarse a las cuatro de la mañana para aprenderse de memoria los resultados de los encuentros, que apuntaba rápidamente con la mano izquierda. Además, tenía una frente de intelectual, aunque levemente pedomórfica, una nariz fina, quizá demasiado pequeña, una cara demasiado cóncava en el centro, y un aire de energía mental, virilidad y nobleza, si bien todo ello algo estropeado. Wallace estuvo a punto de ser físico, estuvo a punto de ser matemático, abogado (incluso llegó a licenciarse y hasta a instalar un despacho), ingeniero, y por poco no se doctoró en filosofía, especializándose en ciencia de la conducta. Tenía licencia de piloto. Era casi alcohólico, casi homosexual. Actualmente parecía ser un *handicapper*. Tenía hojas amarillas llenas de nombres de equipos y cifras, y tanto él como el doctor Cosbie, cuyo aspecto también podría haber sido el de un jugador, repasaban aquellos intrincados cálculos con evidente fascinación por parte del último, que no lo hacía solo por llevarle la corriente. El esbelto Wallace estaba muy elegante con su traje oscuro. Era un joven asombrosamente dotado. Y desconcertante.

—Puede quedarse usted fuera de la Rose Bowl —dijo el doctor.

—De ningún modo —replicó Wallace—. Fíjese en este análisis del *yardage*. Rompí los datos del año pasado después de incluirlos en mi ecuación especial. Ahora mire...

Sammler fue incapaz de seguir la conversación. Esperó un rato asomado a la ventana, observando el tráfico, las mujeres con perros sujetos por la trailla o sueltos. Enfrente, un edificio vacío destinado a ser demolido. Grandes equis blancas en los cristales de las ventanas. En el escaparate de la tienda desierta aparecían raras figuras o no-figuras dibujadas en gruesos trazos blancos. La mayor parte de aquellos garabatos carecían de interés, pero por algún motivo a Mr. Sammler le llamaron la atención como pertinentes. Elocuentes. ¿Acerca de qué? Del futuro no-ser. (¡Elya!). Pero también de la grandeza de eternidad que nos elevará de esta superficialidad presente. En nuestro tiempo, las fuerzas, las energías que podrían impulsar hacia arriba a la Humanidad, la hunden. Para los mejores fines de la vida era poco lo que quedaba disponible. El terror de lo sublime enloquecía todas las mentes. Las capacidades, impresiones y visiones que los seres humanos llevaban acumulando desde los orígenes, quizá desde que la materia brilló por primera vez en la forma de partículas de conciencia, se llenaron en buena medida de vanidades, negaciones, y

solo se revelaron en amorfos indicios o en cifras en los escaparates de tiendas condenadas. Naturalmente, todos se asustaban del futuro. No de la muerte. No de ese futuro. De otro futuro en el que toda el alma se concentraba en el ser eterno. Mr. Sammler creía esto. Y entretanto existía la disculpa de la locura. Toda una nación, toda la sociedad civilizada, quizá, buscando el intachable estado de locura. El privilegiado, el casi aristocrático estado de locura. En el ínterin, esos lazos gruesos y esas curvas amplias se expresaban en el escaparate de una vieja sastrería.

Fue en Polonia, durante la guerra, sobre todo durante los tres o cuatro meses en que Sammler permaneció oculto en el mausoleo, cuando empezó a volverse hacia el mundo exterior en busca de cifras curiosas y portentos. La muerta vida de aquel verano y del otoño en que había sido un observador portentoso y muy infantil, pues muchas formas mayores de significado quedaron borradas, y una pajita, una telaraña o una mancha, una cucaracha o un gorrión, tenían que ser interpretados. Por todas partes símbolos, y mensajes metafísicos. En la tumba de una familia llamada Mezvinski él era, por decirlo así, un inquilino. El guarda del cementerio en tiempos de paz le llevaba comida. Y también agua. Aunque no siempre, pero Sammler guardaba invariablemente una pequeña reserva de pan, y no murió de hambre. El viejo Cieslakiewicz era de fiar. Le llevaba pan en su sombrero. Olía a cuero cabelludo, a cabeza. Y durante aquel período todo tenía un tinte amarillento, y había una luz amarilla en el cielo. Esta luz representaba malas noticias para Sammler, malas noticias para la humanidad, mala información sobre la esencia misma del ser. Algo odioso y a veces aplastante. En su peor sentido venía a significar: «Has sido convocado a ser. Convocado fuera de la materia. Por lo tanto, aquí estás. Y aunque el vasto plan pueda ser del más profundo interés, ya se origine en Dios o en una fuente indeterminada que debería tener otro nombre, tú mismo, un ejemplo finito, estás obligado a esperar, dolorosa y anhelantemente, en esta desesperación amarilla. ¿Y por qué? ¡Porque has de hacerlo!». De modo que se quedó esperando. Aún hubo más de esto cuando Sammler vivía en la tumba. Quizá no hubiese tiempo para pensar, pero ¿qué otra cosa quedaba por hacer? No había acontecimientos. Se habían interrumpido. Y tampoco noticias. Cieslakiewicz, con sus mostachos, sus manos hinchadas y temblorosas, sus feos ojos azules —el salvador de Sammler—, no tenía noticias o no quería darlas. Cieslakiewicz había arriesgado su vida por él. La base de este hecho era muy rara. Ninguno de los dos simpatizaba con el otro. ¿Qué podía haber de atractivo en Sammler? Medio desnudo, hambriento, con el cabello y la barba hechos una corteza, arrastrándose por el bosque. La larga experiencia con los muertos, con los manojos de huesos humanos, quizá hubieran preparado al enterrador para la aparición de Sammler. Lo dejó en el mausoleo de los Mezvinski y le llevó unos andrajos para que se tapara. Después de la guerra Sammler le envió dinero, paquetes. Hubo correspondencia con la familia. Luego, al cabo de unos años, las cartas empezaron a reflejar sentimientos antisemitas. Nada demasiado maligno. Solo un poco de lo de siempre. No era una sorpresa, o apenas si lo era. Cieslakiewicz había

cumplido su etapa de honor y caridad. Había arriesgado su vida para salvar a Sammler. El viejo polaco también era un héroe. Pero el heroísmo había terminado. Ahora se trataba de un ser humano corriente y quería ser de nuevo él mismo. Ya estaba bien. ¿No tenía derecho a ser él mismo, a caer en los antiguos prejuicios? Era solo la persona «pensante», con todas sus excepcionales exigencias, la que seguía molestándose a sí misma, la responsable de los «valores más altos», de la «civilización», la que seguía presionando. Eran los Sammler quienes insistían en vano realizando alguna clase de tarea simbólica. El principal resultado de lo cual era la intranquilidad, exponerse a trastornos. Mr. Sammler poseía un carácter simbólico. Él, personalmente, era un símbolo. Sus amigos y familia habían hecho de él un juez y un sacerdote. ¿Y de qué era Sammler un símbolo? Ni siquiera lo sabía. ¿Lo era acaso porque había sobrevivido? Ni siquiera lo había conseguido, puesto que gran parte de su anterior persona había desaparecido. No era sobrevivir, sino durar. Él había durado. Y por un tiempo podía durar. Un poco más, evidentemente, que Elya Gruner con la grapa, el tornillo o lo que fuese que tenía en la garganta. Aquello no conseguiría mantener alejada a la muerte durante mucho tiempo. Un súbito derrame de fluido rojo y el hombre se habría acabado. Con toda su voluntad, con su tesón, sus virtudes, su buen historial como médico, sus empresas, juegos de cartas, lealtad a Israel, antipatía a De Gaulle, su bondad cordial, su ambición, su interés por el dinero, su paternidad judía, su desesperación y el amor que sentía por su hijo y su hija. Cuando su vida —o esta vida, aquella vida, la otra vida— terminara, a Sammler le quedaría, mientras durase, la luz amarilla del calor estival detrás de la puerta del mausoleo. Era también la luz de aquella habitación del piso donde había tenido que encerrarse con Shula-Slawa. Horas interminables en las que uno se siente consumido por dentro. Consumido porque falta la coherencia. Quizá como castigo por no haber logrado encontrar la coherencia. O devorado por un anhelo de santidad. Sí, vaya usted en busca de esto cuando los hombres se asesinan unos a otros. Cuando fue asesinada Antonina. Cuando él mismo padeció el asesinato junto a ella. Cuando a él y a otros sesenta o setenta, todos desnudos y después de que los hubiesen obligado a cavar su propia tumba, les dispararon y cayeron dentro. Otros cuerpos sobre el suyo. El de su esposa, muerta, por allí cerca. Y mucho después luchar bajo el peso de los cadáveres, arrastrarse para salir de aquella tierra removida. Rascarse la barriga. Esconderse en un cobertizo. Encontrar unos harapos que ponerse. Yacer en los bosques durante días interminables.

Cerca de treinta años después, un mes de abril, el sol, otra primavera, definida por el tráfico y la intensidad de Nueva York; recostado en un sofá naranja blando, como de cuero, con los pies sobre una alfombra finlandesa de color ocre oscuro con un centro o núcleo amarillo y mirando hacia la calle, donde el escaparate de un sastre representaba el espíritu del tiempo por el medio inconsciente de la mano de un chico que había garrapateado su augurio.

¿Está loca nuestra especie?

Hay pruebas de sobra.

Todo parece, desde luego, invención del hombre. Incluida la locura. Que puede ser una creación más de esa agonizante inventiva. En el nivel presente de la evolución humana se planteaban proposiciones (que en parte arrastraban a Sammler) por las cuales la elección quedaba reducida a santidad o locura. Todos estamos locos a menos que seamos santos, y solo somos santos al elevarnos sobre la locura. El tirón gravitatorio de la locura tira de los santos hacia el desplome. Solo unos pocos logran comprender que lo que hace a los santos y a los héroes es la capacidad de realizar diariamente su deber. La mayoría se deja llevar por la fantasía de acceder a una condición superior y se sienten lo bastante locos para conseguirlo.

Consideremos, por ejemplo, a alguien como Wallace Gruner. El médico se había ido y Wallace, con sus papeles amarillos, permaneció allí. ¿Cuánta normalidad, qué estabilidad estaría dispuesto Wallace a sacrificar para obtener la gracia de la locura?

—¿Tío?

—Ah, sí, Wallace.

Algunos eran excéntricos; otros, histriónicos. Quizá Wallace fuese de verdad demente. Le costaba un tremendo esfuerzo interesarse por los acontecimientos comunes. Tal vez fuera por eso por lo que le apasionaban las estadísticas deportivas, y por lo que tan a menudo parecía hallarse en el espacio exterior. *Dans la lune*. Bien, por lo menos no trataba a Sammler como a un símbolo y no parecía necesitar sacerdotes, jueces ni confesores. Wallace decía que lo que él apreciaba en el tío Sammler era su ingenio. En efecto, Sammler, especialmente cuando se irritaba mucho, lo provocaban o se sentía hostigado, decía cosas ingeniosas. Al viejo estilo europeo. A menudo esas genialidades señalaban la proximidad de un ataque de nervios.

Pero Wallace no podía evitar sonreír siempre que comenzaba una conversación con Sammler, y a veces repetía las ocurrencias de este.

—¿Sigues siendo una persona irregular, tío?

Refiriéndose a sí mismo, Sammler había dicho en una ocasión: «Soy más tonto en unas cosas que en otras; de modo que puede afirmarse que soy una persona irregular».

—La mesa de billar, tío. La mesa de billar —dijo Wallace, recordando una de sus ocurrencias favoritas.

Aquello tenía que ver con el viaje de Angela a México, donde ella y Horriker habían pasado unas malas vacaciones. En enero Angela se había hartado de Nueva York y del invierno. Quería ir a México, a un sitio cálido, donde pudiera ver algo de verde. Entonces, incapaz de contenerse, Sammler había soltado: «¿Calor? ¿Algo de verde? Una mesa de billar en el infierno sería una buena descripción».

—¡Qué gracioso! Eso me hizo muchísima gracia —dijo Wallace.

Más tarde le preguntó a Sammler si recordaba las palabras exactas. El viejo sonrió, algo ruborizado, pero se negó a repetir la gracia. Wallace no era ingenioso. No

tenía esa clase de ocurrencias. Pero era experimentado, y encaraba curiosos proyectos. Hacía varios años que había volado a Tánger con el propósito de comprar un caballo y recorrer Marruecos y Túnez cabalgando. No se llevaba su Honda, decía, porque a la gente atrasada hay que verla desde el lomo de un caballo. Le había pedido prestado a Sammler *Fuerza y libertad*, de Jacob Burckhardt, que le causó gran impresión. Quería examinar pueblos en diversos grados de desarrollo. En el hotel de Marruecos le robaron. El ladrón fue un hombre armado con una pistola. Luego Wallace se marchó en avión a Turquía y probó de nuevo. De alguna manera se las arregló para entrar en Rusia con su caballo. En la Armenia soviética lo detuvo la policía. Gruner tuvo que visitar cinco o seis veces al senador Javits antes de que pusieran en libertad al joven. Tiempo después, de nuevo en Nueva York, Wallace, que había llevado a una muchacha al cine a ver *El nacimiento de un niño*, se desmayó en el momento en que la criatura venía al mundo, se golpeó la cabeza con el respaldo del asiento y quedó inconsciente. Cuando recobró el conocimiento, se hallaba en el suelo. Su acompañante, avergonzada, se había cambiado de sitio. Se peleó con ella por haberlo abandonado. En otra ocasión dejó mal aparcado el Rolls de su padre, que fue a parar a un depósito cercano a Croton. Para pagar sus deudas estuvo conduciendo un autobús en la ciudad. La Mafia iba tras él. Su corredor de apuestas le concedió dos meses para pagar. Las apuestas deportivas no le habían dado resultado. Fue con un amigo a Perú para escalar los Andes. Decían que era un buen piloto. Le ofreció a Sammler llevarlo en avión. («No, prefiero no ir. Gracias de todos modos, Wallace»). Se presentó voluntario a los Cuerpos de Paz. Quería hacer algo por los niños negros, y ser entrenador de baloncesto.

—¿Qué opina el cirujano de las posibilidades de Elya, Wallace?

—Va a hacerle una nueva radiografía de la cabeza.

—¿Acaso piensan operarle el cerebro?

—Depende de que consigan llegar al sitio. Quizá no les sea posible alcanzarlo. Y por supuesto, si no pueden, pues nada.

—Por su aspecto, resultaba increíble... Parece estar tan bien.

—Sí, sí —admitió Wallace—. ¿Por qué no?

Sammler suspiró al oír eso. De pronto se dio cuenta de lo satisfecha que había debido de estar la difunta señora Gruner con su Wallace, de cabeza tan bien formada, cuello largo, cabello crespo, bellas cejas, nariz fina y recta, y unos bonitos dientes resultado de una hábil ortodoncia.

—Eso de tener un aneurisma es hereditario. Algunos nacen con las paredes de las arterias muy delgadas. A mí mismo podría ocurrirme, o a Angela, aunque me sorprendería que tuviese algo delgado. Pero hay gente, incluso joven, que aunque a veces sea perfecta en otros aspectos, mueren de eso. Van por ahí fuertes y hermosos, rozagantes, y un buen día eso les estalla dentro. Se mueren. Primero se forma una burbuja. Como esos lagartos que hinchan el cuello hasta que a veces les estalla. Tú has vivido mucho, quizá hayas sabido ya de algún caso de estos.

—Hasta para alguien como yo siempre hay cosas nuevas.

—El crucigrama de la semana pasada, el del domingo, me llevó de cabeza, ¿tú lo hiciste?

—No.

—A veces los haces.

—Margotte no trajo a casa el *Times*.

—Es asombroso cuántas palabras sabes.

Wallace había ejercido de abogado durante algunos meses. Su padre le había alquilado el despacho; su madre se lo había amueblado y había llamado a Croze, el decorador de interiores. Seis meses estuvo Wallace levantándose puntualmente y yendo a su despacho. Pero resultó que lo que hacía allí era dejar cerrada la puerta, descolgar el teléfono, echarse en el sofá de cuero y resolver crucigramas. Eso era todo. No; algo más: le desabrochó el vestido a la taquígrafa y le examinó los pechos. Quien transmitió esta información fue Angela, a quien se lo había contado aquella. ¿Por qué lo había permitido la muchacha? Quizá creyera que de ese modo se casaría. Pero ¿cómo tener esperanzas en Wallace? Ninguna mujer en sus cabales lo haría. De todos modos, aquel interés por los pechos había sido científico. Algo referente a los pezones. Como JeanJacques Rousseau, quien se mostró tan absorto en los pechos de una puta veneciana que esta lo apartaba a empujones y le dijo que se dedicase a estudiar matemáticas. (He ahí otra prueba de las muchas lecturas del tío Sammler, de su cultura europea).

—No me gustan los que resuelven crucigramas. Es gente de mentalidad pobre —dijo Wallace—. ¿Para qué quieren meterse en la cabeza tantas cosas inútiles? Es una información heterogénea y pretenciosa. Recuerdo que incluso llegué a telefonarte para preguntarte por una vieja danza inglesa. *Jig, reel, hornipipe*, fueron todo lo que pude sacar, pero esa empezaba con eme.

—¿Con eme? ¿Podría ser *morrice*?

—¡Maldita sea! Claro que es *morrice*. Vaya, qué bien te conservas mentalmente. ¿Cómo consigues recordar tantas palabras?

—Milton: *Comus*. «Ahora a la Luna en ondulante *morrice*...».

—Qué bonito es eso. Sí, es precioso.

—«Ahora a la Luna en ondulante *morrice* te vas». Miles de millones de peces, y hasta los mares, interpretan esa danza.

—Pues sí, es estupendo. Debes de vivir bien para recordar cosas tan bonitas. Ninguna ocupación tonta absorbe tu mente. Eres un buen tipo, tío Artur. No me gusta la gente vieja. No respeto a muchos individuos... si acaso, a algunos físicos. Pero tú... en cierto modo eres muy austero, aunque tienes mucho sentido del humor. Los únicos chistes que repito son los que te oigo a ti. Y a propósito, a ver si sé bien el chiste sobre De Gaulle. Dijo que no quería que lo enterrasen bajo el Arco de Triunfo junto a un desconocido. *À côté d'un inconnu*. ¿No es así?

—Vas bien.

—Mi padre se la tiene jurada a De Gaulle por ser partidario de los árabes. Pero a mí me atrae De Gaulle porque es un monumento. Y no quiere que lo lleven a los Inválidos junto a Napoleón, que no era más que un mísero cabo.

—Sí.

—Pero los israelíes quisieron cobrarle cien mil dólares por dejarle un sitio en el Santo Sepulcro.

—Ahí está el chiste.

—Y dice De Gaulle: «¿Por tres días? Es demasiado dinero». Creía que iba a resucitar, ¿no? Lo encuentro muy divertido. A los polacos les encanta contar chistes —añadió. Wallace carecía de sentido del humor. A veces, sin embargo, tenía ocasiones de reír.

—Los conquistados tienden a ser ingeniosos.

—A ti no te gustan mucho los polacos, ¿verdad, tío?

—Digamos que me gustan más ellos a mí de lo que yo les gustaba a ellos. Además, uno me salvó la vida.

—Y Shula en el convento...

—Sí, eso también. Las monjas la ocultaron.

—Recuerdo a Shula hace años en New Rochelle bajando las escaleras en camisón, y ya no era una niña, debía de tener veintisiete años o así, arrodillándose delante de todos en la sala y poniéndose a rezar. ¿Lo hacía en latín? De todos modos, aquel camisón era de lo más transparente. Creí que te quería tomar el pelo con aquella representación cristiana. ¿Se trataba de una provocación en una casa judía? ¡Hay que ver cómo son algunos judíos! ¿Sigue siendo cristiana?

—En Navidad y Pascua lo es algo.

—Y te pincha con H. G. Wells. Pero los padres son débiles con las hijas. Fíjate cómo favorece papá a Angela. Le dejó diez veces más. Porque le recordaba a Mae West. Sus tetas siempre le hacían sonreír. No se daba cuenta. Mamá y yo, sí.

—¿Qué crees que ocurrirá, Wallace?

—¿Con mi padre? No saldrá adelante. Tiene un dos por ciento de probabilidades. ¿Para qué le sirve ese tornillo?

—Está luchando.

—Cualquier pez se debatiría. Un anzuelo en la papada... Debe de ser como ahogarse en el aire.

—Ah, es terrible —dijo Sammler.

—Sin embargo, mucha gente acoge bien a la muerte. Tengo la certeza de que muchos incluso la prefieren a la vida. Lo que estoy descubriendo es que cuando los padres viven, se interponen entre uno y la muerte. Para que uno se sienta lo bastante seguro, ellos tienen que irse antes. Pero cuando mueren, somos nosotros los que vienen después, ya no queda nadie delante en la fila. Al mismo tiempo, me doy cuenta de que estoy tomando una actitud emotiva equivocada, y sé que más adelante pagaré por ello. Soy parte del sistema, me guste o no. —Otro momento de reflexión

aberrante, silenciosa... Mr. Sammler sentía la densidad y la turbulencia de los pensamientos de Wallace, que por fin añadió—: No sé por qué el doctor Cosbie es tan aficionado a las quinielas de fútbol.

—¿Tú no lo eres?

—No como él. Papá me decía lo mucho que sé de fútbol. Y de fútbol universitario, además. Todo eso lo he dejado atrás hace tiempo, pero ha sido muy propio de mi padre ofrecerle mi ayuda al cirujano para fomentar nuestra amistad.

—¿Hay algo más que te interese ahora?

—Sí, Feffer y yo tenemos un negocio en mente. Es casi el único que puedo pensar.

—Ah, Feffer. No he vuelto a verlo desde que me abandonó en Columbia. Incluso llegué a preguntarme si quería hacer dinero a mi costa.

—Es un hombre de negocios tremendamente imaginativo. Sería capaz de sacarle dinero a quien fuese. Pero quizá no a ti. Esto es lo que se nos ha ocurrido: una empresa de fotografías aéreas de casas de campo. Imagínate: llega el vendedor con la fotografía (una fotografía ampliada) y te propone que compres la casa. Identificaremos los árboles y arbustos y les pondremos sus nombres en latín y en inglés. La gente no suele saber cómo se llaman las plantas de su propiedad.

—¿Feffer sabe de árboles?

—En cada vecindad nos ayudará una estudiante que tenga conocimientos de botánica. Por ejemplo, en el condado Dutchess utilizaremos a alguna de Vassar.

Mr. Sammler no pudo evitar sonreír.

—Feffer intentaría seducirla, y también a la dueña de la casa.

—No, no. Ya me cuidaría de que no se desmandara. Sé cómo controlarlo. Es un gran comerciante. La primavera es una época perfecta para comenzar. Antes de que el follaje sea demasiado denso para la fotografía aérea. En verano podríamos trabajar bien en Montauk, Chilmark, Wellfleet o Nantucket, desde el mar. Mi padre no me dará el dinero.

—¿Necesitas mucho?

—Para un aeroplano y el equipo. Sí, es mucho.

—¿Te propones comprar un aeroplano, en lugar de alquilar uno?

—Alquilarlo no tiene sentido. Comprándolo se ahorra uno mucho en impuestos. El secreto del negocio es hacer que el gobierno te cubra los riesgos. Gracias a papá podríamos ahorrar setenta centavos por dólar. Los de Hacienda son unos criminales, y papá ya no es cabeza de familia desde que murió mamá. No quiere darme otra cantidad importante. La tengo a mi nombre pero en fideicomiso, de modo que tendré que vivir de la renta. Cuando tuve mi oportunidad, invertí cincuenta mil en aquella *boutique*.

—Creí que era una casa de juego en Las Vegas.

—No, no. Era un complejo de moteles en Las Vegas y teníamos además una *boutique* para hombres.

Wallace habría sido extraordinario adornando cuerpos de hombres, pensó Sammler.

—Tío Artur, me gustaría incluirte en nuestra nómina. Feffer está de acuerdo. Ya sabes que te aprecia. Si no te apetece hacerlo, puedes proponérselo a Shula; le pagaremos cincuenta dólares a la semana.

—Y a cambio de eso, ¿qué? ¿Quieres que hable con tu padre?

—Emplea tu influencia.

—No, Wallace, no lo haré. Piensa en cómo están las cosas. Es horrible. Estoy aterrado.

—No lo impresionarías. Le hables o no, no cambiará de opinión. Seis por aquí, media docena por allá... De todos modos, ya le está dando vueltas al asunto.

—No, no.

—Bien, allá tú. Pero hay algo más. En casa, en New Rochelle, hay dinero.

—¿Perdón? —preguntó Sammler con tono de curiosidad e incertidumbre.

—Dinero escondido. Una gran cantidad. Nunca se declaró.

—No puede ser.

—Claro que puede ser, tío. Has quedado sorprendido, ¿eh? ¡Ah, si el interior de una persona fuera tan simple como el de una sandía, todo pulpa roja y pepitas negras! De vez en cuando, como favor a personas de alta posición, papá ha hecho ciertas operaciones. Solo cuando se producía una crisis tremenda, como cuando alguien dejaba encinta a una joven heredera de la buena sociedad. Secreto absoluto. Solo por compasión. Mi padre se compadecía de ciertas familias famosas y sacaba de ello gran provecho económico.

—Mira, Wallace. Hablemos sinceramente. Elya es un buen hombre. Está a punto de morir. Tú eres su hijo. Te han hecho creer que para salvarte tienes que hundir a tu padre. Ya sé que has llevado una vida difícil. Pero esta anticuada lucha capitalista, familiar y psicológica ha de terminar. Te digo esto porque eres básicamente inteligente. Has hecho muchas cosas notables. Nadie puede llamarte aburrido; pero quizá acaben haciéndolo si no paras. Ahora podrías retirarte honorablemente, con una experiencia vasta e interesante. Deberías probar algo que fuese diferente.

—Bien, tío Sammler, tienes buenos modales. Lo sé. Pero en cierto modo también guardas las distancias. Con la vida. Sin embargo, aguantas los engaños y *shtick* de la gente. Esa es tu vieja cortesía polaca. De todos modos, también hay en esto una cuestión práctica. Solo práctica.

—¿Práctica?

—Mi padre tiene miles de dólares en esa casa y no quiere decir dónde están. Está resentido con nosotros, y esa es su lucha capitalista, familiar y psicológica. Tienes mucha razón, ¿por qué ha de consumirse una persona en su propia neurosis? Hay finalidades más altas en la vida. No creo que estas sean una porquería. Ni mucho menos. Pero reconoce, tío, que si consigo ese aeroplano podré conseguir una buena ganancia con unas pocas horas de vuelo. El resto del tiempo lo emplearé en leer

filosofía, por ejemplo, o en terminar mis estudios y doctorarme en matemáticas. Ahora, escucha esto: Las personas son como números enteros. ¿Comprendes?

—No, por supuesto que no, Wallace.

—Los números también tienen una importante relación con la gente. La serie de números es como la serie de seres humanos... infinitos números de individuos. Las características de los números son como las de la materia, pues, si no, las expresiones matemáticas no nos dirían lo que la materia hará o es capaz de hacer. Las ecuaciones matemáticas nos llevan a las realidades físicas. A cosas aún no vistas. Como la turbulencia de los gases recalentados. ¿Lo comprendes ahora?

—Solo de forma muy vaga.

—Las ecuaciones precedieron a las observaciones efectivas. Así, lo que necesitamos es un sistema similar de signos para los seres humanos. En este sistema, ¿qué es Uno? ¿Cómo es el número entero humano? Fíjate, has hecho que hable en serio. Pero solo durante un par de minutos quiero volver a lo que te decía: en la casa hay dinero. Creo que lo ocultó en unas falsas tuberías, en el ático. En una ocasión utilizó a un fontanero de la mafia. Lo sé. Podrías referirte a tuberías o áticos en tu próxima conversación con él. A ver cómo reacciona. Quizá decida contártelo. No quiero tener que echar la casa abajo.

—No, por supuesto que no —dijo Sammler.

¿Qué es Uno?

III

De regreso a casa.

En las quebradizas aceras de la Segunda Avenida se oía el primaveral rodar de los patines, una rudeza sedante. Pasando de la nueva Nueva York de pisos amontonados a la más vieja Nueva York de piedra oscura y hierro fundido, Sammler vio, a través de unos grandes círculos negros abiertos en una valla, las bocas abiertas y relucientes de narcisos y tulipanes, pero la llovizna del hollín ya se había esparcido sobre la pureza del amarillo. En esta ciudad uno podía convertirse en un regador de flores. He ahí otra oportunidad mercantil para Wallace y Feffer.

Cruzó Stuyvesant Park, una elipse en una plaza con la estatua del holandés de la pata de palo, los rincones relucientes cubiertos de matas. Golpeando las losas con su contera del paraguas cada cuatro pasos, Sammler llevaba debajo del brazo el manuscrito del doctor Govinda Lal. Su intención había sido leerlo en el metro, aunque no le gustaba hacerse notar en público echándose el sombrero hacia atrás y pasando las páginas ante su único ojo utilizable, con cara de intensa concentración. Raras veces hacía eso.

Trazar una perpendicular desde la Luna. Hacerla intersectar con una tumba. Dentro, un hombre hasta ahora cuidado, calentado, acicalado. Llegaban aquellos densos colores del arco iris. Decadencia. Mr. Sammler había estado en relaciones mucho mejores con la muerte. Había perdido terreno, retrocedido. Pensaba mucho en su sobrino, un hombre al que no se asemejaba en nada. Lo admiraba, lo quería. No podía abarcar del todo tantos datos sobre él. A ello parecían contribuir consideraciones remotas: la Luna, su falta de vida, su inmortalidad. Una perla blanca corroída. Con su único ojo, la veía como un ojo único.

Sammler había aprendido a tener cuidado en los caminos públicos de Nueva York, invariablemente sucios a causa de los perros. Dentro de los terrenos rodeados de verjas de hierro, el verde brillo de la hierba estaban casi apagado debido a los excrementos. Los sicómoros, con la corteza manchada pero muy bellos, castaños y blancos, se disponían a soltar sus hojas. El Seminario de los Amigos, de ladrillo rojo, ancho, tosco, sólido, el edificio de la iglesia episcopaliana, St. George's. Sammler había oído decir que el primer J. Pierpont Morgan había sido ujier allí. En el pasado austro-húngaro-polacocracoviano, los que habían leído sobre Morgan en los periódicos hablaban de él con gran consideración llamándolo Piepernotter-Morgan. Los domingos en St. George's, el dios de los accionistas podía respirar bien durante un rato en la bulliciosa ciudad. Mr. Sammler estaba enfadado con la América Blanca y Protestante por no guardar mejor el orden. Se rendía cobardemente. La suya no era una clase gobernante fuerte. Ansiaba, de manera secreta y vergonzante, mezclarse con las minorías y chillar contra ellas. ¿Y el clero? ¿Convertía espadas en arados? No, más bien transformaba collares de perro en cuerdas de violín. Pero esto no era en ningún sitio concreto.

Con cuidado de dónde pisaba (por los perros), buscando un banco durante diez minutos, pensaba en Gruner, o evitaba pensar en él. Quizá, a pesar de su gran tristeza, le hiciera leer unos párrafos de aquel fascinante manuscrito referente a la Luna. Se fijó en una mujer evidentemente borracha que dormía como un dugongo; su barriga de vaca marina se elevaba y descendía, tenía las piernas hinchadas y amoratadas, y llevaba un vestido muy corto, un miniandrajó. En un rincón, un borrachín de expresión malhumorada orinaba sobre unos periódicos y hojas secas. Los guardias raras veces se preocupaban de esos anticuados delitos. También había allí gente joven, con aspecto de autóctona. Chicos descalzos como mendigos de Bombay, con barbas llenas de grumos, respirando el aire puro por el abundante pelo de sus narices y la cabeza asomando de un poncho de lana algo peruano. Nativos de alguna parte. Inocentes, nada agresivos, muy por el estilo de Ferdinando el Toro. Para ellos no había corrida; solo olían flores bajo el encantador alcornoque. Qué semejante también al Eloi de la fantasía de H. G. Wells *La máquina del tiempo*. Adorable ganado humano reunido en manada por los Morlocks caníbales que llevaban una vida subterránea y temían la luz y el fuego. Sí, después de todo, aquel pequeño, duro y valiente tipo, Wells, había tenido visiones proféticas. Shula no se equivocaba del todo al insistir en que debía escribir sus memorias. Pero quedaba poco tiempo para una narración reposada sobre esto y lo otro, de cosas bastante curiosas en sí mismas, como Wells pretendiendo ingresar a los setenta y ocho años en la Royal Society, y que su obra (¿sobre las lombrices?) fuese rechazada. No, las lombrices no. «La cualidad de la ilusión en la continuidad de la vida individual en los metazoos». No quisieron hacerlo miembro de la Royal Society. Pero en desembrollar aquello se habrían tardado semanas, y a Sammler no le sobraban. Tenía que atender a otras necesidades, otros asuntos de mayor importancia.

Ni siquiera debería estar leyendo aquello... y «aquello» eran las páginas de Govinda Lal en tinta color bronce y anticuada caligrafía. Escribía en letra gótica. Pero Mr. Sammler, que tanto había visto, no podía evitar sentirse fascinado. En la página setenta había Lal empezado a teorizar sobre los organismos que posiblemente eran capaces de adaptarse a las condiciones de vida en la Luna. ¿No había plantas capaces de cubrir la superficie lunar? Tenía que haber agua y dióxido de carbono, habría que soportar temperaturas extremas. Los líquenes, pensaba Govinda, posiblemente fuesen adecuados. También algunas especies de cactus. La planta triunfante, una combinación de líquen y de cacto, parecería desde luego rara a los ojos del hombre. Pero aún ahora las capacidades de la vida son inconcebiblemente diversas. ¿Con qué imposibilidades no se ha enfrentado? ¿Quién sabe lo que las profundidades del mar podrán producir todavía? Criaturas, aunque solo sea una de cada especie. Un grotesco individuo que haya encontrado su equilibrio bajo treinta mil metros de agua. No es raro, decía Govinda, que los seres humanos insistan tan enérgicamente en las próximas posibilidades realizables y se hallen tan impacientes por saltar de la superficie de la Tierra. La imaginación es, de modo innato, una potencia biológica

que trata de superar condiciones imposibles.

Mr. Sammler levantó la vista del manuscrito al advertir que alguien se acercaba a él. Vio a Feffer. Siempre apresurado. Feffer era grueso, debía adelgazar. Le dolía la espalda y a veces llevaba una prenda ortopédica elástica. Corpulento, de buen color, con una llamativa barba castaña a lo Francisco I y la nariz recta, Feffer siempre parecía estar metiéndole prisa a su cuerpo, a sus piernas, a punto de correr, movido por alguna urgencia. Llevaba las manos, torpes y coloradas, levantadas como si temiese chocar con otra persona tan apresurada como él. Sus ojos eran pardos y en forma de cuña, y a medida que pasaban los años aparecían más arrugas en torno a ellos.

—Pensé que se detendría usted aquí unos momentos —declaró Feffer—. Wallace me dijo que acababa usted de salir, de modo que he venido a toda prisa.

—¿Sí? Bueno, es que con un día de sol como este no me apetecía bajar al metro. No nos veíamos desde la conferencia.

—Es cierto. Tuve que ir a responder una llamada telefónica. Creo que estuvo usted magnífico. Sinceramente, me disculpo por la actitud de los estudiantes. ¡Así lo trata mi generación! Ni siquiera sé si eran auténticos estudiantes o solo unos provocadores... ya sabe, militantes, tipos que han abandonado los estudios. No fueron nuestros chicos los que empezaron el jaleo. Todos los dirigentes son mayores. Pero Fanny cuidó de usted, ¿verdad?

—¿Te refieres a la señorita?

—No me desentendí. Encargué a esa chica que se ocupara de usted.

—Ya. ¿Era tu esposa, por casualidad?

—No, no. —Feffer sonrió y con la misma rapidez siguió hablando, sentado en el borde del banco. Llevaba una chaqueta de terciopelo azul oscuro con grandes botones perlinos. Apoyó un brazo en el respaldo del banco y se reclinó afectuosamente hacia Sammler—. No es mi mujer. Solo una chica con la que me acuesto de vez en cuando, y además cuido de ella.

—Ya comprendo. Todo parece tan rápido... Me da la impresión de que hay algo de electrónico en vuestros contactos. No deberías haberte marchado. Yo era tu invitado. Supongo que es demasiado tarde para que aprendas buenos modales. Sin embargo, ella se comportó muy bien conmigo. Me acompañó hasta la salida. No esperaba que fuese tanto público. Creí que ganarías dinero conmigo.

—¿Yo? No. Eso nunca, se lo aseguro. Era a beneficio de los niños negros, tal como le expliqué. Debe creerme, Mr. Sammler. Le aprecio demasiado para querer aprovecharme de usted. Quizá no lo sepa, o no le importe, pero usted es casi sagrado para mí. Su vida, sus experiencias, su carácter, sus opiniones... además de su alma. Hay amistades para cuya protección haría lo que fuese. Le habría partido la cara a aquel tipo. Conozco de sobra a ese mierda. Escribió un libro acerca de los homosexuales en la cárcel; es una especie de Jean Genet. Mariconería detrás de las rejas. Si has cometido un asesinato y se tienen bellos asuntos amorosos con machos,

eres un puro ángel cristiano. Ya sabe usted a qué me refiero.

—Me hago una idea. Pero me hiciste pasar un mal rato, Lionel.

—No fue mi intención. A última hora supimos que no se presentaría un conferenciante porque tenía que acudir a otro acto estudiantil y algunos de mis compañeros, que estaban frenéticos por esa ausencia, acudieron a mí. Vi la oportunidad de mejorar nuestro proyecto. Pensé que usted podría interesarles. Hice un trato con ellos, y conseguí que los mejores asistieran.

—¿Cuál era el tema del conferenciante que no se presentó?

—Sorel y la violencia moderna, o algo así.

—Y yo hablé de Orwell y de lo muy cuerdo que estaba.

—Muchos de los jóvenes radicales consideran a Orwell uno más de la pandilla anticomunista de la guerra fría. ¿Es cierto que llegó usted a alabar la Royal Navy?

—¿Te han dicho eso?

—Si no hubiera tenido una llamada tan importante no me habría marchado. Era cuestión de comprar o no una locomotora. El gobierno federal crea esas divertidas situaciones con las reducciones de impuestos para animar la inversión. Puede usted comprar un avión a chorro y alquilárselo a las líneas aéreas, o arrendar la locomotora a la Penn Central o a la B & O. También estimulan las inversiones de ganado.

—¿Acaso ganas ya tanto que necesitas esas deducciones?

Sammler no quería llevar a Feffer por el camino de una conversación ilusoria de exageraciones, fantasías y mentiras. No sabía hasta qué punto el pobre joven mentía solo para impresionar o entretener. Feffer tenía una extraña necesidad de cubrirse con un brocado de jactancias. El dinero, alardear... debilidades judías. ¿También norteamericanas? Como carecía de la necesaria información sobre la realidad contemporánea de Estados Unidos, Sammler no estaba seguro. Sin embargo, no era agradable escuchar tales presunciones. Sammler reconocía la vitalidad de Feffer, el maravilloso color de sus mejillas, el tono apasionado con que hablaba. Su voz hacía pensar en un instrumento tocado con intensidad cada vez mayor, pero musicalmente inepto; los tonos bajos parecían pedir socorro.

Sin embargo, en ocasiones Mr. Sammler tenía la impresión de que su manera de ver las cosas quizá estuviese equivocada. Sus experiencias habían sido demasiado peculiares y temía proyectar esas peculiaridades en la vida. Probablemente esta no fuese intachable, pero a menudo pensaba que no era ni podía ser lo que él veía. Y también, con más fuerza, le parecía que, por el contrario, los fenómenos mismos lo superaban en rareza un millón de veces. ¡Y qué rarezas!

—Pero, Lionel, ¿no irás a comprar una locomotora!

—Yo solo no. Somos varios. Cien mil dólares cada acción.

—¿Y qué me dices del plan que tenéis con Wallace de fotografiar casas e identificar árboles?

—Dicho así parece un camelo, pero de verdad es un negocio estupendo. Me propongo intentarlo. Tengo grandes facultades mercantiles, y si el asunto sale bien, lo

organizaré a escala nacional con equipos de ventas por todo el país. Necesitaremos especialistas regionales en plantas. Los problemas que se presenten en Portland, Oregón, serán diferentes de los de Miami Beach o Austin. «Por naturaleza, todos los hombres desean saber». Esa es la primera frase de la *Metafísica* de Aristóteles. No he llegado a leer mucho más, pero me figuro que el resto debe de estar anticuado. Lo cierto es que si la gente no sabe cómo se llaman los árboles que crecen en su propiedad, se deprime. Se sienten unos farsantes. Los árboles pertenecen a esos terrenos, y ellos no. Y estoy convencido de que conocer los nombres de las cosas fortifica a la gente. Durante años he acudido a especialistas que les han puesto nombres a mis trastornos, lo que se asemeja a un conocimiento. Representa un gran consuelo y merece la pena el dinero que cuesta. Así puedes decir: «Soy un maniaco». O: «Soy un maniacodepresivo». O si hablas de un problema social: «Es colonialismo». Entonces hasta el cerebro más embotado despide chispas. Es divino. Se cree uno un hombre nuevo. Bueno, pues el camino a la riqueza y al poder es ajustarse a eso. Cuando emprendes una nueva empresa, vuelves a describir los fenómenos y te convences de que vamos hacia alguna parte. Si la gente quiere que las cosas sean nombradas o vueltas a nombrar, es posible obtener dinero de eso convirtiéndose en taxonomista. Sí, decididamente estoy dispuesto a llevar a la práctica la idea de Wallace.

—Es inoportuna. ¿Es verdad que necesita un aeroplano?

—No digo que sea esencial, pero a él se le da bien pilotar. Es su fuerte. Otra gente tiene otros.

Esta última afirmación sobre «otra gente» resultaba por demás significativa. Sammler comprendió lo que ocurría. Feffer pretendía retener, debido a una delicadeza de la que carecía, una información que le urgía soltar. Esa impaciencia se reflejaba en su cara. En sus ojos. En los labios ya listos.

—¿A qué te refieres?

—La verdad es que me refiero a cierto científico hindú. Creo que se llama Lal. Me parece que este Lal es un profesor invitado por la Universidad de Columbia.

—¿Y qué ocurre con él?

—Hace varios días, después de dar una clase, se le acercó una mujer y le pidió que le dejara un momento su manuscrito. Él creyó que solo quería mirar algo, y se lo dejó. Había mucha gente alrededor. Creo que se habló de H. G. Wells. Entonces la mujer desapareció con el manuscrito.

Mr. Sammler se quitó el sombrero y se lo colocó sobre el regazo tapando la tapa de cartón verde mar.

—¿Se lo llevó?

—Desapareció con el único ejemplar.

—¡Qué desgracia! ¿De verdad que era el único? Vaya, vaya.

—Sí, ya me figuré que reaccionaría usted así. El doctor Lal suponía que la mujer volvería con el manuscrito, que se trataría de una distracción. Dejó pasar horas. Pero

luego acudió a las autoridades. No sé si eso depende del departamento de Astronomía o de algún programa espacial que tenga la Universidad de Columbia.

—¿Cómo te las arreglas, Lionel, para disponer siempre de ese tipo de información?

—Por mi manera de vivir, necesito contactos. Naturalmente, conozco a la gente de seguridad, los polis del campus. De todos modos, no estaban capacitados para solucionar ese caso. Tuvieron que llamar a unos investigadores. De la agencia Pinkerton. El Pinkerton original fue elegido por el propio Abraham Lincoln para organizar el Servicio Secreto, lo sabía usted, ¿no?

—No me parece un asunto de gran importancia. Supongo que esos Pinkerton sabrán cómo recuperar el manuscrito. ¿No es una estupidez tener solo un ejemplar del original? Habiendo fotocopiadoras y siendo ese hombre un científico...

—Pues no lo sé. Personajes tan brillantes como Carlyle y T. E. Lawrence perdieron el único manuscrito de una obra maestra.

—Ya, ya.

—Ahora el campus está lleno de carteles. Todos hacen referencia a la pérdida del manuscrito. Y en ellos se describe a la mujer. Llevaba peluca, una bolsa de la compra y en cierto modo tenía relación con H. G. Wells.

—Ya comprendo.

—¿Sabe usted algo acerca de este asunto, Mr. Sammler? Naturalmente, quiero ayudar.

—Me asombra lo muy enterado que estás de tantas cosas. Me recuerdas a la lengua de una rana. La saca y vuelve a guardarla cubierta de mosquitos.

—No creo haber causado daño alguno. Por lo que a usted se refiere, Mr. Sammler, solo tengo un interés: protegerle. Despierta usted en mí un instinto protector. Me doy cuenta de que quizá esté relacionado con el complejo de Edipo —de nuevo los nombres—, pero siento veneración por usted. Es la única persona en el mundo en relación con la cual emplearía una palabra como «veneración». Esa es una de las palabras que se escriben y no se dicen.

—Sí, creo que lo entiendo, Lionel.

—Mr. Sammler sentía que estaba sudando y que le latían las sienas. Se enjugó delicadamente la frente con un pañuelo bien planchado. Era Shula quien planchaba tan suaves y aplastados sus pañuelos.

—Sé que está usted tratando de condensar lo que sabe, las experiencias de su vida, en una especie de testamento —dijo Feffer.

—¿Cómo estás enterado de eso?

—Usted mismo me lo dijo.

—¿Sí? No recuerdo haber hablado de eso. Es un asunto muy privado. Últimamente suelto cosas sin darme cuenta; una mala señal. Pero estoy seguro de no haberme propuesto nunca hablar de ello.

—Estábamos frente al hotel Bretton, esa miserable antigualla, y usted se apoyaba

en un paraguas. Y me permitirá decirle —añadió Feffer con una suerte de efusión sentimental— que si tengo mis dudas respecto a otra gente, incluso sobre si son humanos, a usted, en cambio, lo aprecio sin reservas. Y para tranquilizarlo, le recuerdo que lo único que dijo fue que deseaba resumir su experiencia de la vida en unos cuantos informes. Quizá en uno solo.

—Sydney Smith.

—¿Smith?

—Fue el que dijo: «Opiniones breves, por amor de Dios, opiniones breves». Era un clérigo inglés.

Enterarse de lo que Shula-Slawa había hecho (insensatez, devoción a papá, comedia, robo) llenaba angustiosamente ciertos espacios para la opresión que se habían abierto y ensanchado durante las tres décadas pasadas. A causa de Elya, todos se habían destapado. ¿Había en algún sitio del mundo algo que sirviera para cerrar esas aberturas? Mr. Sammler no se sentía así desde 1939. Trató de tomárselo a broma. Se imaginaba a Shula con zapatos espaciales, los labios pintados de un rojo intenso, una especie de duende de los cuentos de hadas de los hermanos Grimm, llevándose el tesoro de un sabio hindú. Al propio Sammler Shula lo trataba como a una especie de Encantador. Creía que era Próspero. Y podía crear una bella cultura. Componer unas memorias de la mayor distinción, tan mágicas que el mundo recordase durante mucho tiempo cuán superior era ser un Sammler. La respuesta de la insensatez privada a la pública (en una época caracterizada por la capacidad excesiva de destrucción) consistía en más distinción, más altos logros, más brillantes deslumbradores esparcidos ante la admirativa humanidad. ¿Perlas a los cerdos? Mr. Sammler pensó en el rabino Ipsheimer —Shula lo había obligado a escucharlo—, y recordó el antiguo dicho. Esos predicadores arrojaban perlas artificiales a auténticos cerdos. Haber pensado en eso hizo que se sintiese contento. Su mano nerviosamente elegante formó un tembloroso puente sobre sus gafas oscuras, que se ajustó sin que hubiese necesidad de ello. Bien, no era como Shula creía. Tampoco lo que Feffer imaginaba. ¿Cómo podía satisfacer los requisitos de esas figuraciones? Feffer, en el furioso torbellino de su espíritu, se lo imaginaba como un punto fijo. En esas revoluciones hiperenérgicas uno se enamoraba de ideas de estabilidad, y Sammler era una idea de estabilidad. ¡Y con qué prodigalidad lo alababa Feffer! Sammler lo lamentaba. Se aseguró de que su ancho sombrero cubriese por completo su libreta de notas.

—¿Desea algo más de mí? —preguntó Feffer.

—Pues sí, Lionel. —Mr. Sammler se levantó—. Acompáñame al metro. Voy a Union Square.

Salieron por la puerta de la verja de hierro del pequeño parque y se dirigieron hacia el oeste, más allá de la Casa de los Cuáqueros, y luego dejaron atrás los fríos edificios de arenisca que se alzaban entre árboles. Las panzas encadenadas de latas de basura. Una de las cadenas incluso tenía una envoltura. Y había perros, y más perros, que gozaban de la devoción de los niños, las mujeres, por lo general atildadas, y

ciertos homosexuales. Uno habría dicho que solo los esquimales tenían casi tanto que ver con los perros como aquel sector concreto de la humanidad. Los veterinarios debían de tener yates. Cobraban mucho.

«Le diré cuatro cosas a Shula», decidió Mr. Sammler. Detestaba montar escenas con su hija. Podía apretar los dientes, estallar en gritos. Se preocupaba demasiado por ella. La quería mucho. ¡Y, en verdad, era su única contribución a la continuidad de la especie! Sentía una opresión en el pecho cuando pensaba que él y Antonina no se habían integrado mejor. Desde que Shula era una niña, había visto, especialmente en la vulnerabilidad de su cuello, en las visibles glándulas, en las venas azules, en los grandes y azulados párpados y en su cabeza, gruesa por arriba, un lamentable legado, tan necio como frágil, que le infundía un sentido de perdición. Bien, las monjas polacas la habían salvado. Cuando Sammler llegó al convento para recogerla, ya ella tenía catorce años. Ahora contaba más de cuarenta e iba por Nueva York con sus bolsas de la compra. Debía devolver el manuscrito de inmediato. Mr. Sammler no quería ni pensar en la forma asiática que estaría tomando la desesperación de aquel hombre.

Entretanto, la conciencia de Sammler se ponía al rojo vivo. Quizá debido al estado de Elya Gruner. Aquello tomaba una forma curiosa, la de una inmensa envoltura carmesí, un tejido de seda que cubría el cielo, una especie de sobre cerrado con un botón negro. Se preguntó si eso no significaría lo que los místicos querían significar ante un mandala, y creía que Govinda, un asiático, se lo habría sugerido. Pero él, judío, por muy britanizado o americanizado que estuviera, también era asiático. En su último viaje a Israel, y de eso hacía muy poco, había preguntado hasta qué punto, después de todo, los judíos eran europeos. La crisis que presenció allí había sacado a relucir un orientalismo profundo. Incluso entre los judíos alemanes y holandeses, pensó. En cuanto al botón negro, ¿sería una imagen ulterior de la blanca luna?

Por la calle Quince soplaba una cálida brisa de primavera. Lilas y aguas residuales. Aún no había lilas, pero algo en el ambiente resultaba aterciopelado y dulce —el gas de las alcantarillas—, y hacía pensar en lilas florecidas. En torno había una suavidad quizá de hollín disuelto, o de aire filtrado por muchos pechos humanos, o metabolizado en cerebros multitudinarios, o expelido por otros tantos intestinos, y ¡cuán profundamente le llegaba a uno! De vez en cuando se recibía un placer apreciativo o fantasioso, inconsecuente en apariencia, sugerido por la rojiza arenisca, por las frescas esquinas del calor. ¡Qué bendición! En una época Mr. Sammler se había resistido a tales impresiones físicas, al cómico cortejo de esa dulzura momentánea y fortuita. Durante mucho tiempo había sentido que él no era necesariamente humano, que la mayor parte de las criaturas le servían de poco. Se interesaba muy poco por sí mismo. Era puro desafecto. Incluso lo dejaba frío pensar en recuperarse. ¿Qué había que recuperar? ¿Qué interés podían tener las formas anteriores de sí mismo? Se sentía indispuesto consigo mismo, incapaz de emitir

juicios. Pero diez o doce años después de la guerra se dio cuenta de que también eso iba cambiando. En el ámbito humano, con todos los demás, era humano en los detalles concretos de la vida corriente... y, en resumidas cuentas, resurgió en él su cualidad de criatura. Sus trucos groseros, su encanto de perro que olisquea. De modo que ahora, verdaderamente, Sammler no sabía cómo considerarse. Deseaba, con Dios, librarse de la esclavitud de lo ordinario y lo finito. Un alma liberada de la Naturaleza, de las impresiones y de la vida cotidiana. Hasta el mismo Dios debía de estar esperando que eso ocurriese, seguramente. Y un hombre muerto y enterrado no tendría otro interés. Él debía estar perfectamente desinteresado. Eckhardt decía en muy pocas palabras que Dios amaba la pureza y la unidad desinteresadas. Al propio Dios le atraía el alma desinteresada. ¿Acaso un hombre que ha vuelto de la tumba puede interesarse en algo más que el espíritu? Sin embargo, y de forma bastante misteriosa, ocurría, pensó Sammler, que uno siempre volvía, tan poderosa y persuasivamente, a las condiciones humanas. Así que esos puntos luminosos siempre se reflejan en todo aquello hacia lo que el hombre se vuelve, en todo lo que fluye en torno a él. La sombra de sus nervios siempre proyectará rayas, como los árboles sobre la hierba, como el agua en la arena, la red hecha de luz. Era un segundo encuentro del espíritu desinteresado con necesidades biológicas fatales, un partido de desquite con la persistente criatura.

Por lo tanto, caminando hacia el BMT, en la Union Square Station, se oye a Feffer explicar por qué es necesario comprar una locomotora diésel. Un negocio fantástico. ¡Tan adecuado! Tan congruente con la primavera, la muerte, los mandalas orientales, el gas de las alcantarillas rodeado por una dulzura opiácea de lilas. ¡Bendición de los ladrillos; del cielo! ¡Bendición y alegría místicas!

Mr. Artur Sammler, confidente de los excéntricos de Nueva York, vicario de insensatos y padre de una mujer insensata, registrador de la locura. Si asume usted una posición firme, si traza una línea divisoria, los contrarios lo asaltarán. Declárese normal y lo asaltarán las aberraciones. Una postura siempre encontrará la opuesta dispuesta a burlarse de ella. Eso es lo que le sucede al individuo cuando empieza a retirarse del desinterés por las condiciones de las criaturas. Reviven porciones o aspectos de su antiguo ser. Su carácter anterior se reafirma, y en ocasiones de modo desagradable, débil y vergonzoso. Era el Sammler de antes, el Sammler de Londres y de Cracovia, el que se había apeado de un autobús en Columbus Circle insensatamente impaciente por sorprender a un ladrón negro. Ahora tenía que evitar el autobús, pues temía otro encuentro. Había sido advertido, positivamente instruido, de que no volviese a aparecer.

—Aguarde un momento —dijo Feffer—. Sé que detesta tomar el metro. Era usted decididamente claustróforo, ¿verdad?

Feffer era inteligente en extremo. Había accedido a Columbia sin tener certificado del instituto y tras obtener unas notas extraordinarias en el examen de ingreso. Era perspicaz y entrometido, a la vez que seguro de sí, encantador y vigoroso. Sus ojos

poseían una mirada extraña, intensa y acerada. Sammler, el Sammler de mucho antes, había sido incapaz de resistirse a ese aspecto.

—¿No será por el maleante que vio en el autobús?

—¿Quién te habló de él?

—Su sobrina, la señora Arkin. Hablamos de ello antes de la conferencia.

—¿Ah, sí? De modo que te lo contó.

—Sí, me dijo que iba elegantemente vestido, con accesorios Dior y todo eso. ¡Es increíble! Así que a usted le asusta ese hombre. ¿Por qué? ¿Acaso lo ha reconocido?

—Algo por el estilo.

—¿Se dirigió a usted?

—Ni una palabra.

—Mr. Sammler, creo que debería contarme todo lo que pasó. Quizá no entienda usted el «idioma» de Nueva York. Tal vez se halle en peligro. Debe confiarse a una persona más joven.

—Me desconciertas, Feffer. Hay momentos en que no soy del todo yo mismo en tu presencia. Me hago un lío. Eres muy ruidoso, muy turbulento.

—Ese hombre le ha hecho a usted algo. Estoy seguro. ¿Qué ha sido? Puede hacerle daño, puede encontrarse usted en peligro, y no debería ocultarme lo que ha pasado. Es usted muy culto, pero no serviría para defenderse de tipos como ese. ¿Le ha visto usted en acción?

—Sí.

—¿Se dio cuenta él de que usted lo observaba?

—También.

—Eso es grave. ¿Qué hizo para asustarlo a usted y obligarlo a bajar del autobús? ¿Lo denunció usted a la policía?

—Traté de hacerlo. Basta, Feffer; estás enredándome en cosas que no me gustan.

—Lo que debió de molestarle fue que lo obligara a apearse del autobús, que interfiriese en sus costumbres. ¿Le teme usted?

—En fin, me intranquilizó. Mi corazón empezó a latir con violencia. La mente es tan extraña... Objetivamente, experiencias así me sirven muy poco, pero existe una absurda inclinación por los actos que se relacionan con otros, por la coherencia, las formas, los misterios o las fábulas. Quizá pensase que yo ya no era capaz de sentir curiosidad, pero, sorprendentemente, estaba equivocado. Y no me agrada. Nada de eso me gusta.

—¿Cuando lo vio a usted, salió en su persecución? —preguntó Feffer.

—Sí, vino detrás de mí. Y dejemos ya este asunto.

Feffer era incapaz de ello. Se le encendió el rostro, que en el anticuado marco de su barba pareció exaltarse con alocadas pasiones modernas.

—¿Lo siguió sin decirle nada? No obstante, debió de ingeniárselas para transmitirle su mensaje. ¿Qué hizo? Con seguridad que lo amenazó. ¿Le hizo cambiar de dirección?

—No.

—¿Sacó una pistola? ¿Le apuntó con ella?

—Nada de pistolas.

Si Sammler se hubiera sentido sereno habría sido capaz de resistirse a Feffer. Pero no lo estaba. Descender al metro representó una difícil prueba para él. La tumba, Elya, la Muerte, haber estado «enterrado», el sepulcro de Mezvinsky.

—Pero ¿descubrió dónde vive usted? —preguntó Feffer.

—Sí, Feffer, me siguió. Seguramente hacía tiempo que me observaba. Me siguió hasta el vestíbulo del edificio en que vivo.

—¿Y qué hizo usted, Mr. Sammler? ¿Por amor de Dios, dígame!

—¿Qué hay que decir? Es ridículo. No merece la pena hablar de ello. Es una tontería.

—¿Tontería? ¿Está seguro de que lo es? Debe usted dejar que eso lo juzgue una persona más joven. De una generación diferente. De una distinta...

—Bien, quizá tengas una inclinación natural por esas cosas tan raras y tontas, una curiosidad enorme. Te lo diré en muy pocas palabras. El hombre se me exhibió.

—¿No es posible! ¿Qué locura! ¿A usted? ¿Es el colmo! ¿Lo arrinconó a usted?

—Sí.

—¿Y en la misma entrada de su casa le enseñó su chisme? ¿Se lo sacó?

Sammler no estaba dispuesto a decir ni una palabra más.

—¿Estupendo! —exclamó Feffer—. ¿Y cómo demonios era? —Se echó a reír. Qué maravilloso, qué... súbita glorificación. Y si Sammler interpretaba bien esa risa, Feffer se moría de ganas por ver aquel fenómeno. Para proteger a Sammler, claro. Para guiarlo por entre los peligros de Nueva York, por supuesto. Sin embargo, todo lo que Feffer se proponía era ver, interferir, meterse donde no lo llamaban. Tenía que sacar tajada, ¿no era esa la expresión que solía emplearse?—. ¿Sacó su chisme de un tirón? ¿Y no dijo ni una palabra? ¿Solo se lo enseñó? ¡Caray, Mr. Sammler! ¿Qué demonios quería dar a entender con eso? ¿Lo tenía muy grande? No lo ha dicho usted. Me lo imagino. Como si hubiera salido de *Finnegans Wake*. «¿Todos deben sacársela!». ¿Y dice usted que ese hombre opera entre Columbus Circle y la calle Setenta y dos en las horas de más circulación? ¿Qué puede hacerse al respecto? Nueva York es en verdad una ciudad sorprendente. Piense en todos esos que aspiran al cargo de alcalde como locos. Y Lindsay, figúrese a Lindsay presentándose, con su historial. Si ni siquiera pueden mandar a un policía que detenga a un bandido. ¿Y eso por no hablar de los antecedentes de los otros! Mr. Sammler, conozco a uno que está en la NBC y que dirige un programa de entrevistas. Es el marido de Fanny. Debería usted ir a verlo para hablar de todo esto.

—Déjalo ya, Feffer.

—A todos les convendría mucho oírlo. Ya sé, ya sé, es como dijo ese tipo: no es a la mente del telespectador a lo que se llega, sino a su trasero. Pues bien, les hará usted cosquillas por detrás con bellas plumas de profundo pensamiento.

—De ningún modo.

—De ese modo, Mr. Sammler, tendrá influencia y poder. O por lo menos hará que los falsos se enfrenten con la verdad. Debería usted denunciar a Nueva York. Debería hablar como un profeta, como desde otro mundo. Habría que utilizar la televisión. Nosotros deberíamos utilizarla... y a usted le haría bien salir de su aislamiento.

—Ya hicimos eso en Columbia ayer, Feffer. Salí de mi aislamiento. Ya me has convertido en un intérprete.

—Solo pienso en el bien que usted podría hacer.

—En lo que piensas es en el beneficio que podrías obtener, en lo que podrías conseguir que el marido de Fanny te pagara por tu descubrimiento, y acercar lo más posible la televisión a los genitales de esa persona. —Mr. Sammler sonreía. En otra ocasión se habría reído librándose de sus preocupaciones.

—Muy bien —dijo Feffer—. No tengo los mismos ideales de aislamiento que usted. Estoy de acuerdo en abandonar ese plan.

—Más vale así.

—Iré con usted en el autobús.

—No, gracias.

—Para estar seguro de que nadie lo molesta.

—Lo que quieres es que te diga quién es ese hombre.

—Ya sé lo mucho que le disgusta a usted el metro.

—En eso tienes razón.

—Desde luego, ha despertado usted mi curiosidad, no voy a negarlo. Sé que acabó usted por hablarme de él para librarse de mí, y a pesar de ello sigo aquí dándole la lata. ¿Dice usted que lleva un abrigo de pelo de camello?

—Eso me pareció.

—¿Y sombrero flexible? ¿Gafas de Dior?

—Del sombrero estoy seguro. Lo de Dior es una suposición.

—Es usted un buen observador. Le creo. También bigotes, camisas de fantasía y corbatas psicodélicas. Es una especie de príncipe, o cree serlo.

—Sí —reconoció Sammler—. Se da un cierto aire majestuoso.

—Ya me hago una idea.

—Déjalo tranquilo, te lo aconsejo.

—No voy a meterme con él. Eso nunca lo haría. Ni siquiera advertiría mi presencia. Pero pueden llevarse máquinas fotográficas por todas partes. Incluso es posible fotografiar a un niño en el vientre de su madre. Precisamente he comprado una Minox del tamaño de un mechero.

—No seas tonto, Lionel.

—Le aseguro que él no se enterará. No se dará cuenta. Las fotos serán muy útiles. La detención de un delincuente... Puede vender el reportaje a *Look*. Al mismo tiempo que le hace un favor a la policía, se lo hace a Lindsay, que no puede ocuparse de ser alcalde mientras aspira a presidente. Se matan tres pájaros de un tiro.

El muro bajo de Union Square, la plataforma elevada verde de césped, dividida por senderos grises, y el rápido tráfico dando vueltas a la plaza, los despiadados y apestosos automóviles. Sammler no necesitaba que Feffer lo llevase cogido por el codo. Se apartó.

—Yo bajo aquí.

—A esta hora no encontrará usted un taxi. Es el cambio de turnos. Iré hasta el centro con usted.

Sammler, que llevaba el sombrero y la libreta de notas en una mano y el paraguas colgado de la muñeca, siguió caminando a la media luz de los corredores entre el humo de las salchichas asadas. Los rápidos torniquetes producían un ruido de ruedas dentadas. El estruendo de bisontes de los trenes. Sammler deseaba viajar solo. Pero Feffer no estaba dispuesto a dejarlo. Feffer no podía estarse quieto. Necesitaba ser, sin cesar, impresionante, irradiar un continuo interés. Y, por supuesto, como respetaba tanto a Sammler tenía que hacer pruebas con breves alusiones a las faltas de respeto, un poco aquí, otro poco allá, libertades, familiaridades, insinuaciones de un deterioro. Querido amigo, ¿por qué mira tan ceñudo? Hay corrupción en muchos sitios. Yo podría citarle casos.

—Esa Fanny, la joven que se ocupó de usted, es muy servicial —dijo Feffer. Y prosiguió—: Ahora las chicas suelen ser así. Fanny es algo tímida. En verdad, no resulta tan maravillosa vestida. A pesar de sus enormes tetas. Y está casada, desde luego. El marido trabaja por las noches. Dirige el programa al que me he referido... —Y enseguida—: Me gusta el compañerismo. Pasamos mucho tiempo juntos. Cuando vino el inspector de la compañía de seguros...

—¿Qué clase de inspector es ese? —preguntó Sammler.

—Yo había hecho una reclamación por una maleta que se había estropeado en el aeropuerto. El tipo se presentó cuando yo estaba con Fanny y se enamoró de ella, ¡bang! Así de simple. El hombre tenía dientes de chimpancé. Dijo que había estudiado en la Escuela de Comercio de Harvard, pero que lo había dejado. Tenía la piel amarillenta, y sudaba. Era horroroso. Parecía un filtro de aceite al que se hubieran olvidado de cambiar desde hace cinco mil años.

—¿Ah, sí?

—De modo que estimulé su interés por Fanny. Eso convenía a mi reclamación. ¿Debía darle el número de teléfono de Fanny? Por supuesto.

—¿Con el permiso de ella?

—Estaba seguro de que no se lo tomaría a mal. Al cabo de un tiempo le telefoneé a su casa y dijo: «Soy Gus, cariño. Salgamos a tomar una copa». Pero quien había cogido el teléfono era el marido. Trabaja por las noches. Y la siguiente vez que vino a verme, le dije: «Gus, el marido está muy enfadado. Más vale que te alejes de ella. Es un tipo muy duro». Y Gus dijo...

—¿No había una estación en la calle Dieciocho? Había en la Veintitrés, en la Treinta y cuatro. En la Cuarenta y dos se hacía el transbordo al IRT.

—«¿Por qué voy a temerle? Mire, llevo una pistola», dijo Gus, y sacó una. Me quedé de piedra. Pero tampoco se trataba de una pistola muy grande. «Con eso no puedes atravesar una guía de teléfonos», dije, y antes de que pudiera darme cuenta ya había puesto la guía en un atril y estaba apuntándole. El hijo de puta estaba como una cabra. Solo se hallaba a un metro y medio del atril, y disparó. Nunca he oído un estruendo semejante. Se oyó en todo el edificio. Pero yo tenía razón. La bala solo penetró unos pocos centímetros. No pudo traspasar la guía de Manhattan.

—Sí, un arma insignificante.

—¿Sabe usted algo de armas?

—Algo.

—Bien, pues con aquella pistola no se podía matar a nadie a menos que se le disparase a la cabeza y a corta distancia. Cuántos lunáticos hay en el mundo.

—Muchísimos.

—Pero los de la compañía de seguros me van a dar unos doscientos dólares, mucho más de lo que vale la maleta, que es una porquería.

—Buen negocio.

—Al día siguiente Gus volvió y me pidió que le escribiese una recomendación.

—¿Para quién?

—Para su jefe en la oficina.

En la calle Noventa y seis subieron juntos al estallido del tráfico de Broadway. Feffer acompañó a Sammler hasta la puerta de su casa.

—Si necesita usted ayuda, Mr. Sammler...

—No te invito a subir, Lionel. Lo cierto es que me encuentro cansado.

—Se debe a la primavera. Quiero decir que es el cambio de temperatura —dijo Feffer—. Hasta a los jóvenes les afecta.

Ya en el ascensor, Mr. Sammler sacó la llave Yale del monedero. En honor de la primavera, Margotte había puesto forsitias en unos jarrones Mason. Uno se volcó enseguida. Sammler fue a la cocina a buscar un rollo de papel y al cruzar la casa notó que su sobrina había salido. Tras empapar el papel en el agua derramada mientras lo observaba oscurecerse, levantó el teléfono para colocarlo sobre un brazo del sofá, se sentó en este y marcó el número de Shula. No hubo respuesta. Quizá hubiera desconectado el teléfono. Sammler no la había visto desde hacía varios días. Era una ladrona y probablemente estuviese escondida en alguna parte. Si Eisen en efecto ya se hallaba en Nueva York, Shula tenía un doble motivo para ocultarse. Sin embargo, Sammler no podía imaginar que Eisen quisiera molestarla. Tenía otros asuntos entre manos, otros pescados que freír (¡cuánto le gustaban a Sammler las expresiones como esta!).

Sammler llevó de nuevo el rollo de papel y los trozos empapados a la cocina, y allí cortó varias lonchas de salami con el gran cuchillo de chef (Margotte no parecía tener cuchillos pequeños, y hasta las cebollas las partía con los grandes). Se hizo un bocadillo. Le puso mostaza inglesa marca Colman, que seguía siendo su preferida y

se sirvió zumo de arándano —pocas calorías— de Margotte. Incapaz de encontrar vasos limpios, bebió en uno de papel. El tacto a cera resultaba desagradable, pero ya se iría, y además no tenía tiempo para fregar y secar un vaso. Se marchó enseguida, cruzó Broadway en dirección al piso de Shula. Tocó el timbre, llamó con los nudillos, elevó la voz y dijo: «Shula, soy papá. Abre. ¿Shula?». Escribió una nota y la metió por debajo de la puerta. «Llámame en cuanto puedas». Luego descendió en el negro ascensor (¡qué oxidado y negro estaba!) y miró en el buzón de ella, que nunca lo cerraba. Estaba lleno, y echó un vistazo a la correspondencia. Cosas para tirar. Ninguna carta personal. Así que indudablemente llevaba tiempo fuera de casa. Quizá hubiese tomado un tren para New Rochelle. Shula tenía una llave de la casa de Gruner. Sammler se había negado a que ella le diese una llave de su piso. No quería entrar cuando su hija estuviese con un amante. Los amantes de Shula serían de temer, seguramente. Sin duda tenía uno de vez en cuando. Quizá para que no se le estropeará el cutis. Sammler había oído a una mujer decir algo así y Shula estaba orgullosa de su piel tan clara. ¡Cómo podía uno saber lo que la gente —los individuos— estaban haciendo *verdaderamente*!

Regresó a su apartamento y le preguntó a Margotte:

—¿No has visto a Shula?

—No, tío Sammler, no la he visto. En cambio, te han llamado por teléfono. Tu yerno.

—¿Me ha llamado Eisen?

—Le dije que estabas de visita en el hospital.

—¿Qué te ha parecido que quería?

—Pues ver a la familia. Aunque dijo que cuando vais a Israel ni Elya ni tú hacéis nada por verlo. Estaba ofendido.

Las muestras de compasión de Margotte, siempre tan dispuesta, hacían que los demás creyeran que tenían un corazón de piedra.

—¿Y cómo está Elya? —preguntó ella a continuación.

—Me temo que mal.

—Tengo que ir a visitar al pobre Elya.

—Sí, quizá debieras ir, pero solo una visita breve.

—Descuida, no lo cansaré. En cuanto a Shula, teme ver a Eisen. Cree que lo ofendió terriblemente cuando tú la obligaste a marcharse.

—Nunca la obligué. Ella se marchó muy contenta. Y él también pareció alegrarse. ¿Preguntó Eisen por ella?

—De Shula no dijo ni palabra. Ni siquiera mencionó su nombre. Habló de su propio trabajo. Su arte. Anda buscando un estudio.

—Sí... Bueno, no le será fácil encontrarlo en esta ciudad de artistas. Buhardillas... Pero como ha luchado en Stalingrado muy bien puede aguantar en una buhardilla.

—Quería ir al hospital y hacer un dibujo de Elya.

—Eso deberíamos evitarlo.

—Tío, ¿te tomarías una chuleta conmigo? Estoy preparando un *schnitzel*.

—Gracias, ya he comido —respondió Mr. Sammler, y se fue a su cuarto.

Con una lupa en su larga y temblorosa mano izquierda, Sammler proyectaba unas trémulas transparencias sobre el papel de carta. La lámpara de escritorio proyectaba unos núcleos cristalinos y brillantes sobre lo que iba escribiendo.

Querido profesor:

Su manuscrito está a salvo. La mujer que lo tomó prestado es mi hija. No quiso causar daño. Solo lo hizo en un torpe y equivocado intento de ayudarme, para facilitarme un imaginario proyecto que la obsesiona. La inspiración de H. G. Wells y el futuro científico la han deslumbrado. Cree que ella y yo compartimos esa inspiración. A veces sus actividades me afectan de modo muy diferente. Psicológicamente arcaica —con todos los fósiles de sus estratos mentales completamente vivos (también la Luna es una especie de fósil)—, sueña con el futuro. Sin embargo, todos se debaten, cada uno de una manera rara y amortiguada, con una potencia, un ángel de Jacob, para lograr una satisfacción final o una gloria que se les viene negando. En todo caso, hágame el favor de pedir a las autoridades que interrumpen la búsqueda. Se lo ruego. Evidentemente, mi hija creyó que usted le prestaba ese documento, aunque pueda parecer que abrigaba otros planes dado que no le dejó a usted su nombre y dirección. Sin embargo, me gustaría mucho llevarle *El futuro de la Luna*. Lo he leído con enorme interés, aunque mi capacidad científica es nula. Hace más de treinta años disfruté de la amistad de H. G. Wells, cuyas fantasías acerca de la Luna usted sin duda conoce —selenitas, océano lunar subterráneo, y todo eso—. Como corresponsal de varios periódicos de Europa del Este, viví muchos años en Inglaterra. Woburn Square. Ah, fue estupendo. Pero me disculpo por mi hija. Me figuro muy bien la angustia que debe de haberle causado a usted. Las mujeres parecen tener un sentido muy distinto de lo que está mal hecho. En este momento tengo ante mí la libreta de notas. Sus tapas son de cartón imitación de mármol verde y la tinta es marrón e iridiscente. Puede usted llamarme a cualquier hora de la noche al número de Endicott que le apunto bajo la fecha arriba indicada.

Su seguro servidor,

ARTUR SAMMLER

—Margotte —dijo apartándose de la mesa.

Ella estaba sentada sola en el comedor, bajo una alegre pantalla Tiffany de papel roja y verde. Comía. El mantel tenía dibujos indonesios. En la extraña habitación todo estaba muy oscuro. Y también ella parecía oscura, allí cortando la carne en su plato. Por lo general, Sammler comía con ella. Una viuda sin hijos. Él la compadecía, aquella carita con su flequillo negro. Sammler cogió una silla y se sentó.

—Escucha, Margotte: tenemos un problema con Shula.

—¡Déjame que te sirva!

—No, gracias, no tengo apetito. Por favor, sigue sentada. Me temo que Shula ha cometido un robo. No se trata de un robo de verdad. Sería tonto llamarlo así. Se ha llevado algo. Un manuscrito de un científico hindú de la Universidad de Columbia. Por supuesto, lo hizo por mí. Esa idiotez en torno a H. G. Wells. Ese libro, Margotte, es sobre la colonización de la Luna y los planetas. Shula se llevó el único ejemplar, el manuscrito, y no hay copia.

—La Luna. ¡Qué fascinante, tío!

—Sí, industrias en la Luna. Centros industriales en la Luna. Cómo construir ciudades allí.

—Comprendo por qué deseaba Shula que tú lo tuvieses.

—Pero hay que devolverlo. Lo ha robado, Margotte; han llamado a unos detectives. Y no puedo encontrar a Shula. Sabe que ha obrado mal.

—Oh, tío Sammler, ¿llamarías a eso un delito? ¡Si lo ha hecho Shula! Pobre criatura.

—Sí, pobre criatura. ¿Quién no lo es si empiezas por llamarlo de ese modo?

—Por ejemplo, de Ussher nunca habría dicho nada semejante. Ni de ti tampoco.

—¿Sí? Bien, de acuerdo. Acepto la corrección. Sin embargo, hay que avisar a ese hindú. Aquí tengo una carta para él.

—¿Por qué no le envías un telegrama?

—Sería inútil. Los telegramas ya no se entregan.

—Eso es lo que solía decir Ussher. Les decía a los chicos que venían con telegramas: «Tíradlos a la alcantarilla».

—El correo no nos servirá. Una carta puede tardar tres días en llegar. Todas esas comunicaciones locales están en decadencia —dijo Sammler—. Hasta Cracovia, en los días de Francisco José, tenía un sistema postal más eficiente que el de Estados Unidos en la actualidad. Y temo que la policía acabe deteniendo a Shula. ¿Podríamos mandar al portero en un taxi?

—¿Por qué no utilizas el teléfono?

—Si estuviera seguro de poder hablar con el doctor Lal, le telefonaría. Le daría una explicación directa. No había pensado en eso. Pero ¿cómo conseguir su número?

—¿No puedes llevarle tú mismo el manuscrito?

—Ahora que sé que tengo el único ejemplar, temo ir por la calle con él, sobre todo de noche, cuando asaltan a la gente. Supón que me lo arrancan de las manos.

—¿Y la policía?

—No hace nada a derechas. Prefiero evitarla. He pensado en los guardias de seguridad de Columbia o incluso en los detectives de Pinkerton, pero para asegurarme de que no culparán a Shula preferiría entregárselo al doctor Lal. Los hindúes tienen un temperamento tan excitable, ya sabes. Si no conoce personalmente a ninguno de nosotros, dejará que la policía lo aconseje. Entonces tendríamos que

recurrir a un abogado. No me propongas a Wallace. Antes, Elya siempre utilizaba a Widick para que se ocupase de asuntos así.

—Bueno, quizá sea mejor entregarle personalmente una carta. Podría llevársela yo misma, tío.

—Ah, sí, una mujer. Recibirlo de manos de una mujer podría tener un efecto mitigador.

—Siempre sería mejor que un portero. Aún es de día. Puedo ir en taxi.

—Tengo algún dinero en mi habitación. Unos diez dólares.

Luego oyó a Margotte al teléfono. Preguntando algo. Sammler sospechaba que las cosas se estaban haciendo del modo menos eficaz. Pero Margotte estaba muy dispuesta a ayudar cuando se presentaban auténticas dificultades. Nunca discutía sobre Shula, no mencionaba los efectos de la guerra o la muerte de Antonina o la pubertad en un convento polaco o lo que podía afectar el terror a la psique de una muchacha. Elya tenía razón. Ussher también. Margotte era muy buena. No persistía mecánicamente en sus puntos de vista. Que era, por el contrario, lo que hacía todo el mundo. Se oyó correr mucha agua en el cuarto de baño. Margotte estaba dándose una ducha, la señal habitual de que se disponía a salir. Si en un día tenía que salir tres veces, tomaba otras tantas duchas. A continuación la oyó dirigirse muy rápido a su domicilio, descalza, y una vez en este hacer mucho ruido al abrir armarios y cajones. Al cabo de unos treinta minutos, vestida de negro y con un sombrero de paja del mismo color, estaba ante la puerta del cuarto de su tío pidiéndole la carta. Era adorable.

—¿Sabes dónde está el doctor Lal? —preguntó Sammler—. ¿Has hablado con él por teléfono?

—Personalmente, no; estaba fuera. Pero sé que para en Butler Hall, y la telefonista estaba al corriente de todo.

Llevaba guantes, aunque esa tarde hacía bastante calor. Muchísimo perfume. Los brazos desnudos. A Bruch le habrían gustado esos brazos. Tenían una cierta pesadez agradable. En ocasiones Margotte resultaba una mujer bonita. Y Sammler advirtió que estaba encantada de hacerle ese recado. Así se ahorra pasar tanto tiempo en casa mano sobre mano. A Ussher le gustaban los programas que echaban muy tarde. Margotte raras veces ponía la televisión. El aparato solía estar en reparación. Desde la muerte de Ussher, cada vez resultaba más anticuado en su mueble de madera. Quizá no fuese madera sino un material oscuro y granuloso que se le parecía.

—Si encuentro al doctor Lal... Y si no, ¿he de esperarlo en el Butler Hall? ¿Debo traerlo conmigo?

—Me proponía ir de nuevo al hospital —dijo Sammler—. Elya está muy mal, ¿sabes?

—Oh, pobre Elya. Claro que a ti se te junta una cosa con otra; pero no te canses demasiado. Hace muy poco que llegaste.

—Descansaré un cuarto de hora. Sí, Margotte, si el doctor Lal quiere venir, que

venga, por supuesto.

Antes de marcharse, Margotte quiso besar al anciano. Él no se apartó, aunque creía que la gente no suele tener ganas de que la besen, y que a menudo se hacía, irrisoriamente, como prueba de beatitud. Pero ese beso de Margotte, que se puso de puntillas hinchando sus rellenas y fuertes pantorrillas, fue un beso adecuado. Parecía agradecida de que él prefiriese vivir con ella a hacerlo con Shula, que le tuviese tanto afecto y también recurriese a ella cuando se hallaba en dificultades. Además, por medio de su tío, Margotte iba a conocer a un distinguido caballero, un científico hindú. Iba perfumada; se había maquillado los ojos.

—Creo que estaré de regreso hacia las diez —dijo él.

—Entonces, si está allí, querido tío, lo traeré. Puede esperarte aquí conmigo. Se sentirá impaciente por recuperar su manuscrito...

Pronto la vio en la calle. Apartando la cortina, la observó dirigirse hacia West End Avenue, por la pálida y ancha acera, buscando un taxi. Era pequeña y fuerte, y transmitía una especie de compacto orgullo femenino. A veces temblaba, como hacen las mujeres cuando van deprisa. Ataviada de modo extraño. Bastante rara. ¡Hembras! Debían de sentir las corrientes por entre las piernas. Estas observaciones Sammler las hacía sobre todo, con amable imparcialidad, como en un adiós, con la objetividad de quien se aleja de este mundo.

Aún con luz del día, el blanco anuncio luminoso de Spry empezó a destellar al otro lado del Hudson sobre el verde pálido y, más abajo, en el agua oscura; mientras en el cobrizo anochecer el vientre de asfalto se desfiguraba suavemente. Y los coches tan juntos por la calle. Máquinas para irse.

Mr. Sammler se quitó los zapatos y los calcetines y levantó hasta la pila uno de sus largos pies. ¿No era ya demasiado viejo para tales movimientos? No, evidentemente. En la intimidad de su cuarto sentía sus miembros menos torpes. Se lavó los pies y no se los secó del todo, pues aquella tarde hacía calor. La evaporación aliviaba la irritación. No hacía tanto que, en el transcurso de la evolución, nos habíamos convertido en bípedos, y la carne de los pies se resentía de ello, especialmente en primavera, cuando los organismos experimentaban una peculiar expansión. Cansado y con la respiración tranquila, Sammler se tendió en la cama. Se dejó los pies destapados. Se cubrió el liso y delgado pecho con la fresca sábana. Volvió el haz de luz de la lámpara hacia la cortina echada.

El lujo de no asustarse del destino... así podía describirse su estado de ánimo. Ya que la Tierra se había convertido en una plataforma, en un lugar de embarque, uno podía pensar con un mínimo de terror en marcharse. No tenía que asumir el miedo de otro hombre (pensaba en Elya, con el atormentador objeto de metal que le habían puesto en la garganta), pero con frecuencia se sentía casi fuera de todo. Y todo tenía que cambiar pronto. Los hombres pondrían en hora sus relojes por otros soles. O quizá el tiempo desapareciese. En el futuro sideral no necesitaríamos nombres personales a la vieja usanza, ya que no habría nada fijo. Se nos designaría por otros

nombres. Los días y las noches serían cosa de museos. La Tierra, un parque conmemorativo, un cementerio en el que se celebraba una fiesta continua. Los mares espolvorearían nuestros huesos como cuarzo, los transformarían en arena, molería nuestra paz en eones. Bien, todo eso sería bueno, melancólicamente bueno.

¡Ah! Ahora que pensaba en ello, antes de que soltara la cortina, cuando Margotte desapareció, y antes de sentarse a quitarse los zapatos y de lavarse los pies, había visto la Luna no demasiado lejos del anuncio de Spry, redonda como una señal de tráfico. La imagen circular de la Luna, o imagen ulterior persistía en él. Y ahora conocemos, por las fotografías que tomaron los astronautas, la belleza de la Tierra, su blanco y su azul, sus vellones, el gran resplandor que la rodea. Glorioso planeta. Pero ¿no se hacía todo lo posible para que resultase inhabitable, no colaboraban todas las almas para esparcir la locura y el veneno, para echarnos de aquí? No se trataba de una aspiración fáustica, pensó Mr. Sammler, como de una estrategia de tierra quemada. Arrasarlo todo, y ¿qué sacaba en limpio la muerte? Contaminarlo todo y luego huir a la bendición del olvido. O lanzarse a otros mundos.

Advirtió, por estos pensamientos, que estaba preparándose para su encuentro con Govinda Lal. Probablemente hablarían de eso. El doctor Lal, cuyo campo parecía ser la biofísica y que podría, como la mayoría de los especialistas, dejar de ser un individuo, daba muestras, por lo menos en aquello que había escrito, de una amplia capacidad mental. Porque después de cada sección técnica hacía comentarios sobre los aspectos humanos de los futuros desarrollos. Parecía darse cuenta, por ejemplo, de que el descubrimiento de América había despertado en el pecador Viejo Mundo esperanzas de un nuevo Edén. «Una conciencia compartida —había escrito Lal— puede ser la nueva América. El acceso a los mecanismos centrales de los datos puede fomentar a un nuevo Adán». Bueno, era muy raro lo que Mr. Sammler estaba haciendo en su habitación de aquel viejo edificio. A este se le había ido resquebrajando el enlucido y entre esas grietas oblicuas él había ido tomando nota mentalmente de algunas proposiciones. De acuerdo con una de ellas, él, personalmente, ya se encontraba fuera de todos los desarrollos. Por un sentido de deferencia, por su edad, por sus buenos modales, a veces afirmaba que ya se encontraba fuera de todo aquello, *hors d'usage*, que no era un hombre de su época. Al no ser una fuerza de la Naturaleza, al no ser paradójico ni demoníaco, le faltaba impulso para abrirse paso por entre las máscaras de la apariencia. Nada de «Yo y el Universo». No, su idea personal era la de un ser humano condicionado por otros seres humanos que sabía que los arreglos actuales no constituían *sub specie aeternitatis*, la verdad, pero que era preciso contentarse con la verdad aproximada que uno pudiera obtener. Había que tratar de vivir con un corazón civil. Con caridad desinteresada. Con un sentido de la potencia mística de la Humanidad. Con la tendencia a creer en los arquetipos de bondad. El deseo de virtud no tenía nada de casual.

¿Nuevos mundos? ¿Flamantes comienzos? No era tan sencillo. (Sammler buscaba desviaciones del tema). ¿Qué hacía el capitán Nemo en *20 000 leguas de viaje*

submarino? Se sentaba en el submarino, el *Nautilus*, y en el fondo del océano tocaba en el órgano a Bach y a Haendel. Buena música, pero antigua. ¿Y qué decir del Viajero por el Tiempo, de Wells, cuando se halló a miles de años en el futuro? Se enamoró de una hermosa doncella, Eloi, algo absolutamente normal. Llevarse con uno, ya sea a las profundidades o al espacio y al tiempo, algo querido, y conservarlo... ese parecía ser el impulso. Julio Verne tenía mucha razón al llevar a Haendel al fondo del mar, y no a Wagner, aunque en los días de Verne Wagner representaba la vanguardia entre los simbolistas al fundir la palabra y el sonido. Según Nietzsche, los alemanes, intolerablemente agobiados por ser alemanes, utilizaban a Wagner como si fuese hachís. Para los oídos de Mr. Sammler, Wagner era música de fondo para un pogromo. ¿Y qué podría oírse en la Luna? ¿Música electrónica? Mr. Sammler estaría en contra de ello. El Arte arrastrándose ante la Ciencia.

Sin embargo, a Sammler le preocupaban asuntos diferentes y que no tenían nada de juego. Feffer, en su intento de distraerlo, le había contado la historia del inspector de la compañía de seguros que había sacado aquella pistola. No resultó divertido. Feffer había dicho que con un arma tan mala a un hombre había que dispararle muy de cerca, a la cabeza. Matarlo a bocajarro. Y eso de disparar a la cabeza era lo que Sammler había intentado borrar, olvidar. Fue inútil. Tuvo que ceder, enfrentarse a ciertas cosas insufribles. Incontrolables. Había que padecerlas. Se habían convertido en un poder interno al que no le preocupaba si él podía resistirlo o no. Para otros eran pesadillas o visiones, mas para él habían sucedido a la luz del día, con plena conciencia. Ciertamente, Sammler no había experimentado nada que le estuviese negado a los demás. Otros habían pasado por lo mismo. Antes y después. Los no europeos, sobre todo, se tomaban esas cosas con más calma. Seguramente, si un navajo o un apache caía en el Gran Cañón, sobrevivía, se rehacía y era muy posible que no les dijese nada a los de su tribu. ¿Para qué hablar de ello? Lo que ocurre, ocurre. Así, en lo que a él se refería, había ocurrido que en un día luminoso Sammler, junto con su mujer y otros, había tenido que desnudarse por completo. Y entonces esperar a que los fusilasen ante una tumba colectiva. (En su proceso, Eichman confesó haber caminado sobre una tumba semejante y que la sangre que brotaba a sus pies lo había puesto malo. Durante un par de días tuvo que guardar cama). Ese día a Sammler le cegaron un ojo de un culatazo. Desnudo, también se sintió muerto. Pero a diferencia de los otros, no lo habían matado. Y comparaba ese fenómeno, como solía hacerlo mentalmente, a un circuito telefónico: la muerte no había cogido el receptor para contestar a su llamada. A veces, cuando andaba por Broadway y oía sonar un teléfono al otro lado de una puerta abierta, trataba de hallar, de intuir, las palabras que pronunciaría la muerte. «¡Hola! ¿Ah, eres tú por fin? ¡Hola!». Y el aire de la calle se cargaba visiblemente de plomo, y también se oía un retintín metálico. Pero si pasaban cuerpos vivos de Nueva York como se habían apilado aquellos cuerpos muertos encima de él, si pasaba ese gentío perezosamente, arrastrando los pies, haciendo

cabriolas (el populacho de Broadway al que él pertenecía), también era verdad que había bastante para alimentarlos a todos: comida cocida, carne cruda, carne ahumada, pescado crudo, pescado ahumado, cerdo y pollos asados, manzanas como municiones, naranjas como granadas contra el hambre. En las alcantarillas, a lo largo de las aceras, había muchos alimentos, y se los comían, como veía él a las tres de la mañana, las ratas que salían de noche. Bollos, huesos de pollo que en tiempos él habría dado gracias a Dios por tenerlos. Cuando era guerrillero en el bosque de Zamosht, medio congelado, con el ojo muerto como una bola de hielo en la cabeza. Envuelto en una manta de caballo helada y con los pies liados en andrajos. Mr. Sammler llevaba un arma. Él y otros hombres medio muertos de hambre mascaban raíces y hierbas para mantenerse vivos. Por la noche iban a volar puentes, a arrancar raíles, a matar francotiradores alemanes.

El propio Sammler había disparado contra hombres. Y aquel empleado de seguros de Feffer que impulsivamente, o por deseo de lucirse, había disparado contra una guía de teléfonos puesta sobre un atril. Tenía algo de cómicamente fanático. Atravesar con una bala un millón de nombres impresos muy juntos era un juego de sociedad. Pero Sammler sentía que lo arrancaban de la salita e iba a parar al bosque de Zamosht. Allí, disparándole a bocajarro, mató a un hombre a quien había desarmado. Lo había obligado a arrojar su fusil. A un lado. A un metro y medio, sobre la nieve. Cayó de plano y se hundió. Sammler le ordenó al hombre que se quitara el abrigo. Luego la guerrera. El jersey, las botas. Después, el hombre le dijo a Sammler en voz baja: «*Nicht schiessen*». Le suplicaba que no lo matase. Era pelirrojo, con una gran barbilla bronceada, y apenas respiraba. Estaba blanco y tenía unas ojeras violetas. Sammler vio su cara salpicada de barro. Vio la tumba en su piel. La suciedad en un labio, las anchas arrugas que descendían de la nariz manchada de polvo. Para Sammler, aquel hombre ya estaba bajo tierra. No seguía vestido para vivir. Estaba marcado, perdido. Tenía que irse. Se había ido ya. «No me mate. Llévese mis cosas». Sammler no respondió y se mantuvo fuera de su alcance. «Tengo niños». Sammler apretó el gatillo. Entonces el cuerpo cayó sobre la nieve. Un segundo tiro le atravesó la cabeza, destrozándosela. Los huesos estallaron. La materia gris desapareció.

Sammler recogió cuanto pudo: el fusil, las granadas, comida, las botas, los guantes. Dos tiros en el aire invernal; el ruido que habían producido recorrería kilómetros. Se dio prisa y miró hacia atrás una vez. Desde los arbustos distinguió la roja cabellera y la gruesa nariz. Lamentablemente, no podía recoger la camisa. Sí, en cambio, los apestosos calcetines de lana. Deseaba mucho tener un par. Estaba demasiado débil para llevar lejos su botín. Se sentó bajo un árbol crujiente de nieve y se comió el pan del alemán. Fue metiéndose nieve en la boca para tragar mejor. Se había quedado sin saliva. Un hombre que habitualmente hubiera comido, bebido, fumado y cuya sangre hubiese estado rebosante de grasa, nicotina, alcohol, secreciones sexuales, no habría tenido esa dificultad. En la sangre de Sammler no había nada de eso. Por entonces no era completamente humano. Andrajos y papel, un

paquete atado con un trozo de cuerda y si esta se hubiese roto aquellos objetos se habrían esparcido por donde hubiesen querido. No le habría preocupado mucho. A ese mínimo habíamos llegado. En aquel rostro desencajado, en los salientes tendones del cuello quedaba poco de atractivo humano.

Cuando más tarde Mr. Sammler se escondió en el mausoleo, no fue para huir de los alemanes sino de los polacos. En el bosque de Zamosht los guerrilleros polacos se volvieron contra los combatientes judíos. La guerra terminaba, los rusos avanzaban y al parecer se había decidido reconstruir una Polonia sin judíos. De modo que hubo una matanza. Los polacos llegaron disparando al amanecer. En cuanto hubo luz suficiente para asesinar. Había niebla, humo. El sol trataba de salir. Empezaron a caer hombres y Sammler huyó. Hubo otros dos supervivientes. Uno se hizo el muerto. El otro salió corriendo, como Sammler. Este se ocultó en el pantano, se tumbó bajo el tronco de un árbol, sobre el fango. Por la noche se alejó del bosque. Al día siguiente se arriesgó a ir a Cieslakiewicz. (¿Fue solo un día? Quizá fuese más tiempo). Aquellas semanas de verano las pasó en el cementerio. Luego apareció en Zamosht, en la ciudad misma, en pésimas condiciones físicas, con el ojo muerto hinchado como una pústula. Uno de los condenados que lo resistió todo.

Apenas si merecía la pena tanto esfuerzo, quizá. Hay ocasiones en que renunciar es más razonable y decente y en que empeñarse en resistir es una desgracia. No hay que pasar de cierto punto en la insistencia. No estirar demasiado el material humano. La elección más noble. Así creía Aristóteles.

Mr. Sammler podía añadir, como sabiduría básica, que matar al hombre al que había acorralado en la nieve le había proporcionado placer. ¿Fue solo placer? Era algo más. Era alegría. ¿Podría decirse que se había tratado de una acción rastrera? Por el contrario, había sido brillante. Sobre todo, había sido brillante. En el momento de disparar, Sammler, que casi era un cadáver, tuvo un estallido de vida. Medio congelado en el bosque de Zamosht, con frecuencia había soñado que se hallaba junto a un fuego. Pues bien, aquello era más suntuoso que un fuego. Sintió que un raso reluciente y maravilloso le forraba el corazón. Matar a aquel hombre y matarlo sin piedad, pues estaba dispensado de ella. Fue un fogonazo, una mancha de blancura ígnea. Cuando disparó por segunda vez lo hizo menos para asegurarse de matar al hombre que para sentir de nuevo aquel deleite. Para beber más llamas. Le habría dado gracias a Dios por esa oportunidad. Si hubiera tenido un Dios. Por entonces no lo tenía. Durante muchos años, según creía, no había tenido más juez que él mismo.

En la intimidad de su cama, Mr. Sammler volvió brevemente a aquella furia (lo hizo como referencia). Un lujo. Y cuando había estado a punto de morir. Había tenido que quitarse cadáveres de encima. ¡Desesperado! Arrastrándose. ¡El corazón iba a estallar! ¡Qué vileza! Luego sabría qué se sentía al matar. Descubrió que podía ser un éxtasis.

Se levantó. Se estaba bien allí: la lámpara, su propia habitación. Había logrado rodearse de una intimidad muy agradable. Pero se levantó. No estaba descansado y

sería mejor que fuese al hospital. Su sobrino Gruner lo necesitaba. Pero aquello le zumbaba en el cerebro. Tenía la cara salpicada de tierra sucia. «Mire bien. Tendrá usted que ver tierra». Tras levantarse, Sammler alisó la ropa de la cama. Nunca dejaba deshecha una cama. Se estiró los calcetines limpios. Hasta la rodilla.

¡Pésimo asunto! Mal asunto que en los tribunales a uno le echaran de un lado a otro como si fuese una pelota entre jugadores poderosos. O lo sometiesen a instancias absurdas. ¡Sin misericordia! ¡No, gracias, no! No quise caer en el Gran Cañón. ¿Que fue estupendo no morir? Mejor no haber caído. Demasiadas cosas interiores se quebraron. Para algunos, es verdad, la experiencia semejaba riqueza. La miseria valía mucho. El horror es una fortuna. Sí. Pero yo nunca apetecí esas riquezas.

Después de los calcetines, sus zapatos, que ya tenían diez años. Les había cambiado las suelas. Para andar por Manhattan bastaban. Cuidaba mucho sus cosas, rellenaba su mejor traje con papel de seda, por la noche no olvidaba meter las hormas en los zapatos, por viejos y gastados que estuviesen. Mr. Sammler había llevado esos mismos zapatos en Israel, en el verano de 1967. No solo en Israel, sino junto al Jordán, en el desierto de Sinaí y en los territorios ocupados a Siria durante la guerra de los Seis Días. Su segunda visita. Si fue una visita. Una expedición. Al principio de la crisis de Aqaba se había puesto de pronto muy excitado. No podía sentarse tranquilamente. Le había escrito a un viejo periodista amigo suyo que vivía en Londres diciéndole que estaba obligado a ir para informar de lo que ocurriese. Había una asociación de publicaciones de Europa del Este. Todo lo que Sammler deseaba en realidad eran credenciales, una tarjeta que le permitiese cablegrafiar noticias, un pase de prensa para contentar a los israelíes. El dinero lo proporcionaba Gruner. Y Sammler había ido con el ejército por los tres frentes. Fue curioso. A la edad de setenta y dos años en el frente, llevando aquellos mismos zapatos, una chaqueta de sirsaca y una gorra blanca manchada de Kresge's. Los tanquistas, que lo tomaban por americano a causa de la chaqueta, le gritaban: «*Yank!*». Se acercaba a ellos y les hablaba a unos en polaco, a otros en francés, en inglés. A veces pensaba en sí mismo como en un camello entre los vehículos blindados. Mr. Sammler no era sionista, y durante muchos años los asuntos judíos le habían interesado poco. Pero desde el principio de la crisis no podía quedarse sentado en Nueva York leyendo la prensa mundial. Aunque solo fuese porque por segunda vez en veinticinco años se amenazaba con exterminar al mismo pueblo; las llamadas grandes potencias dejaban que las cosas fuesen hacia el desastre, que los hombres se armaran para una matanza. Y se negó a permanecer en Manhattan contemplando la televisión.

Quizá fue la locura de las cosas lo que más afectó a Sammler. La insistencia, el maniático empuje de ciertas ideas, originalmente estúpidas en sí mismas pero que habían durado siglos, eso fue lo que hizo que reaccionase del modo más curioso. El estúpido sultanismo de un Luis XIV reproducido en el general De Gaulle, neo-Carlomagno, como decían algunos. O la ambición imperial de los zares en el Mediterráneo. Querían ser la potencia dominante en la zona, una estúpida ambición

de dos siglos, y ahora, bajo los auspicios «revolucionarios» del Kremlin, seguían esforzándose en ello de la misma manera... ¡Esforzándose! ¿No representaba ninguna diferencia al que pronto el dominio de los mares fuese algo tan anticuado como Asurbanipal, tan raro como los dioses egipcios con cabeza de perro? Pues no. De la misma manera que la desaparición de los judíos en Polonia no había hecho menos antisemitas a los polacos. Este era el sentido de la estupidez histórica. Y también los rusos, con su tenacidad nacional. Dadles un sistema, dejadles captar una idea y se hundirán con ella en las profundidades, la aplicarán hasta el final, pavimentarán el universo con una materia dura e idiota. En todo caso, a Sammler le había parecido que debía llegar al escenario de la acción. Estaría allí, enviaría crónicas, haría algo, quizá morir en la matanza. No podía quedarse sentado en Nueva York. ¡Aquello! ¡Trémula, bulliciosa, fantástica Nueva York, la ciudad increíble de Feffer! Y Sammler llegó a ese extremo quizá porque estuviera demasiado desesperado, y se extralimitó, y comenzó a pensar en somníferos, en veneno. El sistema nervioso se le hizo un lío. Los «nervios-espaguetti». Eran sus antiguos nervios polacos que se le rebelaban. Era su antiguo pánico, su pena peculiar. No volvería a leer otra noticia acerca de que los árabes de Shukairy habían matado a miles en Tel Aviv. Le habló a Gruner de eso. Y Gruner dijo: «Si te lo tomas tan a pecho, creo que deberías ir». Ahora Sammler creía que había sido culpable de exageración. Había perdido la cabeza. Sin embargo, hizo bien en marcharse.

A fuerza de seguir sus propios consejos durante tanto tiempo, después de siete décadas de consultas internas, Sammler ya tenía sus propios puntos de vista en la mayoría de los asuntos. E incluso la mayor independencia le resultaba insuficiente. En su cabeza había cauces secos, de falta de interés hacia todos... *Wadis*, así creía que se llamaban esas cosas, pequeños barrancos formados por la erosión de las preocupaciones. El impulso de quitarse la vida era uno de ellos. Nada menos. Había estado a punto de perder la vida. Había visto cómo se la quitaban a otros. Él mismo había privado de ella a un hombre. Sabía que esto constituía uno de los lujos. No es de extrañar que los príncipes se hubiesen reservado durante tanto tiempo el derecho a matar con impunidad. En el fondo mismo de la sociedad existía también cierta impunidad, porque nadie se preocupaba de lo que ocurría. Bajo aquella masa tenebrosa y brutal, a veces los crímenes de sangre pasaban inadvertidos. Y arriba del todo, la antigua impunidad de los príncipes y los nobles. Sammler pensaba que esa era la verdadera raíz de las revoluciones. En una revolución una aristocracia era privada de los privilegios y se procedía a distribuir estos de nuevo. ¿Qué significaba la igualdad? ¿Acaso que todos los hombres eran amigos y hermanos? No; quería decir que todos pertenecían a la élite. Matar era un antiguo privilegio. Por eso las revoluciones se empapaban de sangre. ¿Guillotinas? ¿Terror? Solo un comienzo... nada. Llegó Napoleón, un gángster que bañó en sangre a Europa. Llegó Stalin, para quien el verdadero premio gordo del poder era el libre disfrute del asesinato. El poderoso disfrute de consumir la respiración de los hombres en sus mismas narices,

tragándose sus caras como un Saturno. Eso era lo que realmente parecía significar la conquista del poder. Sammler se ató los cordones de los zapatos y siguió vistiéndose. Se pasó un cepillo por el cabello. Como en trance. Frente a él, en el espejo, su imagen se movía. Y el sector intermedio de la sociedad envidiaba y adoraba ese poder para matar. ¡Cómo adoraban esos Soreles y Maurrases de la clase media a la mano que sabía agarrar autoritariamente el cuchillo! ¡Cuánto amaban al hombre con la suficiente intensidad para tomar sobre sí una sangrienta culpabilidad! Para ellos, una élite debía probarse por esa capacidad de matar. Para esa gente un santo debía entenderse como alguien cuyo espíritu estaba a la altura del fogoso retorcimiento del crimen en las fibras más íntimas de su corazón. El superhombre que se somete a sí mismo a prueba por medio de un hacha, partiendo cráneos de ancianas. El Caballero de la Fe, capaz de cortarle el cuello a su Isaac sobre el altar de Dios. Y ahora la idea de que era posible recobrar, o establecer, la identidad de uno matando, convirtiéndose así en igual a cualquiera, en igual al más grande. Un hombre entre muchos sabe cómo asesinar. Un patricio. La clase media no había formado normas independientes de honor. Por eso no resistía al atractivo de los asesinos. La clase media, que no había creado una vida espiritual propia y todo lo había invertido en la expansión material, se enfrentaba con el desastre. También, a medida que el mundo se decepcionaba, a los espíritus y demonios expulsados del aire se los dejaba entrar. La razón había barrido y adornado la casa, pero la última situación podía ser peor que la primera. Bien, y ahora, ¿qué se llevaría uno a la Luna?

Pasó el codo a modo de cepillo por su sombrero de fieltro, fue hacia el vestíbulo, cerró la puerta y se aseguró de que estaba bien cerrada, llamó el ascensor y descendió. Mr. Sammler iba de nuevo por las calles, que el resplandor de las farolas tornaba de un azul oscuro. Andaba rápidamente, encorvado. Solo disponía de dos horas, y si no conseguía tomar el transversal de la calle Ochenta y seis a la Segunda Avenida, tendría que ir en taxi. El West End estaba muy sombrío. Sammler incluso prefería el humeante, opresivo, palpitante y apestoso Broadway. Con los mechones sedosos, canosos, revueltos, sobre sus gafas, que se ajustaba una y otra vez. De nada servía ser el observador sensible, el turista (¿acaso existía alguna tierra lo bastante estable para recorrerla?), el filosófico excursionista por Broadway inspeccionando el fenómeno, que ya había logrado su propio interés y visibilidad: se daba cuenta de que era un escenario de perversión, y conocía su desesperación. Y su miedo. El terror a ello. Allí era posible ver el alma de Norteamérica luchando con problemas históricos, debatiéndose contra ciertas imposibilidades, experimentando de modo violento situaciones inherentemente estáticas. Tratando de realizar, de actuar, al tiempo que era realizada. Intentado interesar, lo cual para Mr. Sammler constituía una de las razones de aspirar a la locura. La locura causa interés. La locura es el intento de alcanzar la libertad por la gente que se siente aplastada por fuerzas gigantescas de control organizado. Buscando la magia de los extremismos, la locura es una forma básica de la vida religiosa.

Pero aguarda, se advertía Sammler a sí mismo. Hasta la locura es, en gran medida, cuestión de interpretación, de actuación. Por debajo persiste, también poderosamente, un denso sentido de lo que es normal para la vida humana. Se cumple con los deberes. Se conservan los afectos. Hay trabajo. La gente busca colocaciones. Es extraordinario. Van a la fábrica en el autobús. Abren la tienda, barren, hacen paquetes, lavan, toman decisiones, atienden, cuentan, se guían por los computadores. Todos los días, todas las noches. Y por muy rebeldes que sean de corazón, por desesperados y aterrados que estén, acuden al trabajo. Arriba y abajo en el ascensor, sentados ante la mesa del despacho, o detrás de la rueda, atendiendo la maquinaria. Qué volátil e inquieto animal, qué tenso y curioso animal, un mono sometido a muchas enfermedades, tanta angustia, tanto aburrimiento, disciplina, tanto afán de regularidad, de asumir responsabilidades, de consideración por el orden (incluso en el desorden)... todo lo cual representa también un gran misterio. Sí, sí, es un misterio. Por tanto, no se puede confundir con la locura completa. Pero los indisciplinados odian a los disciplinados hasta llegar al asesinato. Así, la clase trabajadora, disciplinada, es un depósito de odio. Así, al empleado que está detrás de su reja se le hace muy difícil perdonar a los que vienen de su aparente libertad o van hacia ella. Y el burócrata se alegra cuando matan a los hombres indisciplinados. Que los maten a todos.

Lo que se ve en Broadway mientras uno va a tomar el autobús. Allí están representados todos los tipos humanos: el bárbaro, el piel roja, o el indígena de las Fidji, el dandi, el cazador de búfalos, el desesperado, el invertido, el que tiene fantasías sexuales, la mujer india. La marisabidilla, la princesa, el poeta, el pintor, el prospector, el trovador, el guerrillero, Che Guevara, el nuevo Thomas Becket. Auténticos son el negociante, el soldado, el sacerdote, y el carca. El nivel medio es estético. Tal como Mr. Sammler veía la cosa, cuando los seres humanos tienen sitio, cuando disponen de libertad y también están provistos de ideas, se mitifican a sí mismos. Leyendizan. Se expanden por la imaginación y tratan de elevarse por encima de las limitaciones de las formas ordinarias de la vida corriente. ¿Qué tiene de «corriente» la vida corriente? ¿Y si algún genio hiciese con la «vida corriente» lo que Einstein hizo con la «materia»? Descubrir su energía, revelar su radiación. Pero en el nivel presente de visión imperfecta, los espíritus agitados huían de la opresión de la «vida corriente» y se separaban del resto de su especie, de la vida de su especie, en la esperanza, quizá, de librarse (en cierto sentido peculiar) de la muerte de esta. Para realizar acciones elevadas y servir a la imaginación con especial distinción, parece esencial ser histriónico. También eso constituye una rama de la locura. El hombre civilizado que aspira a una finalidad noble siempre ha preferido la locura. Con frecuencia es la manera más sencilla de estar disponible para los ideales. La mayoría de nosotros se contenta con eso: por medio de una especie de locura se da a entender devoción a, disponibilidad para, fines más elevados. Y estos aparecen necesariamente.

Si vamos a terminar nuestro gran negocio en la Tierra —o por lo menos la primera gran fase de él—, sería mejor que resumiésemos todas esas cosas. Pero brevemente. Con la mayor brevedad posible.

¡Una visión concentrada, por amor de Dios!

Entonces, ¿una especie loca? Sí, quizá. Aunque la locura es también una mascarada, el proyecto de una razón más profunda, el resultado de la desesperación que sentimos ante las infinidades y las eternidades. La locura es un diagnóstico o veredicto de algunos de nuestros mayores médicos y genios, y de sus mentes decepcionadas con el hombre. ¡Oh, el hombre aturdido por el rechazo de las facultades del hombre! ¿Y qué hacer? En materia de histrionismo, véase, por ejemplo, a aquel furioso hervidor mundial de palabras, Marx, quien insistía en que las revoluciones se hacían con disfraces históricos: los cromwellianos como profetas del Antiguo Testamento, los franceses de 1789 vestidos a la romana. Pero el proletariado, decía, declaraba, afirmaba, haría la primera revolución no imitativa. No necesitaría la droga de los recuerdos históricos. Por su misma ignorancia radical, por su desconocimiento de los modelos, haría las cosas de una manera pura. La originalidad lo mareaba tanto como a los demás. Y solo la clase trabajadora era original. Así la historia se apartaría de la mera poesía. Entonces la vida de la Humanidad se libraría de copiar. Se libraría del Arte. Oh, no. No, no, así no, pensaba Sammler. En cambio, el Arte aumentaba, se convertía en una especie de caos. Más posibilidades, más actores, monos, copiones, más invención, más ficción e ilusión, más fantasía, más desesperación. La Vida le robaba al Arte su riqueza, y destruía a este por su deseo de convertirse en la cosa misma. Prensándose en cuadros. La realidad toma forzosamente todas esas formas. Basta que miren ustedes (Sammler miraba) esta anarquía imitativa de las calles, estas túnicas revolucionarias chinas, estos chicos en el país unisex de los juguetes, estos jefes guerreros surrealistas, los cocheros de diligencias del Oeste, algunos de ellos doctores en filosofía (Sammler había conocido a algunos y había hablado con ellos de varios asuntos). Buscaban la originalidad. Y evidentemente eran derivados. ¿De qué? ¿De Paiutes, de Fidel Castro? No, de los extras de Hollywood. Actuaban como míticos. Se lanzaban al caos con la esperanza de aferrarse a una conciencia más elevada, para ir a parar a las playas de la verdad. Mejor será, pensaba Sammler, aceptar la inevitabilidad de la imitación y entonces imitar buenas cosas. Los antiguos tuvieron este derecho. ¿Grandeza sin modelos? Inconcebible. No podría ser la cosa misma, la realidad. Hay que contentarse con los símbolos. Invitarlos para soltar y conseguir las altas cualidades. Por tanto, había que hacer las paces con lo intermediario y la representación. Pero elegir representaciones más elevadas. Si no, el individuo será el fracaso que él sabe que es. Mr. Sammler, lo lamentaba por todos y se sentía sinceramente apenado.

Antes de apagar, antes de dar este salto al espacio exterior y a la Luna, deberíamos considerar algo de esto. En cuanto a cruzar la ciudad a esa hora de la noche, aquel era un autobús perfectamente seguro.

IV

El doctor Gruner estaba atendido por enfermeras privadas que se turnaban. Sammler entró y encontró a la mujer de uniforme junto a la cama. El paciente dormía. Sammler murmuró cuidadosamente su presentación.

—Ya, ya, su tío; nos advirtió que probablemente vendría —dijo la enfermera. No hizo que sus palabras sonaran a agradable predicción. Bajo la cofia almidonada abultaba el cabello teñido y seco. Era una mujer de mediana edad, con una cara carnosa, saludable y mandona. Sus ojos tenían una expresión de soberanía. A los pacientes había que llevarlos por el camino que tenían señalado: el restablecimiento o la muerte.

—¿Está dormido para pasar la noche o descabeza un sueñecito? —preguntó Sammler.

—Me figuro que despertará pronto. Miss Gruner está en la sala de las visitas.

—Me quedaré aquí un poco —dijo Sammler, a quien la enfermera no había invitado a sentarse.

Había muchas flores, cestas de frutas, cajas de golosinas, *best sellers*. El televisor estaba encendido, sin sonido. La enfermera escuchaba por unos auriculares. La luz reflejada oscilaba en la pared que había detrás de la cama. Elya tenía las manos vueltas hacia abajo a los costados del cuerpo, como si se hubiera preparado simétricamente antes de dormirse. Sus velludas manos aparecían limpias, fuertes y venosas, y las uñas tenían el mismo brillo que el vaso del que Gruner había bebido su aceite mineral. También se hallaba allí la botella de Nujol y, junto a ella, un ejemplar del *Wall Street Journal*. Desabrida dignidad. Arriba, enchufado, el cordón de la maquinilla de afeitar eléctrica. Gruner siempre estaba bien afeitado. Los sacerdotes del toro Apis, como los describe Herodoto, con la cabeza y el cuerpo afeitados. Y con la durmiente boca torcida, como si Elya, a quien le gustaba decir que se había criado en Greenpoint entre maleantes, hubiera estado soñando con pillos y golfos. Debajo de su barbilla, el vendaje semejava un cuello militar. Sammler pensó en él como en alguien que tenía gran necesidad de ratificación, de apoyo, y de que lo tocasen. Gruner era un «tocador». Al pasar por una habitación tenía por costumbre tocar, coger del brazo a los presentes, y quizá obtener información médica sobre el estado de sus músculos, sus glándulas, su peso, o la caída del cabello. También implantaba en esas personas sus opiniones, sus esperanzas, y si luego decía: «Bueno, ¿no es así?», tenía que serlo. Gruner hacía sus preparativos logísticos como si se tratara de un moderno general, un Eisenhower. Poseía una agudeza muy infantil. Pero fácil de perdonar. Especialmente en una ocasión como aquella. En tales circunstancias, ¿cómo podía dormirse?

Sammler salió de la habitación sin hacer ruido y se dirigió a la sala de visitas. Allí estaba sentada Angela, pero no a su manera sensual y elegante. Había llorado y se la veía pálida. Era la suya una figura pesada, las rodillas le sobresalían contra la

acostumbrada tirantez de las medias de seda, y sus pechos constituían una carga. ¿Lloraba solo por su padre? Sammler tuvo la impresión de que aquellas lágrimas se debían a causas combinadas. Se sentó a su lado y se puso el sombrero gris sobre las rodillas.

—¿Duerme aún?

—Sí —respondió Sammler.

Como para refrescarse, Angela tenía la boca abierta; respiraba por ella. Tenía la piel muy tirante. El calor le subía también al blanco de los ojos.

—¿De verdad se da cuenta de la situación?

—Eso mismo me pregunto yo. Pero creo que sí, ya que es médico.

Angela se echó a llorar y Sammler no pudo evitar pensar que había un segundo motivo para aquellas lágrimas.

—Y no le pasa nada más que eso —dijo Angela—. Está perfectamente, excepto por eso que tiene... una maldita tontería. ¿Y crees que él lo sabe?

—Sí, probablemente.

—Pero se comporta con absoluta normalidad. Habla de la familia. Se alegró mucho de verte y esperaba que volvieras esta noche. Todavía sigue preocupándose por Wallace.

—Se comprende.

—Wallace le ha causado muchos dolores de cabeza. A los seis, siete años, era un niño guapo y talentoso. Se le daban muy bien las matemáticas. Creíamos que estábamos ante un nuevo Einstein. Papi lo envió al MIT. Pero luego nos enteramos de que trabajaba de camarero en Cambridge, y se peleó con un borracho hasta casi matarlo.

—Lo sé.

—Y ahora le pide a papá que le compre un avión. ¿Por qué no un platillo volante? Como es natural, comparto en parte esa censura contra Wallace.

Sammler sabía que la conversación tomaría un fastidioso giro psicopediátrico y que tendría que soportar un buen número de explicaciones.

—Por supuesto, me sentó mal cuando llevaron al crío a casa desde el hospital. Le pedí a mamá que pusiera la cunita en el garaje. Estoy segura de que él sintió aquel rechazo desde el principio. Nunca me gustó. Era demasiado sombrío. Es que no parecía un niño. Le daban unas rabietas terribles.

—Bueno, todos tenemos una historia —dijo Sammler.

—Creo que en mi adolescencia decidí que mi hermano iba a ser un invertido. Me culpaba a mí misma de ello por ser tan desaliñada, y él se asustaba ante las chicas.

—¿Sí? En fin, recuerdo tu reválida —dijo Sammler—. Eras muy estudiosa. Me impresionó que estuvieses estudiando hebreo.

—Para disimular, tío. En realidad, yo era una sucia putilla.

—Me sorprende. La gente exagera mucho cuando habla del pasado.

—Ni a papá ni a mí nos gustaba Wallace. Lo empujamos hacia mamá, y eso fue

como condenarlo a cadena perpetua. Luego fue una cosa tras otra: su etapa de obeso, su etapa de alcohólico... Y ¿sabes? Cree que hay dinero escondido en la casa.

—¿Lo crees tú también?

—No estoy segura. Papá ha hecho algunas alusiones a eso. Y también mamá antes de morir. Al parecer creía que de vez en cuando papá hacía... que se salía de la línea recta, como ella solía decir.

—¿Para ayudar a las famosas familias del condado Dutchess, como me ha dicho Wallace?

—¿Eso dice él? No, tío, lo que oí decir fue que papá les hizo algunos favores a unos tipos de la mafia con los que había crecido. Gente muy importante del Sindicato. Y conocía muy bien a Lucky Luciano. Tú quizá no hayas oído hablar de Luciano.

—Solo vagamente.

—Luciano venía a New Rochelle de vez en cuando, y si papá hizo aquellas cosas y le pagaron al contado, debió de tratarse de algo embarazoso. Probablemente no supiese qué hacer con ese dinero. Pero no es eso lo que me preocupa.

—No. Y hablando de New Rochelle, ¿has visto a Shula?

—No, no la he visto. ¿Qué ocurre con ella?

—Me trajo un libro muy interesante. Pero no era suyo ni podía traérmelo.

—Supongo que estará escondiéndose de Eisen. Cree que él ha venido a reclamarla.

—Un temor muy halagüeño. Si él fuese capaz de venir con semejante misión, si no le pegase, bastaría para atender a muchas necesidades. No, no creo que la quiera para nada. No le gusta que ella pase por católica. Ese fue el pretexto de Eisen. Aunque dijo que se llevaba bien con el papa Pío en Castelgandolfo. Y ahora Eisen no es amigo de los Papas, sino un artista. No me parece que tenga talento, aunque es lo bastante loco para ambicionar la gloria.

Angela no quería oír hablar de eso. Parecía creer que Sammler trataba de llevar el tema en una dirección teórica: hablar del psicópata creador.

—Ha estado aquí.

—¿Has visto a Eisen? ¿Le ha dado la lata a Elya? ¿Ha entrado...?

—Quería hacer unos dibujos de papá; ya sabes, un esbozo.

—No me hace gracia. Quisiera que no molestase a Elya. ¿Qué demonios pretende? No lo dejes entrar.

—Bien, quizá no debería haberlo dejado pasar. Creí que entretendría a papá.

Sammler estaba a punto de responder, pero una ola de comprensión cruzó por su mente y le hizo ver las cosas de otra manera. Desde luego. Ah, sí. Angela tenía sus propias dificultades con el doctor Gruner. Angela no era una de esas grandes lloronas, como Margotte, cuya cantidad de lágrimas derramadas al año era muy elevada. Si Angela estaba tan macilenta que incluso su por lo general brillante y sana cabellera parecía habersele estropeado, y a Sammler le daba la impresión de ver oscuras

manchas foliculares en su cráneo, era porque había discutido con su padre. En la tensión, pensaba Sammler, todo fallaba, y las partes (por ejemplo, los folículos) se notaban. Eso, al menos, había observado él. Elya debía de estar furioso con Angela, y esta trataba de desviar su atención. Visitantes. Evidentemente, por eso había hecho entrar enseguida a Eisen, quien en el fondo, sin embargo, era uno de esos maniáticos sonrientes pero lóbregos. Un tipo deprimente. El traje de seda, aunque elegante, era el mismo que llevaba diez años atrás en Haifa cuando su suegro y él habían ido a un café para hablar de Shula, y muy bien podría haber sido el forro de un ataúd. Sin duda, Eisen merecía que cuidaran de él, y una de las cosas para las que servía Israel era recoger a esa clase de tullidos. Pero ahora Eisen se había marchado atraído por la alegre y frenética música norteamericana y había manifestado que quería introducirse en el asunto. Se había lanzado en línea recta sobre el primo rico, que se hallaba en el hospital con una especie de gaita en el cuello. Era raro el instinto que tenían todos para molestar a un moribundo.

—¿Elya encontró divertido a Eisen? Mucho me temo que no.

Angela llevaba una gorrita muy mona haciendo juego con los zapatos blanquinegros. Agachó la cabeza y Sammler vio el ancho botón de cuero en el centro de las arrugas radiales.

—Creo que por un rato sí —respondió Angela—. Eisen le hizo unos bocetos a papá. Pero luego quiso vendérselos. Papá apenas los miró.

—No me sorprende. Me pregunto de dónde habrá sacado Eisen el dinero para venir a Estados Unidos.

—No lo sé. Quizá ahorrarse. Está enfadado contigo, tío.

—No me extraña.

—Por no haber ido a verlo cuando estuviste en Israel, durante la guerra. Dice que lo rehúyes.

—Eso no me preocupa mucho. Yo no estaba allí para cumplimentar a un yerno ni para hacer visitas.

—Se quejó de ti a papá.

—¡Qué horrible! —exclamó Sammler—. ¡Venir con esas estupideces en unas circunstancias como estas!

—Pero a papá le interesan toda clase de cosas. Si todo se interrumpiese de pronto, sería anormal. No debemos irritarlo. Por ejemplo, está enfadado conmigo.

—Supongo que eso no es normal en él.

—Yo le había dicho que tenía que dejar de hablarle a Widick. ¿Conoces a ese abogado gordo, Widick?

—Claro que sí.

—Telefonea cuatro o cinco veces al día. Y cada vez papá me pide que salga de la habitación. Siguen comprando y vendiendo, especulando en la bolsa. También me parece que hablan de su testamento, pues de lo contrario no me mandaría que saliese.

—Evidentemente, Angela, aparte de lo que tengas contra Widick, debes de haber

enfadado a tu padre con otra cosa. Y al parecer quieres que te pregunte de qué se trata.

—Creo que debería decírtelo.

—Me temo que no debe de ser nada bueno.

—No lo es. Tiene que ver con el viaje que Wharton Horricker y yo hicimos a México.

—Creo que Elya tiene una buena opinión de Horricker. Seguro que no le parecería mal ese viaje.

—No; esperaba que Wharton y yo nos casáramos.

—¿Y no os casaréis?

Angela sostenía un cigarrillo ante su cara, con los dedos doblados. De pronto, gestos normalmente gráciles resultaban pesados. Movi6 la cabeza, los ojos se le llenaron de lágrimas y se puso colorada. Ah, dificultades con Horricker. Sammler había adivinado algo por el estilo. Le resultaba un poco difícil comprender por qué Angela tenía siempre tantos problemas. Quizá se dijese que si ella disfrutaba de tantos privilegios, ¿qué más quería? Disponía para vivir de una renta de medio millón, libre de impuestos, como repetía Elya. Y tenía esa carne, esos atractivos y talentos sexuales; *volupté*, los llamaba ella, que había adquirido el vocabulario francés del sexo que Sammler había aprendido en la Universidad de Cracovia leyendo a Émile Zola. El libro sobre el mercado de frutas. *Le Ventre de Paris*. Les Halles. Y aquella apetitosa mujer también era algo bueno de comer, un estupendo huerto. *Volupté, seins, épaules, hanches. Sur un lit de feuilles. Cette tiédeur satinée de femme*. ¡Excelente, Émile! Y —¡claro!— los huertos sacudidos por los temblores de tierra podían dejar caer todas sus peras; también esto Sammler podía comprenderlo simpáticamente. Pero Angela siempre tenía dificultades, sufriendo, tropezando con obstáculos invisibles, creando complicaciones dolorosas que a él le hacían preguntarse si esta *volupté* no sería una de las más extrañas y pesadas cargas que podían pesar sobre el alma de una mujer. La veía (por el propio relato erótico que ella le había hecho) como si estuviera en su dormitorio, cual espectador perplejo. Evidentemente, ella creía necesario que Sammler supiera lo que ocurría en Estados Unidos. Pero él no necesitaba tanta información. Aunque más valía un exceso de esta que la ignorancia. Para Sammler, tanto Estados Unidos como la Unión Soviética eran proyectos utópicos. Allá, en el Este, se daba mayor importancia a los bienes inferiores, como zapatos, gorras, artículos de limpieza y barreños de latón para campesinos. Aquí se preferían ciertos privilegios y juguetes. Aquí se entraba desnudo en las aguas del paraíso, etc. Pero por debajo del placer, siempre había cierta desesperación, la muerte sentada dentro de la cápsula de la salud, conduciéndola, y la oscuridad le guiñaba a uno un ojo desde el dorado sol utópico.

—De modo que te has peleado con Wharton Horricker.

—Está enfadado conmigo.

—¿Y tú con él?

—No exactamente. Es que parece que tengo yo la culpa.

—¿Dónde está él ahora?

—En Washington, supongo. Trabaja en un proyecto estadístico sobre misiles antibalísticos. Para el bloque del Senado que se opone a los ABM. No entiendo de eso.

—Es una lástima que tengas ahora esa preocupación, una doble dificultad.

—Temo que papá se haya enterado de eso.

En la expresión de Angela, como en la de Wallace, había algo de tierno, un asomo de infancia o de ensoñación infantil. Sus padres deberían de haber anhelado demasiado tener niños y por ello habían inhibido en parte el desarrollo de los que tuvieron. La última mirada de Angela antes de empezar de nuevo a sollozar asombró a Sammler. Labios entreabiertos, frente arrugada, una expresión de extrema rendición. ¡Una niña! Pero sus ojos no revelaban su experiencia erótica.

—¿De qué se ha enterado?

—De algo que ocurrió en Acapulco. No creo que fuera tan serio. Ni Wharton tampoco. Cuando ocurrió fue divertido. Tuvimos un encuentro con otra pareja.

—¿A qué clase de encuentro te refieres?

—En fin, una cosa sexual, para los cuatro.

—¿Quiénes eran ellos?

—Estaban muy bien. Los conocimos en la playa. La que hizo la propuesta fue la mujer.

—¿Un intercambio?

—Pues, sí. Oh, ya no tiene remedio, tío.

—Por supuesto.

—Te has disgustado conmigo.

—¿Yo? De verdad que no. Hace mucho tiempo que estoy enterado de esa clase de cosas. Lamento que se cometan semejantes estupideces, es cierto. Antes, esas cosas las hacían pobres profesionales para ganarse la vida, pero ahora las hacen gente corriente, amas de casa, empleadas, estudiantes, solo para ser sociables. Y en realidad no sé bien qué sentido tiene. ¿Es quizá un esfuerzo conjunto para asquearse? ¿O para demostrar que las cosas históricamente repulsivas no son tan repulsivas? No lo sé. ¿Es un intento de liberalizar la existencia humana y mostrar que nada de lo que ocurre entre la gente es repugnante? ¿Una afirmación de la Hermandad del Hombre? Pues bien...

Sammler se serenó, conteniéndose. No quería conocer los detalles de aquel incidente en Acapulco, prefería ignorar si el otro hombre era juez municipal en Chicago, quiropráctico CPA, un traficante de drogas o si hacía perfumes o formaldehído.

—Wharton hizo su parte, pero después se puso muy triste. Cuando regresábamos en el avión me dijo lo enfadado que estaba con aquello.

—Bueno, es un joven muy refinado. Se nota por sus camisas. Seguro que ha

recibido una buena educación.

—Pues no se portó mejor que el resto de nosotros.

—Si querías casarte con Wharton, desde luego fue poco juicioso por tu parte intervenir en aquello.

Sammler deseaba terminar con aquel tema. Elya le había dicho que no se preocupase por el futuro, lo que sin duda constituía una alusión a que le dejaría dinero; pero también había que considerar los aspectos prácticos. ¿Qué pasaría si Shula y él tenían que depender de Angela? Esta siempre había sido generosa, y gastaba con facilidad. Cuando iban a una galería o a comer, ella era la que pagaba los taxis, la cuenta, las propinas, todo. Pero no estaría bien seguir participando en esa clase de vida. Los hechos eran demasiado malos, demasiado audaces, abominables, lamentables. Hasta cierto punto, esa conducta se basaba en la teoría, en la ideología generacional, era consecuencia de una educación liberal y, por tanto, en cierta medida impersonal. Pero más tarde Angela había de lamentar esas confesiones, se arrepentiría de haberse sincerado y le molestaría la desaprobación de Sammler. En general, él escuchaba sus confidencias de modo desinteresado. No se mostraba desagradable e incomprensiva; era (lo había dicho ella misma) objetivo, y no la juzgaba. Ante la posible muerte de Elya, Sammler decidió que en ninguna circunstancia ni por motivo alguno se implicaría con Angela en una perversa relación que le hiciese escuchar para poder comer. El desinterés de él nunca sería uno de los consuelos de Angela, parte del mobiliario de su vida. Ni siquiera su inquietud por el futuro de Shula podría obligarlo a eso. ¿Recibir sórdidos bienes? Todo su corazón se rebelaba contra ello.

—Papá me hace preguntas muy intencionadas sobre Wharton.

—¿Se ha enterado de ese episodio?

—Pues sí, tío.

—¿Quién pudo contarle semejante cosa? Me parece de una enorme crueldad.

—No sé si te das cuenta de cómo es ese Widick, el abogado. Wharton y él están algo relacionados. Es un hijo de puta.

—No es esa mi impresión. Que sea fraudulento, quizá, pero así son los negocios.

—Es una mierda. Papá tiene un alto concepto de Widick. Gracias a este ganó el gran pleito contra la compañía de seguros. Ya te dije que hablan cuatro o cinco veces al día por teléfono. Y Widick me odia.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo noto. Me considera como la hija mimada. Siempre ha habido en torno a nosotros gente convencida de que papá me ha estropeado al hacerme demasiado independiente, que me ha dejado demasiado suelta.

—¿Acaso no ha sido tolerante en exceso contigo?

—No lo ha hecho solo por mí, tío Sammler. Uno no actúa únicamente para sí mismo, y él ha vivido también a través de mí. Puedes creerme.

Los hombres, pensaba Sammler, a menudo pecan solos; las mujeres raras veces se

hallan sin compañía cuando lo hacen. Pero aunque Angela pudiese estar tratando de darle esa interpretación forzada a la amabilidad de su padre, era posible que Elya también tuviese sus propias tendencias lujuriosas. ¿Quién era Sammler para decir lo contrario? En general, las cosas conducían a la desesperación. El abultamiento arterial en el cerebro de Elya ya debía de haber arrojado su sombra, salpicaduras antes del chaparrón. Sammler creía en las premoniciones, y la muerte era una poderosa instigadora de ideas eróticas. Los impulsos sexuales de Sammler (que aún no se habían apagado del todo) habían sido muy diferentes. Pero sabía respetar las diferencias. No medía a los otros comparándolos con él mismo. Y Shula no tenía *volupté*. Lo que ella tenía era otra cosa. Desde luego, no era hija de un rico, y el dinero, el dólar, constituía sin duda un poderoso estímulo sexual. Pero incluso Shula, aunque basurera o urraca, nunca había robado nada hasta entonces. Y de pronto, ella también fue como el carterista negro. De los negros surgían fuertes corrientes que llegaban a todos. El niño, el negro, el piel roja, el seminola que se conserva intacto en su lucha contra el horrible Hombre Blanco. Millones de personas civilizadas aspiraban a una nobleza oceánica, ilimitada, primitiva, completamente libre, experimentaban una extraña liberación de impulsos galopantes y adquirían la peculiar finalidad de la negritud sexual. La Humanidad había perdido su antigua paciencia. Pedía una exaltación acelerada, no aceptaba un instante que no estuviese preñado de significados como en la épica, la tragedia, la comedia o las películas. Sammler creía que incluso el especialísimo desarrollo del significado de las cárceles desde el siglo XVIII guardaba cierta relación con esa mengua de la capacidad para sufrir restricciones. El castigo tenía que encajar, tenía que estar bien cortado como un traje para que le sentara bien al estado del espíritu, y adaptarse a la necesidad del alma. Las mayores y peores prisiones se encontraban allí donde más se había prometido la libertad. Y otra pregunta: ¿había realizado Elya abortos para contentar a sus antiguos amigos de la mafia? En cuanto a eso, Sammler no opinaba. Sencillamente, no lo sabía. Elya nunca había querido ser médico. Le molestaba ejercer la medicina. Pero había cumplido con su deber. Y ahora incluso había médicos que hacían gestos de contenido sexual a algunas de sus pacientes. Y se ponían las manos de ellas en sus partes. Sammler había oído decir eso. Médicos que no le hacían caso al Juramento, que iban con la Época. También Shula, Shula, que robaba, era contemporánea... sin ley. Estaba experimentando la Época. Al hacerlo, arrastraba a su padre con ella. Y quizá Elya, con su tornillo en la garganta, no hubiera querido quedarse atrás y hubiese delegado en Angela para que experimentase la Época por él.

Fuera como fuere, una vez la vida había estado a punto de terminarse. Alguien que iba por delante llevando la luz tropezó, vaciló, y Mr. Sammler creyó que todo había terminado. Sin embargo, aún estaba vivo. No había salido adelante, pues eso era un logro, y él había logrado muy poco. Lo habían remolcado de Cracovia a Londres, de Londres al bosque de Zamosht, y finalmente a Nueva York. Una consecuencia de esa historia era que había adquirido el hábito de condensación. Era

un especialista en opiniones concentradas. Y, concentradamente, Angela había ofendido a su moribundo padre. Estaba irritado, y ella deseaba que intercediera ante Elya. Quizá este la desheredase y legara el dinero a la caridad. Había hecho grandes donativos al Instituto Weizmann. Ese Tanque del Pensamiento, como le llamaban en Rehovoth. O quizá temiese que Sammler, tan íntimo de Elya, se convirtiese en su heredero.

—¿Le hablarás a papá, tío?

—¿De ese... asunto tuyo? Es él quien ha de hablarme de ello. No voy a ser yo quien saque el tema. No creo que él esté al corriente de tu estilo de vida. No sé qué puede haber sacado de ello... por delegación, como sugieres. Pero no es tonto, y luego de darle a una mujer joven como tú medio millón de dólares para que viva en Nueva York, tendría que ser muy estúpido para creer que no te divertirías.

Las grandes ciudades son ramera. ¿No lo sabe todo el mundo? Babilonia era una puta. *Ô la Reine aux fesses cascadantes*. Gracias a la penicilina, Nueva York está más limpia. No hay caras corroídas por la sífilis, narices agujereadas como en los tiempos antiguos.

—Papá te respeta mucho.

—¿Y de qué va a servirme ese respeto?

—Todos los peores prejuicios sexuales, los más viejos y profundos, se han movilizad contra mí.

—Solo Dios sabe qué se le ha metido a tu padre en la cabeza —dijo Sammler—. Quizá no sea más que un dolor entre muchos otros.

—Me ha dicho cosas crueles.

—Tu aventura mexicana no es la primera —señaló Sammler—. Seguramente tu padre siempre ha estado al cabo de la calle. Y esperaba que te casaras con Horricker para que no continuases con esas tonterías sexuales.

—Veré si se ha despertado —dijo Angela poniéndose de pie. Uno de sus elegantes vestidos cubría su pesada y blanda figura. Sus piernas, que llevaba descubiertas hasta la última cuarta parte del muslo, eran en verdad muy fuertes, y casi desgarradas. En aquellos momentos presentaba una palidez infantil en la cara, tersa bajo el gorrito de cuero. Cuando se despegó del asiento de plástico —y hacía calor esa tarde—, se percibió un olor. Que era a la vez groseramente cómico y muy serio. Diosa y *majorette*. ¡La Gran Pecadora! Qué escarnio para el pobre Elya. Qué sobrevaloración. Qué mezcla tan atroz de sentimientos. Angela estaba enojada con Sammler. Se marchó.

Mientras ella se iba, Sammler recordó la última vez que había visto un gorro como aquel. Había sido en Israel durante la guerra de los Seis Días de la que había sido testigo.

Testigo.

Era casi como si hubiera asistido a ella junto con otros espectadores. Llegaron en rápidos automóviles a un punto ante el monte Hermon, donde tenía lugar una batalla

de tanques. Él formaba parte de un grupo de periodistas que contemplaban el enfrentamiento allá abajo. En el valle, como en vistavisión. Mr. Sammler y los otros, oficiales de Prensa israelíes y periodistas, se encontraban en un lugar bastante seguro. La batalla tenía lugar a tres kilómetros o más de distancia. Las columnas de tanques maniobraban en medio del polvo. Los aviones, tan remotos que parecían insectos, soltaban sus bombas. Uno veía las alas cuando les daba la luz, luego se oían las detonaciones, y por fin se elevaban breves columnas de humo. A lo lejos se oía la maquinaria, los motores distantes. Los ruidos de la guerra. Entonces llegaron dos coches más y de ellos se apearon unos cámaras que se unieron al grupo. Eran italianos, *paparazzi*, explicó alguien, y les acompañaban tres chicas con vestidos *mod*. Parecían salidas de Carnaby Street o de King's Road con aquellos zapatos, minifaldas y falsas pestañas. Sin duda eran inglesas, pues Mr. Sammler las oyó hablar, y una de ellas llevaba un gorrito como aquel de Angela. Las jóvenes no tenían idea de dónde estaban, qué pasaba allí, y habían estado riñendo con sus queridos, que enseguida se tumbaron boca abajo en la carretera. Fotografiaban la batalla y el viento agitaba los faldones de sus camisas. Las chicas estaban enfadadas. Las habían llevado en *jet*, probablemente de la vía Veneto, sin saber bien adónde. Luego, desnudo hasta la cintura, bajito pero musculoso, un corresponsal suizo, con una retorcida barbita rubia y las cámaras cruzadas sobre el pecho en bandolera, empezó a quejarse al capitán israelí de que la presencia de aquellas muchachas en el frente era impropia. Sammler los oyó decir eso entre unos dientes diminutos y en mal estado. El lugar donde se encontraban había sido bombardeado. Y no se comprendía el porqué. Pero el suelo estaba cubierto de grandes agujeros negros, y en ellos aún se podía ver el hollín de las bombas.

—Por lo menos, métalas en esos hoyos abiertos por las bombas —insistió el suizo.

—¿Qué?

—Los hoyos. Puede caer otro proyectil. No va usted a dejarlas paseándose por las carreteras, ¿verdad? ¿No comprende? —Era un hombrecillo insoportable. Esas estúpidas chicas disfrazadas estaban estropeándole su guerra.

El oficial israelí cedió. Hizo que las jóvenes se metieran en los hoyos hechos por las bombas. Solo se les veía la cabeza y los hombros. El miedo todavía no había hecho que se les pasara el enfado, pero faltaba poco. Algo impresionadas, una comenzó a sollozar un poquito mientras la otra resoplaba y se ponía colorada. Parecieron envejecer. En torno a ellas se elevaban volantes de reluciente negrura, hierba brillante de cordita.

Ocurrían otras cosas igual de extrañas. Allí estaban el padre Newell, corresponsal jesuita. Llevaba el uniforme de combate de la jungla vietnamita: manchas amarillas, verdes y negras de camuflaje. ¿Representaba a un diario de Tulsa, Oklahoma, o era a uno de Lincoln, Nebraska? Sammler aún le debía diez dólares, su parte del taxi que habían tomado en Tel Aviv para llegar al frente sirio. Pero no tenía la dirección del

padre Newell. Podría haberse esforzado un poco más por conseguirla. De regreso a su país desde el sudeste asiático, el sacerdote estaba de turista en Atenas, admirando la Acrópolis, cuando se enteró de aquella guerra y se presentó sin tardanza. Sus grandes botas para la jungla semejaban chancas. El padre Newell sudaba metido en su verde uniforme de combate. Llevaba el pelo cortado al estilo de la infantería de Marina, sus ojos también eran verdes y las mejillas tenían un espléndido color carne cruda. Por allá abajo corrían los tanques y del suelo parecían salir humaredas amarillas. Se oían pocos ruidos.

En la sala de visitas Mr. Sammler se levantó. Wallace, que en ese momento entraba procedente del corredor, ya estaba hablándole.

—Dice Angela que papá está dormido. No creo que hayas tenido oportunidad de hablarle del ático, ¿verdad?

—No he podido.

Wallace no estaba solo. Lo acompañaba Eisen.

Wallace y Eisen ya se conocían; pero ¿hasta qué punto? Era una pregunta curiosa. De todos modos, hacía mucho que se conocían. Desde que Wallace, después de su intento de recorrer a caballo el Asia Central y de ser detenido por las autoridades rusas, había visitado Israel y convivido con el primo Eisen. Wallace preparó entonces una serie de notas (se puso a trabajar en ellas de inmediato) para un ensayo en el que sostenía que la modernización que Israel estaba llevando al Oriente Medio era demasiado rápida para que los árabes la asimilasen. Perniciosa. Wallace, por supuesto, tendía a oponerse al sionismo de Eisen. Pero este, que no comprendía, que no advertía la súbita (y efímera) pasión de Wallace por la cultura árabe, le llevaba café a la cama mientras trabajaba. Porque Wallace acababa de salir de una prisión soviética, gracias a Gruner y al senador Javits, y Eisen sabía lo que significaba estar en manos de los rusos. Se había ocupado de que Wallace descansase y lo cuidaba. Había aprendido a andar rápidamente con sus pies mutilados. Ingeniosa adaptación. El modo en que arrastraba los pies, a los que les faltaban varios dedos, hacía que a Sammler le rechinaran los dientes. No habría podido resistir solo un par de horas con el guapo y sonriente Eisen. Pero Wallace, con sus ojos de grandes órbitas y sus largas pestañas, que tendía desde la cama un brazo peludo y huesudo y aceptaba el café sin mirar y con dedos temblorosos, pasó diez días reponiéndose en el lecho de Eisen después de las cárceles de la Armenia soviética. Los rusos lo habían enviado a Turquía. Desde Turquía había ido a Atenas, y de Atenas, como más tarde el jesuita Newell, había volado a Israel. Eisen lo había cuidado tierna y devotamente.

—Ah, aquí está mi suegro.

¿Fue el placer de verle lo que animó tanto el rostro de Sammler, o lo espléndido que era el acontecimiento (Eisen en Nueva York por primera vez en su vida)? Este parecía contento pero rígido, obstaculizado bajo los brazos y entre las piernas por su flamante ropa norteamericana. Wallace debía de haberlo llevado a una de esas execrables tiendas *mod* de ropa masculina, como Barney's. O quizá a uno de esos

establecimientos unisex. El loco llevaba una camisa color magenta y una corbata color níspero tan gruesa como una lengua de buey. Su incesante risa resultaba triste, y el brillo de su excelente dentadura no había sido dañado por el sitio de Stalingrado ni por el hambre que había pasado en los Cárpatos y en los Alpes. Dientes como aquellos merecían una cabeza más sana.

—Me alegra encontrarme aquí —le dijo Eisen a Sammler en ruso.

—¿Cómo estás, Eisen? —repuso Sammler en polaco.

—No quisiste visitarme en mi país, de modo que he venido a verte al tuyo —dijo Eisen.

En ese reproche, que representaba un familiar y tradicional comienzo judío, había por lo menos un vestigio de normalidad. No así en lo que añadió a continuación:

—He venido a América para emprender una nueva carrera.

«*Karyera*» fue la palabra que empleó. Vestido con un traje gris demasiado estrecho, de colorido magenta, níspero y tomate (las rojas botas Chelsea le subían hasta los tobillos), con la cabeza cubierta de rizos que le caían sobre los hombros y le ocultaban brutalmente el cuello, presentaba desde luego un aspecto distinto, como si hubiese revisado la idea que tenía de sí mismo. Ya no era una víctima de Hitler y Stalin; había quedado medio muerto de hambre en las arenas israelíes con los piojos, la locura y la fiebre como únicas pertenencias, lo habían sacado del campo de internamiento en Chipre y le habían enseñado un idioma y un oficio. Pero la recuperación no se podía parar. Había continuado hasta convertirse en artista. Se había librado del descuido, del derroche, de algo que parecía que fuese a ser suprimido en las trincheras (Eisen aseguraba que antes de escapar del territorio ocupado por los nazis y huir a la zona rusa, había presenciado cómo a hombres demasiado insignificantes para que mereciese la pena desperdiciar balas en ellos, les aplastaban la cabeza a golpes de pala); pero que se elevaba sin cesar hasta alturas de dominio mundial. Por la divinidad del arte. Hablándole, inspirado, a la Humanidad. Haciendo señas en el lenguaje universal de pigmentos cargados. ¡Hurra, Eisen, que vuelas de pico en pico! Aunque sus colores eran más grises que la pizarra, más negros que el carbón, más rojos que la enfermedad, y sus apuntes al natural estaban doblemente muertos, viajó desde el aeropuerto Kennedy en una limusina: se lo saludó «como a un glorioso astronauta» y se enfrentó con la *Karyera* con una risa húmeda y el éxtasis más desesperado. (¡A la vez que la *Karyera* rusa, quería el *Extass* ruso!).

Él y Wallace hacían negocios juntos. Eisen dibujaba rótulos para los árboles y arbustos. Le enseñaron a Sammler sencillas tarjetas que rezaban QUERQUS y ULMUS en gruesos y negros caracteres góticos. Otros rótulos en letra cursiva según Eisen había aprendido en el Gimnasium, quedaban más claros. El pobre Eisen iba a la escuela cuando estalló la guerra y no tuvo más enseñanza. Sammler hizo lo posible por decir algo adecuado e inocuo, aun cuando lo que dibujaba Eisen le repelía.

—Hay que modificarlos un poco —dijo Wallace—. Pero la idea es sorprendente.

—¿De verdad vas a dedicarte a eso?

—Claro que sí, tío —respondió Wallace muy seguro de sí, aunque con una leve mueca (que se le formaba en torno a un hoyuelo) ante las dudas del viejo—. Está decidido. Mañana mismo probaré unos aeroplanos en Westchester. Viajaré esta tarde para pasar la noche en la casa.

—¿Todavía está en vigor tu licencia de piloto?

—Claro.

—Bien, debe de estar muy bien eso de iniciar una nueva empresa con amigos y parientes. ¿Qué tienes ahí, Eisen?

De un puño de Eisen colgaba una bolsa de bayeta verde.

—¿Aquí? He traído una obra mía en un soporte diferente —contestó Eisen. Sacó aquello de la mesa y lo puso sobre el tablero de cristal en la mesa.

—Has hecho unos pisapapeles.

—No son pisapapeles. Se puede usarlos como tales, querido suegro, pero son medallones.

Eisen experimentaba un placer tan grande ante todo lo que hacía, que era imposible ofenderlo. Como si estuviese aspirando alguna aromática rareza, empezó a cerrar los ojos y a enseñar aquellos huesos incomparables, sus dientes, y con las manos se echó hacia atrás los rizos por detrás de las orejas.

—He intentado una nueva técnica de fundición —dijo.

Empezó a explicarse en ruso técnico, pero Sammler lo interrumpió.

—Me estás mareando, Eisen. No conozco ese vocabulario.

El metal parecía basto, en parte bronce, de un color amarillo pálido. Eisen había grabado las habituales estrellas de David, así como candelabros con brazos, rollos de pergaminos, cuernos de carnero o flameantes inscripciones en hebreo: *Nahamu!* ¡Consuélate! O el mandato de Dios a Josué: *Hazak!* Sammler contempló aquellas piezas con cierto interés conforme le eran mostradas. Después de cada una de ellas, se producía una pausa, mientras se observaba con atención la cara del entendido en espera de la reacción admirativa.

Aquellas piritas de hierro que venían del fondo del mar Muerto.

—¿Y qué es esto, Eisen? Se parece a un tanque Sherman.

—Se trata de una metáfora de un tanque. En mi obra nada debe tomarse en sentido literal.

—Nadie se sorprende ya —comentó Mr. Sammler en polaco, pero la observación pasó inadvertida.

—¿No deberían estar más pulimentadas? —preguntó Wallace—. ¿Y qué palabra es esta?

—*Hazak, Hazak* —dijo Sammler—. La orden que Dios le dio a Josué delante de Jericó: «Fortalécete».

—*Hazak, v'ematz* —dijo Eisen.

—Sí, bien... ¿Por qué habla Dios en un lenguaje tan divertido? —quiso saber Wallace.

—He traído estos medallones para enseñárselos al primo Elya.

—Qué tontería —dijo Sammler—. Elya está enfermo. No puede manejar objetos tan pesados.

—No, no; le iré enseñando una pieza tras otra. Quiero que vea lo que he conseguido. Hace veinticinco años llegué a Eretz deshecho. Pero no me morí, por supuesto. No podía cerrar los ojos, no antes de lograr algo como ser humano, algo importante, hermoso.

Sammler prefirió no hacer comentario alguno. Después de todo, no era tan difícil llegarle al corazón. Además, estaba entrenado en la antigua cortesía. Casi del mismo modo en que antes las mujeres eran educadas en la castidad. Acostumbrado a murmurar ante las porquerías que Shula encontraba en la basura, hizo los sonidos y ademanes necesarios pero repitió que Elya estaba muy mal. Aquellos medallones podían cansarle.

—Opino lo contrario —dijo Eisen—. ¿Cómo va a hacer daño el arte? —Empezó a guardar las tintineantes piezas en la bolsa de bayeta.

—Sí, es él —dijo entonces Wallace dirigiéndose a alguien que estaba detrás de Sammler.

La enfermera particular se encontraba allí.

—¿De quién hablas?

—De ti, tío. Este es Mr. Sammler.

—¿Elya pregunta por mí?

—Lo han llamado a usted por teléfono. ¿Es usted el tío Sammler?

—Yo soy Artur Sammler.

—Era una tal mistress Arkin. Ha dicho que llame usted a su casa.

—Oh, Margotte. ¿Telefonó a la habitación de Elya? Espero que no lo haya despertado.

—La llamada fue al piso, no a la habitación.

—Gracias. ¿Dónde está el teléfono público?

—¿Necesitas monedas, tío?

Sammler cogió dos calientes monedas que Wallace había apretado hasta un instante antes en la mano.

Margotte se esforzó por hablar con serenidad:

—Tío, escúchame. ¿Dónde dejaste el manuscrito del doctor Lal?

—Encima de mi escritorio.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Sobre mi escritorio.

—¿No hay otro sitio donde puedas haberlo dejado? Sé que no eres olvidadizo, pero con todo esto...

—¿No lo encontraste en el despacho? ¿Está contigo el doctor Lal?

—Lo he dejado sentado en el salón.

Entre las macetas. ¡Qué debía de estar pensando el doctor Lal!

—¿Y sabe ya que no lo encuentras?

—No podía mentirle. Tuve que decírselo. Quiere esperarte aquí. Vinimos a toda prisa desde Butler Hall. Estaba muy impaciente.

—Margotte, hemos de conservar la serenidad.

—Parece bastante inquieto. La verdad, tío, nadie tiene derecho a hacerle pasar a una persona esa angustia.

—Mis disculpas al doctor Lal. Lo lamento muchísimo... Me imagino lo disgustado que estaba. Pero, Margotte, solo una persona en el mundo puede haberse llevado ese manuscrito. Pregúntale al portero si Shula ha estado ahí.

—Rodríguez la deja entrar como si fuese de la familia.

Y, efectivamente, era de la familia.

Rodríguez tenía un llavero gigantesco en forma de aro. Cuando le hacía falta, lo descolgaba de un clavo de la pared del sótano.

—Shula es demasiado estúpida. Ya basta. He sido demasiado condescendiente con ella. La situación es de lo más molesto. Ser el padre de la loca que está tendiéndole trampas a ese indio desgraciado... ¿Le hablaste a Rodríguez?

—Fue Shula.

—¡Ah!

—El doctor Lal tenía un informe del detective que la visitó hoy a mediodía. Creo que ese hombre la amenazó.

—Eso me temía.

—Dijo que si el manuscrito no era devuelto mañana a las diez, se presentaría una orden judicial.

—¿Te refieres a una orden de registro? ¿Van a detenerla?

—No lo sé. El doctor Lal tampoco. Pero Shula se puso muy nerviosa. Dijo que iría a ver a su sacerdote, el padre Robles, y que se quejaría a la Iglesia.

—Debes hablar con ese sacerdote, Margotte. ¿Registrarán su piso? Shula ha estado llenándolo de porquerías durante doce años. Si los policías se quitan allí la gorra, no volverán a encontrarla. Creo que ella se ha ido a New Rochelle.

—¿Eso crees?

—Si no está con el padre Robles, seguro que la encontraremos allí. —Sammler conocía tan bien las conductas de su hija como un esquimal sabe las de una foca. Sus escondites para respirar—. Ahora está protegiéndome porque el manuscrito robado está en nuestro poder. La pobre debió de asustarse con la visita del detective y habrá esperado hasta que tú y yo salimos de casa. —Espíandolo delante de su puerta como el negro. Lamentando que su padre no la incluyese entre sus preocupaciones más serias. Decidida a reconquistar la prioridad—. He dejado que vaya demasiado lejos con esa tontería de H. G. Wells. Y finalmente alguien resulta perjudicado.

El desgraciado Lal, que estará asqueado de la Tierra con tanto como espera de la Luna.

Y en parte llevaba razón, pues la humanidad seguía repitiendo los mismos trucos.

El mismo material cómico-lacrimógeno. Relaciones emotivas. Deseos incapaces de una realización útil. Una y otra vez, tratando de desahogar y vaciar el pecho de ciertos gritos, de ciertos favores. ¿Qué equilibrio positivo era posible? ¿Y era completamente inútil esta lucha pasional? También representaba el banco de energía para propósitos nobles. Ladrar, silbar, charlar como monos y escupir. Sin embargo, había veces en que el Amor parecía el gran arquitecto de la vida. ¿O no las había? Incluso la estupidez podía ser, en ocasiones, forjada como fondo dorado de grandes acciones. ¿Acaso no podía serlo? Pero ¿existían verdaderas curas para estas debilidades y enfermedades tenaces? A veces, la idea misma de curación a Sammler se le antojaba perniciosa. ¿Qué se curaba? Los desórdenes podían disponerse en otro orden, orquestarse; pero ¿curarlos? ¡Qué tontería! Trocar el Pecado en Enfermedad, mero cambio de palabras (Feffer tenía razón), y luego ilustrados doctores eliminarían la Enfermedad. ¡Sí, sí! Y entonces filósofos, hombres de ciencia, intelectualmente brillantes, que entienden esto cada vez con mayor claridad, se sienten impulsados a pedir el divorcio de tales estados humanos. Luego lanzan hacia fuera, en dirección a la Luna, su volante ferretería antropeide.

—Iré a New Rochelle con Wallace —anunció Sammler—. Ella probablemente esté allí. Para tener la seguridad, se lo preguntaremos al padre Robles, si es que sabe dónde se ha metido Shula... Volveré a llamar.

Como Margotte no era norteamericana, Sammler sentía cierta solidaridad con ella. No tenía que ocultarle su mortificación (por ser extranjero), y además había demostrado cierta delicadeza al no llamar a la habitación de Elya.

—¿Qué hago con el doctor Lal?

—Pedirle disculpas —respondió él—. Tranquilízalo. Consuéllalo. Dile que estoy convencido de que el manuscrito no corre peligro. Explícale el respeto que le tiene Shula a la palabra escrita. Y, por favor, pídele que prescinda en ese asunto de los detectives.

—Espera un momento. Está aquí. Quería decirte algo.

—¿Es mister Sammler? —preguntó una voz con acento oriental.

—Sí.

—Aquí el doctor Lal. Este es el segundo robo. No puedo tolerar mucho más. Ya que mistress Arkin me ha rogado paciencia, esperaré un poco más, pero muy poco. Luego haré que la policía detenga a su hija.

—¡Si sirviera para algo ponerla detrás de unos barrotes! Créame, lamento muchísimo lo ocurrido; pero estoy completamente convencido de que el manuscrito se encuentra a salvo. Tengo entendido que no dispone usted de copia de él.

—Tres años me ha llevado prepararlo.

—Qué pena. Yo daba por supuesto que habría tardado usted unos seis meses. Pero ya me doy cuenta de que le habrá exigido una elaboración mucho más cuidadosa.

Normalmente Sammler evitaba mostrarse halagador, pero en este caso no tenía más remedio. El negro aparato se iba cubriendo de vaho contra su oreja, y en la

mejilla se le formaba una señal colorada a causa de la presión.

—Es un trabajo de gran mérito —añadió.

—Celebro que se lo parezca. Figúrese lo mucho que esto me afecta.

Ya me lo figuro. Cualquiera puede coger a otro y hacerle dar vueltas. Los bajos pueden obligar a bailar a los altos. Los sabios tienen que girar en compañía de tontos saltarines.

—Procure no angustiarse, señor. Puedo recuperar su manuscrito y lo haré esta noche. No suelo utilizar mi autoridad, pero, créame, puedo controlar a mi hija, y lo haré.

—Esperaba publicarlo coincidiendo con el primer alunizaje —dijo Lal—. Imagínese cuántos libruchos saldrán. Para confundir al público. Porquerías.

—Desde luego.

Sammler reconocía que el indio, que sin duda debía de estar luchando contra sus emociones, se estaba portando bien, después de todo, si se tenía en cuenta la fragilidad propia de los ancianos y lo tenso de la situación. Ese hombre era un caballero, pensó Sammler. Inclinando la cabeza en la cabina de metal aislada de ruidos exteriores, Sammler cedió a la sugestión oriental.

—Que el sol le ilumine el rostro —dijo—. Que siga usted destacando entre la multitud —añadió imaginándose a los indios en multitudes, como mares llenos de peces— por muchos años.

Sammler estaba decidido a que Shula no le causara daño a nadie, a excepción de él. A esto debía resignarse, pero nadie más tenía por qué salir perjudicado.

—Me interesarán sus comentarios a mi ensayo.

—Claro —repuso Sammler—, charlaremos mucho de ello. Por favor, tenga paciencia. Le telefonaré en cuanto sepa algo. Gracias por soportarme.

Ambos colgaron.

—Wallace, creo que iré contigo a Nueva Rochelle —anunció Sammler.

—¿Sí? Entonces, ¿te dijo algo papá acerca del desván?

—Esto no tiene nada que ver con el desván.

—¿Tiene algo que ver con Shula? Debe de ser eso.

—Sí, de eso se trata, de Shula. ¿Podemos salir pronto?

—Le pediré a Emil que nos lleve en el Rolls. ¿Qué pasa con Shula? Me llamó.

—¿Cuándo?

—No hace mucho. Quería guardar algo en la caja fuerte de papá. Me preguntó si yo conocía la combinación. Naturalmente no podía decirle que sí. Se supone que no la conozco.

—¿Desde dónde llamaba?

—No le pregunté. Por supuesto, habrás visto a Shula murmurándoles a las flores del jardín —dijo Wallace, que no era observador y se interesaba poco por la conducta de los demás. Pero por esa misma razón valoraba mucho las cosas en que se fijaba. Sentía gran apego por aquello que llamaba su atención. Siempre había sido afectuoso

con Shula.

—¿En qué lengua les habla a las flores, en polaco?

—Muy probablemente, en el lenguaje de la esquizofrenia.

—Yo solía leerle *Alicia en el país de las maravillas*. Aquellas flores parlantes...

El jardín de las flores vivas.

Sammler abrió la puerta del paciente y lo vio sentado en la cama. El doctor Gruner, que llevaba puestas sus grandes gafas oscuras, estudiaba, o intentaba estudiar, un contrato u otro documento legal. Solía decir que debería haber sido abogado, no médico. No había elegido él esta carrera, sino su madre. Si le hubieran dejado, probablemente habría hecho poco.

—Entra y cierra la puerta. Que sea solo una reunión de padres. Esta noche no quiero ver a los niños.

—Te comprendo —dijo Sammler—. He sentido lo mismo muchas veces.

—Lo de Shula es una lástima, pobre mujer. Pero está chiflada, así de simple, mi hija es una fulana.

—Pertenece a una generación diferente, muy diferente...

—Y mi hijo es un imbécil con un alto coeficiente de inteligencia.

—Puede mejorar, Elya.

—No lo creas ni por un instante. Me pregunto en qué habré desperdiciado tantos años de mi vida. Debo de haber creído lo que Norteamérica me decía. Pagué por lo mejor. Nunca sospeché que no me lo daban.

Si Elya se hubiese mostrado excitado, Sammler habría tratado de calmarlo, pero estaba hablando de hechos, y en un tono muy tranquilo. Por no mencionar su manera de mirar, que lo hacía parecer muy juicioso. Como el presidente de una comisión del Senado que estuviese escuchando un testimonio escandaloso sin perder la compostura.

—¿Dónde está Angela?

—Supongo que habrá ido al lavabo de señoras para llorar un poco. Si no está timándose con un ordenanza.

Cuando dobla la esquina, no se sabe adónde va a parar.

—No deberías enfadarte.

—No me enfado. Solo digo las cosas como son. Me figuré que ese Horricker se casaría con ella, pero ya no lo hará.

—¿Estás seguro?

—¿Te ha contado ella lo que sucedió en México?

—No con detalles.

—Más vale que no sepas los detalles. El chiste que hiciste sobre una mesa de billar en el infierno, estaba muy bien...

—No me refería a Angela.

—Desde luego sabía que mi hija, con veinticinco mil dólares libres de impuestos, debía de estar pasándose bien. Lo esperaba, y mientras se conducía como una

persona madura y sensata, nada tenía que objetar. Todo eso, teóricamente, está muy bien. Utilizas las palabras «madura» y «sensata» y las encuentras satisfactorias. Pero luego te acercas y entonces ves algo más. Ves a una mujer que lo ha hecho de demasiadas maneras con demasiados hombres. Ahora es muy probable que no sepa ni cómo se llama el hombre a quien tiene entre las piernas. Y su aspecto... sus ojos... Tiene ojos de jodida.

—Lo lamento.

Sammler percibió algo muy raro en la expresión de Elya. Las lágrimas asomaban a sus ojos, pero la dignidad le impedía derramarlas. O quizá no se trataba de dignidad, sino de que era demasiado severo consigo mismo. Pero no acaba de verterlas. Retrocedían, absorbidas por el sistema, que las dominaba, las convertía en tonos. Estaban presentes en la voz, en el color de la piel, en el brillo de los ojos.

—Tengo que irme, Elya. Me llevaré a Wallace. Volveré mañana.

V

Emil debió de llevar una vida envidiable en el Rolls Royce. La limusina plateada era su grifo. Tenía una enorme cantidad de energía para gastar. Por otra parte, se encontraba libre de la desgraciada e inquieta rivalidad, del rencor, el odio y la lucha de los conductores de automóviles de menor importancia. Podía aparcar en doble fila, la policía no lo molestaba. Cuando estaba junto a la gran máquina, sus nalgas, a las que sus pantalones de uniforme daban una proyección rectilínea, se encontraban más cerca del suelo que las de la mayoría de la gente. También parecía su espíritu en calma, serio; tenía el rostro surcado de arrugas profundas, unos labios que se volvían hacia dentro y nunca dejaban los dientes al descubierto, el cabello, peinado con raya en medio, que le caía sobre las orejas como una cogulla, y una gruesa nariz de Savonarola.

—Emil fue chófer de Costello y de Lucky Luciano —le dijo Wallace sonriendo.

A la luz del acolchado interior gris a Wallace se le veían los puntos de la barba. Los grandes y oscuros ojos en sus enormes órbitas revelaban el deseo de ofrecer una distracción. Si se tenía en cuenta lo muy absorbido y preocupado que lo tenían sus negocios, sus problemas de carácter, y la muerte, había que reconocer lo generoso que era en su intento de distraer, lo mucho que necesitaba esforzarse, sacudirse sus inquietudes, animarse. Y arreglárselas para sonreír con amabilidad a su viejo tío.

—¿Luciano? ¿El amigo de Elya? La eminente figura de la Mafia... Angela ya me habló de él.

—Son amistades de hace mucho tiempo.

Fueron por la carretera del West Side, a lo largo del Hudson. Allí estaba el agua, ¡qué hermosa, sucia, insidiosa!, y los matorrales y árboles, encubridores de violencias sexuales, robos a punta de cuchillo, palizas y asesinatos. En el agua se reflejaban suavemente las luces del puente y de la luna. ¿Y cuando saliéramos de todo esto y llevásemos la vida humana al «exterior»? Mr. Sammler estaba dispuesto a pensar que eso ejercería un efecto tranquilizador en la especie, que por el momento se sentía excepcionalmente turbada. La violencia podía disminuir, las ideas elevadas podían recobrar su importancia. Cuando estuviésemos emancipados de las condiciones telúricas.

En el Rolls había un estupendo mueble bar; el interior tenía una lucecita y estaba cubierto con espejos. Wallace ofreció licor o Seven-Up al anciano, pero este rehusó. Sujetando el paraguas entre las rodillas, Sammler estaba repasando algunos hechos. Los viajes espaciales eran posibles gracias a la colaboración de los especialistas. Mientras, en la Tierra, la sensible ignorancia aún soñaba con estar separada y «entera». ¿«Entera»? ¿En qué sentido podía estarlo? Una ocurrencia infantil. De ahí procedía toda esa insensatez, esas religiones locas, el LSD, los suicidios, el crimen.

Cerró los ojos. Respirando, echó de su alma algo malo y aspiró algo bueno. «No, gracias, Wallace, whisky no». Wallace se sirvió un poco.

¿Cómo podía el no-especialista ignorante poseer la fuerza adecuada para enfrentarse a esos milagros técnicos que lo convertían en una especie de salvaje congoleño que nada comprendía? ¿Por medio de la visión, por una pureza interna y arcaica, por la energía natural noblemente íntegra? Los niños incendiaban las bibliotecas y, poniéndose pantalones persas, se dejaban crecer las patillas. Esta era su simbólica integridad. Una oligarquía de técnicos, ingenieros, hombres que manejaban las grandes máquinas, infinitamente más complicadas que el automóvil en que Sammler viajaba, llegarían a gobernar vastos barrios bajos llenos de adolescentes bohemios, narcotizados, floridos y «enteros». Él mismo era un fragmento, pensaba Mr. Sammler. Y qué suerte tenía de serlo. La totalidad estaba tan fuera de su alcance como fabricar un Rolls Royce con sus propias manos. Así que quizá —¡quizá!— las colonias en la Luna reducirían la fiebre y la hinchazón de aquí, y la pasión por lo ilimitado y la totalidad quizá hallase algún alivio material. La Humanidad, borracha de terror, se calmaría, se sosegaría.

¿Borracha de terror? Sí, y los fragmentos (un fragmento como Mr. Sammler) comprenderían: esta tierra era una tumba; sus elementos le habían prestado nuestra vida, y tenía que ser devuelta. Llegaría un tiempo en que los elementos simples estarían deseando que los soltasen de las formas de vida complicadas, que cada elemento de cada célula dijese: «¡Basta!». El planeta era nuestra madre y nuestro lugar de enterramiento. Así pues, no había que extrañarse de que el espíritu humano quisiera marcharse, salir de este vientre prolífico. Y también salir de esta gran tumba. La pasión por el infinito causada por el terror, por el *timor mortis*, necesitaba que la calmasen materialmente. *Timor mortis conturbat me. Dies irae. Quid sum miser tunc dicturus.*

La Luna estaba tan grande esa noche, que Wallace no pudo evitar fijarse en ella mientras bebía en el asiento trasero, en el ilimitado lujo de la tapicería y la alfombra. Con las piernas cruzadas, echado hacia atrás, señaló la Luna por delante de Emil, por encima del suave parque que se extendía al norte del puente George Washington.

—Qué grande está la Luna, ¿verdad? Están zumbando, dando vueltas en torno a ella —dijo.

—¿Quiénes?

—Los vehículos espaciales. Los módulos.

—Ah, sí. Viene en los periódicos. ¿Tú irías allí?

—¡Por supuesto, de inmediato! —respondió Wallace—. ¿Fuera... fuera? Claro que iría. Volaría. En realidad, ya me he comprometido con Pan Am.

—¿Con quién?

—Con las líneas aéreas. Creo que fui la persona quinientos doce que telefoneó pidiendo la reserva de una plaza.

—¿Ya admiten reservas para excursiones lunares? —preguntó Sammler.

—Desde luego. Hay centenares de personas que quieren ir. También a Marte y a Venus, saltando desde la Luna.

—Qué raro.

—¿Te refieres a irse? ¿Qué hay de raro en eso? Me parece muy natural. Ya te digo que las compañías aéreas reciben muchas solicitudes. Y tú, tío, ¿harías esa excursión?

—No.

—Por tu edad, claro.

—Quizá sea por eso. No, es que ya he terminado con los viajes.

—¡Pero se trata de la Luna, tío! Desde luego, no estarías en condiciones físicas para eso, pero aun así una persona como tú... No puedo creer que alguien como tú no esté deseando ir.

—¿A la Luna? Si ni siquiera quiero ir a Europa —objetó Mr. Sammler—. Además, si pudiera elegir, preferiría el fondo del mar. En el batiscafo del doctor Piccard. Parece que soy un hombre de profundidades más bien que un hombre de alturas. Personalmente, no me interesa lo infinito. El océano, por muy profundo que sea, tiene una superficie y un fondo, mientras que el cielo carece de techo. Soy un oriental, Wallace. Los judíos, después de todo, lo son. Me doy por satisfecho con quedarme aquí, en el West Side, y admirar esas maravillosas salidas fáusticas en dirección a otros mundos. Personalmente necesito un techo, por alto que sea. Sí, me gustan los techos, y los altos más que los bajos. Creo que en la literatura hay obras maestras de techo bajo (por ejemplo, *Crimen y castigo*) y obras maestras de techo alto, como *En busca del tiempo perdido*.

¿Claustrofobia? La muerte es confinamiento.

Saltaba a la vista que Wallace, que seguía sonriendo, opinaba de modo distinto; y sin embargo experimentaba un sutil interés por los puntos de vista de su tío Sammler.

—Desde luego —dijo—, el mundo te parece diferente. Al pie de la letra. A causa de los ojos. ¿Cómo tienes la vista?

—Solo veo parcialmente. Llevas razón.

—Sin embargo, describiste a aquel negro y lo que pasó.

—¡Ah, Feffer te lo ha contado! Tu socio. Debería haberme figurado que lo haría. Espero que no dijera en serio eso de tomar fotos en el autobús.

—Cree que con su Minox podría hacerlo. Está un poco chalado. Supongo que cuando la gente es joven y llena de entusiasmo dices: «Ah, el entusiasmo de la juventud», y, cuando se hacen mayores, comentan de la misma conducta: «Está como una cabra». Lo excitó mucho tu experiencia. ¿Qué hizo en realidad aquel hombre, tío? Se exhibió; pero ¿se bajó los pantalones?

—No.

—Se los abrió. Y luego sacó su... instrumento. ¿Cómo lo tenía? Me pregunto... ¿no se le ocurrió que tu vista no era lo bastante buena para ver aquello?

—No sé qué pensaría. No lo dijo.

—Bien, háblame de su cosa. No era negra, ¿verdad? Debía de ser morada o color chocolate, ¿o quizá la tenía del color de las palmas de sus manos?

¡La objetividad científica de Wallace!

—Prefiero no hablar de eso.

—Tío, supón que yo fuese un zoólogo que nunca hubiera visto un leviatán vivo, y que tú hubieras contemplado a *Moby Dick* desde el ballenero. ¿La tenía de cuarenta centímetros, de cuarenta y cinco?

—No podría decirlo.

—¿Calculas que pesaría un kilo, un kilo y medio?

—Me sería imposible calcularlo. Y tú no eres un zoólogo. Aunque ahora parezca que te has convertido en uno.

—¿No estaba circunciso?

—Esa fue mi impresión.

—No sé si las mujeres lo preferirán así.

—Estoy seguro de que les interesan otras cosas, además.

—Eso es lo que dicen. Pero ya sabes que uno no puede fiarse de ellas. Son animales, ¿no?

—El instinto animal solo las mueve parcialmente.

—No me dejo llevar por la idea de la mujer delicada y modosita. Las mujeres son lujuriosas. Creo que más que los hombres. Con todo mi respeto por tu conocimiento y experiencia de la vida, tío Sammler, este es un campo en el que no te haría caso. Angela diría que si un hombre la tiene muy grande... Perdóname, tío.

—Angela quizá sea un caso especial.

—Prefieres pensar que es una excepción. ¿Y si no lo fuera?

—Quisiera no hablar más de esto, Wallace.

—Pues es un tema muy interesante. Y además no es una conversación sucia, sino perfectamente objetiva. Pues bien, Angela ha dado un buen informe de Wharton Horricker. Parece que es un tipo muy alto y fuerte, aunque, como hace demasiado ejercicio, excesivamente musculoso. No resulta fácil obtener emociones tiernas de un hombre que tiene brazos de acero y unos pectorales de levantar pesos. Un hombre de hierro. Angela afirma que eso le impide mostrarse delicado.

—No había pensado en ello.

—¿Y qué sabe Angela de ternura? Total, con que tenga un tipo entre las piernas... Cualquier hombre puede ser su amante. Dicen que quienes se quejan diciendo: «Yo era un alfeñique de cincuenta kilos», no son más que unos afeminados narcisistas. No quiero juzgar a nadie. ¿Y si son homosexuales? Ahora no sería extraño. No creo que la homosexualidad sea, sencillamente, una manera distinta de ser humano, sino que la considero una enfermedad. No sé por qué los homosexuales dan tanta importancia a su condición y se proclaman tan normales. Por supuesto, pueden compararlos con nosotros, que no somos gran cosa. Creo que este *boom* de los maricas lo ha producido la guerra moderna. Es resultado de 1914, de aquella matanza en las trincheras. Los hombres reventaban. Sin duda, era más seguro ser mujer que hombre. Mejor aún, ser un niño. Y lo mejor de todo es ser un artista, pues combina en una persona el hombre, la mujer y el derviche... ¿es un derviche lo que quiero decir, o un chamán?

Probablemente sea un nigromante. Y además millonario. Muchos millonarios quieren ser artistas, o niños o mujeres, y nigromantes. ¿De qué estaba hablando? Ah, sí, Horricker. Decía que a pesar de levantar pesos y todo eso, no era un tipo sospechoso. Pero tenía una imagen fantástica de la fuerza viril. Siempre estaba haciendo esfuerzos tremendos. La tarea de Angela parecía ser rebajarlo algunos puntos. Ahora llora por él, pero es una cerda y mañana lo habrá olvidado. Sí, creo que mi hermana es una cerda. Si él tiene demasiada musculatura, ella en cambio tiene exceso de grasa. ¿Qué puede pensarse de sus rebosantes pechos interfiriendo con el fluir de los sentimientos tiernos? ¿Qué has dicho?

—Ni palabra.

—A veces, por la noche, lo primero que hago antes de dormirme es repasar mentalmente una lista de personas y llamarlas a todas cochinas. Se trata de una terapia maravillosa. De esa manera me relajo. Si estuvieras en mi dormitorio, solo me oirías decir: «¡Cerdo, cerdo, cerdo!». O en femenino. Nunca pronuncio los nombres. Los nombres se quedan en mi mente. ¿No crees que ella pronto se olvidará de Horricker?

—Quizá lo olvide. Pero no creo que esté tan perdida.

—Angela representa el tipo de hembra poderosa, la *femme fatale*. Todos los mitos tienen sus enemigos naturales. El enemigo del mito del «varón eminente» es la *femme fatale*. Entre unos muslos como esos, el concepto que un hombre tiene de sí mismo resulta aniquilado. Si él se cree especial, ella le enseñará en qué puede convertirse. Nadie es tan especial. Angela representa el realismo de la raza, el cual siempre está enseñando que la sabiduría, la belleza, la gloria, el valor de los hombres son otras tantas vanidades, y el papel de ella es vencer la leyenda del autodomínio masculino. Por eso Horricker y ella han terminado, y esa es la razón de que se dejara zarandear por aquel tipo en México. Un espíritu de participación.

—No sabía que Horricker fuese tan presuntuoso.

—Volvamos a aquel otro asunto. ¿Qué más hizo ese hombre? ¿Se sacudió la cosa delante de ti?

—No, eso no. Pero esta historia ya me resulta muy desagradable. Lo que estaba advirtiéndome era que no debía salir en defensa del pobre viejo al que había robado. Que no debía avisar a la policía. Yo ya había intentado hacer la denuncia.

—Claro, sientes lástima de los desgraciados a los que roba.

—Lo que hace está muy mal. No es solo que me lo parezca porque yo tenga un corazón tierno.

—Probablemente has visto demasiadas cosas en tu vida. ¿No te invitaron a declarar en el proceso contra Eichmann?

—Sí, querían que fuese; pero no me apetecía.

—Escribiste aquel artículo sobre el insensato de Lodz, el «rey» Rumkowski.

—Sí.

—A menudo pienso que los genitales de un hombre son expresivos. También los

de las mujeres. Es como si fuesen a decir algo a través de esas patillas.

Sammler no hizo ningún comentario. Wallace, que paladeaba el whisky como un niño degusta una Coca-Cola, añadió:

—Desde luego, los negros hablan otro lenguaje. Un chiquillo suplicó que le dejaran vivir...

—¿Qué chiquillo?

—Venía en los periódicos. Un chico al que rodeaba una pandilla de negros de unos catorce años. Les rogó que no disparasen, pero ellos, sencillamente, no entendieron lo que decía. Literalmente, no hablaban el mismo idioma. No los animaban los mismos sentimientos. No existía comprensión mutua. Los conceptos no eran los corrientes. Resultaban inalcanzables.

«A mí también me rogaron», pensó Sammler, pero, no llegó a decirlo.

—¿Murió el chico?

—¿Aquel niño? A los pocos días, a causa de la herida. Pero ellos ni siquiera se enteraron de lo que decía.

—Hay una escena en *Guerra y paz* que a veces recuerdo —dijo Sammler—. El general francés Davout, un hombre muy cruel del que se decía, según creo, que le había arrancado las patillas a un hombre de raíz, no paraba de mandar fusilar gente de Moscú, pero cuando tuvo ante él a Pierre Bezukov, se miraron fijamente a los ojos. Aquella mirada tan humana salvó a Pierre. Tolstói dice que no se puede matar a otro ser humano con quien se ha intercambiado una mirada semejante.

—¡Oh, eso es maravilloso! ¿Qué crees tú?

—Me parece muy bien que se quiera pensar así.

—Pero solo te lo parece.

—No, no, quiero decir que lo entiendo muy bien. Y me produce tristeza. Cuando los genios piensan en la Humanidad casi se sienten obligados a creer en esa forma de unidad psíquica. Desearía que así fuera.

—Porque ellos mismos se niegan a considerarse completamente excepcionales. Ya me doy cuenta. Pero ¿no crees que ese intercambio de miradas da buenos resultados? ¿No ocurre así en realidad?

—Bueno, quizá ocurra de vez en cuando. Pierre Bezukov tuvo mucha suerte. Claro que es un personaje de un libro. Y, desde luego, para el individuo mucho en la vida es cuestión de suerte. Muy novelesco. Pero Pierre tuvo una suerte excepcional al captar el fondo de la mirada de su verdugo. Yo, por mi parte, nunca he sabido que ese procedimiento funcionase de manera eficaz. Nunca he visto que haya ocurrido así. Se trata de algo por lo que merece la pena rezar. Y se basa en algo. No es una idea arbitraria. Se basa en la creencia de que en el corazón de todo ser humano existe la misma verdad, o una chispa del propio espíritu de Dios, y eso es lo más valioso que podemos compartir. Hasta cierto punto, yo diría que algo hay de eso. Pero aunque no es una idea arbitraria, no contaría con ello.

—Dicen que viviste por un tiempo en una tumba.

—¿Eso dicen?

—¿Cómo fue?

—Pues sí, pero cambiemos de tema. Ya vamos por la carretera de Cross Country. Emil es muy rápido.

—A esta hora de la noche no hay tráfico. Una vez estuve a punto de morir. Antes de New Rochelle. Para ir a la escuela atajé por el parque. El estanque estaba helado, el hielo se partió y me hundí. Había una especie de puente japonés y traté de auparme cogiéndome de las vigas de debajo, pero no lo conseguí. Era diciembre y el hielo estaba gris. La nieve era blanca. El agua, negra. Intentaba aferrarme al hielo, muy asustado, pero resbalaba y me sentía como un pedacito de mármol rodando sin cesar. Llegó un chico mayor que yo, que estaba haciendo novillos, y me salvó la vida. Metió un palo en el agua. Me agarré a él y el chico tiró y me sacó. Me frotó con su chaqueta de piel de cordero. Fuimos al lavabo de hombres del cobertizo para botes y ahí me desnudé. Puse a secar la ropa en el radiador, pero no se secaba. Me dijo: «Chico, vas a coger un buen resfriado». Mi querida madre se puso furiosa aquella noche. Me tiró de las orejas por llevar mojada la ropa.

—Hizo bien. Debería haberlo hecho más a menudo.

—¿Sabes algo? Tienes razón. Ese recuerdo es de gran valor. De hecho, es mucho más valioso que el de la tarta de chocolate y mucho más vívido. Pero, tío Sammler, cuando al día siguiente volví a la escuela y vi a aquel chico, decidí entregarle el dinero de la semanada: diez centavos.

—¿Y lo aceptó?

—Claro que sí.

—Me gustan esas historias. ¿Qué te dijo?

—Nada. Se limitó a asentir con la cabeza y cogió la moneda. Se la guardó en un bolsillo y se marchó con sus amigos mayores. Me figuro que debía de pensar que se la había ganado. Era su justa recompensa.

—Ya veo que recuerdas esa clase de cosas.

—Es que las necesito. Todos necesitan sus recuerdos. Alejan de nuestra puerta al lobo de la insignificancia.

Y todo esto continuará. Sencillamente, continuará. Antes de que el sol haga explosión han de pasar otros seis mil millones de años. ¡Seis mil millones de años de vida humana! Hierde al corazón pensar en cifras como esas. ¡Seis mil millones de años! ¿Qué será de nosotros? También de las otras especies, claro, y de nosotros. ¿Cómo nos las arreglaremos? Y cuando tengamos que abandonar la Tierra y salir de este sistema solar para ir a otro, ¡eso sí que será una mudanza! Para entonces, la Humanidad será muy diferente. La evolución continúa. Olaf Stapledon asegura que en épocas futuras cada individuo vivirá miles de años. En el futuro, las personas serán figuras colosales, de bello color verde, con una mano que habrá evolucionado hasta ser un equipo de extraordinarios instrumentos, fuertes y sutiles, con unos dedos índice y pulgar capaces de ejercer una presión de miles de kilos. Cada mente

pertenecerá a un maravilloso grupo analítico, pensará en términos matemáticos y su medicina formará parte de un sublime conjunto. Convertidos en una raza de gigantes semiinmortales, nuestros descendientes verdes, queridos hermanos y demás parientes, inevitablemente conservarán algunas de nuestras amargas peculiaridades así como ciertas facultades espirituales. Sumadle un millón de años a nuestra revolución científica, mil millones. ¿Y Dios? ¿Seguirá oculto de esa poderosa hermandad mental, fuera de su alcance?

El Rolls ya iba por el camino vecinal. Podían oírse las hojas nuevas de la primavera moverse y rozar el plateado coche cuando este pasaba. Sammler aún no sabía, después de tantos años, cómo ir hasta la casa de Elya por los bosques suburbanos, no conocía los retorcidos caminos. Pero ahí estaba el edificio estilo Tudor con entramado de madera, donde el respetable cirujano y su mujer habían criado dos niños y jugado al badminton sobre la agradable hierba. En 1947, cuando estaba refugiado allí, Sammler se había asombrado al ver las ganas de jugar que tenían aquellos adultos provistos con raquetas y volantes. El prado estaba ahora iluminado por la luna, que a Sammler le parecía recién afeitada. La gravilla, fina, blanca y menuda, hacía un ruido agradable bajo los neumáticos. Los olmos eran gruesos, viejos... más viejos que todas las edades juntas de los Gruner. Ante los faros aparecían ojos de animales o relucían semiocultos reflectores instalados en los bordes de los senderos: ratones, topos, marmotas, gatos o pedazos de cristal miraban por entre la hierba y las matas. No había ventanas iluminadas. Emil dirigió las luces de los faros hacia la puerta principal. Wallace se apeó de prisa y derramó el whisky sobre la alfombra del coche. Sammler recogió el vaso y se lo entregó al chófer explicando: «Se ha caído». Luego siguió a Wallace por la crujiente gravilla.

En cuanto Sammler salió, Emil retrocedió hasta el garaje. La luz de la luna solo daba en las habitaciones. Era una casa mal planeada, como siempre le había parecido a Sammler, y en ella nada funcionaba bien excepto las instalaciones mecánicas. Pero Gruner siempre la había cuidado a conciencia, sobre todo desde la muerte de su esposa, y lo hacía en memoria de esta. Lo mismo que Margotte había hecho en recuerdo de Ussher Arkin. Habían renovado la grava del camino de entrada. Gruner ordenó que lo hicieran en cuanto terminó el invierno. La luna limpiaba los visillos y espumeaba como peróxido en la pelusa de las blancas y gruesas alfombras.

«¿Wallace?». A Sammler le había parecido oírlo abajo, en el sótano. Si no apagaba las luces era porque no quería que Sammler conociera sus movimientos. El pobre estaba algo mal de la cabeza. Mr. Sammler, obligado por la vida, por el destino, por lo que ustedes quieran, a desinteresarse, a pensar, en la medida de lo posible, universalmente, no estaba dispuesto a espiar a Wallace en casa del padre de este, a impedirle que desenterrase el dinero... los reales o imaginarios dólares de los abortos criminales.

Sammler observó la cocina y no halló pruebas de que alguien hubiese estado allí. Las alacenas estaban cerradas, secos el fregadero de acero y la encimera. Como en

una exposición. Las copas en sus soportes, sin faltar ninguna. Pero en el fondo del cubo de la basura, en una bolsa de papel oscuro, había una lata de atún vacía; llena de agua marca Geisha con olor a pescado reciente. Sammler se la acercó a la nariz. ¡Ajá! ¿Había comido alguien? ¿Quizá el chófer, Emil? ¿O acaso el propio Wallace, directamente de la lata, sin echarle vinagre ni añadirle nada? Wallace habría dejado restos sobre la encimera, y el tenedor manchado, signos de haber comido. Sammler tiró la lata abierta, soltó el pedal del cubo de la basura y se fue al cuarto de estar. Allí tocó la cota de malla de la pantalla de la chimenea, pues a Shula le gustaban mucho las chimeneas. Estaba fría. Pero la noche estaba caliente. Aunque eso no probaba nada.

Luego subió al primer piso, mientras recordaba cómo jugaba al escondite con ella en Londres, treinta y cinco años atrás. Él lo hacía bien, hablaba en voz alta consigo mismo: «¿Estará Shula en este armario? Ahora lo comprobaré. ¿Dónde se habrá metido? Aquí dentro no está. ¡Qué misterioso! ¿Estará debajo de la cama? No. Caramba, qué niña más lista. ¡Qué bien se esconde! Ha desaparecido, así por las buenas». Mientras, la niña, que solo tenía cinco años, temblando de excitación se ocultaba en cuclillas detrás de la pantalla de red metálica de la chimenea, donde él fingía no ver su gran cabeza de cabello ensortijado en la que lucía un lacito rojo... Toda una vida allí. Melancolía. Aunque la guerra no hubiera existido.

¡Sin embargo, un robo! Eso era grave. Y robo de propiedad intelectual; aún peor. De pronto, allí en la oscuridad sintió que lo invadía una debilidad de anciano. Ya estaba demasiado viejo para esas cosas. Apoyándose en el pasamanos pisaba el fatigoso lujo de la alfombra. Donde se estaba bien era en el hospital, donde era el viejo pariente que esperaba en la salita. Algo mucho más apropiado. En el primer piso se encontraban los dormitorios. Avanzó con precaución por la oscuridad. El lugar olía a jabón y agua de colonia. Nadie había ventilado aquellas habitaciones últimamente.

Percibió un ruido de agua, un leve movimiento en una bañera llena. Alguien se movía en el agua. Adelantó una mano, con la muñeca doblada, y la deslizó por la pared de azulejos hasta encontrar el interruptor. Cuando encendió la luz vio a Shula que trataba de taparse los pechos con una toalla. Su pequeño cuerpo solo ocupaba a medias la enorme bañera. Vio las plantas de los blancos pies, el negro triángulo femenino y las pálidas protuberancias con sus grandes anillos amarillos. Las venas. Sí, sí, Shula pertenecía al club. El club del sexo. Esta era una hembra; aquel, un macho. ¿Qué diferencia podía haber para él?

—Papá, por favor, apaga la luz.

—Qué tontería. Esperaré en el dormitorio. Sécate y tápate. Date prisa.

Se sentó en la antigua habitación de Angela. De cuando esta era una muchachita. O una aprendiz de puta. En fin, la gente iba a las guerras. Se valían de las armas que tenían, y avanzaban hacia el frente.

Sammler se sentó en una silla de *boudoir* de cretona color melocotón. Como no

oía movimientos en el cuarto de baño, gritó: «¡Estoy esperando!», y ella salió del agua. Oyó sus pies sólidos y rápidos. Al andar siempre rozaba las cosas con el cuerpo. Nunca se limitaba a andar. Tocaba las cosas, las reclamaba para sí. Como si le pertenecieran. Luego entró, rápidamente, cubierta con una bata masculina de lana y con una toalla enrollada en la cabeza. El que su padre la hubiese visto en la bañera parecía haberla afectado.

—Bien, ¿dónde está?

—¡Papá!

—No, soy yo quien está impresionado, no tú. ¿Dónde está ese escrito que has robado por dos veces?

—No lo he robado.

—Hay quien cambia las reglas del juego sobre la marcha, pero yo no soy de esa clase de personas, y no serás tú quien siga creándome dificultades. Me disponía a devolverle al doctor Lal su manuscrito y este desapareció de mi despacho. Del mismo modo que antes se lo habían quitado de entre las manos. El mismo método.

—Esa no es la manera de ver este asunto. Pero no te excites demasiado.

—Después de lo que pasó, no intentes preocuparte por mi corazón ni des a entender que soy un viejo que puede quedarse muerto de una apoplejía. No me vengas con eso. Y bien, ¿dónde está el manuscrito?

—Perfectamente seguro —respondió ella, y empezó a hablar en polaco.

Severo, él le negó su permiso para expresarse en ese idioma. Shula trataba de invocar la época terrible en que tenía que ocultarse, el convento, el hospital, la sala de enfermos contagiosos cuando los alemanes entraron buscando enemigos.

—Nada de eso. Habla en inglés. ¿Lo has traído aquí?

—He mandado hacer una copia. Papá, he estado en el despacho de Mr. Widick...

Sammler tuvo que contenerse. Como no la dejaba hablar en polaco, Shula recurría al infantilismo. Con una ternura de niña, agachó el rostro ya maduro de mujer de mediana edad. Miró a su padre de soslayo, con solo un ojo, infantilmente, y bajó con timidez y astucia la barbilla hasta el cuello de la bata de lana.

—¿Sí? ¿Y qué fuiste a hacer al despacho de Mr. Widick?

—Tiene una de esas máquinas duplicadoras. La he utilizado para tu primo Elya. Y Mr. Widick nunca se va a su casa. Debe de sentirse incómodo en ella. Siempre está en su despacho, de modo que le telefoneé y le pedí permiso para usar la máquina, y él me dijo: «Claro, claro». Hice una copia.

—¿Para mí?

—O para el doctor Lal.

—¿Pensaste que me gustaría tener el original?

—Es más práctico para ti.

—En fin, ¿qué has hecho con esos manuscritos, es decir, con el original y con la copia?

—Los he guardado en dos taquillas de la consigna de la estación Grand Central.

—En Grand Central. Qué ocurrencia. ¿Tienes las llaves o las has perdido?

—Las tengo, papá.

—¿Dónde las has metido?

Shula estaba preparada. Sacó dos sobres con los sellos puestos, pero sin cerrar. Uno estaba dirigido a él y el otro al doctor Govinda Lal, en Butler Hall.

—¿Ibas a enviarlas por correo? La consigna es solo por veinticuatro horas. Podrían tardar una semana en llegar. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Apuntaste en las cartas los números de las taquillas? No. ¿Cómo crees que iba a saber Lal cuáles eran?

—No me riñas tanto. Todo lo hice por ti. Tenías en tu casa un objeto robado. El detective dijo que lo era, y cualquier persona que lo tuviese estaba en posesión de un objeto robado.

—De aquí en adelante no me hagas esta clase de favores. Ni siquiera puede discutirse contigo. No pareces tener ni idea del asunto.

—Te lo he guardado para demostrarte que tengo fe en esas memorias que estás preparando. Quería recordarte lo importante que es. A veces se te olvida. Como si H. G. Wells no fuera tan importante. Bueno, quizá no lo sea para ti, pero para muchísima gente H. G. Wells todavía es muy importante. Deseaba que las terminases y ver las reseñas en los periódicos. Quería ver el retrato de mi padre en las librerías en vez de tantas caras estúpidas y libros sin importancia.

Las sucias llaves alquiladas ya estaban en los sobres. Mr. Sammler los miró por un instante. Además de exasperante y molesta, Shula era tristemente divertida. Eso si las taquillas contenían efectivamente los manuscritos y no solo un montón de papeles. No, creía que no. Shula solo estaba un poquito loca. Su pobre niña. Una criatura cuya existencia él había causado, solo para arrojarla a un mundo sin forma e ilimitado. ¿Cómo había llegado a ser así? Quizá la vida interior, íntima, la querida vida —lo que es uno mismo desde los primeros días— se vuelva loca cuando por primera vez toma conciencia de la muerte. En esto los poderes mágicos pueden servir de ayuda, consolar, aliviar, y para una mujer tales poderes mágicos son, muy a menudo, como los de un hombre. Como cuando, moribundo Antonio, Cleopatra gritó que no seguiría en este aburrido mundo porque en ausencia de él no era mejor que una pocilga. ¿Y? ¿Una pocilga y qué más? Sammler recordó cómo terminaba aquello, y lo encontró adecuado para esa noche. «Nada notable queda bajo la luna visitadora».

Y se suponía que lo notable era él, él, que sentado en aquella cubierta brillante sentía debajo el tedio del color melocotón y las bastas flores rojas. Ese objeto, hecho para oprimir y afligir el alma, lograba, incluso en ese momento, su finalidad. Sammler seguía siendo vulnerable para las pequeñeces, pero aún recibía mensajes primordiales. Y el mensaje básico inmediato era que ella, esa mujer madura con sus sexuales formas de hembra muy resaltadas por la apretada bata de lana (especialmente debajo de la cintura, donde había algo para impresionar a su amante), no debería pedir que su papá destacase como notables a los objetos sublunares. Por lo tanto, él nunca recorría el mundo como un coloso seguido de ejércitos y escuadras

dejando caer coronas de sus bolsillos. Solo era un viejo judío al que habían perseguido y contra el cual habían disparado sin acertar a matarlo, por el motivo que fuera, mientras que todos los demás habían sido asesinados a tiros. En su peculiar transformación aquella gente de uniforme, disfrazada con prendas militares y cascos, que llegaba con máquinas para matar a muchachos, chicas, hombres, mujeres, para hacer correr la sangre, enterrar y, por último, exhumar y quemar cadáveres podridos. El hombre es un asesino. El hombre tiene una naturaleza moral. La anomalía solo puede ser resuelta por la locura, por sueños dementes en los que las ilusiones de la conciencia mantienen la organización en estados de insensata perdición adscritos a formas de administración de negocios. Convirtiéndolo en «trabajo de gobierno». ¡Todo eso! Pero en este mundo él —¡ahora él, vaya por Dios!— tenía que proporcionarle a esa hija suya tan alocada unas aspiraciones superiores. Y, por supuesto, según Shula, había sido demasiado delicado para esta vida terrenal, había estado demasiado absorto en cosas universales que no compartía con nadie, incluida ella, que con extravagancia, su histrionismo animal, sus tontos manejos con las bolsas de la compra, sus neurosis de cubos de la basura y sus exóticos guisos, quería implicarlo y acercarlo a ella, tenerle atado en el mundo, a su lado. ¡Algún mundo! ¡Alguna ella! La elevación de ambos tenía que ser conjunta. Ella lo respaldaría y él realizaría grandes cosas en el mundo de la cultura. Porque ella era *kulturnaya*.

Nada era más adecuado que esta filistea palabra rusa. *Kulturny*. Shula podía arrodillarse y rezar como cristiana; podía arrastrarse junto a oscuros confesionarios; podía acudir al padre Robles a invocar la protección cristiana contra la ira judía de él; pero en su chiflada devoción a la cultura no habría podido ser más judía.

—Muy bien, mi fotografía en las librerías. Una buena idea. Excelente... Pero ¿robar...?

—Lo que se dice robar, no he robado.

—Bueno, emplea la palabra que quieras, pero ¿qué diferencia hay? Es como el viejo chiste: «¿Conozco más cosas del caballo por saber que su nombre en latín es *equus*?».

—Pero yo no soy una ladrona.

—Muy bien. Para ti, no lo eres. Pero de hecho sí lo eres.

—Me parecía que si pensabas completamente en serio en H. G. Wells tenías que saber si eran exactas sus predicciones sobre la Luna, o Marte, y que estarías dispuesto a sacrificar lo que fuera para conseguir la última información científica sobre la Luna, la más actualizada. A una persona creadora no la detendría nada. ¿Y acaso no eres tú una persona creadora?

Sammler se sentía como si dentro de él (*faute de mieux*, según pensaba) hubiese un campo en el que muchos cazadores disparaban contra una aparición que tomaban por un pájaro. Shula había decidido ponerlo a prueba. ¿Era auténtico o no? ¿Era creador, una fuerza de la Naturaleza, una persona verdaderamente original, o no? Sí, se trataba de una prueba de aptitud, y en eso era Shula muy norteamericana. ¿Existía

algún norteamericano que no fuese moralmente didáctico? ¿Se cometía algún crimen por el que no se castigase a la víctima «por un bien mayor»? ¿Había algún pecador que no pecase *pro bono publico*? El mal de la asistencia era tan grande como el espíritu liberal de la explicación. La psicopatología es la enseñanza en Estados Unidos. Así pues, ¿era papá un verdadero intransigente creador, capaz de cometer un robo audaz por escribir unas memorias? ¿Lo arriesgaría todo por H. G. Wells?

—La verdad, hija mía, ¿has leído a H. G. Wells?

—Sí, lo he leído.

—Dime la verdad; solo entre tú y yo.

—He leído uno de sus libros.

—¿Uno? Un libro de Wells es como tratar de bañarse con una ola. ¿Qué libro era ese?

—Era sobre Dios.

—¿*Dios, el rey invisible*?

—Era ese.

—¿Lo acabaste?

—No.

—Yo tampoco.

—¿Es posible que tú no lo hayas...?

—No podría seguir leyéndolo. La evolución humana con Dios como Inteligencia. Enseguida comprendí adónde quería ir a parar, y el resto se me hizo tedioso, gárrulo.

—De todos modos, era muy inteligente. Leí unas cuantas páginas y me impresionó mucho. Aunque no pude leer todo el libro, me di cuenta de que era un gran hombre. Soy demasiado inquieta. Pero tú has leído todos sus otros libros.

—Nadie podría leerlos todos. He leído muchos. Probablemente demasiados.

Con una sonrisa, Sammler vació los sobres, hizo una pelota con ellos y la arrojó a una papelerera de cuero dorado florentino que había allí. La había comprado la madre de Angela en un viaje turístico. Se guardó las llaves en el bolsillo inclinándose mucho sobre un costado del *boudoir* para levantar la tapa de aquel.

Shula, que lo observaba en silencio, sonreía también mientras permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho para evitar que se le abriera la bata. A pesar de que ella se tapó enseguida, Sammler había visto los oscuros pezones enriquecidos con salientes venas. Las comisuras de sus labios, ya que había hecho su travesura, mostraban una casta expresión de triunfo. Su negra y lisa cabellera estaba cubierta con la toalla mojada excepto, como siempre, los tirabuzones *kosher* que le caían sobre las orejas. Y sonreía como si se hubiera comido un plato de divina sopa prohibida, preguntándose qué podía hacerse ahora. Por detrás, su nuca se revelaba fuerte y blanca. Fuerza biológica. Bajo el cuello destacaba una madura prominencia dorsal. Era una mujer muy desarrollada. Pero tenía los brazos y las piernas desproporcionados. La única hija que había procreado, pensaba Sammler. Nunca dudó de que ella realizaba actos cuyo origen, ancestral e inconscientemente, se

encontraba muy lejos, en el pasado. Se daba cuenta de cuán cierto era eso en lo que a él se refería. Sobre todo en el aspecto religioso. A ella le chiflaba rezar, pero también él, después de todo, se dirigía con cierta frecuencia a Dios. En ese mismo momento estaba preguntándole por qué amaba tanto a esa tonta mujer de piel cremosa y sensual, labios pintados y una toalla a modo de turbante.

—Shula, ya sé que hiciste eso por mí...

—Eres más importante que ese hombre, papá. Necesitabas el manuscrito.

—Pero de ahora en adelante no me utilices como excusa. Para tus hazañas...

—Estuvimos a punto de perderte en Israel, en aquella guerra. Temí que no terminases el trabajo de tu vida.

—Qué tonterías, Shula. ¡Vaya trabajo de una vida! ¿Y me iban a matar? ¿Allí? No podría haber imaginado muerte mejor. Además, no había peligro. ¡Es ridículo!

Shula se puso en pie.

—Oigo ruedas —dijo—. Alguien acaba de llegar.

Sammler no había oído nada. Shula tenía los sentidos muy agudos. Era un animal idiota e ingenuo, con oídos de zorro. Se levantó, tensa, y permaneció callada, escuchando, majestuosa, alerta. Y los pies blancos. Los zapatos a la moda no le habían desfigurado los pies.

—Es probable que sea Emil —dijo Sammler.

—No, no es Emil. Tengo que vestirme —repuso Shula, y salió corriendo de la habitación.

Sammler bajó las escaleras preguntándose adónde habría ido Wallace. Oyó que sonaba el timbre, y que seguía sonando. Margotte no sabía cuándo debía dejar de pulsar el botón. La veía a través del alargado y estrecho cristal con su sombrero de paja. El doctor V. Govinda Lal estaba a su lado.

—Alquilamos un coche en Hertz —dijo ella—. El profesor ya no podía esperar más. Llamamos por teléfono al padre Robles. No había visto a Shula desde hacía varios días.

—Profesor Lal. Colegio Imperial. Biofísica.

—Yo soy el padre de Shula.

Hubo pequeñas inclinaciones de la cabeza, un apretón de manos.

—Podemos sentarnos en el salón. ¿Preparo café? ¿Shula está aquí? —preguntó Margotte.

—Sí.

—¿Y mi manuscrito? —preguntó Lal—. ¿*El futuro de la Luna*?

—No le pasa nada —lo tranquilizó Sammler—. Ahora mismo no está en la casa, pero permanece muy bien guardado. Profesor Lal, le ruego que acepte mis disculpas. Mi hija se ha portado muy mal. Lo ha hecho sufrir mucho.

Bajo la luz del vestíbulo Sammler veía la cara de decepción de Lal: mejillas muy morenas, cabello negro bien separado, con gracia, por la raya, y una barba enorme. Lo inadecuado de las palabras, la necesidad de utilizar varios idiomas simultáneos

para dirigirse a todas las partes de la mente a la vez, en especial a las que quedaban libres por una escasa comunicación y que funcionaban de manera simultánea cada una por su cuenta, venía a ser como si se fumase uno diez cigarrillos al mismo tiempo a la vez que bebía whisky, mientras tenía relaciones sexuales con tres o cuatro personas, se oían varias bandas de música, se recibían diversas comunicaciones científicas... y uno se hallaba *engagé* al máximo: la presión ilimitada de las modernas expectativas.

—¡Esto es intolerable! —exclamó Lal—. ¡Intolerable! ¿Por qué me cae encima este castigo?

—Sírvele al doctor Lal un brandy, Margotte.

—¡No bebo! ¡No bebo! —En el oscuro marco de su barba, Lal apretaba los dientes. Luego, al darse cuenta de lo mucho que había gritado, adoptó un tono más adecuado—: Normalmente, no bebo.

—Pero, doctor Lal, usted recomendó beber cerveza en la Luna. Sin embargo, soy ilógico. Sigue, sigue, Margotte, no te quedes ahí solo mostrándote solícita. Trae el brandy. Ya sabes dónde está el licor. Trae dos vasos. Profesor, esa inquietud que siente pronto se le pasará.

El salón se hallaba «hundido», como suele decirse. Era un pozo, un estanque, un depósito alfombrado. Estaba amueblado, o decorado, de modo profesionalmente denso, lo que causaba pena si se dejaba uno llevar por la impresión. Sammler había conocido al decorador de la difunta Mrs. Gruner. El responsable de aquello. Croze. Croze era *petit* pero tenía la fuerza de una personalidad artística. Su barriguita le sobresalía mucho y le levantaba los pantalones por encima de los tobillos. Su cara tenía muy buen color, llevaba el cabello bien corto, su cabecita era proporcionada, su boca recordaba un capullo de rosa y cuando uno le estrechaba la mano, le quedaba perfumada todo el día. Se trataba de un creador. Probablemente fuese capaz de actos criminales. Y aquella era su creación. Allí habían transcurrido muchas horas aburridas, especialmente después de las comidas en familia. No hubiese estado mal enviar los muebles a la tumba, con los muertos. Como los egipcios. Sin embargo, ahí estaban todos esos despojos de seda, cuero, cristal y madera antigua. Ahí llevó Sammler al pequeñito y muy moreno doctor Lal. No era negro y de nariz afilada, de tipo dravidiano, dolicocefalo, sino de facciones redondas. Probablemente punjabí. Tenía los tobillos, las muñecas y las piernas finos y velludos. Era un dandi. Un *macaroni* (Sammler no podía renunciar a las viejas palabras que tanto placer le había proporcionado en Cracovia sacar de libros del siglo XVIII). Sin embargo, Govinda era un *beau*. También era inteligente, sensible, nervioso, agudo, guapo, elegante. La cara redonda, amplificada por la suave pero poblada barba, resultaba incongruente. Detrás, los omóplatos le sobresalían en la ligera chaqueta de lino. Era un poco cargado de espaldas.

—¿Dónde está su hija, si me permite preguntárselo?

—Ahora viene. Le diré a Margotte que lo avise. El detective que usted envió a

verla consiguió asustarla.

—Fue listo al encontrarla. Ingenioso trabajo. Cumplió con su tarea.

—Sin duda, pero los métodos de Pinkerton no son eficaces con mi hija. A causa de Polonia, ¿comprende usted?, y de la guerra, la policía... Estuvo escondida. Por eso le entró pánico con todo este asunto. Lo lamentable es que lo haya hecho sufrir a usted, pero ¿qué se puede hacer si ella es un poquito...?

—¿Psicótica?

—Llamarla así sería exagerado. No está completamente fuera de sus cabales. Hizo una copia del manuscrito y alquiló dos taquillas en la consigna de la estación Grand Central, una para la copia y la otra para el original. Aquí están las llaves.

Lal tendió la mano, larga y delgada.

—¿Cómo puedo estar seguro de que mi libro está de verdad allí? —preguntó.

—Conozco a mi hija, doctor Lal. Tengo la absoluta seguridad de ello. El manuscrito está completamente seguro protegido por acero a prueba de fuego. La verdad es que me alegro de que no lo trajese en el tren. Podría haberlo perdido, o olvidársele en el asiento. La estación Grand Central está bien iluminada, protegida por la policía, y aun cuando unos ladrones lograsen robar una taquilla, todavía quedaría la otra. No se preocupe usted más. Ya veo que está usted sobre ascuas. Debe dar este lamentable episodio por concluido. El manuscrito está seguro.

—Así lo espero, señor.

—Ahora bebamos un poco de brandy. Hemos pasado unos días malos.

—Angustiosos. En cierto modo, es la clase de terror que me figuré que pasaría en Norteamérica. Es mi primera visita. Tuve una intuición.

—¿Es posible que haya sido tan mala para usted?

—No tanto como temía. Pero casi.

En la cocina, Margotte metía mucho ruido abriendo latas, bajando recipientes, picando hielo, entrechocando platos. Su actividad casera era una transmisión continua.

—Podría tomar el tren para Nueva York —añadió Lal.

—Margotte no sabe conducir. ¿Y qué va a hacer usted con el coche que han alquilado?

—¡Oh, maldita sea! ¡El coche! ¡Las dichosas máquinas!

—Lo lamento, pero no sé conducir —dijo Sammler—. No conducir es la actitud esnob más reciente, según he oído. Pero no tengo la culpa; es que mi vista me lo impide.

—En el viaje de regreso tendría que llevar a la señora Arkin.

—Podría usted dejar el coche en New Rochelle, pero dudo que los de Hertz abran de noche. Debe de haber un horario de trenes para la Penn Central. De todos modos, es alrededor de medianoche, y si tiene usted que dejar aquí el coche, podemos pedirle a Wallace que lo lleve a usted a la estación, si es que no se ha marchado. Me refiero a Wallace Gruner —explicó—. Estamos en casa de Gruner. Es mi sobrino por parte de

una media hermana. Pero primero tomemos la cena que nos está preparando Margotte. Lo que dijo usted antes sobre sus presentimientos acerca de Estados Unidos me interesó. Hace veintidós años, llegar aquí representó un alivio para mí.

—Desde luego, el mundo entero es ahora, en cierto sentido, Estados Unidos — señaló Govinda Lal—. Es como un gran cuervo que se ha llevado del nido a nuestro futuro, y los demás somos como jilgueritos que lo persiguen para picotearlo. Sin embargo, el proyecto Apolo es norteamericano. He estado empleado en la NASA. En otra investigación. Pero es en ese terreno donde mis ideas pueden ser de utilidad, si es que sirven para algo... Si le parece que digo cosas raras, perdóneme. He estado muy preocupado.

—Y no le faltaba razón. Mi hija le causó un gran perjuicio.

—Ya me siento más tranquilo. No creo que le guarde rencor.

A través de las gafas oscuras, y mientras aspiraba el aroma del brandy, Sammler aprobó provisionalmente a Govinda Lal, que en cierto modo le hacía pensar en Ussher Arkin. Muy a menudo, o en cualquier caso más de lo que él reconocía, y recordaba vívidamente a Ussher de los tiempos en que había tenido que vivir oculto bajo tierra, en una u otra posición. Como también pensaba en su propia mujer, Antonina. Por lo que Sammler sabía, no habían vuelto a tocar la enorme tumba. Y de esta había salido él sacudiéndose el polvo, empujando los cadáveres, cubierto de sangre y mareado, arrastrándose sobre el vientre. Era natural que se esperase esa preocupación de ahora.

Mientras tanto, Margotte cortaba cebollas. Algo de comer. La vida, en sus iluminadas células, proseguía con su representación. El pobre Ussher en aquel avión en el aeropuerto de Cincinnati. Sammler lo echaba de menos y reconocía que se había mudado al piso de Margotte por el contacto con Ussher que le proporcionaba.

Sin embargo, encontraba en Lal algunas de las cualidades de Ussher, y ello a pesar de que aquel era mucho más pequeño, sombrío y peludo, con unas muñecas no más anchas que reglas.

Entonces Shula-Slawa descendió por las escaleras. Lal, que fue el primero en verla, puso una cara que hizo que Sammler se volviera de inmediato. Se había puesto un sari, o algún tipo de tela india que había encontrado en un cajón. No podía haberse envuelto en ella como era preciso. Le cubría la cabeza pero había un error en el modo en que le tapaba el pecho. (A Sammler le preocupaba especialmente esa parte del cuerpo; si había peligro de exhibición o de daño, lo sentía en sus propios órganos). No estaba seguro de que su hija llevase ropa interior. No, nada de *Büstenhalter*. Shula era extremadamente blanca —piel gruesa como la de un limón, mejillas cremosas— y llevaba los labios, que parecían más llenos y blandos que nunca, pintados con peculiar color naranja. Como los ciclámenes napolitanos que Sammler había admirado en el jardín botánico. También se había puesto pestañas postizas. En la frente, un lunar hindú hecho con la barra de labios. Exactamente donde había tenido la señal del Miércoles de Ceniza. La idea general era seducir y apaciguar al doctor

Lal. Sus ojos, mientras avanzaba apresuradamente, sin mirar, hacia el pozo de la habitación, estaban relucientes y, según le pareció al anciano, pícaramente dilatados en lo que quería ser una expresión de sensualidad. Aunque hacía demasiados gestos, como una señora, adelantaba demasiado el cuerpo, se mostraba excesivamente dispuesta, quizá porque tenía mucho que decir.

—¡Profesor Lal!

—Mi hija.

—Sí, me lo he figurado.

—Lo lamento. Lo lamento muchísimo, doctor Lal. Ha habido un malentendido. Había tanta gente. Seguramente creyó que yo solo quería mirar el manuscrito. Pero yo di por cierto que me permitía llevármelo a casa para enseñárselo a mi padre. ¿No recuerda que se lo dije, que le expliqué que él estaba escribiendo un libro sobre H. G. Wells?

—¿Wells? No. Tengo la impresión de que ha quedado obsoleto.

—Sin embargo, en beneficio de la ciencia (de la ciencia) y de la literatura y la historia, como mi padre está escribiendo ese libro tan importante, ya ve usted que lo ayudo cuanto puedo en su trabajo intelectual y cultural. Nadie más que él puede escribirla. No ha sido mi intención causar trastornos.

No. No había habido trastornos. Sencillamente había sido como cavar un pozo, cubrirlo con ramas y, cuando un hombre cae en él, tenderse en el suelo y ponerse a conversar amigablemente. Pues Sammler sospechaba ahora que Shula se había escapado con *El futuro de la Luna* para provocar ese encuentro. Entonces, ¿eran él y Wells secundarios? ¿Lo había hecho solo para provocar interés? ¿Acaso no era esa una estratagema familiar? Sammler recordaba que a veces las mujeres se conducían de modo insolente con él para llamar su atención y decir cosas hirientes porque así imaginaban que resultaban fascinadoras. ¿Era ese el motivo por el que Shula se había llevado el manuscrito? ¿Para ejercitar la seducción femenina? Una especie, pero los sexos como dos tribus salvajes diferentes. Pintarrajeadas. Sorprendiéndose y asustándose una a otra en la jungla. Este Govinda, frágil, ligero, barbudo y moreno, algo así como un hombrecillo volador... un intelectual. Y a ella la volvían loca los intelectuales. Hacían que el mundo siguiera siendo interesante bajo la Luna a la que había que visitar. Le calentaban el útero. Quizá incluso fuese por eso que Eisen, a fin de recobrar el aprecio de ella (entre otras razones), había dejado la fundición y se había hecho artista. Probablemente había perdido la pista del motivo que lo había llevado a demostrar que era, como el padre de ella, un hombre culto. Y ahora era pintor. Pobre Eisen.

Shula estaba sentada en el sofá, muy cerca de Lal, casi cogiéndole la mano, sujetándole el brazo como si su propósito fuera tocarle algún miembro. Le aseguraba que había hecho una copia de su manuscrito con gran cuidado. Y añadió lo mucho que había temido que la tinta de la Xerox pudiera emborronar las páginas. De hecho, había copiado la primera página temblando de inquietud.

—Hay que emplear una tinta muy especial; no se sabe si se va a producir una mala reacción. Si hubiese salido mal, me habría muerto.

Pero quedó estupendamente. Mr. Widick había dicho que era una copia magnífica. Y esta y el original estaban en sendas taquillas de la consigna. La copia se hallaba en una carpeta. Mr. Widick dijo que en la Grand Central se podía dejar incluso el dinero de un rescate. Era un sistema perfectamente seguro. Shula quería que Govinda Lal notara que el círculo naranja que se había pintado entre los ojos tenía un significado lunar. Y no hacía más que ladear la cara para que el profesor le viese bien el entrecejo.

—Shula, querida —dijo Sammler—. Margotte necesita que la ayudes en la cocina. Ve con ella.

—Oh, papá. —Shula intentó, hablándole aparte en polaco, decirle que deseaba quedarse.

—¡Shula! ¡Ve! ¡Ve con Margotte!

Con las mejillas arreboladas y un gesto de disgusto, ella hizo lo que le ordenaban. Deseaba mostrar al doctor Lal que era una hija obediente, pero cuando se marchó, el movimiento de su trasero reflejaba impertinencia.

—Me hubiera resultado imposible reconocerla —admitió Lal.

—¿Sí? Claro, sin la peluca... A veces lleva peluca.

Sammler guardó silencio. Govinda estaba pensando. Quizá en el modo de recuperar su original. Sí. Se aseguró de que llevaba las llaves en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Es usted polaco? —preguntó.

—Era polaco.

—¿Su nombre es Artur?

—Sí, como Schopenhauer, al que mi madre leía. Por entonces, mi nombre era Arthur, muy poco judío, de lo más internacional, un nombre culto para ponérselo a un niño. En todos los idiomas suena aproximadamente igual. Pero a Schopenhauer no le gustaban los judíos. Los llamaba vulgares optimistas. ¿Optimistas? Si se vive cerca del cráter del Vesubio, es mejor ser optimista. Cuando cumplí dieciséis años, mi madre me dio un ejemplar de *El mundo como voluntad y como representación*. Naturalmente, fue un agradable cumplido que me considerara tan serio y profundo. Como el gran Arthur. De modo que estudié el sistema, y aún lo recuerdo. Aprendí que solo las Ideas no son dominadas por la Voluntad... la fuerza cósmica, la Voluntad, que mueve todas las cosas. Lo que vemos solo son sus manifestaciones. Como la filosofía hindú... Maya, el velo de las apariencias que pende sobre toda experiencia humana. Sí, y ahora que pienso en ello, según Schopenhauer la localización de la Voluntad en los seres humanos está...

—¿Dónde?

—Los órganos sexuales son la sede de la Voluntad.

El ladrón en el vestíbulo estaba de acuerdo con aquello. Sacó el instrumento de la

Voluntad. No apartó el velo de Maya sino una de sus colgaduras exteriores y le mostró a Sammler su garantía metafísica.

—Y era usted amigo del famoso H. G. Wells, ¿verdad?

—No quiero reclamar la amistad de un hombre que no vive para confirmarla o negarla, pero durante un tiempo, cuando él tenía setenta y tantos años, lo veía con frecuencia.

—Ah, entonces debe de haber vivido usted en Londres.

—Sí, vivíamos en Woburn Square, cerca del Museo Británico. Solía pasear con el anciano. Por entonces, mis ideas no contaban mucho, de modo que me limitaba a escucharlo. Humanismo científico, fe en un futuro libre, en la benevolencia activa, en la razón, en la civilización. No son ideas populares ahora. Desde luego, tenemos civilización, pero es poco apreciada. Creo que comprende usted lo que quiero decir, profesor Lal, ¿verdad?

—Me parece que le entiendo, sí.

—Sin embargo, ¿sabe usted?, Schopenhauer no habría tachado a Wells de vulgar optimista. Wells tenía muchos pensamientos sombríos. Piense en un libro como *La guerra de los mundos*. Los marcianos llegan para hacer desaparecer a la Humanidad. Tratan a nuestra especie como los norteamericanos trataban a los bisontes y a otros animales, o incluso a los indios norteamericanos. Eso se llama exterminio.

—Ah, exterminio. Supongo que tendrá usted experiencia personal al respecto, ¿no?

—Sí, alguna.

—Pues yo también —dijo Lal—. Como punjabí.

—¿Es usted punjabí?

—Sí, y en mil novecientos cuarenta y siete, mientras estudiaba en la Universidad de Calcuta, presencié las terribles revueltas, la lucha entre hindúes y musulmanes. Luego a aquello se lo llamó la gran matanza de Calcuta. Temo haber visto a unos maniáticos homicidas.

—Ah.

—Sí, y se atacaban unos a otros con palos y barras de hierro. Hubo muchos muertos. Violaciones, incendios, saqueos.

—Ya, ya. —Sammler guardó silencio y lo miró. Aquel era un hombre sensible e inteligente, con un rostro muy expresivo. Desde luego, esa expresividad revelaba a veces la subjetividad y los hábitos mentales internos. No una imaginación abierta, extrovertida. Sin embargo, empezaba a pensar que Lal era, como Ussher Arkin, alguien con quien él podía hablar—: Entonces, para usted no se trata de un asunto teórico —continuó—. Para mí tampoco. Pero excelentes caballeros de buen corazón, como Arnold Bennett, H. G. Wells, almorzando en el Savoy... Olímpicos surgidos de las clases bajas. Tan agradables, tan serios. Tan inglés, en el caso de Wells. Me halagaba que me eligiese para que escuchara sus monólogos. Simpatizaba con él. Sin duda, desde Polonia, en mil novecientos treinta y nueve, mis juicios han cambiado.

Como mi vista. Advierto cómo observa usted lo que hay detrás de estos cristales oscuros. No, no, si es muy natural. Solo funciona un ojo. Como el antiguo refrán del tuerto que es rey en el país de los ciegos. Wells escribió un relato sobre el tema. No era bueno. De todos modos, yo no me encuentro en el país de los ciegos sino en el de los tuertos. En cuanto a Wells... era un escritor. Escribía, escribía y escribía.

Sammler calló porque pensó que Govinda iba a hablar, pero pasaron varias oleadas de silencio que contenían preguntas tácitas: «¿Usted? No, señor, hable usted». Lal escuchaba. La sensibilidad de una criatura peluda; la oscuridad animal de sus ojos; el buen estilo de su actitud absequiosa.

—¿Quiere usted que le hable más de Wells, ya que en cierto modo él está detrás de todo esto?

—¿Sería usted tan amable? —dijo Lal—. Porque tiene usted sus dudas acerca del valor de los escritos de Wells.

—Las tengo, desde luego. Graves dudas. Gracias a la educación generalizada y las ediciones baratas los pobres chicos se han hecho ricos y poderosos. Dickens se enriqueció. También Shaw. Se jactaba de que leer a Karl Marx lo había convertido en un hombre. No lo sé, pero el marxismo para el gran público lo hizo millonario. Si escribía uno para una élite, como Proust, no se hacía rico, pero con el tema de la justicia social y demás ideas avanzadas, se recibía como recompensa la riqueza, la fama y la influencia.

—Muy interesante.

—¿Lo cree usted? Perdóneme, hoy me siento apesadumbrado. Y además con ganas de charlar. Y cuando encuentro a alguien con quien simpatizo, suelo estar demasiado locuaz al principio.

—No, no; por favor, siga con su explicación.

—¿Explicación? He de objetar algo contra las explicaciones extensas. Hay demasiadas. Eso hace que la vida mental de la Humanidad resulte ingobernable. Pero he pensado en lo de Wells, en Shaw, en gente como Marx, Jean-Jacques Rousseau, Marat, Saint-Just, en importantes oradores y escritores que todo lo que tenían al empezar era su capital mental y que lograron gran influencia. Y en todos los demás, leguleyos, conferenciantes, fanfarrones, panfletarios, científicos aficionados, bohemios, libretistas, adivinadores, charlatanes, gentes fuera de la ley, bufones. Un abogado provinciano loco pidiendo la cabeza del rey y consiguiéndola, además. En nombre del pueblo. O Marx, estudiante, miembro de la universidad, escribiendo libros que tienen una enorme influencia en el mundo. En realidad, era un excelente periodista y publicista. Y como yo también era periodista, estoy en condiciones de juzgar su capacidad en ese terreno. Como muchos de ellos, sacaba los temas de otros periódicos europeos, pero eran muy buenos artículos, y escribía de la India o de la guerra de Secesión norteamericana, asuntos de los que nada sabía. Sin embargo, era maravillosamente agudo, un adivinador genial, un polemista y retórico poderoso. Su hachís ideológico era muy potente. De todos modos (y ya sabe usted a qué me

refiero), la gente se hace autoritaria y los plebeyos geniales se elevan primero a la nobleza y luego a la gloria universal, y todo eso porque tenían lo que todos los pobres niños sacan de la ilustración: el abecedario, el diccionario, los libros de gramática, los clásicos. Hasta que, saliendo de sus barrios bajos o de sus salitas pequeñoburguesas, se dirigen a millones esparcidos por el mundo entero. Estos son los que imponen las condiciones, los que hacen los discursos, y luego la historia sigue sus palabras. Piense en las guerras y en las revoluciones en las que nos han metido.

—Ciertamente, la prensa india tuvo una gran responsabilidad en aquellos disturbios.

—Algo que puede decirse en favor de Wells es que sus decepciones personales no le hicieron exigir el sacrificio de la civilización. No se convirtió en una figura de culto, en una personalidad de la realeza, en un gran héroe del arte ni en un dirigente activista. Las palabras no lo desgraciaron. Son muchos los que lo han hecho o lo hacen ahora.

—¿Qué quiere usted decir, señor?

—Pues verá usted —dijo Mr. Sammler—. En el gran período burgués, los escritores se hacían aristócratas. Y tras convertirse en aristócratas por su habilidad y sus palabras, se sintieron obligados a entrar en acción. Evidentemente, para la verdadera nobleza representa una desgracia sustituir los actos por palabras. Esto se aprecia en la carrera de monsieur Malraux, o de monsieur Sartre. Y mucho más atrás puede usted verlo en Hamlet, cuando sentía aquella humillación, doctor Lal, y decía: «Debo... como una puta, vaciar el corazón con palabras».

—«Y ponerme a maldecir como una fulana».

—Sí, esa es la cita completa. O a Polonio: «Palabras, palabras, palabras». Las palabras son para los viejos, o para los jóvenes que tienen el corazón envejecido. Desde luego, ese es el estado de ánimo de un príncipe cuyo padre ha sido asesinado. Pero cuando las personas, por desprecio de la impotencia y de la paralización del habla, se lanzan a acciones nobles, ¿acaso saben lo que están haciendo? Cuando empiezan a pedir sangre, a abogar por el terror o a proclamar la rotura general de huevos para hacer una gran tortilla histórica, ¿saben lo que están pidiendo? Cuando han roto un espejo con un martillo, proponiéndose repararlo luego, ¿podrán volver a juntar los pedazos? En fin, doctor Lal, no estoy seguro de qué puede sacarse de bueno de ese examen o rechazo. No es como si yo estuviera seguro de que es posible controlar a los seres humanos en cualquier nivel de complejidad. No juraría que la Humanidad fuese gobernable. Pero Wells se inclinaba a creer que lo era. Casi todo el tiempo creía que la civilización de las minorías podía transmitirse a las grandes masas y que era posible realizar esto de modo ordenado. En condiciones decentes, al estilo británico, victoriano-eduardianas, no lunáticas ni de proscritos, sino agradecidas. Pero en la Segunda Guerra Mundial se desesperaba. Comparaba a la humanidad con ratas en un saco revolviéndose desesperadamente y mordiendo. Sin duda era como las ratas y parecía estar en un saco. Desde luego. Pero mi interés por Wells ya se ha agotado.

Espero que a usted le haya ocurrido lo mismo, doctor Lal.

—Conocía usted bien a ese hombre —dijo Lal—. Y con qué claridad expone las cosas. Es usted un condensador de primera. Me gustaría tener su talento. Lamento que me faltase cuando escribí mi libro.

—Su libro, lo que tuve tiempo de leer, es muy claro.

—Espero que acabe usted de leerlo. Perdóneme, Mr. Sammler, estoy confuso. No sé exactamente adónde me ha traído mistress Arkin, ni dónde estamos. Me lo ha explicado usted, pero no me enteré bien.

—Este es el condado de Westchester, no lejos de New Rochelle, y estamos en casa de mi sobrino, el doctor Arnold Elya Gruner, que ahora se encuentra en el hospital.

—Ya. ¿Está muy enfermo?

—Tiene un derrame de sangre en el cerebro.

—Un aneurisma. ¿No puede remediarse quirúrgicamente?

—No pueden llegar a él.

—Lo lamento. Y a usted lo ha afectado muchísimo.

—Morirá en un día o dos. Está moribundo. Es un buen hombre. A Shula y a mí nos sacó de un campo de deportados y durante veintidós años ha cuidado de nosotros cariñosamente. Veintidós años sin que nos abandonase un solo día, sin que nos dirigiese una sola palabra irascible.

—Un caballero.

—Sí, un caballero. Ya ve usted que mi hija y yo no somos muy competentes. Trabajé de periodista hasta hace quince años, pero nunca demasiado. Recientemente escribí un informe en polaco sobre la guerra de Israel. Pero ha sido el doctor Gruner quien ha costeado mis gastos.

—¿Le ha dejado a usted ser, sencillamente, una especie de filósofo?

—Sí, eso es lo que soy. Muchas explicaciones de las cosas me resultan familiares. Si he de decir la verdad, ya estoy cansado de la mayoría de ellas.

—Entonces, tiene usted un punto de vista escatológico. Qué interesante.

Sammler, a quien no le hacía mucha gracia la palabra «escatológico», se encogió de hombros.

—¿Cree usted que debemos lanzarnos al espacio, doctor Lal? —preguntó.

—Le causa a usted mucha pena su sobrino. Quizá prefiera no hablar del tema.

—Cuando se empieza a hablar, una vez que la mente ha tomado una dirección, sigue dando vueltas y ahonda en todos los acontecimientos. Y quizá las cosas se hagan algo más tolerables si se las deja dar vueltas. Aunque no sé por qué han de ser tolerables. Realmente, pasamos por un momento horrible. Pero ¿qué vamos a hacerle? Los pensamientos siguen girando.

—Como una rueda Ferris —observó el frágil Govinda Lal de la barba negra—. Debo decir que he trabajado para Worldwide Technics, en Connecticut. Lo que se me encomendó fue una labor muy sofisticada y teórica que tenía relación con el orden de

los sistemas biológicos, con el modo en que determinados mecanismos complejos se reproducen a sí mismos. Aunque a usted no le diré mucho, me ocupé de hipótesis relacionadas con el disparo de impulsos simultáneos, teorías atómicas de conductividad celular. Ya que usted ha citado a Rousseau, el hombre puede haber nacido libre o no, pero le aseguro que no existiría sin sus cadenas atómicas. Espero que le gusten a usted mis chistes. A mí me atrae su ingenio. Si no fuese mutuo, eso estaría muy mal. Me refiero a las estructuras en cadena de las células. Son cuestiones de orden, Mr. Sammler. Aunque no tengo el plano completo del presente. Todavía no soy un genio universal para ello. ¡Ja, ja! Sin embargo, en serio, la ciencia de la biología se halla en un estado extraordinario de progreso. ¡Oh, qué estupendo, qué bello! Participar es un privilegio. Este orden químico, fundamental para la vida, es de enorme belleza. Sí, sí, ¡y qué gran privilegio! Cuando hablaba usted de otro asunto se me ocurrió que desear vivir sin orden equivale a querer apartarse del principio biológico fundamental que lo rige todo. Que se supone está ahí solo para liberarnos, como una plataforma para el impulso. ¿Estamos locos o qué? Gracias al orden, gracias al principio rector, el ser humano puede lanzarse a expresar su inmenso privilegio de una libertad sin obstáculos. Los principios biológicos fundamentales son como el campesinado, y el individuo puede considerarse a sí mismo como un príncipe. Es la *cigale* y la *fourmi*. La hormiga empezó siendo la heroína, pero ahora es el saltamontes el que representa el principal papel. Mi padre me enseñó matemáticas y francés. La principal preocupación en la vida de mi padre era que sus alumnos cortasen con cuchillas de afeitar la *Enciclopedia británica* y se llevaran los artículos para repasarlos en casa. Era una persona muy sencilla. A causa de él, siempre me ha atraído mucho la literatura francesa. Primero en Calcuta, luego en Manchester, la estudié hasta que mis intereses científicos maduraron. Pero ahora hablemos de lo que le interesa a usted del espacio. Sin duda, hay mucho que objetar a esas expediciones. Las acusaciones de que es dinero que se les quita a las escuelas, al saneamiento de los suburbios y cosas por el estilo... Es como acusar al Pentágono de quedarse con el dinero destinado a mejoras sociales. ¡Qué tontería! Eso es propaganda de la burocracia de la ciencia social. A ellos lo que les gustaría sería disponer de esos fondos. Además, no es solo una cuestión de dinero, ¿verdad? No creo que lo sea. Los norteamericanos siempre han sido derrochadores. Sin duda es mal asunto, pero hay un *gaspille* fructífero. Si el derroche permite la originalidad, la inventiva, la aventura, puede justificarse. Desgraciadamente, los resultados suelen estar viciados en su mayoría, lo que origina viles provechos, diversiones de chicos y la formación de fortunas reaccionarias. En lo que se refiere a Washington, una expedición a la Luna representa todo un espectáculo. —La sonora y oriental voz resultaba muy agradable.

—No estoy muy capacitado para juzgar eso.

—Sin embargo, sabe muy bien a qué me refiero. Los circos. El deslumbramiento. Estados Unidos como el mayor proveedor de entretenimientos de ciencia-ficción. En

lo que se refiere a los organizadores e ingenieros, constituye una gran oportunidad, pero no de alto valor teórico. Sin embargo, al mismo tiempo representa algo serio. Desde luego, el alma siente la grandeza de esos logros. No ir a donde se puede ir constituye a menudo un fracaso. Creo que el alma aspira a eso, y por lo tanto es una necesidad. Puede introducir una nueva moderación. Naturalmente, la tecnología suele impresionar a las mentes más que a las personalidades. Quizá los astronautas no parezcan tan heroicos, sino más bien una especie de superchimpancés. Sobre todo, si no se expresan bellamente. Pero eso, al fin y al cabo, les corresponde a los poetas. Si es que hay alguno. Incluso los técnicos, me atrevo a figurármelo, resultarán ennoblecidos. ¿Está usted de acuerdo, señor, en que lo que debemos hacer es ir al espacio?

—Pues ¿por qué no? Hasta cierto punto sí. Aunque no creo que esté razonablemente justificado.

—¿Por qué no ha de estarlo? Se me ocurren muchas justificaciones. Lo veo como una necesidad racional. Debería usted haber terminado mi libro.

—¿Habría encontrado entonces la prueba irrefutable? —Sammler sonrió y, a través de las gafas oscuras, su ojo ciego intentó participar. Cubierto con el viejo y limpio traje negro, su rígido y delgado cuerpo, sobre cuyas rodillas le temblaban los dedos. Un cigarrillo (no fumaba más de dos o tres al día) ardía entre sus peludos nudillos.

—Solo quiero decir que debería usted conocer mis argumentos, que baso en parte en la historia de Estados Unidos. Después de mil setecientos setenta y seis había un continente en el que expandirse, y ese espacio absorbía todos los errores. Desde luego, no soy historiador. Pero si uno no puede lanzar conjeturas audaces, habrá que dejárselo todo a los expertos. Europa, después de mil setecientos ochenta y nueve, no tenía espacio para sus errores. Resultados: guerra y revoluciones que terminaron en manos de los locos.

—Eso dijo Du Maistre.

—¿Sí? No sé mucho de él.

—Baste saber que pensaba lo mismo: las revoluciones terminan en manos de locos. Por supuesto, siempre hay suficientes locos para cada objetivo. Además, si el poder es lo bastante fuerte, presionará hasta crear sus propios locos. Es cierto que el poder corrompe, pero esa afirmación es humanamente incompleta. ¿No resulta demasiado abstracto? Lo que ha de añadirse es la verdad específica de que detentar el poder destruye la cordura de los poderosos. Hace que sus irracionalidades pasen de la esfera de los sueños al mundo real. Pero en eso... perdóneme, no soy un psicólogo. Sin embargo, como usted dice, uno debe poder hacer suposiciones.

—Quizá sea natural que un indio sea particularmente sensible a un exceso de humanidad. Calcuta está superpoblada, la situación es volcánica... También un chino se mostraría sensible al respecto. En cualquier nación habitada por inmensas multitudes la reacción sería esa. Estamos superpoblados, apiñados, y los seres

humanos deben tener la impresión de que existe una salida y que la potencia intelectual y la habilidad de su especie dispone de una vía de escape. La invitación al viaje, el deseo de Baudelaire de salir (librarse de las circunstancias humanas) o el de ser un barco borracho o un alma cuyo afán es forzar la salida en un universo cerrado, solo que ese impulso no debe atribuirse al cansancio y la vanidad de la vida y no tiene necesariamente que ser un viaje hacia la muerte. Lo malo es que solo los especialistas adiestrados estarán en condiciones de emprender ese viaje. El alma anhelante no puede marcharse solo por su impulso, porque tenga la ilimitada necesidad de ello, o el propósito o la capacidad de sufrimiento. Tendrá que saber ingeniería y ponerse esos trajes tan especiales y soportar molestias de tipo orgánico. Quizá los problemas de la radiación sean insuperables o se contraigan extrañas enfermedades en otros mundos. Sin embargo, hay un universo al que podemos enviar a la población que sobra. Evidentemente, un solo planeta no basta, y no podemos rehuir el desafío de un nuevo tipo de experiencia. Hemos de reconocer el extremismo y el fanatismo de la naturaleza humana. No aceptar la oportunidad haría que la Tierra pareciese cada vez más una prisión. Si lográsemos enviar fuera el excedente de población y no lo hiciéramos, nos condenaríamos. La vida nos irritaría más que nunca. Tal como está, la especie humana se devora a sí misma. Y ahora tenemos directamente sobre nosotros el reino venidero esperando a recibir los fragmentos de una explosión final. La Luna es mucho mejor.

Sammler no creía que eso tuviera necesariamente que ocurrir.

—¿Cree usted que la especie humana no quiere vivir? —preguntó.

—Muchos desean acabar con ella —respondió Lal.

—Bien, si como usted afirma somos unas criaturas impulsadas a hacer aquello de lo que somos capaces, la consecuencia es que hemos de destrozarnos a nosotros mismos. Pero ¿no es eso lo que la especie tiene que hacer? ¿Podríamos decir que se trata más de una cuestión política que puramente biológica? En Rusia, en China y aquí, hay gente muy mediocre capacitada para acabar con la vida. Estos representantes (que no representan a los mejores) decidirán por nosotros si morimos o vivimos. El hombre representa ahora mismo el drama de la muerte universal. ¿No han de morir todos al mismo tiempo, juntos, como en una inmensa muerte individual, expresando libremente todas las pasiones del hombre con respecto a su fin? Muchos afirman que quieren evitarlo. Por supuesto, puede que no sea más que retórica.

—Míster Sammler —dijo Lal—, me parece que desea usted dar a entender que en la voluntad de vivir hay una moralidad implícita y que las mediocridades que ocupan esos cargos cumplirán con su deber en lo que a la especie se refiere. No estoy seguro de ello. En biología no existe el deber. No hay una obligación soberana de cada uno para con su raza. Cuando se cumple el destino biológico en la reproducción, el deseo es, con frecuencia, morir. Nos satisface extraer ideas de deber de la biología. Pero el deber representa dolor, y el deber es odioso... opresivo.

—¿Sí? —dijo Sammler dudando—. Cuando conoce usted el verdadero dolor,

piensa que habría sido mejor no haber nacido. Pero por haber nacido se respetan los poderes de la creación, se obedece a la voluntad de Dios con cualesquiera reservas íntimas que imponga la verdad. En cuanto al deber, está usted equivocado. El dolor del deber mantiene a la criatura humana en el camino recto, y esa actitud no es algo despreciable. No, sostengo lo que dije al principio: también hay un instinto que nos impide saltar al reino venidero.

El escenario para aquella conversación era curioso: las alfombras verdes, los grandes jarrones, las cortinas de seda del salón de la difunta Hilda Gruner. Allí el pequeño Govinda Lal, cargado de espaldas, sombrío, con su tez de oro viejo, su cara redonda y su barba, era como un ornamento o pintura oriental. El propio Sammler parecía, por influencia de este, una figura india policromada. Las mejillas coloradas, cabello blanco cayéndole por detrás, los círculos de las gafas y el humo del cigarrillo en torno a su pelo. Ante Wallace le había insistido en considerarse un oriental, y ahora tenía la impresión de que en efecto lo parecía.

—En cuanto al estado actual de la situación —dijo Govinda—, veo que la insatisfacción personal, que es tan grande, puede añadir energía a la mayor tarea que el destino ha preparado en secreto: marcharse de la Tierra. Quizá se trate de la comprensión que preceda a la nueva expansión. Para lanzarse a la Luna se necesita una inercia opuesta de igual energía. Una inercia que por lo menos tenga trescientos setenta y cinco mil kilómetros de profundidad. O más. Y parece que la tenemos. ¿Quién sabe cómo funcionan esas cosas? ¿Conoce usted al famoso Oblomov? No podía levantarse de la cama. Un fantasma de la inercia o la parálisis. Lo opuesto era el activismo frenético: ¿arrojar bombas, la guerra civil, el culto a la violencia? Ya ha hablado usted de eso. ¿Es que siempre, siempre, hasta el punto de agotarnos, seguimos haciendo la misma cosa, persistimos hasta quedar agotados? Quizá. Fíjese en mi temperamento, por ejemplo. Le confieso, Mr. Sammler (cuánto celebro que las rarezas de su hija nos hayan dado la ocasión de estar ahora juntos; y espero que lleguemos a ser amigos), le confieso que soy originariamente (originariamente, ya me comprende usted) de carácter melancólico y depresivo. De niño, no toleraba que me separasen de mi madre. Ni de mi padre, que era, como ya le he dicho, profesor de francés y de matemáticas. Ni de la casa ni de los compañeros de juego. Cuando los visitantes se marchaban, me irritaba. Era un niño que sollozaba mucho. Cualquier separación me causaba un enorme trastorno emotivo. Debía de sentirla hasta en mis moléculas constitutivas, y temblaba en miles de millones de núcleos. ¿Una hipérbole? Quizá, mi querido Mr. Sammler, pero estoy convencido, desde mis primeros trabajos en la biofísica de las arterias (no le molestaré con más detalles), de que la Naturaleza, más que un ingeniero, es un artista. La conducta es poesía, es un orden metafórico, es metafísica. Desde las respuestas en las redes corticotalámicas, hasta los más corrientes fenómenos ecológicos, todo ello es la manifestación, en un código misterioso, de una metáfora sublime. Estoy refiriéndome a mis pasiones infantiles, y el cuerpo de un individuo es más denso electrónicamente que todos los organismos de

la selva tropical. Y todas esas existencias son, ello mismo lo sugiere, poemas. Ya ni siquiera trato de vencer esa impresión de poesía universal. Pero, volviendo a la cuestión de mi propia personalidad, ahora comprendo que me había propuesto distanciarme de los objetos que me eran más próximos. En lo cual, míster Sammler, el espacio exterior es lo opuesto: personalmente, un polo emotivo. Uno ha nacido entre las piernas de su madre y luego persiste en seguir avanzando hacia fuera. Ver los archipiélagos laterales es una cosa, pero hundirse en ellos, en un universo sin día y sin noche, le hace a uno ver pequeña la profundidad del mar, y al leviatán no mayor que un renacuajo...

En ese momento entró Margotte —piernas cortas, gruesas, rápidas, eficientes— secándose las manos tanto en la falda como en el delantal y diciendo:

—Todos nos sentiremos mejor cuando comamos algo. Para ti, tío, tenemos ensalada de langosta y sopa de cebollas, además de *bauernbrot* y mantequilla. Y café. Doctor Lal, doy por supuesto que no come usted carne. ¿Le gusta el queso?

—Por favor, nada de pescado.

—Pero ¿dónde está Wallace? —dijo Sammler.

—Subió con unas herramientas al ático para arreglar algo —respondió Margotte, y regresó sonriente a la cocina. Su sonrisa iba dirigida especialmente a Govinda Lal.

—La señora Arkin me es muy simpática —dijo Govinda.

Ha imaginado que le gustaría a usted —pensó Sammler—. Puedo augurarle que sería feliz a su lado. Quizá con ella pierda yo mi santuario, pero puedo renunciar a él si esto va en serio. Con la perspectiva del espacio exterior quizá las necesidades inmediatas y el egoísmo disminuyan y el matrimonio resulte una buena asociación... *sub specie aeternitatis*. Además, aunque de poca estatura, Govinda venía a ser en cierto modo como Ussher Arkin. A las mujeres no les gusta cambiar mucho.

—Margotte es una excelente persona —dijo Sammler.

—Esa es mi impresión. Y muy atractiva. ¿Hace mucho tiempo que murió su marido?

—Tres años, el pobre.

—Sí, en efecto, pobre hombre, morir joven y teniendo una esposa tan deseable.

—Vamos, tengo hambre —dijo Sammler. Ya estaba pensando en cómo sacar de aquello a Shula. Se había entusiasmado con aquel indio. Tenía sus deseos. Sus necesidades. Después de todo, era una mujer. ¿Qué podía hacer uno por una mujer? Poco, muy poco. ¿Y por Elya, con aquella burbuja dentro de su cabeza? Era terrible. Elya reaparecía extraña y continuamente en sus pensamientos como si su rostro girase en torno a él igual que un satélite.

Se sentaron a comer la sencilla cena en la cocina de Elya y la conversación prosiguió.

Ahora que Sammler estaba encantado de haber charlado con Govinda y haber visto o imaginado un parecido entre este y Ussher Arkin, procedió, como tenía por costumbre, a verlo bajo una luz distinta, y mentalmente lo hizo rebotar de los límites

como una mosca en un vaso. O sea, que se preguntó si aquel individuo sería en cierto sentido un charlatán. No, no, eso no. No había tiempo para hacer observaciones divertidas, o mezquinas; había que decidirse y confiar en los propios instintos. Lal era lo que convenía. Su conversación era auténtica, no una repetición de tópicos. Era raro, pero no un charlatán. Excelente, sólido. Su única debilidad aparente era querer que se conocieran sus méritos. Soltaba nombres y títulos: el Colegio Imperial, su íntimo amigo el profesor Waddington, su posición de asesor del profesor Hoyle, su relación con el doctor Felstein de la NASA, y su participación en la conferencia de Bellagio sobre biología teórica. Eso era perdonable en un pequeño extranjero. En todo lo demás no había nada que objetar. Desde luego, a Sammler le divertía que Lal y él hablasen clases tan diferentes del inglés de extranjeros, y también que uno fuese alto y el otro bajo. Para él la estatura significaba actividad pituitaria y, quizá, derroche vital. En ocasiones las personas muy altas parecían tener mentes reducidas, como si el crecimiento le costase algo al cerebro. Lo más extraño en la séptima década de la vida de uno, sin embargo, era un espontáneo sentimiento de amistad. ¿A su edad? Eso era para los jóvenes, los que aún sueñan con el amor, con encontrar a alguien del sexo opuesto que le cure a uno de todos sus trastornos físicos y espirituales y a quien curárselos a su vez. De ello surgían atracciones súbitas como las que se advertían en ese momento entre Lal, Margotte y Shula. Pero para él mismo, en esa época de su vida y por haber regresado en cierto modo del otro mundo, ya no existían relaciones rápidas. Su primera hornada de afectos se había agotado. Su vida, que había sido tan humana y valiosa, se había quemado. Los brotes que surgían en el tronco requemado eran solo el resultado de la natural persistencia, obra de la Fuerza Vital, que trataba de empezar de nuevo.

Sin embargo, durante esa sencilla cena en la cocina —servida con la peculiar torpeza de Margotte—, el triste anciano experimentó también una intensa alegría. Le parecía que los otros sentían como él: Shula-Slawa, que, cubierta con su mal ajustado sari, seguía la conversación con una mirada devota y murmurando algunas palabras con los labios pintados de naranja claro, apoyada la cabeza en la palma de una de las manos; y Margotte, desde luego encantada; este pequeño hindú le había caído muy bien; se trataba de una ocasión intelectual y, además, estaba alimentándolos a todos. ¿Podía otro instante de su vida ser más agradable que ese? Sammler encontraba conmovedoras esas rarezas femeninas.

El doctor Lal estaba diciendo que, teniendo en cuenta los miles de millones de conexiones instantáneas del cerebro, no obteníamos mucho provecho de él.

—Lo que sucede en la mente de un hombre —decía— es algo que escapa a la comprensión de este, por supuesto. De modo muy parecido a como un lagarto, una rata o un pájaro no pueden comprender que son organismos. Pero un ser humano, debido al despertar en él de la comprensión, bien puede tener la impresión de ser una rata que vive en un templo. En su desarrollo externo, como cosa, como criatura, en la electrónica cerebral, por así decirlo, disfruta de una adaptación, de una aptitud que le

hace darse cuenta de lo inadecuado de sus esfuerzos humanos individuales. Por lo tanto, en los peores casos viene a ser como una rata en un templo. En los mejores, una cosa torpe con cierta conciencia de la finura de organización interna empleada en las crudezas.

—Sí —intervino Mr. Sammler—, esa es una manera muy delicada de decirlo, aunque no estoy muy seguro de que haya muchas personas tan finas como para captar ese leve peso de ser mucho más de lo que pueden captar.

—Me interesaría muchísimo poder escuchar su opinión —dijo Lal.

—¿Mi opinión?

—Sí, sí, papá.

—Sí, querido tío Sammler.

—Bien, pues mi opinión...

Y ocurrió algo extraño. Sammler tuvo la impresión de que iba a decir lo que de verdad pensaba, y lo más sorprendente era que iba a hacerlo... ¡en voz alta! No iba a ser la habitual autoconfidencia de una persona rara de edad avanzada, sino que iba a expresar lo que pensaba, y a *viva voce*.

—Shula es aficionada a las conferencias. Yo no —declaró—. Soy muy escéptico en lo referente a explicaciones y prácticas racionalistas. No me gusta la religión moderna vacía de categorías ni la gente que origina los movimientos del conocimiento.

—Usted lo ve como un recital más que como una conferencia —apuntó—. Lo considera desde un punto de vista musical.

—Un recital. Es el doctor Lal quien debería darlo... pues tiene una voz musical. Un recital... eso estaría mucho mejor —dijo Sammler dejando sobre la mesa su copa—. Los recitales son para los intérpretes adiestrados. Yo no estoy capacitado para representar nada. Pero no me sobra el tiempo. Así que capacitado o no... Cuando me lanzo a hablar sigo demasiado mis impulsos y siento la tentación de pasar por alto algunas de mis propias opiniones. O impresiones. Desde luego, los viejos siempre temen que la vejez los haya cogido desprevenidos. ¿Cómo puedo saber si es ese mi caso? Shula, convencida de que su padre es un brujo poderoso, y Margotte, a quien tanto le gusta que se discutan ideas, lo negarán.

—Claro que no es así —intervino Margotte.

—Bien, he visto que les ha pasado a otros, ¿por qué no ha de sucederme a mí? Uno tiene que vivir con todas las combinaciones de hechos. Recuerdo una famosa anécdota de un loco. Alguien le dijo: «Es usted un paranoico». Y él repuso: «Quizá, pero eso no le impide a la gente conspirar contra mí». Ese es un importante rayo de luz procedente de una fuente oscura. No puedo decir que haya sentido falta de voluntad o de carácter, pero puede ocurrir. Afortunadamente, mis puntos de vista son de corto alcance. Supongo, míster Lal, que tiene usted razón. Biológicamente, químicamente, la sutileza de la criatura va más allá de la comprensión de la criatura. Tenemos una visión rapidísima de eso y sentimos que, en comparación, el estado

interno es caótico, un batiburrillo de *odi et amo*. Dicen que nuestro protoplasma es como agua del mar. Nuestra sangre tiene una base mediterránea. Pero ahora vivimos en un mar social y humano. Inventos e ideas bañan nuestros cerebros, que a veces, como esponjas, han de recibir lo que arrastran las corrientes y dirigir los protozoos mentales. No digo que no exista alternativa para esa pasividad, que en parte es cómica, pero hay veces, estados, en que yacemos debajo y sentimos el horrible volumen de la conciencia acumulada, notamos el peso del mundo. No tiene ni pizca de gracia. Ciertamente, el mundo es un terror, y la humanidad es una condición revolucionaria que se convierte, como decimos, en moderna, esto es cada vez más mental, el reino de la naturaleza, como solía llamárselo, que a su vez se transforma en un parque, un zoo, un jardín botánico, una feria universal, una reserva indígena. Y además siempre hay seres humanos que se encargan de representar o interpretar el antiguo salvajismo, el tribalismo, la primitiva ferocidad de los feroces, para que no olvidemos la prehistoria, los orígenes animales. Incluso se dice, aquí y allá, que la verdadera finalidad de la civilización es permitirnos a todos vivir como los pueblos primitivos y llevar una existencia neolítica en una sociedad automatizada. Es un punto de vista divertido. Sin embargo, no quiero aleccionarlo, míster Lal. Si uno vive, como yo, en este espacio, tan bien cuidado por Shula y Margotte, se tienen fantasías de estar dirigiéndose a un público cautivo. Hace muy poco intenté pronunciar una conferencia en la Universidad de Columbia. No me salió bien. Creo que hice el tonto.

—Oh, pero continúe usted, por favor —dijo el doctor Lal—. Le escuchamos con toda atención.

—Las opiniones de una persona pueden ser necesarias o, por el contrario, superfluas —prosiguió Sammler—. Las superfluas me irritan mucho. Soy un individuo sumamente impaciente. A veces me impaciento tanto que casi me vuelvo rabioso. Es un caso clínico.

—No, no, papá.

—Sin embargo, en ocasiones es necesario repetir lo que todos saben. Quienes hacen mapas han de colocar al Mississippi en el mismo sitio y evitar la originalidad. Quizá resulte aburrido, pero hay que saber ubicarlo. No podemos hacer, por el gusto de cambiar, que el Mississippi fluya hacia las Rocosas. Pues bien, como todo el mundo sabe, ha sido solo en los dos últimos siglos cuando la mayoría de la gente en los países civilizados ha reclamado el privilegio de ser individuos. Antes eran esclavos, campesinos, labradores, incluso artesanos, pero no personas. Está claro que esa revolución, el triunfo de la justicia en muy diversos modos (liberación de los esclavos, fin de las condiciones infrahumanas de trabajo, libertad para el alma), ha introducido también nuevas clases de dolor y sufrimiento, y hasta ahora, a una escala muy amplia, no ha sido un éxito completo. Ni siquiera hablaré de los países comunistas, que es donde la revolución moderna ha sido más sofocada. Para nosotros, los resultados son monstruosos. Pensemos solo en nuestra parte del mundo. Hemos caído en una gran fealdad. Es asombroso ver lo mucho que sufren los nuevos

individuos con su nuevo ocio y su libertad. Aunque a veces me siento completamente incorpóreo, tengo poco rencor y siento mucha simpatía. A menudo quiero hacer algo, pero es una ilusión peligrosa creer que es posible hacer mucho para más que unas poquísimas personas.

—¿Qué se supone que debe hacer uno? —preguntó Mr. Lal.

—Quizá lo mejor era tener un poco de orden dentro de uno mismo. Mejor incluso que eso que muchos llaman amor. Quizá sea amor.

—Por favor, di algo sobre el amor —pidió Margotte.

—No quiero. Lo que estaba diciendo... ya ven ustedes que me estoy volviendo viejo. Decía que esta liberación de la individualidad no ha tenido mucho éxito. Para un historiador es de gran interés, pero para quien se dé cuenta del sufrimiento, es aterrador. Corazones que no consiguen una recompensa verdadera, almas que no encuentran alimento. Las falsedades, ilimitadas. El deseo, ilimitado. La posibilidad, ilimitada. Las imposibles exigencias sobre realidades complejas, ilimitadas. La revivificación en forma infantil y vulgar de antiguos misterios e ideas religiosas (extremadamente inconscientes, desde luego), asombrosa. Orfismo, mistraísmo, maniqueísmo, gnosticismo. A veces, cuando la vista me lo permite, leo la *Enciclopedia de religión y ética*, de Hastings. Aparecen muchas semejanzas muy interesantes. Pero lo que más llama la atención es una peculiar interpretación teatral, una complicada y en ocasiones muy artística manera de presentarse uno mismo como individuo y un extraño afán de originalidad, distinción, interés (¡sí, interés!). Una dramática derivación de modelos junto a un repudio de modelos. Hay modelos aceptados de la Antigüedad, de la Edad Media (no quiero aburrirlo con un repaso de la historia), pero el hombre moderno, quizá a causa de la colectivización, tiene una fiebre de originalidad. La idea de que el alma es única, es una excelente idea, una idea verdadera; pero ¿en esas formas? ¿En esas pobres formas? ¡Dios mío! ¿Con pelo, con ropas, drogas y cosméticos, con los genitales, con excursiones por el mal, la monstruosidad y la orgía, con, incluso, un acercamiento a Dios mediante obscenidades? Cuánto ha de aterrar al alma tanta vehemencia, qué poco que le sea verdaderamente amado puede hallar en esos sádicos ejercicios. E incluso en eso, el Marqués de Sade, a su loca manera, era un filósofo de la Ilustración. En la mayor parte de los casos se proponía la blasfemia. Pero para quienes siguen (sin darse cuenta) las prácticas que él recomendaba, no se trata ya de blasfemia sino más bien de higiene, de placer (que también es higiene) y de una vida encantadora e interesante. Una vida interesante es la suprema aspiración de los estúpidos.

»Quizá no esté pensando claramente. Hoy me siento muy triste. Además, me doy cuenta de la anormalidad de mi propia experiencia. A veces me pregunto si tengo un puesto aquí, entre otras personas. Doy por sentado que soy uno de vosotros. Pero también es verdad que no lo soy. No me fío de mi propio juicio porque la vida que me ha tocado ha sido dura. Era un joven estudioso no apto para la acción, y de repente todo se convirtió en acción: sangre, cañones, tumbas, hambre. Una operación

quirúrgica muy cruel. No se puede salir de ella intacto. Durante mucho tiempo vi las cosas con un peculiar rigor. Casi como un criminal, una persona que deja a un lado los leves arreglos ordinarios y disculpas y que lo simplifica todo brutalmente. No exactamente como dijo Brecht, *Erst kommt das Fressen, und dann kommt die Moral*^[1]. Eso es una jactancia. Aristóteles dijo algo así y no se jactaba ni se portaba como un matón. De todos modos, la fuerza de las circunstancias me ha llevado a formularme preguntas sencillas, como: «¿Lo mataré? ¿Me matará él a mí? Si me duermo, ¿despertaré? ¿Estoy realmente vivo o solo me queda una ilusión de vida?». Y ya sé que la humanidad señala a alguna gente para que muera. Le cierra la puerta. Shula y yo hemos pertenecido a esa categoría de desahuciados. Y cuando, a pesar de ello, se tiene la buena suerte de seguir viviendo, le quedan a uno idiosincrasias. Los alemanes intentaron matarme. Luego también dispararon contra mí los polacos. Y habría muerto de no haber sido por míster Cieslakiewicz. Era el único hombre que no me había eliminado de entre los que seguirían viviendo. Al abrirme la tumba, me dejó vivir. Una experiencia de esta clase lo deforma a uno. Me disculpo con usted por esa deformidad.

—Pero usted no está deforme.

—Claro que lo estoy. Y obsesionado. Se habrá dado usted cuenta de que siempre hablo de representación teatral, originalidad, individualidad dramática, teatralidad en la gente, y de las formas que toma el esfuerzo espiritual. Todo eso me da vueltas sin cesar en la cabeza. Por ejemplo, pienso mucho en ese loco judío, Rumkowski, el Rey de Lodz.

—¿Quién era ese? —preguntó Lal.

—Una persona que llegó a ser muy prominente en Lodz, la gran ciudad textil. Cuando llegaron los alemanes, invistieron a ese individuo de autoridad. Aún se le discute en los círculos de refugiados. Se llamaba Rumkowski. Era un comerciante fracasado, de edad avanzada. Un individuo ruidoso, corrompido, director de un orfanato, colector de fondos, mal actor y desagradable figura cómica de la comunidad judía. Un hombre que debía interpretar su papelito como tantos individuos modernos. ¿Ha oído usted hablar de él?

Lal no lo había oído nombrar.

—Bien, pues sabrá usted algo de él. Los nazis le hicieron *Judenältester*. La ciudad estaba vallada. El gueto se convirtió en un campo de trabajo. Había mucha hambre. A los muertos los dejaban en las aceras en espera del carro que recogía los cadáveres. En medio de todo aquello, Rumkowski era el rey. Tenía su propia corte. Emitió billetes y sellos de correos con su imagen. Había desfiles y se representaban comedias en su honor. También ceremonias en las que lucía sus mantos reales y conducía un coche roto del siglo pasado, muy adornado y tirado por un viejo caballo moribundo. En una ocasión mostró valor al protestar por la detención y deportación (o sea, el asesinato) de su consejo municipal. Por ello lo apalearon y lo echaron a la calle. Pero ese hombre era el terror de los judíos de Lodz, un dictador, el rey judío.

Una parodia: un rey judío demente presidiendo la muerte de medio millón de personas. Quizá su secreta idea fuera quedarse con el resto. Quizá con su loca actuación se propusiera divertir a los alemanes y hacerles pensar en otras cosas. Aquellas rarezas de una individualidad fracasada, absurdos dictatoriales o de *grand seigneur*, ese extraño rencor contra la evolución de la conciencia humana, sacaba a relucir los seres en lucha, horribles payasos, de cada rincón o agujero. Sí, eso debía de atraer a aquella gente. Pocas veces dejaba de aparecer el humor en sus programas de asesinatos. Esta dureza contra las bastas pretensiones, para con el chiste malo acerca de uno mismo. La imaginaria grandeza de los insectos. Y además, a esos judíos se les había cerrado la puerta; pertenecían a la categoría eliminada. Aquella teatralidad del rey Rumkowski evidentemente contentaba a los alemanes. Aquel rey burlesco degradaba aún más a los judíos, y eso a los nazis les encantaba. Les chiflaban esas farsas criminales al estilo de *Ubu rey*. Jugaban a la patafísica. Así se aligeraba o aliviaba el horror. En eso, de todos modos, podía verse especialmente bien la cuestión de las formas para las acciones de la conciencia liberada, y el odio sangriento, el modo en que los asesinos se deleitaban en el fracaso y la humillación de las víctimas.

—Perdóneme, pero no he relacionado esos puntos —dijo Mr. Lal.

—Sí, es que debería haberme expresado con mayor claridad. Es a causa de mi obsesión con mis propios problemas. Pero en el *Libro de Job* aparece la queja a Dios por exigir demasiado. Job protesta de que se le trate de manera tan insoportable. «¿Qué es el hombre para que hagas de él tanto caso, o para que se ocupe de él tu corazón? Le visitas al rayar el alba y de repente lo atribulas. ¿Hasta cuándo no apartarás de mí tu mirada ni me dejarás en paz el tiempo que tarde en tragar la saliva?». Y dice: «No viviré más; mi vida no es sino un soplo». Esa excesiva exigencia con respecto a la conciencia y las capacidades humanas ha puesto demasiado a prueba la resistencia del hombre. No me refiero solo a la demanda moral sino también a la aspiración de que la imaginación produzca una figura humana de estatura adecuada. ¿Cuál es la verdadera estatura de un ser humano? A esto, doctor Lal, es a lo que me refería al hablar de cómo se regocijaban los asesinos con la humillación, con la parodia... con Rumkowski, rey de los andrajos y de la porquería, Rumkowski, gobernante de cadáveres. Y eso es lo que me preocupa en la teatralidad del episodio Rumkowski. Desde luego, ese farsante estaba condenado. También otros comediantes, con menos sufrimiento, tienen ese mismo sentido de predestinación. En cuanto a los otros, la gran casa de los condenados, me figuro que, como se morían de hambre, cada vez sentían menos. Incluso las madres estaban tan famélicas que no podían lamentar más de un par de días que les quitaran a sus hijos. La angustia del hambre hace desaparecer la pena. *Erst kommt das Fressen*, ya ve usted.

»Quizá mi sentido de conexión sea deficiente. Por favor, dígame si así lo cree. Mi propósito es sacar... Aunque quizá el hombre estuviese loco desde el principio; tal vez la impresión lo volviese más cuerdo; en todo caso, al final tomaba

voluntariamente el tren hacia Auschwitz... para descubrir la debilidad de las formas externas que ahora nuestra humanidad considera válidas, y la lamentable falta de confianza en ellas. Es el primer resultado del moderno auge de la individualidad. La clase más monstruosa de exageración. Vemos la desintegración de las peores ideas del yo. Sí, de las ideas del yo tomadas de la poesía, la historia, la tradición, las biografías, el cine, el periodismo, la publicidad. Como señala Marx...

Pero no llegó a explicar qué había señalado Marx. Pensaba, y los otros callaban. Sammler no había probado la comida.

—Tengo entendido que el viejo era muy lujurioso —dijo Sammler—. Manoseaba a las jovencitas. Quizá fuesen sus huérfanas. Sabía que todas ellas morirían. Luego todo pareció surgir como una eflorescencia, una especie de escape de su personalidad. Quizá cuando las personas son impotentes de modo tan desesperado, tocan ese instrumento, la personalidad, más alto y más fuerte. Creo haber visto eso muchas veces. Recuerdo haber leído en un libro, pero no recuerdo en cuál, que desde que las personas han encontrado un nombre para ellas mismas, «humanas», pasan mucho tiempo comportándose humanamente, riendo y llorando, y haciendo reír y llorar a las otras, buscando ocasiones, provocando, complaciéndose en retorcerse las manos, en verter lágrimas, en nadar y navegar en ese medio nuboso, contaminado, confuso, hirviente, de sentimientos humanos, en cruzar las aguas pasionales, en lamentarse de su destino. El libro al que me refiero condenaba ese ejercicio, sobre todo por su falta de originalidad. El autor prefería lo estrictamente intelectual, odiaba la emoción, solo pedía lágrimas exaltadas, lágrimas vertidas (después de mucha resistencia) desde el más elevado de los reconocimientos.

»Pero supongan ustedes que a uno le molesta ese teatro del alma. También a mí me parece agotador encontrarlo con tanta frecuencia y en formas tan familiares. He leído muchos relatos desagradables acerca de eso. Lo he visto descrito como desechos de las edades, chatarra histórica, peso muerto, como propiedad burguesa, como deformidad hereditaria. El Yo puede figurarse que lleva un alegre adorno nuevo, deliciosamente pintado, pero desde fuera vemos que es una piedra de molino. O bien, esta personalidad de la que tan orgulloso se siente su dueño procede de los almacenes Woolworth, hojalata y plástico baratos de un vulgar almacén de almas. Viéndolo así, un hombre puede sentir que apenas merece la pena llamarse humano. ¿Dónde está el deseable «uno mismo» que se querría ser? *¿Dov'è sia?*, como dice la ópera. Eso depende. Depende en parte de la voluntad de encontrar algún mérito por parte de quien formula la pregunta. Depende de su talento y de su desinterés. Está muy bien que la individualidad forzada, la mala imitación o la banalidad nos molesten. Es repulsivo. Pero el individualismo no tiene interés si no sirve para extender la verdad. Como distinción personal, realce, gloria, encuentro que carece de interés. Solo me interesa como instrumento para obtener la verdad —puntualizó Sammler—. Pero dejando esto aparte por ahora, creo que podemos resumir lo que quiero decir más o menos así: que muchos han surgido en la historia moderna,

después de largos períodos de anonimato y amarga oscuridad, para reclamar y disfrutar (como disfruta ahora la gente de las cosas) un nombre, una dignidad como personas, una vida como las que en el pasado eran exclusividad de los caballeros, la nobleza, la realeza o los dioses mitológicos. Y también que esta oleada, como tantos grandes movimientos, ha traído dolor y desesperación, que sus éxitos no están claros, sino que el sufrimiento que causa a mucha gente es incalculable, que la mayor parte de las formas de existencia personal parecen estar desacreditadas y que existe un peculiar anhelo de no ser. Mientras no haya vida ética y todo eso se vierta de forma tan bárbara y despiadada en el gesto personal, hay que aguantarlo. E insisto en que se anhela muy especialmente el no ser. Quizá sea más exacto decir que la gente desea visitar todos los demás estados del ser en un estado difuso de conciencia, que no desea ser una cosa concreta sino volverse comprensiva, entrando y saliendo a voluntad. ¿Por qué han de ser humanos? En la mayor parte de las formas ofrecidas hay poco radio de acción para los abundantes y generosos poderes de la naturaleza en el individuo. En los negocios, en las profesiones, en el trabajo en general; como miembro de un colectivo; como habitantes de las ciudades, esos extraños pozos; como experimentador de compulsiones y manipulaciones; como víctima de tensiones; como padre, marido que sirve a la sociedad desempeñando su parte alícuota de actos... el individuo parece experimentar cada vez menos esos poderes. Por eso, desde luego, me parece que desea divorciarse de todos los estados que conoce.

»Se acusó al cristiano de que deseaba librarse de sí mismo. Quienes lo acusaban de ello lo instaban a trascender su insatisfactoria humanidad. Pero ¿acaso no es la trascendencia el mismo desorden? ¿No significa también eso librarse del ser humano? Bien, quizá el hombre deba librarse de sí mismo. Por supuesto. Si es que puede. Pero también tienen algo en sí mismo que cree que debe continuar. Algo que merece proseguir, y todos lo sabemos. El espíritu se siente engañado, ultrajado, violado, corrompido, fragmentado, dañado. Sin embargo, sabe lo que sabe y no puede librarse del conocimiento. El espíritu sabe que su crecimiento es la finalidad principal de la existencia. Así me lo parece. Además, la humanidad no puede ser otra cosa. No puede librarse de sí misma sino por un acto de autodestrucción universal. Pero ni siquiera nos queda la solución de votar sí o no. Y no he expuesto mis argumentos, pues no arguyo a favor de nada. He expuesto mis pensamientos. Se me interrogó acerca de ellos y he querido expresarlos. He descubierto que lo mejor es ser desinteresado. No como se disocian de sí mismos los misántropos, es decir, juzgando, sino no juzgando. Queriendo lo que Dios quiere.

»Durante la guerra yo no tenía creencia alguna y siempre me habían disgustado las maneras de los ortodoxos. Vi que a Dios no le impresionaba la muerte. El infierno era su indiferencia. Sin embargo, la incapacidad de explicar no es una base para la incredulidad, al menos mientras persista el sentido de Dios. Yo podría desear que no persistiera. Son tan penosas las contradicciones. ¿No preocuparse por la justicia? ¿Nada de piedad? ¿Es Dios tan solo la murmuración de los vivos? Entonces vemos a

esos vivos cruzar raudos como pájaros sobre una superficie líquida, y podemos bucear o hundirnos, y no emerger más, de modo que nadie vuelva a vernos. Como tampoco volverán a vernos cuando hayamos atravesado esa superficie. Pero es que no tenemos prueba de que no haya profundidad bajo esa superficie. Ni siquiera estamos en condiciones de afirmar que nuestro conocimiento de la muerte es superficial. No existe tal conocimiento. Hay esperanza, sufrimiento, luto. Estos vienen de la necesidad, del afecto, del amor, de las necesidades de la criatura viva, porque se trata, efectivamente, de una criatura viva. También existe, implícita, la extrañeza. Y además, el bosquejo. Se sienten otros estados. No todo es sencillamente cognoscible. Sin bosquejo nunca habría habido indagación, ni conocimiento. Pero no soy un examinador de la vida, ni un conocedor, y no tengo nada que argumentar. Seguramente un hombre consolaría si pudiera. Pero no es esa una de mis finalidades. Los consoladores no siempre pueden ser fidedignos. No obstante, muy a menudo, casi a diario, experimento intensas impresiones de la eternidad. Eso tal vez se deba a mis extrañas experiencias, o a la vejez. Diré que a mí eso no me parece propio de viejos. Ni me importaría que no hubiese nada después de la muerte. Si solo ha de ser como antes de nacer, ¿para qué preocuparse? Allí no recibiríamos más información. Nuestra inquietud de monos cesaría. Creo que echaría de menos sobre todo los presagios de mi Dios en las muchas formas diarias. Sí, eso es lo que echaría de menos. De modo, doctor Lal, que si la Luna fuese metafísicamente más conveniente para nosotros, sería por completo partidario de ella. Como proyecto de ingeniería, colonizar el espacio exterior, excepto por la curiosidad y la ingeniosidad del asunto, me ofrece poco auténtico interés. Desde luego, el impulso, la voluntad de organizar esta expedición científica, deben de ser de esas necesidades irracionales que disfrazan la vida... esta vida que nos consideramos capaces de entender. Así que supongo que debemos dar el salto, puesto que nuestro destino humano es hacerlo. Si se tratase de un asunto racional, entonces lo racional sería conseguir la justicia primero en este planeta. Luego, cuando tuviéramos una Tierra de santos, y nuestros corazones anhelaran la Luna, podríamos subir a nuestras máquinas y elevarnos...

—Pero ¿qué pasa en el suelo? —preguntó Shula. Los cuatro se pusieron de pie para mirar. El agua caía por las escaleras traseras y se extendía sobre la blanca superficie plástica del mosaico pompeyano—. De pronto he sentido que se me mojaban los pies.

—¿Se está rebosando una bañera? —preguntó Lal.

—Shula, ¿has cerrado el agua?

—Sí, estoy segurísima.

—Creo que corre con demasiada rapidez para proceder de una bañera —dijo Lal—. Probablemente se haya roto una cañería.

De arriba les llegó el sonido de un flujo continuo y el incesante ruido de la cascada de agua por las escaleras.

—Una cañería rota —repitió Lal—. Parece una inundación. —Se alejó de la mesa

y corrió por la amplia cocina con los peludos puños contra el pecho y la cabeza agachada entre los hombros.

—Oh, tío Sammler, ¿qué será eso?

Las mujeres siguieron a Lal. Sammler, necesariamente más lento, fue tras ellos.

La teoría de Wallace según la cual en el ático había tuberías simuladas llenas de dinero había sido puesta a prueba. Sammler se figuraba que Wallace, tan matemático y aficionado a las ecuaciones, que se pasaba las noches buscando combinaciones para ganar en el juego, habría estudiado un plano antes de ponerse manos a la obra.

En el primer piso no había modo de pisar un sitio seco. La moqueta del pasillo era como un prado empapado y el agua se metía por los rajados zapatos de Sammler. La puerta del ático estaba cerrada, pero el agua salía por debajo de ella.

—Margotte —dijo Sammler—, ve abajo enseguida y llama al fontanero y a los bomberos. Primero a los bomberos, y diles que ya te encargas tú de avisar al fontanero. No te quedes ahí. Ve, rápido.

Wallace había tratado de meter su camisa en la rotura para contener el chorro de agua. Cuando comprobó que era inútil, se apartó. La prenda estaba en el suelo, y entre Lal y él trataban de juntar los dos extremos abiertos de una cañería.

—Hay algo que va mal en este acoplamiento —dijo Wallace—. Debería haber desmontado los extremos. —Estaba a horcajadas sobre la tubería rota, de la que seguía manando el agua.

El doctor Lal hacía denodados esfuerzos para lograr la conexión, y tenía la barba y el pecho empapados. Shula se encontraba junto a él. Si unos ojos muy abiertos pudieran ser una ayuda mecánica, ¡si la proximidad y la mirada sirviesen para soldar unos tubos!

—¿No hay una llave de paso, una válvula? —preguntó Sammler—. Shula, apártate, querida, que estás estorbando.

—Dudo de que así consigamos algo —dijo Lal. El agua silbaba estrepitosamente.

—¿De verdad lo cree? —preguntó Wallace. Se hablaban muy cortésmente.

—Pues sí. En primer lugar, el agua trae mucha fuerza. Y, como habrá advertido usted, no tenemos manera de unir los extremos —respondió Lal. Soltó el tubo y se hizo a un lado. Tenía los pantalones ennegrecidos en la cintura a causa del agua—. ¿Conoce usted el sistema de tuberías de esta casa?

—¿Si lo conozco en qué sentido?

—Quiero decir si el suministro de agua viene de la ciudad o si tienen ustedes uno privado. Si es agua de la ciudad, habrá que llamar a las autoridades. Pero si procede de un pozo, la solución quizá esté en el sótano. Si hay un pozo, será un sistema de bomba.

—Lo raro es que nunca lo he sabido.

—Si viene de un pozo que está debajo de esta casa, tendrá que haber una llave. Bajaré. ¿Hay una linterna?

—Yo conozco la casa —dijo Shula—. Iré con usted.

Con el sari muy suelto y las sandalias casi saliéndose de sus impacientes pies, salió de prisa detrás de Lal, que ya descendía velozmente las escaleras.

—¿No hay cubos? —preguntó Sammler dirigiéndose a Wallace—. Los techos van a venirse abajo.

—La casa está asegurada. No te preocupes por los techos.

—Sin embargo... —Sammler bajó las escaleras.

Debajo de la pila de la cocina y entre los artículos de limpieza encontró unos cubos amarillos de plástico, cogió un par y volvió a subir. Hubo de reconocer que había sentido las típicas inquietudes del pariente pobre. Nunca le había gustado aquella casa. Siempre le había resultado difícil, mientras comía el pan de su benefactor, comportarse con naturalidad en ella. Además, todo aquel confort denso, las habitaciones atiborradas de tantos objetos atractivos, tenían como base un fondo de nulidad. La obra de Mr. Croze, con su boca semejante a un capullo, sus orificios nasales, su peinado a lo Oscar Wilde, su suave barriguita y sus perfumados dedos que enviaban, como dijo una vez Elya amargamente, una comunicación mercantil de las más rudas y cínicas que él hubiera recibido... ¡Elya reconocía que Mr. Croze estaba bien instalado, pero no le gustaba que pareciese elevarse de categoría con sus altas recompensas consistentes en ducados suburbanos para chicos de los suburbios que habían hecho carrera! ¡Sin embargo... una inundación! Sammler no lo soportaba. Además, era una típica producción de Wallace, como el que se hubiesen llevado la limusina al depósito de Croton, la peregrinación a caballo por la Armenia soviética, el amueblamiento de un despacho de abogado para resolver crucigramas en él y las protestas por el éxito «inapreciable» de su padre. Nada nuevo había en esto. Ahora, con regularidad, durante generaciones, de familias prósperas salían hijos anarquistas, genios de la libertad, incendiarios, destructores de prisiones, de la propiedad, de los palacios. Bakunin había sido un enamorado del fuego. Wallace se valía del agua, un medio diferente. Y era muy curioso —Sammler con los dos cubos de plástico tan amarillo o tan ligeros como hojas o plumas, tuvo tiempo en las escaleras, mientras el agua seguía corriendo, de alimentar su curiosidad— que al hablar de su padre aquella tarde Wallace hubiese dicho que estaba cogido como un pescado por el aneurisma y había sido lanzado a la parte del universo donde no debía estar, ahogándose en el aire.

—Vaya, has traído unos cubos. Veamos si conseguimos meterlos debajo de la tubería. Desde luego, no servirán de mucho.

—Para algo valdrán. Puedes abrir una ventana y echar el agua por los canalones.

—Muy bien; pero ¿por cuánto tiempo podremos seguir achicando?

—Hasta que vengan los bomberos.

—¿Los has llamado?

—Por supuesto. Le he pedido a Margotte que lo haga.

—Redactarán un informe. Eso es lo que querrán los de la compañía de seguros. Debo esconder las herramientas. Quiero decir que es preferible que esto parezca accidental.

—¿Quieres decir que parece que estas tuberías se han partido solas? Es una tontería, Wallace, esas cosas solo ocurren en invierno.

—Sí, supongo que tienes razón.

—De modo que creíste que estaban llenas de billetes de mil dólares. ¡Ah, Wallace!

—No me riñas, tío. El botín ha de estar por aquí, en algún sitio. Puedo jurarlo. Conozco a mi padre. Se le da muy bien ocultar. ¿Y para qué le sirve ahora el dinero? No podría permitirse declararlo incluso si...

—¿Incluso si fuera a seguir viviendo?

—Eso es. Y parece que se nos está marchando. O más bien parece el perro del hortelano.

—¿Crees que esa es una manera apropiada de hablar?

—Para ti no lo será, pero no me hagas demasiado caso. Soy de otra generación. Nunca he tenido dignidad, por lo pronto. Me manejo con premisas diferentes. No hay sentimiento natural de respeto. Bien, no puedo negar que fastidié esta cañería por las buenas.

Sammler pensaba en lo parecidos que eran Shula y Wallace con sus fechorías. Había que pararse y esperar a ver por dónde salían. No había manera de no hacerles caso. Sammler puso el segundo cubo bajo la cañería que soltaba el chorro de agua. Wallace había ido a vaciar el primero y volvía con las manos mojadas y pringosas, y el torso, donde el vello semejava una especie de escapulario, desnudo. Los brazos eran largos; los hombros, blancos y bien formados. Sonreía para sí, provocando en Sammler la impresión que el agraciado muchacho le causaba a su propia madre cuando era un niño de cráneo grande y cuello largo, cejas bien dibujadas, cabello crespo y nariz fina y pequeña. Pero, como en ciertos cuadros antiguos, por encima también se representaba otro mundo, y uno podía imaginar que sobre la cabeza de Wallace, separados por una línea recta, aparecían símbolos de turbulencias: humo, fuego, seres negros que volaban.

—Si me dijera donde está la pasta, por lo menos me permitiría pagar los daños causados por el agua. Pero no me lo dirá, y tú no vas a preguntárselo.

—No, no quiero intervenir en eso.

—Piensas que debo ganarme mi propio dinero.

—Sí. Pon rótulos a los árboles y a las matas. Gánate lo tuyo.

—Lo haremos. En realidad, eso es lo que quiero del viejo, que me ayude a comprar el equipo. Es su última oportunidad de demostrar que confía en mí. De que se preocupa por mi bienestar. De darme algo así como su bendición. ¿Crees que me ha querido?

—Por supuesto que te ha querido.

—De niño. Pero ¿me quiso siendo yo un hombre?

—Seguramente.

—Si yo hubiera sido un hombre de acuerdo con sus ideas. Eso es lo que quieres

decir, ¿no?

Sammler siempre podía recurrir a una de sus miradas de ciego para expresar su pensamiento.

—O si tú hubieras querido, Wallace. Oportunidades como estas pasan pronto. Hay que darse prisa.

—Lamento que a estas horas tengas que estar achicando agua. Debes de sentirte cansado.

—Creo que sí. Pero los viejos podemos aguantar mucho. Sin embargo, empiezo a sentir cansancio.

—Pues yo tampoco tengo ya tantos bríos. ¿Qué tal van las cosas por allá abajo? ¿Muchísima agua?

Sin comentarios.

—Siempre pasa esto. ¿Será un mensaje de mi inconsciente al mundo?

—¿Y para qué enviar tales mensajes? Censúralos. Mete entre barrotes a tu inconsciente y déjalo a pan y agua.

—No, si es solo mi fatal manera de ser. No se puede evitar. Tiene que salir a relucir. Yo también la detesto.

El esbelto Mr. Sammler acercaba delicadamente el ligero cubo a la tubería mientras el agua caía ruidosa.

—Sé que papá hizo que le instalaran aquí unas tuberías falsas —insistió Wallace.

—Pues si era mucho el dinero que tenía que esconder, debía de ser una tubería muy gruesa.

—No, no habría hecho nada tan evidente. Tienes una idea equivocada de él. Es científicamente frío. Podría haber sido este tubo. Podía haber enrollado los billetes para que ocupasen muy poco espacio. Es cirujano, y como tal posee mucha habilidad y paciencia.

De repente dejó de manar agua.

—¡Mira! Se ha parado. Ya solo queda un hilo. ¡Hurra! —exclamó Wallace.

—¡El doctor Lal!

—Vaya alivio. Ha encontrado una llave. ¿Quién es ese tipo?

—El profesor V. Govinda Lal.

—¿De qué es profesor?

—Creo que su especialidad es la biofísica.

—Bueno, pues sin duda sabe utilizar la cabeza. Nunca se me ha ocurrido averiguar de dónde viene nuestra agua. Debe de haber un pozo. ¿Te imaginas? Y hemos estado aquí desde que yo tenía diez años. Nací el ocho de junio de mil novecientos cuarenta y nueve. Soy Géminis. El lirio de los valles es mi flor de nacimiento. ¿Sabías que el lirio de los valles es muy venenoso? Nos mudamos al nacer yo. No hubo fiesta. El día de la mudanza el camión se atascó entre los postes de la entrada. De modo que no es agua del municipio... ¡asombroso! —Con su habitual superficialidad, pasó a unas consideraciones generales—. Se supone que una

característica del hombre masificado es que no sabe diferenciar entre la naturaleza y el producto de la acción del hombre. Cree que las cosas baratas, como el agua, la electricidad, el metro, los perritos calientes, son como el aire, el sol y las hojas de los árboles.

—¿Así de sencillo?

—Ortega y Gasset así lo creía. Bien, he de comprobar los daños que se han causado y hacer que venga la mujer de la limpieza.

—Puedes ir recogiendo agua. No dejes que los charcos se pasen ahí toda la noche.

—No tengo ni idea de cómo hacerlo. Creo que en mi vida he tenido un lampazo en las manos. Quizá podría extender unos periódicos. En el sótano hay ejemplares viejos del *Times*. Pero una cosa, tío.

—¿De qué se trata?

—No tengas mal concepto de mí por estoy de hoy.

—No lo tendré.

—En fin, no me mires por encima del hombro, no me desprecies.

—Hombre, Wallace...

—Ya sé que deberías hacerlo. Pero me gustaría mucho que tuvieras buena opinión de mí.

—¿Te sientes deprimido, Wallace, cuando las cosas se ponen mal como hoy?

—Cada vez menos.

—¿Significa eso que vas mejorando, no? —preguntó Sammler.

—Ya ves, si Angela hereda la casa, mis esperanzas de conseguir el dinero se irían al garete. Ya que está soltera, pondrá la casa a la venta. Ella no tiene sentimientos que la ligen al viejo hogar. Las raíces. Bien, tampoco yo los tengo si vamos a ello. Ni siquiera a papá le gusta este sitio. Y no creas que me dejo deprimir por lo que ha pasado hoy. Todo puede arreglarse. A precios exorbitantes. Pero se pagará la cuenta, que será un verdadero timo. Y está el seguro. Las emociones posesivas se hallan en una fase transitoria. De verdad lo creo.

Wallace podía volverse serio de pronto, aunque su seriedad fuera de poco peso. Probablemente, la seriedad constituía el ideal de Wallace, su verdadera necesidad, pero el joven era incapaz de encontrar sus propias esencias.

—Te diré lo que temo, tío —continuó—. Si he de vivir de una renta fija, será el fin para mí. Nunca volveré a encontrarme. ¿Quieres que acabe pudriéndome? Necesito librarme del futuro que mi padre ha dispuesto para mí. De otro modo, todo seguiría siendo posible y todas esas posibilidades acabarían conmigo. Debería tener mis propias necesidades, y no las veo por ninguna parte. Lo único que veo son diez mil al año como la condena vitalicia que quiere imponerme mi padre. Tengo que librarme mientras él aún vive. Cuando muera, me pondré tan melancólico que no seré capaz de levantar un dedo.

—¿Nos ponemos a recoger algo de esta agua? —propuso Sammler—. ¿Empezamos extendiendo los *Times*?

—Oh, eso puede esperar. Demonios, de todos modos nos harán polvo las reparaciones. ¿Sabes, tío?, me creo incapacitado para organizar bien estas cosas, y solo lo conseguiré a medias.

—De modo que no estás unido a esta casa, ni ligado a sus raíces, Wallace.

—No, claro que no. ¿Raíces? Las raíces no son modernas. Ese es un concepto de campesinos: tierra y raíces. Los campesinos van a desaparecer. Ese es el verdadero sentido de la revolución moderna: preparar a los campesinos del mundo para un nuevo estado de existencia. No tengo raíces, desde luego, pero hasta yo estoy anticuado. Lo que tengo son muchos alambres viejos, y los alambres pertenecen a la vieja tecnología. Lo verdadero es la telemetría. La cibernética. Ya lo he decidido, tío Sammler: si mi empresa con Feffer fracasa, me iré a Cuba.

—¿A Cuba? ¿No serás también comunista, Wallace, verdad?

—En absoluto. Sin embargo, admiro a Castro. Tiene un estilo terrible, es un radical bohemio y se ha enfrentado al superpoder de Washington. Él y su gobierno montan en jeeps. Se reúnen entre cañas de azúcar.

—¿Qué quieres decirle?

—Podría ser importante, y no te burles de mí, tío Sammler. Tengo mis ideas acerca de la revolución. Cuando los rusos hicieron la suya, todos dijeron: «Un salto hacia delante en una nueva etapa de la historia». No ocurrió nada de eso. La Revolución rusa fue una acción dilatoria... Ah, Dios mío, qué ruido. Son los coches de los bomberos. Debo darme prisa. Son capaces de echar la puerta abajo. Esos muchachos se exaltan manejando sus hachas. Y debo tener una coartada para los del seguro.

Salió corriendo.

Ante la casa las luces giratorias se filtraban por entre los árboles y teñían de un rojo oscuro el césped, los muros y las ventanas. Hacían sonar la campana, y por la carretera, tragándose apasionados gritos, se acercaban sirenas de tremenda potencia. Llegaban más máquinas. Desde la ventana del ático Sammler vio a Wallace salir corriendo de la casa con las manos levantadas y explicándoles lo ocurrido a los hombres del casco mientras estos saltaban de sus camiones con sus botas de goma.

Habían traído agua.

Mr. Sammler pasó unas horas despierto aquella noche. Fue el resultado predecible de su preocupación por Elya. Y de la inundación. También de su conversación con Lal, que lo había obligado a expresar sus opiniones históricas, planetarias y universales. El orden, probablemente, debía quedar invertido: primero sus puntos de vista, planetarios o universales, y luego los dólares escondidos, las tuberías y los bomberos. Sammler salió y paseó por el jardín que se extendía detrás de la casa. Había dado explicaciones, había tomado posiciones, había dicho cosas de las que no estaba convencido. Dentro había actividad, discusiones, arreglos, rearreglos. En la casa de un hombre moribundo. Y luego había ciertas cosas inferiores a las que se insistía en ampliar, en llevar hacia el centro: relaciones, aspectos de la decoración,

líos de familia, fotografías de ladrones en autobuses, brazos de señoras puertorriqueñas en el Brox Express, *odi et amo* (deseo y rechazo), autoinvestigaciones emotivas, asuntos eróticos en Acapulco con extraños amistosos. Asuntos civiles. ¡Todos civiles! Las mentalidades superiores, como Platón —ahora no solo estaba dando una conferencia sino que se hablaba a sí mismo—, deseaban librarse de esas cosas —líos, pleitos, histerias—, esas mezquindades. Otras mentalidades poderosas negaban que eso pudiera hacerse. Algunos, como Freud, sostenían que los más potentes instintos se hallaban ligados a aquellas cosas, y que cada pequeñez constituía el síntoma de una profunda enfermedad en una criatura cuyo sino era estar enfermo. ¿Qué hacer con esas cosas, absurdas en la forma pero posiblemente reales? ¿O acaso no eran reales? Se hacía imperativo librarse de ello. Y por eso, durante la crisis de Akaba, Mr. Sammler había tenido que ir a Oriente Medio.

En aquel momento, caminando a la blanca luz de la luna sobre la grava de Elya Gruner, en la que se veían las negras marcas de los neumáticos de los camiones de bomberos, reconoció y volvió a identificar sus motivos. Había vuelto a 1939. Quería referirse otra vez al bosque de Zamosht, a características humanas verdaderamente básicas. ¿Cuándo habían parecido auténticas las cosas? En Polonia cuando estaba cegado, en Zamosht cuando se helaba, en la tumba cuando tenía tanta hambre. Así, había convencido a Elya de que lo dejara ir, de que lo enviase, y había renovado su familiaridad con cierta clase de hechos. Lo cual, como era más viejo y frágil, había hecho que aumentara el temblor de sus piernas; cuanto más pretendía estar derecho, más fallaba. Había pocos signos exteriores de eso, pero ¿no era ya demasiado viejo? ¿Tenía justificación que hubiese acudido volando a una guerra?

En Atenas se anunció que aquel vuelo no proseguiría porque la lucha había comenzado en Israel. ¡Todos abajo! En el aeropuerto, el calor griego era mareante. La música daba vueltas en torno a la cabeza de Mr. Sammler. El café azucarado, las bebidas pegajosas también le resultaban insoportables. El suspense, el retraso, se le hacían intolerables. Fue a la ciudad y visitó las oficinas de las líneas aéreas, le pidió a un hombre de negocios amigo de Elya que lo ayudase, visitó el consulado israelí y obtuvo un billete para el primer vuelo de El Al. Volvió a esperar en el aeropuerto hasta las cuatro de la mañana entre periodistas y hippies. Estos jóvenes —holandeses, alemanes, escandinavos, norteamericanos— habían estado acampados en Eilath, a la orilla del mar Rojo. Los beduinos de la antigua ruta de Arabia a Egipto les habían vendido hachís. Era un sitio animado. Querían volver allí, con sus guitarras. Respondiendo a un acontecimiento primario. Aunque sin reconocer a gobierno alguno.

El jet iba atestado. Era imposible moverse. Incluso para las personas muy delgadas resultaba difícil respirar. Alguien de la televisión, que estaba junto a Sammler, le ofreció a este un trago de su whisky. Y Sammler bebió un poco de Bell's. Le dio las gracias a aquel hombre. En ese preciso instante el sol subía rápidamente del mar como un zorro rojo. No era redondo sino alargado, y próximo en lugar de

lejano. El metal de los motores, en el que chillaba el aire helado —luz en la negrura, negrura en la luz—, colgaba por debajo de las alas junto a la ventanilla de Sammler. El whisky bebido directamente de la botella —sonrió para sí— hacía de él un auténtico corresponsal de guerra. Extraña persona para precipitarse a esa guerra, aunque no más que aquellos bohemios de la Edad de Piedra con sus solemnes barbas. En el avión había otros que no parecían muy útiles en una situación de crisis. Sammler enviaría sus anticuados despachos a Mr. Jerzy Zhelonski en Londres para que los leyera un público polaco muy heterogéneo.

No tenía sentido que Mr. Sammler, a su edad, con una gorra blanca y una chaqueta a rayas, fuese en un autobús de la prensa detrás de aquellos tanques a Gaza, a Al Arish y más allá. Pero él mismo se lo había buscado. No existía nada de casual en aquello. Con sus prendas americanas quizá pasase por más joven. Los norteamericanos y los ingleses siempre parecían un poco más jóvenes. De todos modos, allí estaba él. Era uno de los periodistas. Pasó por la conquistada Gaza. Estaban barriendo cristales rotos. En la plaza, vio vehículos blindados y fusiles. Poco más allá, los muros del cementerio, las cúpulas de tumbas blancas. En el polvo, restos de comida rancia, al sol; olores de desperdicios recalentados y de orina. El jazz oriental se retorció sobre sí mismo como enfermo de disentería. Qué música tremendamente cómica. Las mujeres, solo las de edad avanzada, iban al mercado o trataban de comprar algo, porque era imposible que hubiese que comprar. Los transparentes velos negros revelaban los rostros huesudos y hombrunos que había debajo: narices grandes, bocas serias que sobresalían sobre dientes pétreos. En Gaza no había nada que pudiera retenerlo a uno mucho tiempo. El autobús paró para que Sammler subiese, y el joven padre Newell, con su uniforme de combate de Vietnam, lo saludó.

Cuando pasaron ante el último de los campos regados y entraron en el desierto del Sinaí, el sacerdote, conocedor de la guerra moderna, le indicó cosas que a Sammler se le habrían escapado. Entonces empezaron a ver los muertos, los cadáveres de árabes sin enterrar. El padre Newell le enseñó el primero. Sammler quizá no se hubiera fijado nunca en él, habría tomado al muerto por un saco verdoso lleno que había caído de un camión sobre la blanca arena.

Tirados a los lados de la carretera, hundidos en la arena, naufragados en las dunas, muchos quemados, vio vehículos de transporte, tanques, camiones, coches pequeños aplastados, ruedas que habían escapado, y amontonados en torno a aquellas máquinas, centenares de cadáveres. El olor recordaba al del cartón mojado. Los uniformes de los muertos, jerséis de un marrón verdoso, túnicas, camisas deformadas por la hinchazón que producían los gases, los fluidos. Brazos y piernas gigantes, hinchados, se asaban al sol. Los perros devoraban aquellos asados humanos. En las trincheras los cadáveres se apoyaban contra los parapetos. Los perros se acercaban rastreramente. Los habitantes habían huido de los campamentos que se veían aquí y allá, de las tiendas bajas al estilo beduino pero hechas de envolturas plásticas, hojas

sucias de celulosa como mudas de insectos, grandes cajas de cucarachas. ¡Pobre gente! ¡Ay, pobres criaturas!

—Bueno, hicieron un buen trabajo, ¿verdad? —comentó el padre Newell—. ¿Cuántas bajas diría usted que se produjeron?

—No tengo idea.

—Creo que esto fue un pequeño experimento ruso —dijo Newell—. Ahora ya saben a qué atenerse.

Los rostros se suavizaban al sol, se oscurecían y fundían, y fluían. La carne se hundía en la calavera, el cartílago de la nariz se torcía, los labios se encogían, se disolvían los ojos, los huecos se llenaban de fluidos y brillaban en la piel. Extraño sabor a grasa humana. O a húmeda pasta de papel. Mr. Sammler contenía la náusea. Mientras el padre Newell y él caminaban juntos, les advirtieron que no fuesen por la carretera a causa de las minas. Sammler le leía al sacerdote los letreros en ruso pintados en blanco sobre los tanques y camiones: «*Gorkiskii Autozavod*», decían la mayor parte de ellos. El padre Newell parecía saber mucho del calibre de las armas, del grosor de los blindajes, del alcance del tiro. En voz baja, por respeto a los israelíes, ya que negaban usarlo, identificaba el napalm. ¿Distinguía ese color rojizo, ese malva, allá? El color salmón con algo de verde en la escoria era señal segura. Napalm, sin lugar a dudas. Se trataba de una guerra en toda regla. Esos judíos eran duros. Le hablaba a Sammler como un norteamericano a otro. Las largas rayas azules en la sirsaca, la gorra blanca manchada de Kresge, y el bloc en el que Sammler tomaba sus notas para sus artículos polacos, también de Kresge, constituían pruebas de ello. Era una guerra de verdad. Todos respetaban la matanza. ¿Por qué no el cura? Calzaba gruesas botas americanas de combate, como si no fuese un sacerdote. Pero allí no era un sacerdote, sino un periodista. No era lo que se suponía ser. Ni tampoco Sammler, que no podía formular con claridad qué era. Humano, pero en una forma alterada. El ser humano en el punto en que intentaba dejar de serlo. ¿Acaso no era esto a lo que Sammler se refería en la cocina cuando les hablaba a Lal y a las mujeres del divorcio de toda condición humana, pidiendo librarse de la atención de Dios? Mis días son pura vanidad. No viviré siempre. Que me dejen solo. Ser visitado cada mañana, ser llamado, ser magnificado... Que me dejen solo.

Recorrió la estrecha carretera con el padre Newell, recogiendo objetos curiosos, granadas, vendas, revistas de historietas y cartas escritas en árabe, dejándoles paso a los camiones cargados de pan. Pero el tema principal, el tema de los muertos, no podía cambiar. Erizados en las telas de un marrón verdoso. Los sofocantes vapores con olor a cartón mojado que despedían. En el intenso calor, la vidriosa persistencia y la distorsión de la luz del desierto, aquellas formas hinchadas eran lo principal que podía verse. Eran lo único que el alma se tomaba en serio. Y eso constituía, quizá, lo que el instinto de Sammler lo había inducido a hacer. Ir a Kennedy, tomar un avión, aterrizar en Tel-Aviv, hacer instantáneas, sacar una tarjeta de periodista, encontrar un autobús para Gaza, visitar la gran rueda solar del blanco desierto en el que se

hallaban aquellos cadáveres egipcios y aquellas máquinas, establecer este primer contacto. Así se cumplieron ciertos deseos que no atinaba a explicarse. Y esa guerra era, tal como iba la humanidad, un asunto casi sin importancia. En la moderna experiencia, representaba muy poco. Nada en absoluto. Y los muchachos implicados en ella, después de luchar jugaban al fútbol en Al Arish. Despejaban un espacio, daban patadas y marcaban goles, saltaban, trotaban por la arena. O a la sombra de los hangares sacaban sus libros y leían biología o química, filosofía, preparándose quizá para presentarse a exámenes. Luego los llamaron a él y al padre Newell para que viesen a unos guerrilleros a los que habían capturado y que llevaban en un camión con los ojos vendados. Por debajo de aquellos andrajos que los cegaban, sus rostros reflejaban desesperación, como si aquella no fuese una guerra muy pequeña. Se veían aquellas cosas, y luego las siguientes, y después otras. Y estaba claro que Mr. Sammler necesitaba aquellas visiones, para las cuales vencía al temblor de sus piernas o las ganas de llorar que lo asaltaban al observar las caras vendadas de los guerrilleros. Unos hombres lo llevaron hasta el mar. Ellos entraron en el agua para refrescarse. Él también, pero permaneció de pie. Una ancha franja de espuma se mezclaba con un brillo ardiente a lo largo de muchos kilómetros de playa, en variadas y profundas curvas de blancura hirviente entre la arena y la inmensa extensión azul. Durante un rato, allí en el agua, no olió a carne podrida, pero pronto tuvo que cubrirse la nariz con un pañuelo.

El pañuelo pronto absorbió el olor. Este impregnó su ropa. Y a eso sabía su saliva.

Diez días después, vía Londres, voló de regreso a casa. Como si hubiera ido a alguna misión que él mismo se hubiera señalado para descubrir ciertos hechos. Advirtió que el Londres moderno estaba muy animado. Visitó su viejo piso en la Woburn Square. Observó que el tráfico era muy intenso. Vio que había más borrachos en las calles, que la industria publicitaria inglesa había descubierto el desnudo femenino y que en la mayor parte de los carteles en las escaleras del metro aparecían mujeres en ropa interior. Encontró a sus conocidos tan viejos como él. Luego la BOAC lo llevó al aeropuerto Kennedy, y pronto se halló en la biblioteca de la calle Cuarenta y dos leyendo, como siempre, al Maister Eckhardt.

«Bienaventurados sean los pobres de espíritu. Pobre es el que nada tiene. Quien es pobre de espíritu es receptivo para todo espíritu. Y Dios es el Espíritu de los espíritus. El amor, la alegría y la paz son frutos del espíritu. Procurad desprenderos de todas las criaturas, de todo el consuelo que dan las criaturas. Pues, sin duda, mientras las criaturas consuelen y sean capaces de consolaros, nunca encontraréis el verdadero consuelo. Pero si nada puede consolaros excepto Dios, en verdad Dios os consolará».

Mr. Sammler no podría afirmar que creyese al pie de la letra en lo que estaba leyendo. Sin embargo, tenía la certeza de que aquello era lo único que le interesaba leer.

En el prado, ante la casa con entramado de madera, la tierra estaba húmeda y la hierba fragante. ¿O procedía del mismo suelo aquel olor tan fresco? En el aire

aclarado y purificado por la luna, vio a Shula correr hacia él.

—¿Por qué no estás acostado?

—Ahora voy.

Le dio a su padre el cobertor de Elya para que se tapase, y él se tumbó.

Sammler sentía que pertenecía a una especie extraña que había organizado el planeta. Esa masa de criaturas ingeniosas, aproximadamente la mitad de las cuales a esas horas dormían sobre almohadas, envueltas, tapadas con mantas, embozadas. Al despertar, como una tripulación, ponían en marcha las máquinas del mundo, y todo subía y bajaba, y giraba, según cálculos exactos, una millonésima de grado, pieles de máquinas mudadas, reemplazadas, trayectorias de un millón de kilómetros desplegadas. Por esos genios, el despertar. Los dormidos, brutos, fantasistas, soñadores. Luego despertaban y la otra mitad se acostaba.

Y así es como esta brillante raza humana conduce este globo giratorio.

Sammler se sumó por un rato a los demás durmientes.

VI

En el reducido cuarto de aseo junto al pequeño dormitorio, el lavabo era de ónice oscuro, los adornos dorados, los grifos delfines, la jabonera una concha y la toalla gruesa como piel de visón. Los espejos que había en las cuatro paredes le mostraban a Mr. Sammler más aspectos de su imagen de los que deseaba. El jabón era de sándalo. La cuchilla de afeitar estaba roma y tuvo que afilarla. Era muy probable que las mujeres se quitasen el vello de las piernas de vez en cuando con aquella maquinilla de afeitar. Sammler no quería subir en busca de otra cuchilla. El dormitorio principal estaba muy dañado por el agua. Las mujeres habían instalado dos colchones en un rincón seco. El doctor Lal había dormido en la habitación de los huéspedes. ¿Wallace? Quizá hubiese pasado la noche cabeza abajo como un yogui.

De pronto Sammler dejó de afeitarse, hizo una pausa y quedó mirándose en el espejo: su seco, pequeño y «curado» rostro presentaba una afluencia de color. Y eso le daba, incluso al ojo izquierdo, el opaco e hinchado, alguna luz. ¿Dónde estaban todos? Abrió la puerta y aguzó el oído. Nada. Salió al jardín. El automóvil del doctor Lal ya no estaba. Miró en el garaje y comprobó que se hallaba vacío. ¡Habían desaparecido!

Encontró a Shula en la cocina.

—¿Se han ido todos? —preguntó—. ¿Y cómo llego yo ahora a Nueva York?

Ella estaba colando el café en un filtro cónico después de haber hervido los posos, al estilo francés.

—Se marcharon —respondió—. El doctor Lal no podía esperar. No quedó sitio para mí. Alquiló un dos plazas. Un precioso Austin Healy. ¿Lo viste?

—Y Emil, ¿dónde está?

—Tuvo que llevar a Wallace el aeropuerto. Wallace tiene que volar. Ya sabes, sus vuelos de pruebas para su negocio. Van a tomar fotografías y esas cosas.

—Y yo me quedo empantanado. ¿Hay por ahí un horario de trenes? Tengo que ir a Nueva York.

—Ya son casi las diez y no hay muchos trenes. Telefonaré. Emil volverá pronto y puede llevarte. Estabas dormido. El doctor Lal no quiso despertarte.

—Qué falta de consideración. Tanto tú como Margotte sabíais que yo tenía que volver pronto.

—El cochecito era muy mono. Margotte estaba un poco fuera de lugar en él.

—Me han fastidiado.

—Margotte tiene las piernas gordas, papá. Es probable que nunca te hayas dado cuenta. Bueno, de todos modos en el coche no se le verán. El doctor Lal telefonará más tarde. Ya le verás.

—¿Al doctor Lal? ¿Por qué? El documento está allí, ¿verdad?

—¿Allí?

—No me saques de quicio repitiendo mis preguntas. Ya bastante enfadado estoy.

¿Por qué no me despertaste? El documento está en la caja de seguridad, ¿no?

—Yo misma lo guardé, y me llevé la llave. Si has de ver a Lal es porque Margotte está por él. Quizá tampoco te hayas fijado en eso. Papá, debo hablarte de ello.

—Sí, estoy seguro de que lo harás. Si he de decir la verdad, ya me había fijado. Bueno, es viuda, ha tenido bastante luto y necesita a alguien así. Nosotros no representamos un gran consuelo para ella. No sé lo que verá en ese hombrecillo peludo y negruzco. Supongo que el único motivo es la soledad.

—Me doy cuenta de lo que ella ve en él. El doctor Lal es muy distinguido. No finjas después del modo en que le has hablado en la cocina. Estuviste formidable.

—Bueno, bueno. ¿Qué vamos a hacer? Lo de Elya está muy mal, ¿sabes?

—¿Mucho?

—Es lo peor. Y debería haberme dado cuenta de que volver aquí plantearía problemas.

—Déjame eso a mí, papá. Y no has terminado de afeitarte. Sigue, y te llevaré una taza de café.

Sammler volvió al cuarto de aseo, pensando en la forma en que lo habían desplazado con un hábil recurso estratégico. Como César había hecho con Pompeyo o Labieno. No tendría que haber salido de la ciudad. Se encontraba alejado de su base. Y ahora, ¿cómo iba a llegar hasta Elya, que lo necesitaba? Descolgó el teléfono del estudio para llamar al hospital y oyó la señal de ocupado que Shula recibía de Penn Central. Debería esperar con paciencia, pero él no servía para eso. Sin embargo, había estudiado, se había entrenado. Se empezaba por mostrarse sereno. Así que se sentó en el cojín, de cara al sofá, sobre la verde, sedosa y lujosa lana del cobertor afgano bajo el cual había dormido. Propiedad de Elya. Era una mañana deliciosa. El sol entraba mientras él sorbía el café que Shula le había llevado. El cobertor oriental se llenaba de luz y se destacaban sus colores y figuras.

—Señal de ocupado —dijo Shula.

—Sí, lo sé.

—De todos modos, todos los teléfonos de Nueva York funcionan mal. Los técnicos se están ocupando de ello.

Ella se fue al jardín y Sammler intentó de nuevo llamar al hospital. Todas las líneas estaban ocupadas en aquel triste lugar; el aparato graznaba repetidamente, y colgó el auricular. Se puso a pensar en el colosal número de conversaciones, en todas aquellas llamadas. Utilizando las fuerzas invisibles del universo. Fuera, en el jardín, Shula también estaba conversando. Hacía calor. Los tulipanes, los narcisos, los junquillos y un paraíso de oleadas de perfume. Sin duda, Shula les preguntaba a las flores cómo se encontraban. Las respuestas eran innecesarias. Bastaban unas brillantes muestras. Ella misma era una muestra brillante de algo orgánicamente extraño. Haber entrevistado la noche anterior a Shula hacía que Sammler sintiese el peso específico de ella mientras pisaba la hierba. Evocó el cuerpo femenino, la carne blanca, los muslos, el torso, los pies, el vientre con sus órganos, junto con el cabello

ensortijado que escapaba del pañuelo. Todo ello visible y casi palpable. Hasta de algo como las plantas, ¿quién sabía toda la verdad? Una noche, en un programa educativo de la televisión, él y Margotte habían visto a un singular botánico que, tras acoplar un polígrafo —un detector de mentiras— a unas flores, registraba las reacciones de estas a estímulos suaves y violentos. Los sonidos estridentes las hacían encogerse, afirmaba. Un perro muerto puesto ante ellas les causaba aversión. Una soprano interpretando canciones de cuna producía el efecto contrario. Sammler habría adivinado que el propio investigador —con sus gestos maliciosos, su seria nariz de policía— perturbaría a las rosas, a las violetas africanas. A pesar de que carecían de nervios, estos organismos discernían. Nosotros, con nuestra superprovisión de receptores, nos hallamos en un estado de caos nervioso. Entre las sombras de los árboles, cimbreañas, y las rígidas sombras del marco de la ventana, y los reflejos de cobres y cristales, Mr. Sammler, inseguro, se secó los zapatos con la servilleta de papel que Shula había colocado bajo la taza. Los zapatos todavía estaban húmedos. Desagradablemente calados. Margotte también tenía plantas, y Wallace estaba apunto de hacer negocio con ellas. Sería lamentable que los primeros contactos de aquellas plantas fueran con dementes. Mr. Sammler pensó que quizá debería decirles algo. Estaba triste y trataba de distraerse. Sin embargo, aquel peso en el corazón persistía de manera brutal.

Sacó algunas conclusiones. En primer lugar, qué natural había sido que Wallace inundara el ático. Pero ¡si constituía una metáfora para expresar el estado en que se encontraba Elya! En relación con este surgían otras imágenes: una ampolla en el cerebro, una oxidada espuma de sangre sobre esa otra planta que se halla en nuestra cabeza. Algo como el convólculo. No, como una gran coliflor. El tornillo en la arteria no conseguiría reducir la presión, y allí donde el vaso presentaba varicosis y era más fino que una telaraña, podía abrirse. ¡Una inundación terrible! Se podía pensar en cosas que aliviases. ¡Bien! ¡La vida! Todo el que la tenía debía perderla. O bien era ese el momento de honor de Elya y este recurría a sus mejores cualidades. Todo eso estaba muy bien hasta que la muerte se fijaba en el individuo. Entonces semejantes ideas no servían de nada. La cuestión era que él, Sammler, debería estar en el hospital en ese momento; para hacer lo que pudiera hacerse; para decir lo que pudiera decirse, y lo que debía decirse. Sammler no sabía exactamente qué podía o debía decirse. No acertaba a dar con la cosa concreta. Viviendo como vivía, a su modo íntimo, desarrollando sus condensaciones o contracciones, uno acababa por volverse comunicativo. Explicar o ampliar sus pensamientos le provocaba cansancio y fastidio, como había comprobado la noche anterior. Pero no se sentía comunicativo con Elya. Al contrario, deseaba decir todo lo posible. ¡Quería ir al hospital y decir algo! Quería a su sobrino y tenía algo que Elya necesitaba. Todos los interesados deberían haber tenido aquello. El primer lugar junto a la cabecera de Elya pertenecía a Wallace o a Angela, pero no iban a ocuparlo.

Elya era médico y hombre de negocios. En su honor, debía decirse que no había

sido muy formal con su familia. Sin embargo, tenía un concepto de la vida propio del negociante. Y los negocios, en la mercantil Norteamérica, representaban también un sistema de entrenamiento para las almas. El miedo a no ser ducho en los negocios era muy grande. Moribundo, Elya muy bien podía sacar fuerzas si llevaba a cabo un negocio. En realidad, eso había hecho. Había seguido hablando con Widick. Y Sammler no tenía nada que ofrecerle que supiese a negocios, aun cuando, en definitiva, estos a Elya no le sirvieran. Algunos, muchos, seguirían con ellos hasta lanzar el último suspiro, pero Elya no era así, no era tan limitado. Él no se regía por las consideraciones del mero negociante. No se hallaba en ese estado propio de los insectos, mecánico, que para los seres humanos significaba la rendición, el desastre. Incluso ahora —quizá más que nunca—, Elya era accesible. En verdad, Sammler no lo había advertido a tiempo. El día anterior, cuando Elya le había hablado de Wallace y había censurado a Angela, Sammler debería haberse quedado con él. Habría sido posible cualquier grado de franqueza. En la frase que se escapa, un momento de verdad. Dando a entender, desde luego, que toda conversación constituía una compilación de mentiras. Pero Elya no era uno de esos cristales monstruosos, un carámbano, sino un sistema sellado, completamente impenetrable. Tocando, dando golpecitos a las largas fibras verdes de la manta, Sammler se dijo —por haber sido Antonina y él designados como parte de una demostración de la falta de sentido de esta viva confusión, con sus angustias de elevada intuición por un lado y la continua y fangosa succión de la fangosa tumba por debajo— que a causa de ello él mismo, Artur Sammler, había opuesto tan obstinada resistencia. Y también Elya era muy partidario de conductas que parecían desacreditadas y que poca gente defendía de manera explícita. Lo que se había perdido no era la conducta, sino las viejas palabras. Faltaban las formas y los signos. No el honor, sino la palabra de honor. No el impulso virtuoso, sino los términos acuñados en vulgares tonterías. No la compasión, pero ¿qué eran las palabras compasivas? Y las palabras compasivas representaban una necesidad de los mortales. Manifestaciones, sonidos de esperanza y deseo, exclamaciones de pena. Esas cosas eran suprimidas como si fuesen ilícitas. A veces aparecían en cifras, en vagos signos garrapateados en los escaparates de edificios condenados (la vacía sastrería frente al hospital). En esta etapa de las cosas había una mudez terrible. De lo esencial no se decía casi nada. Sin embargo, se podía, se debía hacer señales. Había que declarar algo así: «Por muy efectivos que usted y yo nos consideramos mutuamente, *no somos tan efectivos*. Moriremos. Sin embargo, existe un vínculo. Existe un vínculo». Mr. Sammler creía que si eso no se podía decir con todas las palabras habría que decirlo tácitamente. En realidad, siempre se estaba afirmando eso de muchas maneras. Y, de todos modos, sabemos *qué es qué*. Pero Elya, en ese momento, experimentaba una especial necesidad de un signo, y él, Sammler, debía estar allí para satisfacerla.

Telefonó de nuevo al hospital. Con gran sorpresa, se halló hablando con Gruner. Había pedido que se pusiera la enfermera particular de Elya. ¿Podía comunicarse con

la habitación? Seguramente estarían molestando a Elya con muchas llamadas. A pesar de aquel bulto mortal en la cabeza, aún seguía en activo, ocupándose de cosas.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo sigues, tío?

El verdadero sentido de su pregunta debía ser: «¿Dónde estás?».

—¿Qué tal te encuentras?

—No se ha producido ningún cambio. Creía que tú y yo íbamos a vernos.

—Voy para allá. Lo lamento, cuando hay algo importante siempre surge algo que lo retrasa. Nunca falla, Elya.

—Cuando te fuiste ayer, dejamos las cosas sin decidir. Angela nos interrumpió con esos asuntos sin solución. Había algo que deseaba preguntarte. Sobre Cracovia. De los viejos tiempos. Y, a propósito, me jacté de ti hablando con un médico polaco de aquí. Tenía mucho interés en leer los artículos polacos que enviaste de la guerra de los Seis Días. ¿Tienes recortes?

—Desde luego. Tengo muchos.

—¿Estás en casa ahora?

—Ahora mismo no.

—¿Te importaría traer esos recortes? ¿Quieres pasar por tu casa a recogerlos?

—Por supuesto que sí. Pero no quiero perder tiempo.

—Cuando vengas quizá me hayan llevado a hacerme un reconocimiento. —La voz de Elya rebosaba de tonos inidentificables. Sammler, cuya habilidad interpretativa era insuficiente, estaba inquieto—. ¿Por qué no habría tiempo? Sobra tiempo para todo. —Las palabras sonaban extrañas, igual que el acento en que las pronunciaba.

—¿Sí?

—Claro que sí. Me alegro de que hayas llamado. Hace un rato traté de telefonearte. Nadie contestó. Saliste temprano.

Sammler se sentía tan intranquilo que le costaba respirar. Alto y delgado, sostuvo el teléfono, concentrándose, consciente de la angustiada intensidad de su cara. Se había callado.

—Angela viene de camino —dijo Elya.

—Yo también voy.

—Sí. —Elya parecía arrastrar las palabras más cortas—. Bien, tío.

—Adiós, por ahora.

—Adiós, tío.

Sammler dio unos golpecitos en el cristal para llamar la atención de Shula, que entre las oscilantes flores se veía llamativamente blanca. La primavera de Sammler. Shula llevaba en la cabeza un pañuelo rojo oscuro. Para cubrirse, pues le preocupaba tener el cabello tan ralo. Quizá fuese la abundancia natural, la fuerza de crecimiento, la exuberancia, lo que admiraba en las flores. Al observarla entre los rubios narcisos de abiertas bocas que el viento mecía, su padre la creía enamorada. Por sus hombros

caídos, por el matiz de sus labios anaranjados, advertía que Shula ya estaba preparada para resignarse a un anhelo amoroso no correspondido. El doctor Lal no era para ella, que nunca le sujetaría la cabeza ni tendría su barba entre los senos. La crueldad del asunto era que pocas veces se encontraba gente para desear lo posible.

Abrió la ventana.

—¿Dónde está la guía de ferrocarriles? —preguntó.

—No la encuentro. Los Gruner no van en tren. De todos modos, llegarás antes a Nueva York con Emil. Irá al hospital.

—No creo que, al menos hoy, espere a Wallace en el aeropuerto.

—¿Por qué dijiste aquello de Lal, que era un tipo pequeño, bajito y peludo?

—Espero que no estés interesada en él.

—¿Por qué no?

—No te conviene, y nunca te daré mi consentimiento.

—¿Que no qué?

—No sería un buen marido para ti.

—¿Porque es asiático? No es posible que tengas esos prejuicios, papá.

—No pongo la menor objeción a que sea asiático. Hay muchas ventajas en los matrimonios con extranjeros. Si tu marido resulta un pesado, te llevará más años descubrirlo en francés. Pero es que los hombres de ciencia son malos maridos. Dieciséis horas al día en un laboratorio, absorto en sus investigaciones. Te sentirás abandonada, ofendida. Yo no lo permitiría.

—¿Ni siquiera si yo lo amara?

—Siempre creíste que amabas a Eisen.

—Él no me quería, o no lo bastante para olvidar mis antecedentes católicos. No podía hablar de nada con él, y, además, sexualmente era un grosero. Son cosas que prefiero no contarte, papá. Pero es de lo más ordinario y basto. Está ahí, en Nueva York. Si se acerca a mí le clavaré un cuchillo.

—Me asombra, Shula. ¿De verdad llegarías a clavarle a Eisen un cuchillo?

—O un tenedor. Muchas veces lamento haber permitido que me pegase, allá en Haifa, y no haberme desquitado. La verdad es que me pegó fuerte; debería haberme defendido.

—Eso demuestra que es mucho más importante que en adelante evites errores. Debo protegerte de fracasos que puedo prever. Es el deber de un padre.

—Pero ¿y si me enamorase del doctor Lal? Ten en cuenta que yo lo vi primero.

—La rivalidad... vaya pobre motivo. Shula, hemos de cuidar el uno del otro. Lo mismo que tú te preocupas por mí por lo de H. G. Wells, yo me cuido de tu felicidad. Margotte es una persona mucho menos sensible que tú. Si un hombre como el doctor Lal estuviera mentalmente ausente durante semanas, ella ni siquiera se daría cuenta. ¿No recuerdas la manera en que solía hablarle Ussher?

—Le decía que se callara.

—Eso es.

—Si mi marido me tratara así, no podría soportarlo.

—Exactamente. Wells también creía que los investigadores científicos son malos maridos.

—¡No es posible!

—Recuerdo habérselo oído decir. ¿Wallace conoce algo de fotografía aérea?

—Sabe tantas cosas... ¿Qué te parece el negocio que ha planeado?

—No tiene ideas sino ilusiones, arrebatos. Sin embargo, no sería el primer maniático que obtuviese dinero. Y es un asunto atractivo eso de ocuparse de los nombres de las plantas... Algunas de ellas tienen nombres hermosos. Piensa, por ejemplo, en la *Gazania panovia*.

—*Gazania panovia*, es encantador. Bueno, vente al sol y disfruta del buen tiempo. Me siento mucho mejor cuando te interesas algo por mí. Me alegro de que comprendas que si me llevé ese escrito sobre la Luna fue por ti. No irás a abandonar tu proyecto, ¿verdad? Sería un pecado. Eres la persona indicada para el libro sobre Wells, y sería una obra maestra. Si no lo escribes sucederá algo terrible. Mala suerte. Lo siento aquí dentro.

—Quizá vuelva a intentarlo.

—Debes hacerlo.

—Procuraré hacerle un sitio entre mis preocupaciones.

—No has de tener otras preocupaciones. Solo las creativas.

Mr. Sammler, que olía a jabón de sándalo, decidió sentarse en el jardín para esperar a Emil. Quizá el perfume del jabón se desvaneciera al sol. No le apetecía tener que frotarse de nuevo en aquel cuarto de baño de ónice. Olía demasiado a cerrado.

—Tráete el café aquí fuera.

—Eso me gustaría, Shula. —Le entregó la taza y salió al césped—. Y aún tengo los zapatos empapados de anoche.

Fluido negro, luz blanca, suelo verde, la tierra caliente y suave, penetrada por nuevos crecimientos. En la hierba, un masivo brillo de partículas, una blancura hundida en la tierra y el césped, y en el rocío, dondequiera que el sol lo iluminaba, relucía el espectro como ciudades nocturnas vistas desde un reactor, o la galáctica esperma de los mundos.

—Aquí. Siéntate —dijo Shula—. Quítate esas cosas. Vas a coger frío. Las secaré en el horno. —Se arrodilló y le quitó los zapatos mojados—. ¿Cómo puedes llevarlos? ¿Quieres coger una pulmonía?

—¿Volverá Emil enseguida o esperará a ese loco?

¿Cómo definirle un lunático a otro lunático? ¿Y acaso era él, Sammler, un perfecto ejemplo de cordura? Desde luego, no. Ellos eran su gente, él era el Sammler de ellos. Compartían los mismos principios fundamentales.

—¿Lo dices porque inundó la casa? —preguntó Shula.

—Sí, porque la inundó. Y porque ahora va volando por ahí con sus cámaras.

—Buscaba dinero. Eso no es una locura, ¿no?

—¿Cómo sabes lo de su dinero?

—Me lo dijo él. Cree que hay una fortuna aquí. ¿Tú qué piensas?

—No tengo modo de saberlo. Pero Wallace sí puede tener esas fantasías... Fantasías de Alí Babá, del capitán Kidd o del tesoro de Tom Sawyer.

—Pero él afirma, y no es broma, que hay escondida una fortuna en esta casa, y no descansará hasta encontrarla. ¿No sería eso un poco mezquino por parte del primo Elya...?

—¿Morirse sin decir dónde está?

—Sí.

Shula parecía un poco avergonzada, después de que el sentido de lo que deseaba decir hubiese quedado claro.

—Eso es cuestión suya. Elya hará lo que quiera. Supongo que Wallace te habrá pedido que lo ayudes a encontrar ese tesoro escondido.

—Sí.

—¿Qué hizo? ¿Te prometió una recompensa?

—En efecto.

—No te mezcles en esto, Shula. Mantente aparte.

—Papá, ¿te traigo una tostada?

Sammler no contestó. Ella se alejó llevándose los zapatos empapados.

Por encima de New Rochelle varios pequeños aeroplanos roncaban y susurraban. Era probable que Wallace pilotase uno de ellos. Para él, un rugiente centro. Para nosotros, un bichito bochornoso, un mosquito impulsándose a sí mismo a través de la inmensa extensión azul. Sammler desplazó su silla a la sombra. Lo que al sol había sido una masa de follaje de pino se convertía ahora en agujas y árboles separados. Entonces apareció el Rolls plateado por la esquina de los altos setos. El radiador geométrico, solemne, monogramado, lucía sus varillas. Emil se apeó mirando hacia arriba. Un aeroplano amarillo sobrevolaba la casa.

—Seguro que ese es Wallace. Dijo que iba a volar en un Cessna.

—Sí, supongo que es Wallace.

—Quería probar su equipo en un sitio que le resultase conocido.

—Desde luego, Mr. Sammler. Pero ahora no hay muchos trenes. ¿Sabe usted cómo está Mr. Gruner?

—Hablé con él —respondió Sammler—. Todo sigue igual.

—Me alegra poder llevarlo a la ciudad.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—Así adelantaría mucho tiempo. He de pasar por casa. ¿No tiene usted que volver al aeropuerto para recoger a Wallace?

—Iba a aterrizar en Newark y a tomar allí el autobús.

—¿Cree usted que sabe lo que está haciendo?

—Sin un permiso no le dejarían volar.

—No me refiero a eso.

—Es de esos chicos que quieren hacer las cosas a su manera.

—No estoy seguro de que llegue a aprender...

—Él va descubriendo el modo a medida que hace las cosas. Dice que ese es el método de los *action painters*.

—Debería esperar a tener más calma. En mi opinión, hoy no debería volar. Sus sentimientos (la rivalidad con su padre, la pena, o lo que sea) pueden hacer que se extralimite.

—Si fuera mi padre quien estuviese en el hospital, me tendría ahora mismo a su lado. Pero las cosas han cambiado. Nosotros los mayores somos de otra manera.

Emil se puso la gorra para que le diera la sombra en los ojos y observó el veloz Cessna. Con su nariz larga tenía todo el aspecto de un italiano del Norte. Su piel era tirante. Quizá hubiese sido, como insistía Wallace, Emilio, un feroz y pequeño chófer de la Mafia. Pero se hallaba ya en esa edad en que las personas empiezan a mostrar debilidades de «gente mayor» aunque antes fueran de una pieza. Eso se le notaba en los hombros y en la parte de atrás del cuello, donde las arrugas eran profundas. Se ocupaba del mejor, el supremo, vehículo terrestre. No significaba competencia alguna con la aviación. Se inclinó sobre el parachoques con los brazos cruzados asegurándose de que no estaba rayado. Sostuvo en alto la gorra fragante a cabello y se dio con ella unos leves golpecitos en las arrugas de la frente, semejantes a terrazas.

—Me figuro que deseará sacar fotos desde todas las altitudes. Está volando muy bajo.

—Con tal de que no tropezase con la casa, me daría por contento.

—Pues después de haberla inundado sería todo un récord. Hay que ver si querrá superar eso.

Mr. Sammler se llevó el pañuelo doblado bajo las gafas antes de quitárselas, evitando así que Emil advirtiera su desfiguración. Ya no podía seguir levantando la vista, pues le dolían los ojos.

—¿Cómo puede uno adivinarlo? —dijo Sammler—. Ayer afirmó que era su inconsciente el que abría la espita que no debía.

—Sí, a mí también me dice esas cosas. Pero llevo dieciocho años con los Gruner y conozco esa manera de ser. Le preocupa muchísimo el estado del doctor.

—Sí, lo creo. Pero esa maquinita... Viene a ser como una tabla de la plancha con un batidor de huevos. ¿Tiene usted familia, Emil...? ¿Tiene usted hijos?

—Dos, ya mayores y con carrera.

—¿Lo quieren a usted?

—Se comportan como si me quisieran.

—Eso ya es muchísimo.

Sammler empezaba a pensar que quizá no llegase a Nueva York a tiempo. Además, debía ir a buscar los recortes que Elya le había pedido. El aparato de

Wallace hacía cada vez más ruido, y este le atacaba a uno el cráneo. A Sammler empezó a dolerle la cabeza. El ojo dañado sentía la presión. El aire se dividía. Por una parte la gran molestia y, por otra, una corriente singular, una insidiosa brillantez primaveral.

Restallante, reluciente, amarillo claro como el pico de pájaro, el Cessna hizo otra pasada, aún más baja, sobre la casa. Los árboles vibraban a su paso.

—Se va a estrellar —dijo Sammler—. La próxima vez dará contra el tejado.

—No creo que pueda acercarse más si quiere seguir tomando sus fotos —señaló Emil.

—Ya debe de estar volando más bajo de lo permitido.

El aeroplano se elevó y alejó. Poco a poco se hizo más pequeño, hasta que ya casi no se lo podía oír.

—¿No estuvo a punto de chocar contra la chimenea?

—Eso pareció, pero solo desde nuestra perspectiva —respondió Emil.

—No deberían permitirle volar.

—Bueno, ya se ha ido. Quizá haya terminado.

—¿Nos vamos nosotros? —preguntó Sammler.

—Tengo que recoger a la mujer de la limpieza a las once. Creo que suena el teléfono.

—¿La mujer de la limpieza? Shula está en la casa. Ella contestará.

—No, no está —dijo Emil—. Cuando yo venía para aquí ella iba por la carretera con su bolsa.

—¿Adónde iba?

—¿Cómo puedo saberlo? Quizá a la tienda. Voy a ver quién llama.

Era Margotte. Para Sammler. Margotte.

—Hola, Margotte. ¿Dime...?

—Abrimos las cajas de seguridad.

—¿Y qué encontrasteis; lo que ella había dicho?

—Exactamente no, tío. En la primera había una de las bolsas de la compra de Shula y dentro lo de siempre: ejemplares de *Christian Science Monitor* muy atrasados, recortes y algunos viejos ejemplares de *Life*. También, mucha propaganda estudiantil revolucionaria. SDS. El doctor Lal quedó impresionado. Se alteró mucho.

—¿Y qué había en la segunda caja?

—¡Gracias a Dios! En ella encontramos el manuscrito.

—¿Intacto?

—Eso creo. Ahora mismo él lo está repasando. —Apartándose un poco del teléfono, añadió—: ¿Faltan algunas hojas? No, tío, cree que no falta nada.

—Me alegro muchísimo. Por él y por mí mismo. Incluso por Shula. Pero ¿dónde está la copia que hizo en la máquina de Widick? Debe de haberla extraviado. De todos modos, el doctor Lal estará encantado.

—Sí, lo está. Va a esperarme en el puesto de refrescos. Aquí en la Grand Central

hay un caos tremendo.

—Deberías haberme llamado. Sabías que tenía que ir a la ciudad.

—Querido tío Sammler, ya pensamos en eso, pero no había sitio en el coche. ¿Me equivoco o estás enfadado? Porque lo pareces. Podíamos haberte llevado a la estación de ahí.

Sammler evitó decir que quien debería haberse quedado en la estación era Margotte. ¡Que si estaba enfadado! Pero ni siquiera en ese momento, con esa sensación opresiva en la cabeza y el dolor de ojos quería ser demasiado duro con ella. No. Margotte tenía derecho a satisfacer sus propios fines vitales de mujer. Era lógico que no considerase los objetivos vitales de otras personas.

—Govinda tenía mucha prisa por marcharse —continuó Margotte—. Insistió. Sin embargo, los trenes son rápidos. Además, telefoneé al hospital y hablé con Angela. Elya sigue igual.

—Ya lo sé. He hablado con él.

—¿Lo ves? Lo que te digo. Y además tienen que hacerle un reconocimiento, de modo que si estuvieras aquí deberías esperar. Ahora me llevo al doctor Lal a casa para almorzar. Son tantas las cosas que él no come... Grand Central es como un manicomio, y apesta a perritos calientes. Gracias a él lo he notado por primera vez.

—Por supuesto, se está mejor en casa. Sin duda.

—Angela se mostró muy sensata. Estaba triste, pero hablaba con mucha calma.

A Sammler se le hacían insufribles las opiniones tan amables de Margotte sobre la gente.

—Dijo que Elya preguntaba por ti —añadió ella—. Tiene muchas ganas de verte.

—Ya podía estar allí ahora...

—Bien, pero de todos modos lo han llevado abajo —lo interrumpió—. Así que tómalo con calma. Almuerza con nosotros.

—Necesito pasar por casa. Pero nada de comida.

—No nos estorbarás. Govinda te tiene tanta simpatía... Te admira. Y además, eres de mi familia. Te queremos como a un padre. Todos nosotros. Sé que te estoy fastidiando. También a Ussher le daba la lata. Sin embargo, nos amábamos.

—Bueno, bueno, Margotte. Muy bien. Ahora, colguemos.

—Ya sé que quieres marcharte, y que no te gustan las conversaciones largas por teléfono; pero, tío, no estoy segura de poder interesar a un hombre como el doctor Lal a nivel mental.

—¡Qué ocurrencia, Margotte, no seas tonta! Déjate de lo mental. Le encantas. Te encuentra exótica. No tengas largas discusiones con él. Deja que sea él quien hable.

Margotte, sin embargo, siguió con su cháchara. Estaba metiendo más monedas en el teléfono. Se oía el ruido que hacían. Sammler no colgó. Pero tampoco escuchaba.

Él suponía que esos reconocimientos a que sometían a Elya eran una táctica de los médicos. Protegían su prestigio haciendo ver que lo intentaban de verdad. Pero Elya era médico. Había vivido de esos gestos y ahora debía someterse a ellos y sin

protestar. Seguro que lo haría. ¿Y qué era lo que no había acabado de contarle? ¿Querría seguir hablándole de Cracovia antes de que la pared del vaso cediera? ¿Contarle del tío Hessid, que cultivaba avena y llevaba aquel sombrero y chaleco de fantasía? Sammler no lograba recordar a aquel individuo. No. Elya, cuyos sentimientos familiares eran tan intensos como insatisfechos, quería que Sammler estuviese allí para representar a la familia. Su delgada, enjuta presencia, su cara pequeña y colorada, arrugada por un lado. Era mucho más que devoción por el parentesco: la edad, actuando por medio de los hijos de Elya («un imbécil de alto coeficiente intelectual, y ojos de folladora») lo había aplanado irrisoriamente. Y Gruner veía en Sammler algo más que un viejo y tuerto tío con una peculiar manera de hablar en polaco oxoniano. Quizá creyese incluso que poseía algún poder insólito, quizá mágico, para estrechar los lazos humanos. ¿Qué había hecho para dar origen a esa creencia? ¿Qué inducía a Gruner a pensarlo? Probablemente el que hubiese vuelto de entre los muertos.

Margotte tenía mucho que decir. No se dio cuenta del silencio de él.

Sí, por haber vuelto, por su preocupación por ese tema, la muerte, el misterio de la muerte, la condición de la muerte. También por haber estado dentro de la muerte. Porque le hubiesen dado una pala y le hubiesen ordenado que cavase. Por haber cavado junto a su mujer, que también cavaba. Cuando ella fallaba, él procuraba ayudarla. Seguía cavando y así, callado, trataba de comunicarle algo e infundirle energía. Pero resultó que la había preparado para una muerte que no compartirían. A ella la mataron, a él no. Ella aprobó el curso, él no. El hoyo se hizo más profundo, el barro arenoso y las piedras de Polonia, donde ambos habían nacido, se abrieron. Él quedó cegado, con el rostro impávido, y no se dio cuenta de que la sangre brotaba de su cuerpo hasta que se desnudaron y la vio en sus ropas. Cuando estuvieron tan desnudos como niños recién nacidos y se supuso que el hoyo ya era lo bastante profundo, empezaron los disparos y entonces se oyó un sonido distinto de tierra: el de la tierra cayendo espesa. Una tonelada, dos toneladas, arrojadas allí dentro. El ruido metálico de las palas, rechinando. Extrañamente excepcional, Mr. Sammler había salido por encima de todo aquello. Raras veces se le ocurrió considerarlo una proeza. ¿En qué consistía el mérito? Se había abierto camino con las uñas, sencillamente. Si hubiera estado abajo del todo, se habría asfixiado. Solo con que hubiera habido otra capa de lodo de un pie de espesor o así. Quizá otros hubiesen quedado enterrados vivos en aquella zanja. No hubo gran mérito, no fue un acto de brujería, sino simplemente librarse de la asfixia. Y si la guerra hubiera durado unos pocos meses más, él habría muerto como el resto. Tal como pasaron las cosas, aún tenía su conciencia, su condición terrena, su realidad humana: levantarse, respirar los gases de la tierra, beber el café, consumir su parte de comestibles, comerse su panecillo de Zabar's, darse cierto tono —todos los humanos se lo daban—, tomar el autobús en la calle Cuarenta y dos como si tuviera un trabajo fijo, o tropezar con un ratero negro. En resumen, era un hombre vivo. O uno que había sido enviado de nuevo al final de

la cola. En espera de algo. Destinado a figurarse ciertas cosas, a condensar brevemente cierta esencia de experiencia, y al que por ello se le atribuía cierta brujería. En verdad, era un asunto sin terminar. Pero ¿cómo terminaba el asunto? Entrábamos en él ya mediado y, de un modo u otro, nos convencíamos de que debíamos concluirlo. ¿Cómo? ¿Existía una razón implícita en el hecho de que él hubiera durado —sobrevivido— con un enfermizo dolor de cabeza —no había que jugar con las palabras—? ¿Se daba por cierto que tenía que hacer algo?

—No quiero molestar a Lal —dijo Margotte—. Es amable y pequeño. A propósito, tío, ¿está ahí la mujer de la limpieza?

—¿Quién? ¿Qué limpieza?

—Tú la llamas la asistente. Es que me parece oír el ruido del aspirador.

—No, querida, lo que oyes es el aeroplano de nuestro pariente Wallace. No me preguntes más. Nos veremos luego.

Sammler encontró sus empapados zapatos tostándose en la cocina. Shula los había puesto en la puerta abierta del horno eléctrico y las puntas echaban humo. ¡Por si fuera poco! Sammler los enfrió y luego se los puso, valiéndose del mango de una cuchara a modo de calzador. La recuperación del manuscrito le hacía ser paciente con Shula. Por lo menos esta no había llevado las cosas a un extremo. Sin embargo, la utilidad de esos zapatos había terminado. Ya estaban listos para el cubo de la basura. Ni siquiera la propia Shula querría salvarlos. Y el problema inmediato no era el del calzado, pues podía ir a Nueva York sin zapatos. Emil ya había ido a buscar a la asistente. Se podía llamar a un taxi buscando en las páginas amarillas de la guía, pero Sammler no sabía a qué compañía debía llamar ni cuánto le costaría la carrera. Solo tenía cuatro dólares. Para no avergonzar a los Gruner, había que dar por lo menos cincuenta centavos de propina. Sammler hizo sus cálculos y llegó a la conclusión de que le faltaba dinero. Se veía a sí mismo, no sabía dónde, faltándole ocho centavos y tratando de convencer a un policía de que no era un aprovechado. Mejor sería esperar. Quizá Emil encontrase a Shula en la carretera y la llevase de vuelta con la asistente. Shula solía tener dinero.

Pero Emil regresó solamente con la mujer croata y, después de enseñarle a esta los daños causados por el agua, se puso la gorra y, comportándose con Sammler como un buen chófer, es decir, evitando tratarlo como a un pariente pobre del señor, abrió la puerta plateada.

—¿Quiere que le ponga el aire acondicionado, Mr. Sammler?

—Gracias, Emil.

Emil levantó la vista al cielo y dijo:

—Parece que Wallace ya ha sacado todas sus fotos. En este momento debe de ir camino de Newark.

—Sí, se ha ido, gracias a Dios.

—Sé que el doctor quiere verlo a usted. —Sammler ya estaba sentado—. ¿Qué le pasa a sus zapatos?

—Me ha costado mucho trabajo ponérmelos, y ahora no puedo atarlos. Tengo otro par en casa. ¿Podremos pasar antes por mi casa?

—El doctor habla de usted todo el tiempo.

—¿Sí?

—Es una persona muy cariñosa. No quiero hablar mal de la señora Gruner, pero ya sabe usted cómo era.

—Nada expresiva.

Emil cerró la portezuela y, muy correcto, rodeó el coche por detrás y se instaló ante el volante.

—Bueno, era muy ordenada —dijo—. Como señora de su casa, era de las mejores. Parecía que la hubieran trazado con una regla. Guapa. Llevaba su casa como una IBM: el jardinero, la lavandera, el cocinero, yo. El doctor, que de niño había crecido en un barrio peligroso, estaba agradecido a su esposa. Ella hizo de él todo un caballero.

Emil sacó del camino de entrada el lento, plateado y alto coche del pobre Elya y le dio a Sammler la adecuada opción entre la conversación o el aislamiento. Sammler prefirió aislarse y corrió el gran cristal de separación.

Una creencia muy arraigada de Mr. Sammler (un prejuicio, si prefieren ustedes) era que las mujeres de piernas exageradamente flacas no podían ser amantes esposas ni queridas apasionadas. Sobre todo si, además de tales piernas, llevaban el cabello crepado. Hilda había sido una persona agradable, alegre, amable, que hablaba en tonos altos, incluso a veces airosa. Pero de estricta corrección. Con frecuencia el doctor la abrazaba cariñosamente y decía: «La mejor esposa del mundo. ¡Oh, te quiero, Hil!». La estrechaba de lado y la besaba en la mejilla. Eso le estaba permitido. Se le toleraba de acuerdo con una nueva dispensa que reconocía el gran valor de las demostraciones afectivas y de la impulsividad. Sin duda, los sentimientos de Elya, a diferencia de los de Hilda, eran cálidos. Pero ¿podía decirse que fuese impulsivo? En su conducta había mucho de propaganda. Le venía, probablemente, del conjunto del sistema norteamericano, y revelaba su sometimiento. Todos para todos era un modo de hacer propaganda en favor del bien. La democracia, a su estilo, era propagandística. La conversación solía ser la repetición de principios liberales. Pero, desde luego, a Elya lo había decepcionado su esposa. Sammler esperaba que hubiese tenido aventuras sentimentales. ¿Quizá con una enfermera, o una paciente que se hubiera convertido en su amante? No es que Sammler lo recomendase para todos, pero en el caso de Elya creía que le hubiese resultado beneficioso. Aunque no, probablemente el doctor fuera una persona respetable. Y el hombre que ha de buscar tanto el afecto está condenado.

Pronto sería ya plena primavera. El condado Cross, el río Saw Mill, el Henry Hudson lleno de renovada hierba y de dientes de león, dando de nuevo verde vida al horno del sol. Uno se sentía mal y a la vez se fortalecía con este torbellino, esa bastedad y dulzura. Entonces —Mr. Sammler apoyaba un codo en el cojín gris y se

sujetaba el dorso de esa mano con la palma de la otra— pasaban las grises, amarillentas y homogéneas carreteras, tan impresionantes desde el punto de vista de la ingeniería; y desde el moral, el estético y el político. Una cantidad inmensa de miles de millones expropiados. Pero Sammler no era cínico en lo que se refería a esas cuestiones. No estaba contra la civilización, ni contra la política y las instituciones, ni contra el orden. Cuando se cavó aquella fosa, ni las instituciones ni lo demás le habían servido de nada. Ninguna política ni orden alguno intervinieron a favor de Antonina. Sin embargo, no era necesario que uno se metiese personalmente en cada cuestión general, atacar a Churchill o a Roosevelt por haber estado enterados (y seguramente lo sabían) de lo que ocurría y no haber bombardeado Auschwitz. ¿Por qué no lo bombardearon? En fin, no lo hicieron. Y no lo habrían hecho. Las emociones de reproches justificados, la supremacía en el hecho de censurar, no atraían a Sammler. El individuo no era juez supremo de nada. Por tener que descubrir los motivos él mismo, necesariamente debía ser el juez intermedio. Pero nunca definitivo. La existencia no era responsable ante él. Claro que no. Y nunca podría juntar lo inorgánico, orgánico, natural, bestial, humano y sobrehumano en un arreglo fascinante y original que reflejase su genio. Solo sería, idiosincráticamente, un esquema vacilante, más que nada decorativo o ingenioso. Desde luego, en el momento de lanzarse de este planeta a otro, algo terminaba y se pedían fines, sumarios. Todos parecían sentir esta necesidad. Todos probaban unánimemente, y cada uno a su manera, el sabor del fin de las cosas tal como estas se conocían. Y quizá a modo de resumen, cada uno acentuaba más su propio estilo subjetivo y las prácticas por las que era conocido. Así, Wallace, en el día decisivo para su padre, rugía y roncaba con el Cessna mientras sacaba fotografías. Así, Shula, escondiéndose de Sammler, iba indudablemente en busca del tesoro, tras los dólares que, se decía, venían de los abortos. Así, Angela, realizando más experimentos en el terreno de la sensualidad, de la sexología, lo manchaba todo con sus fluidos de hembra. Así, Eisen con su arte, el negro con su pene. Y en la serie, pero no al final, él mismo con sus puntos de vista condensados. Eliminando lo superfluo. Identificando lo necesario.

Mirando por la ventanilla mientras pasaba con magnificencia por delante de todo en un automóvil que había costado más de veinte mil dólares, Mr. Sammler aún se dio cuenta de que junto con el final de las cosas que se creía conocer, era sin embargo muy intensa la impresión de nuevos principios. El matrimonio para Margotte, Estados Unidos para Eisen, los negocios para Wallace, el amor para Govinda. Y fuera de esta tierra recargada de muerte, que se pudría, manchada, exasperante, pecadora pero que miraba ya hacia la Luna y hacia Marte y hacia planes para fundar ciudades. Y para sí mismo...

Dio unos golpecitos en el cristal de separación con una moneda. Se acercaba la taquilla del peaje.

—No se preocupe, Mr. Sammler.

—Tome, Emil, cójalo, cójalo —insistió Sammler.

Guiándose por el reloj, el viaje había sido corto. A aquella hora había poco tráfico y este se desplazaba con rapidez por las grandes carreteras. Emil sabía conducir muy bien. Era el impecable conductor del coche impecable. Entró en la ciudad por la calle Ciento veinticinco bajo el altísimo puente del ferrocarril que cruzaba la zona de los mayoristas de carne. Sammler le tenía cierto afecto a aquel complicado puente y a las sombras que formaban su estructura. Reflejadas en el brillo de los camiones de la carne. Ijadas de vaca y de cerdo, envueltas en gasa, manchadas de sangre. Un hombre que había estado a punto de morir de hambre siempre respetaría los comestibles. También a los trabajadores, con sus gruesos mandiles, fuerte personal, carniceros. Junto al río el olor era equívoco. Sammler no estaba seguro de si procedía del agua de la marea o de la sangre. En ese lugar Sammler había visto en una ocasión una rata a la que había tomado por un *dachshund*. La brisa que pasaba por ese rincón iluminado eléctricamente olía a polvo de carne. Este era esparcido por las sierras continuas que hendían la grasa congelada a través de un rojo marmóreo o un púrpura helado, y que zumbaban al partir el hueso. Hay que procurar ir despacio por ese lugar. El pavimento está resbaladizo a causa de la grasa.

Luego torcer a la derecha, hacia el interior de la ciudad. La calle se elevaba mientras el metro iba descendiendo. Arriba, las asas marrones, y abajo, la sombra negra y los raíles de acero. Luego, las viviendas, la escualidez puertorriqueña. Después, la universidad, escualida de diferente manera. Hacía demasiado calor en la ciudad. La primavera había perdido el contacto con el invierno y ya tenía la ranciedad del verano. Por entre las columnas de la calle Ciento dieciséis, Sammler miró los cuadriláteros de ladrillos. Casi esperaba que Feffer pasase o el barbudo de Levi's que había dicho que no podría venir. Observó el verde que crecía. Pero en la ciudad lo verde ya no iba asociado con el pacífico santuario. La vieja poesía de los parques quedaba desterrada. Anticuada densidad de sombra que inducía a la meditación privada. La verdad era ahora más propia de los barrios bajos y pedía un decorado con escombros... ¿Una ensoñación? Algo del pasado.

Excepto en ocasiones especiales (la conferencia con Feffer, ¿hacía veinticuatro horas, cuarenta y ocho?), Sammler ya no pasaba por allí. Cuando caminaba para hacer ejercicio, no se aventuraba por esa zona tan alta de la ciudad. Y ahora, desde el Rolls Royce de Elya, inspeccionaba la subcultura de los subprivilegiados (terminología recientemente adquirida en el *New York Times*) con sus frutos caribes, sus pollos pelados con el cuello flojo y las pestañas azules, los ondulantes humos de motores Diesel y tocino caliente. Luego la calle Noventa y seis, ladeada en sus cuatro esquinas, los quioscos y cines, los baluartes de paquetes de periódicos atados con alambres, y los oscilantes colores del pánico. Broadway, incluso cuando Sammler tenía prisa, como en ese momento, que le urgía ver a Elya quizá por última vez, siempre lo desafiaba. Sammler nunca estaba a la altura de Broadway. ¿Por qué tenía que haber una especie de competición? Pero la había, cada vez. Pues allí se afirmaba algo. Por una convergencia de todas las mentes y todos los movimientos, la

convicción que transmitía aquella multitud parecía ser que la realidad era terrible, y que la verdad última acerca de la Humanidad resultaba insoportable y aplastante. Esta conclusión vulgar, cobarde, que Sammler rechazaba de todo corazón, constituía la implícita creencia ortodoxa local, pues el populacho mismo era metafísico y vivía esa interpretación de la realidad y esa visión de la verdad. Sammler no estaba en condiciones de jurar que fuese exacto, pero Broadway le daba, a la altura de la calle Noventa y seis, esa visión de las cosas. Cuando la vida era así, toda ella preguntas y respuestas, carecía de encanto. Y cuando no tenía encanto, era toda ella preguntas y respuestas. La cosa valía en ambos sentidos. También las preguntas eran malas, como horribles las respuestas. Esta pobreza del alma, su estado abstracto, podía uno verla en los rostros de la gente que pasaba por la calle. Y el propio Sammler tenía algo de esa misma enfermedad, la enfermedad de la persona que explica qué era qué y quién era quién. Los resultados eran predecibles, previsibles. Así, cuando lo conducían con gran estilo por Broadway, Sammler visitaba su... ¿cómo lo llamaba Wallace?, su propio territorio. Como turista. Y entonces Emil giró en Riverside Drive y lo dejó ante la gran masa —muy usada, estropeada— de comodidades donde vivían él y Margotte. Eran las doce y media.

—No tardaré mucho. Elya me pidió unos recortes de prensa.

Sentía una opresión en el corazón. El remedio consistía en respirar profundamente, pero le resultaba imposible. Era como si algo se hubiese atascado allí dentro. Margotte y Govinda aún no estaban de vuelta. La lámpara estaba innecesariamente encendida en el vestíbulo de entrada sobre el sofá de brazos de arce. Reinaba una cierta paz en la casa. ¿O le parecía así porque no tenía tiempo de sentarse? Se cambió de zapatos, sacó, sacudiéndolos, varios dólares de su jarro, metió los recortes de periódico en su maletín. En su escritorio había una botella de vodka. Shula le surtía con los sueldos que Elya le pagaba. Era excelente, Stolichnaya, importado de la Unión Soviética. Sammler hacía uso de ella una vez al mes aproximadamente. En ese momento descorchó la botella y bebió un vaso. Le quemó en la garganta, e hizo una mueca. Socorro urgente para los viejos. Luego abrió la puerta de las escaleras traseras y corrió el pestillo para que no se cerrase a causa de las fuertes corrientes de aire y lo dejase fuera mientras él arrojaba al incinerador sus zapatos viejos. No quería que Shula le sostuviera que no se habían estropeado tanto al secarlos en el horno eléctrico. Ya estaban para tirarlos.

Por una vez la televisión del vestíbulo de entrada funcionaba. Figuras grises y blanquecinas, inseguras en su verticalidad, temblaban y se deformaban. Sammler se vio a sí mismo mortalmente pálido en la pantalla. La temblorosa imagen de un anciano. Ese vestíbulo era como ciertas habitaciones subterráneas y alfombradas en teatros que ya no se utilizaban. Hacía menos de dos días que el carterista lo había obligado a retroceder por aquella misma alfombra hasta el rincón junto a la mesa florentina, para luego desabrocharse el abrigo color puma en un silencio también de puma y exhibirse. ¿Era esa la clase de individuo al que Goethe llamaba *eine Natur*,

una fuerza primitiva?

Evitó que Emil se apeara para ayudarlo.

—Puedo abrir yo mismo.

—Entonces, nos vamos de inmediato. Abra el mueble bar y beba algo.

—Espero que no haya mucho tráfico.

—Iremos directamente por Broadway abajo.

—Ponga la televisión.

—Gracias. No quiero televisión.

Sammler olió de nuevo a cerrado, a aire cargado. No se sentía cómodo. La presión en el pecho aumentaba por momentos, como si se le contrajera el corazón. Creía que no podía estar peor y sin embargo lo estaba. El tráfico era insólitamente denso, se acumulaba ante las señales. Los camiones de reparto estaban aparcados en doble y hasta triple fila. Nunca había parecido tan irracional y peligroso el uso de automóviles particulares en Manhattan. Le impacientaban los conductores de aquellos grandes vehículos que no parecían servir para nada, pero luego dejó de experimentar esos sentimientos. Llevado en el silencio del aire acondicionado por la amortiguada potencia del motor, iba inclinado hacia delante, con las manos apoyadas en los muslos. Evidentemente, Elya creía que se debía a sí mismo el conservar ese Rolls. No podía haber necesitado mucho un coche tan prestigioso. Si por lo menos hubiera sido un empresario teatral de Broadway, un banquero internacional, un millonario del tabaco. ¿Adónde iría en ese automóvil? Al bufete de Widick. A Hayden, Stone Incorporated, donde tenía cuenta. O al templo de la Quinta Avenida. A la calle Cincuenta y siete, donde estaban sus sastres Felsher y Kitto. El templo y los sastres los había elegido Hilda. Sammler lo habría enviado a otro sastre. Elya era alto y de hombros anchos, demasiado anchos si se tenía en cuenta la delgadez del cuerpo. Sus nalgas eran demasiado altas. «Como las mías, en realidad», pensó Sammler, que en el ensordecido recinto del Rolls se daba cuenta del parecido. Felsher y Kitto hacían que Elya pareciese demasiado apuesto. Los pantalones eran ceñidos en exceso. El bulto viril destacaba exageradamente cuando se sentaba. Usaba corbatas y pañuelos a juego de Countess Mara, zapatos puntiagudos que lo relacionaban menos con la medicina que con Las Vegas, con apostadores, matones y cantantes, todo lo cual se asociaba equivocadamente con su amabilidad. Balanceaba los hombros como un pistolero. Llevaba chaquetas cruzadas. Jugaba al gin y a la canasta arriesgando mucho y hablaba por un lado de la boca. Detestaba a los médicos *Kulturny* que querían hablar de Heidegger o de Wittgenstein. Era un buen detector de falsedades. Los verdaderos médicos no tenían tiempo para esas presunciones. Podía permitirse fácilmente aquel coche, pero no llevaba la clase de vida que hacía juego con él. Nada de revistas musicales de Broadway, nada de avión particular. Su particular excentricidad era ir a Israel y alojarse en el hotel King David sin equipaje, con las manos en los bolsillos. Lo consideraba una especie de actividad deportiva. Desde luego, pensaba Sammler, también Elya era una persona peculiar, tanto como la

cirugía. ¿Penetrar en un cuerpo inconsciente con un bisturí? ¿Sacar los órganos, aserrar la carne, hacer que la sangre saliera a chorros? No cualquiera podía hacerlo. Y quizá tuviera aquel coche por Emil. ¿Qué iba a hacer Emil si no dispusiera de un Rolls? Sin duda, el coche representaba la mejor solución. Elya poseía un poderoso instinto de protección. Esos sentimientos caritativos no revelados le satisfacían. Disponía de muchas estratagemas de benevolencia. «Tengo motivos para saberlo — pensaba Sammler—. Su deseo de protegernos y aliviarnos a todos es antiguo y asombroso». Asombroso porque el cirujano Elya también despreciaba la incompetencia y la debilidad. Solo los instintos grandes y poderosos actuaban de manera tan profunda y desviada, surgiendo junto a cosas que él despreciaba. Pero ¿cómo podía Elya permitirse tener ideas rígidas acerca de la fuerza? Él mismo era un hombre atrapado. Hilda había sido más fuerte que él, en cuyo fanfarroneo mafioso había pretensiones de libertad al margen de la ley. Pero la pequeña Hilda, con sus piernas como cañas y sus gestos impecables, suaves y refinados, era la verdadera criminal. Había sujetado bien a Elya. Y este no había conseguido librarse. ¿Quién podía ayudarlo allí? Era de esos individuos de los que la ayuda emanaba. Y no disponía del auxilio de los otros. Sin embargo, pronto habría terminado. Estaba a punto de desaparecer.

En cuanto al mundo, ¿iba de verdad a cambiar? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Por el hecho de mudarse en el espacio, tan lejos de la Tierra? ¿Habría una nueva conducta? ¿Cambiarían los corazones? ¿Y por qué? ¿Porque nos sentiríamos cansados de la vieja conducta? No era razón suficiente. ¿Por qué, entonces? ¿Porque el mundo estaba partiéndose? Bueno, al menos Norteamérica, ya que no el mundo. Bien, tambaleándose, ya que no haciéndose pedazos.

Emil volvía a conducir más despacio por la calle Setenta y dos. El tráfico se había hecho más fluido. No había camiones de reparto que lo dificultasen. Se acercaban al Lincoln Center, en Columbus Circle, al que Bruch llamaba el Taj Mahal. «¡Qué divertido!», decía Bruch. Se desternillaba de risa con sus propios chistes. Como los monos, se llevaba las manos a la tripa, cerraba los ojos y dejaba que la lengua le colgase de la cegada cabeza. ¡Qué edificio! Era todo agujeros. Pero por solo tres dólares daban bien de comer. A él le encantaban aquellos menús: pollo hawaiano y arroz con azafrán. Por último, había llevado allí al viejo. Desde luego, había sido una gran comida. Pero Sammler solo había visto el Lincoln Center por fuera. Le eran indiferentes las artes de la representación y evitaba las grandes multitudes. Solo había asistido a exhibiciones, fuesen eléctricas o de desnudos, porque a Angela le divertía tenerlo al día. Pero dejaba sin leer las páginas del *Times* dedicadas a pintores, cantantes, músicos y toda clase de actores. Reservaba su ojo bueno para cosas mejores. Había observado con hostil interés el modo en que la gente estropeaba aquellos viejos locales, y las nuevas salas que iban abriendo.

Pero de pronto, cerca ya del Lincoln Center, Emil detuvo el coche y recorrió el cristal de separación.

—¿Por qué ha parado usted? —preguntó Sammler.

—Ocurre algo en ese lado de la calle —respondió Emil. Miraba en esa dirección arrugando mucho la cara, como si esa explicación sirviera para algo. Pero ¿para qué necesitaba detenerse?— ¿Conoce usted a esos, Mr. Sammler?

—¿A quiénes? ¿Ha ocurrido un accidente? ¿Es un problema del tráfico?

Por supuesto, carecía de autoridad para ordenarle a Emil que siguiera; sin embargo, hizo un gesto con la mano indicándole que lo hiciera.

—No; creo que querrá usted que nos paremos, Mr. Sammler. Veo allí a su yerno. ¿No es aquel de la gran bolsa verde? ¿Y es el socio de Wallace quien lo acompaña?

—¿Feffer?

—Sí, ese gordo. El de la cara colorada y la barba. Está peleando con alguien. ¿No lo ve usted?

—¿Dónde? ¿En la calle? ¿Es Eisen?

—El que está en dificultades es el otro. El joven de la barba. Creo que lo han herido.

Por el lado este de la calle inclinada, un autobús se había acercado a la acera obstruyendo el tráfico. Sammler veía que alguien luchaba allí en medio de una multitud.

—¿Uno de esos es Feffer?

—Sí, Mr. Sammler.

—Está peleando con alguien, ¿con el conductor del autobús?

—No, con el conductor no. Creo que no. Con otra persona.

—Entonces debo ir a ver qué pasa.

¡Qué locura aquellos retrasos! Parecían intencionados, estaban agotando su paciencia. Acababan con uno. ¿Por qué esto, por qué Feffer? Pero ya comprendía lo que había querido decir Emil. Feffer estaba como clavado delante del autobús, frente al amplio parachoques. Sammler empezó a tirar de la manilla de la puerta.

—No baje por el lado de la calle, Mr. Sammler. Podrían atropellarlo.

Pero Sammler, que ya había perdido la paciencia por completo, se lanzaba entre el tráfico.

Feffer, en medio de la multitud, luchaba contra aquel negro, el carterista. Cada vez se reunía más gente, pero nadie parecía dispuesto a intervenir. Esforzándose por zafarse del negro, Feffer se vio obligado a volverse contra el gran vehículo. Con la cabeza golpeaba el parabrisas, debajo del asiento vacío del conductor. El negro lo tenía bien agarrado y Feffer estaba asustado. Se resistía, pero no sabía defenderse. El otro lo superaba. Desde luego. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Su barbuda cara expresaba terror. Le ardían las mejillas y sus ojos oscuros parecían pedir socorro. O quizá estuviera pensando en qué hacer. Como alguien que buscara a tientas debajo del agua un objeto perdido, con la cabeza por encima de la superficie. Pero no soltaba su Minox. Sostenía en alto un brazo fuera del alcance del atacante, el peso de cuyo corpachón lo aplastaba. Había tenido la mala suerte de tomar una instantánea. El

negro trataba de quitarle la diminuta cámara, darle unos cuantos golpes a Feffer en las costillas y en la barriga, ¿qué más podía pretender? Marcharse, si era posible sin apresurarse, antes de que llegase la policía. Pero Feffer, casi con pánico, se obstinaba. El negro lo soltó por un instante y luego lo cogió por el cuello y lo empujó como había hecho con Sammler. Estuvo a punto de ahogar a Feffer con el pañuelo que este llevaba al cuello. Las gafas Dior seguían firmemente sujetas en la chata nariz. Feffer lo había cogido de la corbata roja, pero no sabía qué hacer con ella.

¿Cómo salvaremos a este chico idiota que se mete donde no le importa? —se preguntó Sammler—. El otro puede herirlo. Y yo tengo que irme. No me queda tiempo.

—A ver, algunos de ustedes —ordenó Sammler—. ¡Aquí! Ayúdenlo. Acaben con esta pelea.

Pero, por supuesto, «algunos de ustedes» no existían. Nadie iba a hacer nada, y de pronto Sammler se sintió totalmente extranjero: la voz, el acento, la sintaxis, los modales, la cara, la mente, todo ello extranjero.

Emil había visto a Eisen. Sammler lo buscó. Y allí estaba, sonriente y muy pálido. Sin duda esperaba a ser descubierto. Entonces pareció encantado.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Sammler en ruso.

—Y tú, suegro... ¿qué estás haciendo?

—¿Yo? Voy a toda prisa al hospital para ver a Elya.

—Sí. Y yo iba con mi joven amigo en el autobús cuando él hizo la foto. En el instante en que abría un bolso. Yo mismo lo vi.

—¡Qué tontería!

Eisen llevaba en una mano su bolsa de bayeta verde. Contenía sus medallones esculpidos. Aquellas piezas del mar Muerto, piritas de hierro o lo que fuera.

—Haz que suelte la cámara. ¿Por qué no se la da? —dijo Sammler.

—Entonces, ¿cómo le vamos a vencer? —repuso Eisen en tono de discusión.

—Llama a un policía —dijo Sammler. Le habría gustado añadir: «Y deja de sonreír».

—Pero yo no sé inglés.

—Entonces ayuda al muchacho.

—Ayúdalo tú, suegro. Yo soy extranjero y estoy impedido. Tú eres mayor, es cierto, pero yo acabo de llegar a este país.

—Suéltelo —dijo Sammler dirigiéndose al carterista—. Deje que se marche.

El hombre volvió hacia él la ancha cara. Bajo el ala del sombrero, Nueva York se reflejaba en los cristales de sus gafas. Si reconoció a Sammler, no dio muestras de ello.

—Entrégale la cámara, Feffer. Entrégasela —dijo Sammler.

Feffer, con una mirada que era a la vez de sorpresa y de súplica, parecía a punto de perder el sentido. No bajó el brazo.

—Te digo que dejes que se lleve ese chisme estúpido. Quiere el carrete. No seas

idiota.

Quizá Feffer estuviera resistiendo en espera de que apareciera algún coche patrulla y confiase en que la policía lo salvaría. De otro modo, era difícil explicarse su obstinación. Teniendo en cuenta la fuerza animal del negro, la terrible hinchazón de su cuello y la rigidez de sus nalgas cuando se ponía de puntillas. ¡Con aquellos zapatos de piel de caimán! ¡Con aquellos pantalones color de cervatillo! ¡Con aquel cinturón carmesí a juego con su corbata! ¡No había manera de no fijarse en todo ello!

—¡Eisen! —gritó Sammler, furioso.

—Sí, suegro.

—Te estoy pidiendo que hagas algo.

—Que lo hagan ellos. —Eisen movió su bolsa de bayeta hacia los mirones—. Solo hace cuarenta y ocho horas que he venido.

Mr. Sammler se volvió de nuevo hacia la gente con expresión de reproche. ¿Es que nadie ayudaría? De modo que todavía —¡todavía!— se creía en cosas como que las personas siempre estaban dispuestas a ayudar, a socorrer. Era un instinto, un reflejo (¿una esperanza que no llegaba a exasperar?). Así, miró una a una las caras de quienes se encontraban en la acera: rojas, pálidas, morenas, de rasgos tirantes o blandos, ceñudas o somnolientas, de inexpresivos ojos azules, rojizos como de yodo o negros como el carbón. Qué extraña calidad tenía su inactividad. Esperaban la satisfacción —¡por fin!— de necesidades hasta entonces tomadas en broma o consideradas con desprecio. ¡Alguien iba a pagar por ello! Sí. ¿Y los rostros negros? Un deseo similar. Otro aspecto de la misma cuestión. Pero a la vez el mismo. Aunque no se oía, Sammler tenía la impresión de que algo se fraguaba. Luego se le ocurrió pensar que había algo que los unía a todos: la beatitud de la presencia. Como si ocurriese —sí— que los presentes eran bienaventurados. Estaban allí y al mismo tiempo no estaban presentes. Se hallaban presentes y a la vez ausentes. Así que esperaban extáticos. ¡Qué supremo privilegio! Y solo se podía contar con Eisen para poner fin a la pelea, que, por cierto, era muy extraña. Sammler no creía que el negro estrangulase a Feffer hasta dejarlo inconsciente; solo seguiría apretándole el cuello hasta que soltase la Minox. Desde luego, siempre existía la posibilidad de que lo golpease más fuerte, o sacara un cuchillo y lo hiriese. Pero había algo peor que eso, es decir, la sensación que experimentaba Sammler.

Era una impresión de horror que crecía sin cesar. ¿De qué se trataba? ¿Cómo había que expresarlo? Él era un hombre que había regresado. Había vuelto a la vida. Estaba cerca de otros. Pero en cierto modo esencial también era un solitario. Un viejo. Carecía de fuerza física. Sabía qué hacer pero no tenía la energía suficiente para llevarlo a la práctica. Debía recurrir a alguna otra persona —¡a un Eisen!—, un hombre que estaba muy lejos, en otra senda, en órbita en torno a un centro extranjero muy diferente. Sammler se veía a sí mismo impotente. Y esa impotencia era la muerte. De pronto se imaginó no de pie sino extrañamente torcido, reclinado, de perfil, como una persona que hubiese pasado. No era él, sino alguien —y eso le

impresionaba— pobre de espíritu. Alguien entre la condición humana y la no humana, entre el contenido y la vaciedad, entre lo lleno y lo vacío, entre el significado y la falta de este, entre el mundo y la ausencia del mismo. Como volando, libre de la ley de gravedad, suelto y a la vez aterrado, dudando de su destino, temiendo que no hubiera nada para recibirlo.

—Eisen, sepáralos —dijo—. Ya le han sacudido bastante. Llegará la policía y habrá detenciones. Y tengo que marcharme. Quedarse aquí es una locura. Por favor. Quítale la cámara. Con eso se acabará este asunto.

Entonces el guapo Eisen se encogió de hombros, se quitó la chaqueta de lana y se apartó de Sammler como si estuviera haciendo algo muy divertido que este le hubiera pedido. Se remangó la manga derecha. El vello de su brazo era negro y espeso. Luego, cogiendo bien la bolsa de bayeta por las curvas, la hizo girar en el aire y la estrelló con todas sus fuerzas contra un lado de la cara del ratero. Fue un golpe tremendo. Las gafas salieron disparadas, y también el sombrero. Feffer no consiguió librarse del negro de inmediato, ya que este, atontado por el golpe, parecía apoyarse en él. Eisen había trabajado en una fundición. No solo poseía la fuerza propia de esa clase de tarea, sino la de la locura. Hubo algo de ilimitado en la manera en que le tomaba la medida al hombre y le asestaba el golpe. En aquel golpe había disciplina, intención asesina. ¡Qué he hecho! —pensó Sammler—. ¡Esto es mucho peor! Esto es lo peor de todo. Creyó que Eisen le había destrozado la cara a aquel hombre, y vio que se disponía a darle de nuevo con sus medallones. El negro apartó sus manos de Feffer y comenzó a volverse. Entreabrió los labios, Eisen le había rajado la piel y la mejilla le sangraba y se le hinchaba. Eisen hizo entrechocar los pesos y abrió las piernas. «¡Acabará con ese matón!», exclamó uno de los mirones.

—No le des con eso, Eisen. Nunca te dije que hicieras semejante cosa. ¡Te digo que no!

Pero la bolsa con los pesos ya iba lanzada por el otro lado, trazando una amplia trayectoria. El golpe fue aún más fuerte que el anterior y tumbó al hombre. No se cayó de inmediato sino que fue dejándose caer como si hubiera decidido echarse en la calle. De algunos puntos de su mejilla empezó a manar sangre. El terrible metal le había cortado a través de la bayeta.

Eisen blandía su arma por encima del hombro, preparado para asestar otro golpe contra el cráneo del negro. Sammler lo cogió del brazo y tiró de él para apartarlo de allí.

—Vas a asesinarlo. ¿Quieres sacarle los sesos?

—¡Tú lo dijiste, suegro!

Riñeron en ruso delante de la gente.

—Me dijiste que debía hacer algo —añadió Eisen—. Y que debías marcharte. Yo tenía que hacer algo. Y eso he hecho.

—No dije que lo golpearas con esos malditos hierros. No dije que le pegaras. Estás loco, Eisen, lo bastante loco para asesinarlo.

El ratero se incorporó sobre los codos, tratando de recobrar fuerzas. Sangraba profusamente sobre el asfalto.

—¡Estoy horrorizado! —exclamó Sammler.

Eisen jadeaba y sonreía, como si encontrase divertida la ridícula incongruencia de Sammler.

—A un hombre como este no se le puede dar un solo golpe —dijo—. Cuando se le pega hay que hacerlo en serio. Si no, te matará. Tú lo sabes. Hemos peleado en la guerra. Tú eras un partisano. Tenías un fusil. ¿Cómo se te ha olvidado?

Su risa, su lógica, su burla de las absurdas razones de Sammler, le hicieron repetir sus frases hasta tartamudear.

—Si hay que hacerlo... se hace. ¿No? Si no... pues no. ¿Sí? ¿No? De modo que contesta.

Aquel razonamiento descorazonaba por completo a Sammler, que se volvió preguntando:

—¿Dónde está Feffer?

Feffer recobraba el aliento con la frente apoyada contra el autobús. Le faltaba el aire, y Sammler encontró indignante esta exageración.

Sammler maldijo la situación en que se hallaba. Elya necesitaba verlo, y él todo lo que quería era ver a Elya. Tenía algo que decirle, mientras que allí no había nada que decir.

Entonces oyó que alguien preguntaba:

—¿Dónde está la poli?

—Ocupada. Poniendo multas en algún sitio. Vaya mierda, justo cuando la necesitas.

—Hay mucha sangre. Será mejor que alguien llame una ambulancia.

La luz daba sobre los deslustrados rizos del negro, que aunque seguía sangrando y tenía un ojo cerrado intentaba levantarse. Se esforzaba.

—Este es el hombre, ¿no? —dijo Eisen dirigiéndose a Sammler—. ¿Fue él el que te siguió y te enseñó el chisme?

—Vete, Eisen.

—¿Qué voy a hacer?

—Irte. Irte de aquí. Te has metido en un lío —dijo Sammler, y volviéndose hacia Feffer—: ¿Qué puedes decir ahora?

—Lo sorprendí en plena faena. Por favor, espere un rato, me ha hecho daño en la garganta.

—No digas tonterías y no me angusties. Este es el hombre, y está malherido.

—Estaba metiendo la mano en un bolso, y le saqué dos instantáneas.

—¡Ya lo creo que lo hiciste!

—Parece usted enfadado, señor. ¿Por qué está tan enfadado conmigo?

Sammler vio que se acercaba un coche patrulla con las luces encendidas y que dos agentes se bajaban de él y empezaban a empujar a la gente. Emil apartó a

Sammler del autobús y le dijo:

—Nada de esto le conviene a usted. Tenemos que irnos.

—Sí, Emil, claro.

Cruzaron la calle. Evitando mezclarse con los policías. Podían retenerlo durante horas. Nunca debería haber pasado por su casa. Tendría que haber ido directamente al hospital.

—Me gustaría sentarme delante con usted, Emil.

—Por supuesto, como usted prefiera. ¿Está impresionado?

Emil lo ayudó a entrar. También a él le temblaba la mano, como a Sammler los brazos y las piernas. Sentía una debilidad extraordinaria en todo el cuerpo.

El gran motor se puso en marcha. El aire acondicionado comenzó a refrescar el interior del vehículo. El Rolls se unió al tráfico.

—¿Qué pasaba allí?

—Eso quisiera yo saber —respondió Sammler.

—¿Quién era el tipo negro?

—Pobre hombre; en realidad no sabría decírtelo.

—Se ha llevado dos buenos golpes.

—Eisen es brutal.

—¿Qué lleva en esa bolsa?

—Pedazos de metal. Me siento responsable, Emil, porque le pedí que interviniera.

—Bien, pues ese tipo debe de tener la cabeza muy dura. Ya me figuro que nunca habrá visto usted a alguien proponiéndose matar a otro. ¿Quiere echarse a descansar un rato ahí detrás? Puedo parar diez minutos.

—¿Acaso parezco enfermo? No, Emil, pero de todos modos creo que cerraré los ojos.

Sammler estaba furioso con Eisen. ¿Y el negro? El negro era un megalómano. Pero tenía cierto aire principesco. La ropa, las gafas, los colores suntuosos, su estilo a la vez bárbaro y majestuoso. Quizá fuera el suyo un espíritu perturbado, pero con una idea de *noblesse*. ¡Y cuánto simpatizaba Sammler con él, cuánto habría hecho por evitar esos golpes atroces! ¡Qué roja era la sangre y qué espesa, y qué terribles aquellos agudos trozos de metal! ¿Y Eisen? Era una víctima de la guerra y quizá estuviese loco. Debería estar en un manicomio. Un maníaco homicida. Si al menos Shula y Eisen hubieran estado un poco menos locos, solo un poquito menos, pensó Sammler, habrían seguido jugando al casino en Haifa, como dos cucos en su enjalbegada jaula mediterránea. Pues jugar era lo que solían hacer cuando no estaban escandalizando a los vecinos con sus gritos y peleas. Pero no. Esos individuos tenían derecho a que se los considerase normales. Para colmo disfrutaban de libertad de movimientos. Tenían pasaportes, compraban billetes de avión. Así que el pobre Eisen había cruzado sobre el Atlántico con sus obras. Pobrecillo, pobre Eisen con su risa perruna.

¡Todos ellos se divertían tanto! Wallace, Feffer, Eisen, también Bruch, Angela.

No paraban de reír. Queridos hermanos, seamos todos humanos. Participemos todos en la divertida feria y juntos formemos esa graciosa Humanidad. Divertid a vuestros prójimos. Búsquedas de tesoros, circos volantes, robos cómicos, medallones, pelucas y saris, barbas. Todo ello caridad, pura caridad, si se considera el estado de las cosas, la ceguera de los vivos. ¡Es terrible! ¡No hay quien lo aguante! ¡Intolerable! ¡Divirtámonos unos a otros mientras vivamos!

—Aparcaré aquí y subiré con usted —dijo Emil—. Que me pongan una multa si quieren.

—¿No ha vuelto el doctor? —preguntó Emil.

Evidentemente, no. Angela estaba sentada sola en la habitación de su padre.

—Entonces, de acuerdo. Estaré por aquí si me necesita —dijo Emil.

—Vengo fumando tres paquetes al día. Me he quedado sin cigarrillos, Emil. Ni siquiera puedo concentrarme en el periódico.

—¿Le viene bien un Benson y Hedges?

Cuando Emil se hubo marchado Angela dijo:

—No me gusta enviar a una persona de edad a hacer recados.

Sammler no contestó. Tenía en la mano el sombrero Augustus John. No lo dejó sobre la cama, pues esta estaba recién hecha.

—Emil forma parte de la pandilla de mi padre. Son muy amigos.

—¿Qué sucede?

—Me gustaría saberlo. Lo llevaron abajo para hacerle un reconocimiento, pero dos horas es mucho tiempo. Imagino que el doctor Cosbie sabe lo que hace, pero no me gusta ese hombre. No me va su encanto de magnolia. Se conduce como si dirigiera una academia militar en el Sur. Pero yo no soy uno de esos muchachos. La instrucción militar no me atrae. Es frío, malhumorado y repulsivo. Uno de esos hombres bien parecidos que no se dan cuenta de que no les gustan a las mujeres. Siéntate en la silla recta, tío. Tengo que hablarte.

Sammler cogió una silla y la apartó de la luz; no podía mirar de frente las ventanas por las que solo se veía el cielo azul. Preveía disgustos. Estaba excitado, y por lo tanto era sensible a todos los signos. Otra mujer habría tenido un color febril. Angela estaba blanca como una vela. La divertida voz ronca, a imitación quizá de la de Tallulah, casi semejava una parodia. El cuello, prominente, tenía aspecto de hinchado y las finas y oscuras cejas, dibujadas como alas, permanecían casi todo el tiempo enarcadas. A veces intentaba dar la impresión de que pedía auxilio. Además, estaba enfadada. Incluso parecía que le costaba arrugar la frente. Algo se le obstruía. Llevaba una escotada blusa de raso y minifalda. No, Sammler decidió que aquello era una microfalda, una tira verde en torno a los muslos. El cabello tirante y la piel llena de cualidades femeninas (las hormonas). De sus orejas colgaban unos grandes pendientes de oro. Una mujer voluminosa y de formas acusadas vestida de manera

infantil, jugando eróticamente a la niña, no podía ser confundida con un muchacho. A pesar de estar sentado cerca de ella, Sammler no percibía el habitual perfume a almizcle árabe. Sus efluvios femeninos eran muy intensos, un olor a sal semejante a lágrimas o al del agua de la marea, algo que salía del interior de la mujer. Las palabras de Elya parecían haber producido un intenso efecto. «Demasiado sexo». Incluso el lápiz de labios blanco sugería perversión. Pero, curiosamente, no se trataba de una observación prejuiciosa. Sammler no tenía prejuicios acerca de la perversión en cuestiones sexuales. Nada de eso. Ya era demasiado tarde para ello. Hacía demasiado calor. Actuaban poderes de distorsión mucho mayores. A Sammler no se le olvidaban los golpes que Eisen le había asestado al negro con sus medallones. Sus propios nervios, de manera elemental, relacionaron el hecho con el culatazo que le habían dado en un ojo hacía treinta años. Las sensaciones del golpe y de caer... podía revivir aquello solo con pensarlo. Si es que merecía la pena revivirlo. Esperó a oír el ruido de la camilla de Elya al dar contra la puerta.

—¿Ha aparecido Wallace? Se suponía que aterrizaría en Newark.

—Pues no. Tengo que hablarte de mi hermano. ¿Cuándo lo viste? Margotte me contó lo de las cañerías.

—Pues lo vi anoche, y esta mañana en el cielo.

—Ah, de modo que viste a ese idiota hacer tonterías.

—¿Ha sufrido algún incidente?

—No te preocupes, no está herido. Me hubiera gustado que se diera un buen trastazo, pero es como esos dobles de Hollywood.

—¿No se habrá estrellado, verdad?

—En la radio ya hablan de él. Perdió las ruedas al pasar por encima de una casa.

—¡Dios mío! ¿Tenía paracaídas? ¿Era tu casa?

—Hizo un aterrizaje forzado en una gran finca de Westchester. Solo Dios sabe para qué tenía ese insensato que ir rozando las casas. Es como para volverse loca.

—¡No querrás decir que Elya se enteró de eso por la radio!

—No, no lo oyó. En ese momento lo llevaban en el ascensor.

—¿Dices que Wallace no ha resultado herido?

—Wallace está en el séptimo cielo. Entusiasmado. Le han tenido que dar varios puntos en la mejilla.

—Ya comprendo. Le quedará una cicatriz. ¡Todo eso es terrible!

—Simpatizan mucho con él.

—Reconozco que todo esto de sentirse apenado por lo que le pasa a la gente puede deprimirle a uno. También es verdad que a veces Wallace me irrita.

—Es natural. A mi hermano deberían haberle impedido que hiciera esas estupideces. Encerrándolo en un manicomio. Deberías haber oído las tonterías que dijo.

—Entonces, ¿has hablado con él?

—No sé quién se encargó de describir el estupendo aterrizaje. Luego él en

persona habló por ese mismo teléfono. Fue terrorífico. Como si hubiera llegado al Polo Norte en bicicleta, ¿sabes?, van a ponernos una demanda por los daños causados a esa casa. El aeroplano está destrozado. Los de Aeronáutica Civil le quitarán la licencia. Ojalá también le hubieran impedido volar. Dijo: «¿No deberíamos contárselo a papá?».

—¡No!

—Sí —dijo Angela. Estaba furiosa. Con el doctor Cosbie, con Wallace, con Widick y Horricker. Y también enfadada con Sammler. Y en cuanto a este, no se sentía normal. ¡Ni mucho menos! El negro herido. La sangre. Y ahora, frente a aquella superfeminidad, aquella sensualidad, todo lo veía clarísimo. Lo mismo que había visto Riverside Drive desagradablemente iluminado, después de contemplar el bolso robado en el autobús. Así lo veía él ahora. Ver era delicioso. ¡Por supuesto! ¡Un placer extraordinario! El sol puede lucir y representar una bendición, pero a veces muestra la furia del mundo. Una brillantez como esa, la vivacidad de todo, también lo desanimaban. La suave claridad de la cara de Angela, el esfuerzo de sus cejas, la mezcla de firmeza y exuberancia que él advertía en su rostro. Y el sol daba de lleno en la ventana. La luz hacía que el cristal pareciese miel. Caía sobre él una barrera de dulzura y brillantez intolerables. La verdad era que Sammler no quería experimentar eso. Todo ello se levantaba contra él y resultaba demasiado mareante, demasiado turbulento.

—Ya veo que Elya y tú seguisteis hablando de aquello que pasó.

—Era él quien insistía. Es cruel para ambos. No sé cómo pararlo.

—¿Qué puedes hacer sino ceder? Él es quien ha de decidir. No debe haber discusiones. Quizá el joven Mr. Horricker debiera presentarse. ¿Por qué no viene? Demuestra que no se lo toma muy a pecho. ¿O sí?

—Eso dice él.

—Quizá sea porque te quiere.

—¿Él? ¿Quién sabe? Pero no seré yo quien le pida que venga. Eso sería aprovecharme de la enfermedad de papá.

—¿No quieres que regrese a tu lado?

—¿Que si quiero? Quizá. No estoy segura.

¿Había a la vista algún sucesor? Como los afectos humanos se vuelven tan quebradizos, probablemente había listas de sustitutos, reservas preconscientes de ellos, hombres hallados en el parque mientras paseaba a su perro; individuos con los que había hablado en el Museo de Arte Moderno; aquel tipo de las patillas; y uno con ojos oscuros sexualmente atractivos, o aquel con un niño en el sanatorio y cuya esposa padecía esclerosis múltiple. Para adaptarse a muchas ideas y propósitos había gran número de gente. Y todo eso se deducía de la conversación de Angela. Él lo oía y lo recordaba todo, cada hecho gris, cada toque de vivo color. No quería escuchar, pero ella le contaba cosas. No deseaba recordar, pero se acordaba de todo. Y Angela era de verdad muy bella. Las mujeres sanas y jóvenes tienen sus necesidades. Sus

piernas —enseñaba los muslos desde la cinta verde de su falda hacia abajo— y toda ella eran hermosas. Horricker sufriría al enterarse de que la había perdido. Sammler seguía pensando en esas cosas a fondo. Cansado, mareado, desesperado, todavía pensaba. Seguía en contacto. Es decir, con la realidad.

—Wharton no es un niño. Sabía en qué se metía, allá en México —dijo Angela.

—Ah, no entiendo de eso. Supongo que habrá leído algunos de aquellos libros que me prestaste, me refiero a Bataille y otros teóricos, sobre la transgresión, el dolor y el sexo; lujuria, crimen y deseo, asesinato y placer erótico. Nada de eso significaba gran cosa para mí.

—Ya sé que a ti no te van esas cosas. Pero Wharton se entusiasmó con aquella fulana. Le gustaba. Más de lo que a mí me gustaba el otro hombre. No he vuelto a verlo. Pero en el avión, Wharton, perversamente, se puso celoso. No dejaba de hablar de lo ocurrido.

—Lo que yo pienso es que Elya podría sentirse más en paz contigo si viera a Horricker.

—Me pone furiosa la posibilidad de que Wharton le hiciese confidencias a Widick, y Widick a mi padre.

—No puedo creer que Mr. Widick hable de eso con Elya. Es lo bastante decente en la mayoría de las cosas. Aunque, desde luego, no lo conozco bien. La principal impresión que me da es la de un abogado seguro. No es un villano. Basta verle esa cara grande y blanda.

—Ese gordo hijo de puta. Lo maldeciré en cuanto lo vea. Le arrancaré el pelo.

—No estés tan segura de que se comportó mal. Quizá te equivoques. Elya es muy inteligente y rápido cuando de entender alusiones se trata.

—Entonces, ¿quién puede haber sido? ¿Wallace? ¿Emil? Pero quienquiera que haya dado a entender eso, la cosa empezó con Wharton, que es demasiado débil para mantener la boca cerrada. Bien, si quiere visitar a mi padre, me parece muy bien. Pero estoy ofendida. Estoy furiosa.

—Tienes un aspecto febril, Angela. No quiero que lo tomes a mal, pero en vista de la preocupación de tu padre con todo eso, con México, ¿crees que deberías presentarte con ese vestido?

—¿Te refieres a la falda?

—Es muy corta. Mi opinión tal vez carezca de valor, pero parece imprudente llevar esa especie de vestido de parvulario sexual.

—¡Ahora te metes con mis vestidos! ¿Hablas por él o por ti?

La luz del sol era amarillenta, dulzona. Horrible.

—Sí, sí, ya sé que puedo estar anticuado y tener actitudes puritanas debidas a un pasado enfermizo que tanto ha perjudicado a la civilización. Leí tus libros. Ya hemos hablado de ello. Pero, verdaderamente, ¿cómo puedes esperar que tu padre no se enfade y se sienta amargado si te ve tan provocativamente vestida?

—¿De verdad? ¿Lo dices por mi falda? No se me ocurrió pensarlo. Me vestí

deprisa y salí corriendo. Es muy raro que me lo echés en cara ahora. Todas las mujeres llevan estas faldas. No me preocupa que las critiques.

—Sin duda podría haberme expresado mejor. No quería ser desagradable. Hay otras cosas en que pensar.

—Tienes razón. Me siento apesadumbrada. Es terrible.

—Sí, estoy seguro.

—Estoy desesperada, tío.

—Sí, es natural que lo estés. Claro que lo estás. Sí.

—¿Sí qué? Parece como si hubiera algo más.

—Y lo hay. También me altera mucho pensar en tu padre. Ha sido un gran amigo mío. Me trastorna pensar en él.

—No necesitas andarte con rodeos, tío.

—No. Es que se va morir.

—Eso es expresarlo con claridad —dijo Angela. Era partidaria de que se dijeran las cosas directamente, ¿y no se había expresado él con suficiente claridad?

—Es tan terrible de decir como de oír.

—Estoy segura de que quieres a papá —dijo ella.

—Sí.

—Quiero decir, aparte de los motivos prácticos.

—Desde luego, nos ha mantenido a Shula y a mí. Nunca he ocultado mi gratitud. Espero que eso no haya sido un gran secreto —dijo Sammler. Como era viejo, los latidos de su corazón, incluso cuando eran violentos, no resultarían evidentes—. Si yo fuera un hombre práctico, si fuese muy práctico, pondría cuidado en no enfrentarme contigo. Pero creo que hay otras razones distintas de las de orden práctico.

—Bueno, espero que no vayamos a reñir.

—Muy bien —dijo Sammler. Angela estaba enfadada con Wallace, Cosbie y Horricker. No quería que lo añadiese a la lista. No necesitaba obtener una victoria sobre Angela. Solo deseaba persuadirla de algo, y no sabía si ni siquiera eso era factible. Pero desde luego no iba a declararles la guerra a las hembras sufrientes—. Me siento muy nervioso, Angela —continuó—. Hay algunos nervios dañados de los que desde hace años no oyes hablar y que de pronto salen a relucir. Ahora están ardiendo, y muy dolorosamente. Ahora, mientras esperamos a tu padre, me gustaría decir algo sobre él. En lo superficial, no tengo mucho en común con Elya. Es un sentimental. Concede mucha importancia, demasiada, a atesorar ciertos viejos sentimientos. Es de un sistema antiguo. Siempre he considerado eso con escepticismo. Se podría preguntar: ¿dónde está el nuevo sistema? Pero no entremos en eso. Nunca me gustó mucho la gente que hace declaraciones espontáneas de afecto. Ser «británico» era una de mis debilidades. ¿Frío, quizá? No obstante, sigo apreciando una cierta reserva. No me importaba la manera que tenía Elya de cortejar a la gente, tratar de entablar contacto con este o aquel, conquistar sus corazones, dar confianza incluso a las cámaras, los técnicos de laboratorio, las manicuras. Para él

siempre era demasiado fácil decir «Te quiero». A tu madre se lo decía una y otra vez en público, lo cual la turbaba. No intento censurarla ante ti. Tenía sus cualidades. Pero lo mismo que yo era un esnob con los ingleses, ella era una judía alemana que cultivaba el «estilo abeja» (que, por cierto, ya ha pasado de moda) y yo lo reconocía. Iba a refinar a tu padre, un *Ostjude*^[2]. Se suponía que él era el expresivo, el sentimental. Se le había asignado ese papel. Creo que habría sido más fácil amar a un teorema que a tu pobre madre. Perdóname, Angela, por decir estas cosas.

—Esperando aquí es como si estuviéramos sentados en el borde de un precipicio —dijo ella.

—Bien, Angela. Entonces, lo mejor que podemos hacer es hablar. No para aumentar tus dificultades... Presencí algo especialmente desagradable cuando venía hacia aquí. En parte fue culpa mía. Eso me tiene desolado. Pero estaba diciendo que tu padre tuvo ciertas características. Marido, médico (era un buen doctor), hombre de familia, americano, con un retiro estupendo, un Rolls Royce. Cada uno de nosotros tiene buenas condiciones. Sensibilidad, expresividad, impulso emprendedor, amabilidad, corazón, todas esas bellas cualidades humanas que, debido a un peculiar cambio de opinión, ahora se consideran sospechosas. Parecen más fáciles la actitud abierta y el candor con respecto a los vicios. De todos modos, aquellas eran las de Elya. Eso es lo que lleva grabado en su cara, con esa expresión de bondad, tan humana. Ha hecho algo de sí mismo. Y no le ha ido mal. No le gustaba la cirugía. Bien lo sabes. Temía esas operaciones que duraban tres y cuatro horas. Sin embargo, las llevaba a cabo. También lo sabes. Hacía lo que no le gustaba. Tenía una lealtad vacilante para con ciertos estados puros. Sabía que antes de él había habido hombres buenos, que habría más en el futuro, y quería ser uno de ellos. Creo que hacía muy bien. Yo ni siquiera me aproximó a lo que él consiguió. Hasta los cuarenta años o así solo fui un judío polaco anglófilo, intelectual y con una cultura relativamente inútil. Pero Elya, a fuerza de repetición sentimental o, si lo prefieres, de fórmulas, y en parte a causa de la propaganda, ha logrado algo bueno. Supo abrirse camino. Te quiere. Y estoy seguro de que quiere a Wallace. También creo que me tiene cariño. He aprendido mucho de él. No me hago ilusiones con tu padre, ya comprendes. Es susceptible, jactancioso, se repite. Es vanidoso, se pone de mal humor, es orgulloso. Pero ha conseguido lo que se ha propuesto, y lo admiro.

—De modo que es humano. De acuerdo, es humano.

Quizá Angela solo le estuviese prestando atención a medias, aunque no dejaba de mirarlo, y tenía tan separadas las piernas que él le veía la tela roja de las bragas. Ante aquella franja de color, pensó: «¿Para qué discutir? ¿Qué sentido tiene?». Pero replicó:

—Bueno, todos son humanos solo hasta cierto punto. Unos más que otros.

—¿Algunos muy poco?

—Así parece. Poquísimo. Deficientes. Escasos. Peligrosos.

—Pues yo creía que todos han nacido humanos.

—No es un don natural que posea todo el mundo. Lo único natural es la capacidad de serlo.

—Bueno, tío, ¿por qué me estás implicando en eso? ¿Qué te propones? Seguro que tienes algo entre ceja y ceja.

—Sí, creo que sí.

—Me estás criticando.

—No; lo que pasa es que estoy elogiando a tu padre.

La mirada de Angela, brillante, untuosa, airada. Nada de pelearse, por el amor de Dios, con una mujer desesperada. Sin embargo, Sammler estaba consiguiendo algo. Mantenía rígido su flaco cuerpo; sus grises cejas por encima de la coloreada oscuridad de las gafas.

—No me agrada la opinión que creo que tienes de mí —declaró Angela.

—¿Qué puede importar eso en un día como este? Bueno, quizá me parezca que hoy debería haber una diferencia. Si estuviésemos en la India o en Finlandia tal vez nuestro estado de ánimo fuese otro. Nueva York lo hace a uno pensar en el colapso de la civilización, en Sodoma y Gomorra, en el fin del mundo. Aquí, ese final no sería una sorpresa. Mucha gente especula sobre él. Y no sé si la humanidad es mucho peor por eso. En un solo día, César hizo matar a los tencteros, cuatrocientas treinta almas. Incluso Roma se quedó espantada. No creo que la nuestra sea la peor de todas las épocas. Pero donde las cosas se están deshaciendo ahora es en el aire, y eso me afecta. Siempre me ha fastidiado la gente que aseguraba que era el final. ¿Qué sabían ellos de cuál era el final? Por mi personal experiencia, desde la tumba, si puedo expresarme así, yo sabía algo de eso. Pero estaba completamente equivocado. Cualquiera puede sentir la verdad. Pero supón que es verdad... verdad y no un estado de ánimo, ignorancia o el placer de la destrucción deseada por quienes lo han remendado todo. Figúrate que sea así. Aún queda eso que es un hombre, o quedaba. Todavía hay cualidades humanas. Nuestra débil especie lucha contra su miedo, nuestra loca especie combate contra su criminalidad. Somos animales geniales.

Eso era algo que él nunca pensaba. Por lo pronto, solo se trataba de una fórmula. No estaba plenamente convencido de ello.

—Vale, tío.

—Pero no tenemos que decidir si el mundo está terminándose. Lo cierto es que para tu padre significa el final.

—¿Por qué insistes en eso, como si yo no lo supiera? ¿Qué pretendes de mí?

Sí, ¿qué? De ella, allí sentada, enseñando los pechos, difundiendo olores femeninos, con esos ojos prácticamente fundidos, atormentada, y en ese momento extrañamente enfadada por César y los tencteros, por las ideas. Que la pobre criatura respirase a gusto. Porque ahora Angela se presentaba como una pobre criatura. Y lo era. Sin embargo, Sammler no podía dejarla tranquila, aún no.

—Por regla general, esos aneurismas causan la muerte repentina —dijo él—. En el caso de Elya se ha producido un aplazamiento, lo que le da una oportunidad.

—¿Una oportunidad? ¿Qué quieres decir?

—Que tiene tiempo para resolver algunas cosas. Y tu padre se ha vuelto realista a fuerza de enfrentarse con hechos que estaban oscuros.

—¿Hechos sobre mí, por ejemplo? La verdad es que él no quería saber de mí.

—Sí.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Has de hacer algo por él. Lo necesita.

—¿Qué se supone que he de hacer?

—Eso depende de ti. Si lo quieres, puedes dar alguna señal. Está apenado. Está furioso. Está decepcionado. Y en verdad no creo que sea a causa del sexo. En estas circunstancias, eso no pasa de ser una trivialidad. ¿No comprendes, Angela? Es poco lo que tendrías que hacer. Y le darías una última oportunidad de reponerse espiritualmente.

—Hasta donde alcanzo a entender, quieres que monte una escenita anticuada ante su lecho de muerte.

—¿Qué diferencia puede haber en cómo lo llames?

—¿Debo pedirle que me perdone? ¿Hablas en serio?

—Completamente en serio.

—Pero cómo voy a poder... Eso va contra todo. Te equivocas de persona al hablarme así. Incluso para mi padre sería demasiado forzado. No acabo de entender de qué serviría.

—Ha sido un hombre bueno. Y se ha sentido muy decepcionado. ¿No se te ocurre nada que decirle?

—¿Qué se puede decir? ¿Y por qué solo piensas en la muerte?

—Es lo que tenemos ante nosotros.

—Y no dejas de hablar de ello. Sé que todavía tienes algo más que decir. Bien, dilo.

—¿Con todas las palabras?

—Con todas las palabras. Cuantas menos, mejor.

—No sé lo que ocurrió en México. Los detalles no importan. Solo mencionaré lo absurdo de que se pueda ser alegre y amoroso con alguien a quien se conoce en unas vacaciones, e intimar con él. Las diversiones, el intercambio en grupo, la *fellatio* con extraños, todo eso se puede hacer, pero no reconciliarse con un padre cuando se presenta la última oportunidad. Él ha sufrido enormemente por ti. Probablemente te ha dedicado la mayor parte de su afecto. Si de alguna manera puedes darte cuenta de eso y entregarle algo a cambio...

—¡Tío Sammler! —exclamó Angela. Estaba furiosa.

—Ah, te enfadas. Es natural.

—Me has insultado. Lo has hecho a propósito. Pues sí, me has... me has insultado, tío Sammler.

—No era mi intención. Solo creo que hay cosas que todos conocen, o deben

conocer.

—Por el amor de Dios, no le des ya más vueltas a eso.

—De acuerdo, me ocuparé de mis propios asuntos.

—Llevas una vida especial en aquella habitación tan deprimente. ¡Te encanta, pero no tiene que ver con nada! No creo que entiendas los problemas de la gente. ¿Qué quieres decir con *fellatio*? ¿Qué sabes tú de esas cosas?

Bien, no había dado resultado. Lo que Angela le soltaba era lo mismo que le había soltado aquel joven en Columbia. Un viejo alto, enjuto, desagradable, criticón, presuntuoso. ¿Quién demonios se creía que era? *Hors d'usage*. ¡Contra el muro! *À la lanterne!* Muy bien. Y eso aún era poco. Quizá no debería haber provocado a Angela tan dolorosamente. Y ahora él mismo estaba temblando.

En ese momento llegó la enfermera gris y le dijo a Sammler que lo llamaban por teléfono.

—Es usted míster Sammler, ¿no?

Sammler se sobresaltó.

—¡Ah!, ¿quién me llama? —preguntó poniéndose en pie—. ¿Quién es?

No sabía qué esperar.

—Es su hija, al teléfono. Puede usted hablar ahí, en el despacho.

—Sí, Shula, dime —dijo Sammler—. Habla. ¿Qué ocurre? ¿Dónde estás?

—En New Rochelle. ¿Dónde está Elya?

—Estamos esperándolo. ¿Qué quieres ahora, Shula?

—¿Has sabido lo de Wallace?

—Sí, me han dicho algo.

—Eso de aterrizar sin ruedas ha sido extraordinario.

—Sí, magnífico, estupendo. Pero Shula, quiero que te marches de ahí. No debes estar husmeando en esa casa; ahí no se te ha perdido nada. Yo quería que volvieras conmigo. No debes desobedecerme.

—Jamás se me ocurriría hacerlo.

—Pero lo has hecho.

—No, no, ha sido en interés tuyo.

—No te burles de mí Shula. Deja de ocuparte de mis intereses. Has llamado con un propósito. Temo empezar a comprender.

—Sí.

—¡Lo has conseguido!

—Sí, ¿no estás contento? En el... ¿adivinas dónde? En el cuartucho donde dormías. En el almohadón sobre el que estabas sentado esta mañana. Cuando te llevé el café y te vi sentado allí, me dije: «Ahí es donde está el dinero». Estaba casi segura. Así que cuando te fuiste volví allá y lo abrí. Estaba lleno... lleno de dinero. ¡Quién hubiese pensado eso del primo Elya! Me sorprende. No podía creerlo. El almohadón estaba relleno de paquetes de billetes de cien dólares. El dinero era el relleno.

—Dios mío.

—No lo he contado —dijo Shula.

—No quiero que me mientas.

—Muy bien, lo conté. Pero la verdad es que no entiendo de dinero. No entiendo de negocios.

—¿Telefoneaste a Wallace?

—Sí.

—¿Y le mencionaste algo de eso?

—Ni una palabra.

—Bien, muy bien, Shula. Espero que se lo entregues a míster Widick. Dile que vaya y que te dé un recibo.

—¡Papá!

—¿Qué, Shula?

Sammler esperó. Sabía que, con uno de aquellos teléfonos blancos de New Rochelle en la mano, Shula estaba fortaleciendo su tozudez, procurando dominar su resentimiento contra la cabezonería de su anciano padre y su estúpida rectitud. A costa de ella. Sabía muy bien lo que su hija sentía.

—¿De qué vas a vivir cuando Elya haya muerto? —le preguntó Shula.

Una excelente pregunta, una pregunta aguda y pertinente. Sammler había perdido con Angela, la había puesto furiosa. Ya sabía lo que ella diría: «Nunca te perdonaré, tío». Y de verdad nunca lo perdonaría.

—Viviremos de lo que haya.

—Pero ¿y si no te deja nada?

—Eso será lo que él quiera. Depende por completo de él.

—Formamos parte de la familia. Tú eres quien él más estima.

—Tienes que hacer lo que te digo.

—Escúchame, papá. He de cuidar de ti. Ni siquiera me has dicho qué te ha parecido el que lo haya encontrado.

—Has sido muy lista, Shula. Sí. Te felicito. Ha estado muy bien.

—Sí que lo ha estado. Noté que el almohadón abultaba debajo de ti y no como los demás almohadones. Cuando lo toqué, sentí que algo crujía y comprendí de qué se trataba. Por supuesto, no le dije una palabra a Wallace. Lo derrocharía en una semana. Pensé que podía comprarme unos vestidos en Lord and Taylor, así quizá parecería menos excéntrica y podría esperar que alguien se fijara en mí.

—Como Govinda Lal.

—Sí, ¿por qué no? He de mostrarme interesante, hasta donde me sea posible.

Aquello asombró a su padre. ¿Qué tenía de excéntrico su aspecto? Entonces lo comprendió. En ella había un cierto grado de elección. La peluca, el ir por ahí buscando desperdicios, las bolsas de la compra, todo ello era en cierto modo intencional. ¿Era eso lo que daba a entender? ¡Qué fascinante!

—Y creo —añadió Shula— que deberíamos quedárnoslo. Me parece que Elya estaría de acuerdo. Soy una mujer sin marido y sin hijos. Este dinero procede de

haber evitado que nazcan niños, y considero que tengo derecho a quedarme con él. Y también es para ti, papá.

—Lamento decirte que no es posible, Shula. Quizá Elya ya le haya hablado a Widick de ese dinero oculto. Lo siento, pero no somos ladrones. Ese dinero no nos pertenece. Dime cuánto es.

—Cada vez que lo cuento, me sale una suma diferente.

—¿Cuánto era la última vez que lo contaste?

—Seis u ocho mil. Lo puse todo en el suelo. Pero estaba demasiado excitada para contarle bien.

—Estoy seguro de que es muchísimo más, y no puedo consentir que te quedes con nada de ese dinero.

—No lo haré.

Sammler estaba seguro de que se guardaría una parte. Como coleccionista de cosas tiradas por ahí, como buscadora de tesoros, sería incapaz de entregarlo todo.

—Debes darle a Widick hasta el último centavo.

—Sí, papá. Es doloroso, pero lo haré. Se lo entregaré a Widick. Sin embargo, creo que estás cometiendo una equivocación.

—No hay equivocación que valga. Y no se te ocurra escaparte como hiciste con el manuscrito de Govinda.

Era demasiado tarde para sentir la tentación. Un deseo más que desaparecía. Sammler casi sonrió para sí.

—Adiós, Shula —añadió—. Eres una buena hija. La mejor de todas. No la hay mejor.

De modo que Wallace tenía razón respecto de su padre. Le había hecho algunos favores a la Mafia. Aquel dinero existía. Sin embargo, no quedaba tiempo para pensar en ello. Colgó el auricular y se alejó del mostrador de mármol para encontrarse con que el doctor Cosbie estaba esperándolo. Él, que había sido en tiempos un as de fútbol, se encontraba allí con su bata blanca y apretaba el labio superior sobre el inferior. Estaba muy pálido y sus ojos azul claro habían sido adiestrados para transmitir noticias de los cirujanos. El mensaje era claro. Todo había terminado.

—¿Cuándo ha muerto? —le preguntó Sammler—. ¿Hace muy poco? —«¡Mientras yo le insistía estúpidamente a Angela!», pensó.

—Hace un rato. Lo habíamos instalado en la unidad especial. Hicimos todo lo posible.

—Comprendo; contra una hemorragia no hay nada que pueda hacerse.

—Usted es su tío. Me pidió que le despidiera de su parte.

—A mí también me hubiera gustado decirle adiós. ¿Así que no ocurrió de repente?

—Se dio cuenta de que estaba empezando. Era médico, de modo que lo sabía. Me pidió que lo sacase de la habitación.

—¿Se lo pidió a usted?

—Era evidente que deseaba librar a su hija del mal rato. Como cirujano, Elya sabía que ya era el final. Por eso dije que lo llevábamos para un reconocimiento. ¿Se trata de miss Angela?

—Sí, Angela.

—Dijo que prefería estar abajo. Sabía que de todos modos yo lo llevaría allí.

—Por supuesto, como cirujano, Elya sabía lo que le pasaba. Sin duda estaba convencido de que la operación era inútil, esa tortura de ponerle un tornillo en la garganta. —Sammler se quitó las gafas. Sus ojos, uno de ellos una burbuja ciega, bajo los pelos de las cejas, estaban al nivel de los del doctor Cosbie—. Desde luego, era inútil.

—El tratamiento era el correcto. Y él lo sabía.

—Mi sobrino siempre quería estar de acuerdo. Claro que lo sabía. Habría sido más considerado para con él no hacerle pasar por eso.

—Supongo que querrá usted decírselo a miss Angela.

—Dígaselo usted mismo, por favor. Lo que deseo es ver a mi sobrino. ¿Quiere decirme cómo puedo llegar hasta él?

—Tendrá usted que esperar y verlo en la capilla, señor. Antes no está permitido.

—Joven, es importante, y sería preferible, que me dejase verlo. Le aseguro a usted que estoy decidido. No tengamos una escena desagradable aquí en el corredor. ¿Verdad que usted no lo querría?

—¿Armaría usted un escándalo?

—Sí.

—Le pediré a su enfermera que lo acompañe —dijo el médico.

La mujer gris y Mr. Sammler descendieron en el ascensor y recorrieron pasillos cubiertos de azulejos, subieron y bajaron rampas, y pasaron por delante de laboratorios y cuartos de suministros. Sammler al fin tenía la famosa verdad que tanto le interesaba, o quizá ella lo tuviera a él. Lloró para sí. Andaba con rapidez, y de vez en cuando se detenía para esperar a la enfermera. Hasta él llegaban olores corporales, de enfermedades y medicinas. Sentía que se iba deshaciendo por dentro y que en su interior grandes e irregulares fragmentos se fundían chisporroteando de dolor, para luego salir flotando. Bien, Elya se había ido. Ya se veía privado de otra cosa, desposeído de otra criatura. Una razón más para vivir se le desvanecía. Sintió que le faltaba el aire. La enfermera llegó otra vez a su lado. Aún restaban centenares de metros por esos complicados sótanos que olían a suero, a sopa, a hongos, a caldo de celda. La enfermera cogió el sombrero de manos de Sammler y anunció: «Aquí». El letrero de la puerta decía «P. M.». Eso significaría *post mortem*. Estaban dispuestos a hacer una autopsia en cuanto Angela firmase los papeles. Y desde luego firmaría. Que se descubriera qué había ido mal. Y después la cremación.

—Para ver al doctor Gruner. ¿Dónde? —preguntó Mr. Sammler.

El encargado señaló la camilla con ruedas donde yacía Elya. Sammler le descubrió la cara. Los orificios de la nariz, las arrugas, muy marcadas, los ojos

cerrados pálidos y llenos, la calva cabeza muy marcada por un graderío de arrugas. En los labios se combinaban la amargura y una expresión de obediencia.

Sammler, como si murmurase para sí, pensó: Bueno, Elya. Bueno, bueno, Elya. Y luego, del mismo modo: Recuerda, Dios, el alma de Elya Gruner, que con la mejor voluntad posible y lo mejor que pudo, e incluso hasta un punto intolerable, y hasta cuando no podía respirar e incluso cuando ya tenía muy cerca la muerte, anhelaba, quizá de un modo infantil (que se me perdone esto), incluso con cierto servilismo, hacer lo que se le pedía. En sus mejores momentos este hombre era mucho más amable de lo que yo haya podido ser cuando he sido mejor o de lo que podría ser. Se daba cuenta de que debía cumplir con las condiciones de su contrato, y las cumplió (en medio de toda la confusión y las degradadas payasadas de esta vida por la que cruzamos a toda prisa). Las mismas condiciones que, en el fondo de su corazón, sabe todo ser humano. Como yo sé las mías. Como todos sabemos las nuestras. Porque esa es la verdad del asunto, que todos sabemos, Dios, que sabemos, que sabemos, sabemos, sabemos.



SAUL BELLOW (Lachine, 1915 - 2005) fue un escritor canadiense y estadounidense de origen judío-ruso. Nació en Canadá, pero vivió desde pequeño en Estados Unidos. Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1976.

Su obra narrativa es leída como una crónica corrosiva, irónica, y a la vez sublime y enérgica sobre del hombre moderno a partir de la descripción del mundo de los judíos en Estados Unidos.

Procedente de una familia de emigrados rusos, vivió en Canadá y luego en Chicago. Estudió en las universidades de Chicago e Illinois y fue profesor de antropología y literatura inglesa en instituciones docentes norteamericanas.

Notas

[1] «Primero la comida, luego la moral», Bertold Brecht, *La ópera de cuatro cuartos*.
(N. del T.). <<

[2] Judío de Europa oriental. (*N. del T.*). <<